

Library of Congress

Obras completas de Luis Muñoz Rivera ... Volumen 3.

OBRAS COMPLETAS D LVIS MVÑOZ RIVERA

CAMPAÑAS POLÍTICAS.

VOLUMEN III

EDITORIAL

PVERTO RICO

??060 218

CAMPAÑAS POLITICAS

OBRAS COMPLETAS DE LUIS MUÑOZ RIVERA

VOLUMEN III

CAMPAÑAS POLÍTICAS

SELECCIONADAS Y RECOPIADAS POR LUIS MUÑOZ MARIN

EDITORIAL PUERTO RICO

LIBERTAD, 23 MADRID

F1975 148

ES PROPIEDAD

Copyright 1925 by Editorial Puerto Rico MADRID

PRINTED IN SPAIN

Library of Congress

Gift June 20, 1936 42-35232

Tipografía Yagües, Doctor Fourquet, 4. Madrid. Teléfono 30-76 M.

APUNTES PARA UN LIBRO

(1896-1900)

A EPIFANIO FERNÁNDEZ VANGA, fraternalmente.

1

DIARIO DE PUERTO RICO Julio y agosto de 1900. APUNTES PARA UN LIBRO 1896 a 1900.

I LA SITUACIÓN EN 1896.

Desde que apareció en Ponce *La Democracia*, el 1.º de julio de 1890, empecé un trabajo que me parecía el más patriótico, en el sentido de la patria puertorriqueña: el de hacer posible la perfecta solidaridad de intereses y de sentimientos entre España y sus colonias americanas. Era preciso buscar una solución al problema de Puerto Rico: la independencia, inconveniente a causa de nuestras condiciones especiales, resultaba utópica a causa de nuestra pobreza de recursos para una lid larga y sangrienta; la anexión a los Estados Unidos, simpática en el concepto de muchos insulares, me pareció siempre absurda, por la incompatibilidad de las razas latina y anglosajona, por el obstáculo inmenso del idioma, por el carácter absorbente de los políticos de Wáshington y por la anemia de nuestro pueblo, tan apto para ser rápidamente absorbido.

Descartadas esas dos soluciones, quedaba una y no más que una: la de establecer en el país la preponderancia justa, legal y legítima de los hijos del país, bajo la bandera española, que podía sernos odiosa cuando la veíamos tras el prisma de la Guardia civil, de los caciques 1 CAMPAÑAS III 2 conservadores, de los castigos crueles y de las

Library of Congress

autoridades absolutas; pero que debía sernos cara cuando la viésemos tras el prisma del gobierno propio, de las leyes democráticas, de la imprenta libre y del amplísimo sufragio.

¿Cómo realizar esa obra magna? ¿Cómo destruir el influjo de los *incondicionales*, que ejercían el monopolio absoluto del Poder? La forma, ya dibujada en líneas tímidas y confusas por el ilustre Celis Aguilera, vino a mi cerebro sin grandes meditaciones. He aquí: el partido autonomista, solo, carecía de medios para imponer su programa; el partido autonomista, apoyándose en una fuerza peninsular organizada y poderosa, lo realizaría pronto y por completo. Los conservadores de Cánovas, inaccesibles para nosotros en virtud de sus temperamentos retrógrados y de sus afinidades en las Antillas, estaban fuera de nuestro alcance; los republicanos se manifestaban incapaces de restaurar la república y de gobernar el Estado; pero teníamos, pues, a los liberales de Sagasta, declarándose paladines de la soberanía popular, estableciendo la universalidad del voto, declarando que no les asustaba el *self government* en los restos del imperio español y acortando así las distancias que entre ellos y nosotros creó una leyenda de odios fratricidas.

En 1895 estuve por primera vez en Madrid. Los gobernantes españoles y, es claro, los jefes de los partidos, no se encierran en sus palacios ni rehuyen el trato de los hombres. Nadie más llano que ellos ni más sinceramente cortés y afectuoso. Fué para mí cosa fácil relacionarme con los señores Sagasta, Maura, Gamazo, Moret, Castelar, López Domínguez, Martínez Campos. Todos aplaudieron mis propósitos: en todos encontré benévola acogida; y Sagasta y Moret me dijeron, en palabras explícitas, que ellos patrocinarían el proyecto si yo lograba conducir a la opinión autonomista en francos rumbos hacia el partido liberal, y que no vacilarían en cumplir, desde el Congreso, el programa que acordó la asamblea de Ponce en 1887.

La muerte de mi padre me obligó a regresar. Dejé a Madrid; tomé de nuevo la dirección de *La Democracia* y no levanté por entonces la bandera del pacto, porque consideraba discreto aperebirme a una oportunidad. Estando seguro de que la alianza con los

Library of Congress

liberales de España se realizaría tan pronto como se intentase seriamente, esperé sin impacientarme los sucesos, a fin de no comprometer, en inútiles tentativas, lo que yo estimaba la salvación de este pueblo sin ventura.

La perspectiva era brillante: Sagasta, en el Poder, legislando la autonomía y concediendo el sufragio. Y con el sufragio y con la autonomía los buenos puertorriqueños, los que no claudicaron jamás, los que no abandonaron a la patria por una sonrisa o por un lucro, rigiendo los destinos públicos y administrando la Hacienda pública con autoridad propia y con influjo proveniente de la confianza popular y no de la complacencia de un gobernador omnímodo.

Y el pacto con Sagasta no nos aseguraba el turno en el gobierno: aseguraba la perpetuidad del gobierno para los autonomistas, que, dueños del sufragio, tendrían cien mil votos contra diez mil, y se convertirían en árbitros eternos de la isla y de sus asuntos gubernativos y administrativos.

En tal posición se encontraban las cosas, allá por el mes de junio de 1896, en que empezó a prepararse la firma del pacto.

4

II LOS CONSPIRADORES DE YAUCO Matienzo convertido a Sagasta

Así las cosas, iba yo con frecuencia a Yauco y paraba en la residencia de Antonio Matthey Lluveras, donde vivía Matienzo temporalmente.

Matthey es uno, quizás el más importante y enérgico, de los pocos conspiradores que conocí en Puerto Rico contra el poder de España. Vivo de imaginación, firme de carácter; con una voluntad robusta y una acometividad resuelta; con relaciones en el país y fuera del país; con prestigio entre las muchedumbres, y enamorado de la independencia por las armas, resultaba un buen tipo de revolucionario pertinaz, diligente y lleno de fe en sus generosos ideales.

Library of Congress

En torno de la mesa de Matthey, y a la hora de apurar las copas de *champagne*, hablaba él siempre, con viril franqueza, de sus propósitos y de sus medios. Según sus cálculos, que no profundicé ni analicé nunca muy a fondo, un desembarco en Salinas, en Fajardo, en Guánica, o en Cabo Rojo, sobre ser fácil, se estaba preparando en aquellos días Allí, y más aún en nuestros paseos nocturnos, hablábamos de los prácticos, conocedores de la costa, que facilitarían el acceso a la isla; de los fusiles ya adquiridos; de los hombres, ya prontos en Nueva York y Santo Domingo.

Matienzo oía, meditabundo, reflexivo, los planes de nuestro 5 anfitrión; intervenía en las pláticas de sobremesa; calificaba de ensueños los combates futuros de Matthey y opinaba que la revolución, ni accesible ni conveniente, degeneraría en asonada pueril y traería males gravísimos para nuestra patria puertorriqueña. Pero la ruda tenacidad de Matthey le preocupaba sin duda y más de una vez me encargó de convencerle y disuadirle. Lo intenté. No logré nada. Equivalía mi acción sobre Matthey a la de esas olas que pugnan para separar de su asiento a los peñascos cíclopes de la playa.

Recuérdese la fecha: junio y julio de 1896. A la sazón, burlándose de la policía secreta y de la Guardia civil, recorrían la isla varios agentes de los patriotas que trababajaban en las Américas del Norte y del Sur. Yo sólo recuerdo al general Carreras, cubano, que decía haber hecho con Agramonte, Gómez y Sanguilly la guerra de los diez años, y a Alfredo Aguayo, que no poscía aún su título de jurisconsulto y que exploraba por su cuenta o en nombre de no sé cuál asociación insurrecta. Matienzo, enterándose de todo esto, ahondaba en el problema. Y en su espíritu se producían reacciones que debían culminar en breve.

Un día aparecieron en *La Democracia* ciertas impresiones de Madrid trazadas por mi pluma; las propias impresiones a que aludí anteayer. Matienzo, después de leerlas en Yauco, fué a Ponce y estuvo en la Redacción. Y me dijo, poco más, poco menos, lo que sigue:

Library of Congress

“Yo me manifesté antes incrédulo en las posibilidades de entendernos nosotros, partido autonomista con el partido liberal. Hoy el aspecto de la cuestión cambia en gran manera, desde el punto en que usted recogió de labios de Sagasta, de Moret y de Gamazo ofrecimientos tan terminantes. Admito ahora, por virtud de estos datos, que conviene ir a España y procurar las inteligencias, las alianzas que usted predica desde 1890. Cuente usted conmigo. Escribiré a los correligionarios de mayor influjo y, si *La Democracia* decide levantar de nuevo la bandera, la ayudaré sin vacilar.”

Pedíle tiempo para meditar y resolver. Al día siguiente 6 apareció un artículo, en que se llamaba, una vez por todas, al pacto con los liberales españoles. La campaña prosperó. La carta de Matienzo dió sus frutos. Y no pasó una quincena sin que combinásemos un viaje inmediato a San Juan, para entendernos con el Directorio y proponer que se convocase por telégrafo a la Delegación. Matienzo tomó a su cargo la propaganda. Su base de operaciones no podía ser más sencilla: la lógica y la verdad. El país, a las puertas de una serie de algaradas estériles, que sólo aprovecharían al incondicionalismo, de una parte; de otra el país, apoyándose en una fuerza nacional, dueño de su porvenir, con la administración y el gobierno en sus manos y con el incondicionalismo disuelto en su insignificancia electoral.

El Directorio es, a saber, Gómez Brioso, Rossy, Barbosa y Sánchez Morales—UNICOS autonomistas que existían en San Juan—cedió casi en el acto y convocó a la Delegación en Caguas. Yo no perdía un detalíe en la marcha del asunto. Y he de declarar que en el repentino cambio de Matienzo y en el más repentino aún del Directorio, influyeron estas causas:

1.º EL MIEDO—así como suena—, el miedo a una situación personal conflictiva para aquellos señores, que al fin y al cabo figuraban en las lindes de la tendencia separatista. Al primer grito de revuelta en cualquier punto del interior, respondería el Gobierno apoderándose de las personas CONNOTADAS—como aquí se escribe—, según ocurrió en 1887.

Library of Congress

2.º El deseo de emanciparse el Directorio de lo que él creía la tutela moral de *La Democracia*, que positivamente pesaba más en la opinión pública que los cuatro improvisados jefes. Si yo fracasaba en Madrid, el prestigio del periódico recibiría un golpe de muerte. Y adiós las *rivalidades* y las *imposiciones* que, sin motivo alguno, tenían mis hermanos de San Juan.

La Delegación se reunió en Caguas. Y, por unanimidad acordó que saliéramos cuanto antes hacia la metrópoli; que estudiásemos la situación de la política nacional; que PACTASEMOS INTELIGENCIAS O ALIANZAS con cualquier 7 partido que HICIERA SUYO nuestro programa, que prometiese cumplirlo en el Poder, y que nos diese el gobierno de la isla, PREFIRIENDO, entre los que a tales avances se dispusieren, a aquel en el cual viéramos nosotros más seguridades de SER SITUACION.

El Directorio indicó TRES COMISIONADOS, que habían de ser Gómez Brioso, Matienzo y yo. La Delegación los aceptó. Pero allí estaba don Cruz Castro, que, sin ser delegado, sin tener voz ni voto, sin más autoridad que la de su alto renombre y la de su extraordinario talento, propuso que se incluyese a Federico Degetau, que estaba presente. Nadie quiso replicar. Y Degetau fué electo como apéndice.

Así vino Matienzo al pacto. Y así Barbosa, Sánchez y Rossy... con el FRATERNAL propósito de destruir el auge adquirido por *La Democracia* tras una lucha de seis años frente a los tiranuelos omnipotentes de la colonia. Y sólo así explica que, al regresar de Madrid, suscrita la alianza por el partido liberal, QUE IBA A SER GOBIERNO Y QUE HACIA SUYO EL PROGRAMA AUTONOMISTA, los caballeros del Directorio faltaran a sus compromisos, rompieran su propio acuerdo e iniciaran la disidencia que se convirtió más tarde en PARTIDO REPUBLICANO y que heredó el INCONDICIONALISMO de Ubarri, de Infiesta, de Villar y de Arzuaga.

El miedo no se sentía ya; el PROPOSITO FRATERNAL de destruir un prestigio, abortado entonces, debía reproducirse con saña tremenda en todos los momentos de la vida

pública. Y aún se reproduce, y se reproducirá mientras la personalidad de un patriota sea un obstáculo para los que se sienten satisfechos con tal de que les dejen recomendar unos parientes, disfrutar unos destinos, cobrar unas nóminas, subir las escaleras de la EXECUTIVE MANSION, doblarse en genuflexiones ridículas cuando el pueblo sufre el azote de una tiranía jamás prevista, y engañar a las pobres e ignaras muchedumbres a fin de que le sirvan de escabel... PARA ESO.

8

III GERARDO FORETS

Un día de julio—no recuerdo la fecha exacta—entró en mi despacho don Enrique Vázquez Aguilar, que era entonces redactor de *La Democracia*.

Entre nosotros se entabló este diálogo:

—Tengo para usted una noticia importante.

—¿Cual es?

—Se encuentra en Ponce el secretario de la Junta puertorriqueña de Nueva York.

—¿Gerardo Forets?

—Sí. Le he visto: quiere una conferencia con usted; pero yo opino que sería peligroso ese contacto ahora, en el momento en que el partido autonomista se propone enviar a Madrid sus delegados.

—Y bien: aunque sea peligrosa, yo acepto el peligro. Más grave, mucho más grave es el que afronta Gerardo Forets al arriesgarse a las iras del Gobierno que le fusilará si le sorprende en su viaje revolucionario. ¿Dónde está Forets?

Library of Congress

—En el Hotel América. Se oculta bajo el apellido Vélez y se dice agente de una compañía de seguros.

—Es indispensable que salga del hotel, donde puede ser descubierto. Le prepararé en el acto una habitación segura. Dígale usted que se disponga a mudarse y que yo le visitaré sin demora.

—¿Le lleva usted a su casa particular?

—Ya veremos.

9

Salió el señor Vázquez Aguilar y hablé yo con Rodríguez Cabrero, que ocupaba dos amplios gabinetes en la calle Mayor. Rodríguez Cabrero no vaciló un minuto en compartir su vivienda con el heroico huésped, que con tanta intrepidez ponía su cabeza en manos del verdugo. Horas más tarde se encontraba Forets instalado CON NOSOTROS, con los de la *La Democracia*, bajo la garantía de nuestro honor. Si hubieran ido a prenderle, la libertad de aquel hombre se habría disputado a tiros en las calles.

Llegué al escondite del conspirador. Estábamos él, Rodríguez Cabrero y yo. Me abrió los brazos. Sentí sobre mi un gran corazón. Vi en las negras pupilas un gran carácter. Sabía yo como sacrificó Forets toda su fortuna por la causa de su país. Con tal antecedente no debía desconfiar.

Y hablamos.

El exordio de Forets fué sugestivo. La historia de las guerras de Cuba; la mirada de las naciones de América fijadas en el desarrollo de los sucesos; Puerto Rico soportando una tiranía cruel y apareciendo incapaz de combatir por su dignidad. El, Forets, venía para que una situación así no se prolongase. Contaba conmigo.

Library of Congress

— ¿Qué puntos ha recorrido usted en su excursión hasta Ponce—le pregunté—.

—Varios. Desembarqué en San Juan. Allí no es posible nada. Los del Directorio no admiten que se les proponga nada. Degetau a quien encontré en la Marina, me rechazó. Luego pasé por la Carolina, por Fajardo, por Humacao, por Yabucoa, por Guayama. Todos me dan esta impresión: si Muñoz Rivera se lanza iremos a la lucha en el campo. Convenza usted a Muñoz Rivera. Y, como yo sé que Muñoz Rivera es *un convencido*, parece que no estoy enfrente de un problema insoluble.

—Mi situación es esta, señor Forets: soy partidario de la independencia, como ideal. Todos los pueblos han de ser libres. Considero, sin embargo, absolutamente imposible la independencia de mi patria. Nuestras masas carecen aún de una educación cívica completa. No pelearon 10 nunca y no pelearían con el empuje de las masas cubanas. Intentar el esfuerzo equivale a realizar un sacrificio inútil. Cuba no ha podido vencer tras veinticinco años de titánicas proezas. Puerto Rico sucumbiría sin éxito y sin gloria. Aparte de esto, usted no ignora que la Delegación autonomista, al reunirse en Caguas, nombró una comisión para que busque en Madrid el medio de que tengamos LA AUTONOMIA Y EL GOBIERNO. Es el último cartucho que nos queda, y lo quemamos. Yo pertenezco a la comisión y respondo a usted de que no iré ella, humilde y contrita, a suplicar mercedes; iré, enérgica y altiva, a exponer razones, a reclamar derechos, a pedir justicia. Si la justicia no se hace, tiempo queda para la Junta revolucionaria.

Discutimos. Fué una controversia de dos horas, de patriotismo a patriotismo: el de Forets, fogoso, vibrante, temerario: el mío calmoso, prudente, reflexivo. El de Forets ansiando el choque de las armas en los campamentos; el mío ansiando establecer la libertad y la personalidad del terruño sin sangre, pero con una administración neta y genuinamente insular.

Forets me dió a conocer sus planes. Los traía en pequeñísimos rollos de papel, en forma de cigarros, con fundidos con cigarros *de verdad* en una cajetilla insospechable. La

Library of Congress

hoja, desenvolviéndose, presentaba un hacinamiento de líneas apretadas y de letras microscópicas. Allí la organización del ejército; allí el personal adicto; allí los grupos rebeldes de Venezuela, de Nueva York, de Santo Domingo. En esta república, en Puerto Plata, esperaba el general Rius Rivera, dispuesto a penetrar de todos modos al frente de una expedición, en la playa de Ponce. Había fusiles y machetes. Había barcos.

Lo confieso. Al escuchar a Forets sentí más de una vez como vibraban mis nervios: era el contagio de las ideas grandes, el impulso de los altos pensamientos. Necesité reprimirme para ser leal al acuerdo de Caguas. Lo fuí en absoluto. Y cuando Forets, comprendiendo las ventajas morales de su posición, me estrechaba con una dialéctica firme y elocuente, cerré yo la entrevista con 11 una promesa cerrada, que era, al propio tiempo una declaración ruda y terminante.

—Voy a Madrid. Es mi convicción, porque nos conviene ser españoles sinceros con la autonomía. Es también mi compromiso, adquirido en la asamblea de Caguas. Voy a Madrid. Y si de Madrid no traemos mis compañeros y yo la autonomía que está en nuestro programa, no sé lo que ellos harán: pero de mí puedo asegurarle, bajo mi palabra, que VOLVERE A PUERTO RICO por NUEVA YORK, y volveré con ustedes, amigo Forets, y volveré con las armas en la mano para libertar a nuestra tierra o morir en la demanda.

—A usted le necesitamos en la Junta impulsando los trabajos: usted se quedará en los Estados Unidos: allí nos prestará mejores servicios.

—Nó. Si la fatalidad me coloca en el declive que conduce a la revolución, yo estaré con los míos. Yo no seré un capitán. Araña. No me cuadra el papel que representaría yo en MADISON SQUARE, mientras mis paisanos erraran por los montes y recibieran el plomo español y encontraran sepulcros dignos en la patria esclava.

Nos estrechamos la diestra.

Mis palabras y las de Forets tuvieron testigos en otras reuniones. Entre ellos don Pedro Fournier, hoy adversario mío y siempre mi amigo particular, y don Fructuoso Bustamante, que parecía ser el jefe, el *leader* de los conspiradores ponceños.

Forets permaneció en las habitaciones de Rodríguez Cabrero tres días y salió por la carretera central hacia San Juan. Aquí tomó pasaje en un vapor inglés y abandonó la isla. Después le encontré en la Habana. Fué a visitarme al Hotel Inglaterra, con otro compatriota, Modesto Tirado, que a la sazón era secretario de la asamblea cubana reunida por el general Brooke. Devolví su visita a Forets en Guanabacoa, donde residía el Estado Mayor del ejército cubano; jefe del Estado Mayor, el general Roloff, a quien traté entonces: secretario, el mismo Forets. No he vuelto a verle.

Como complemento de este capítulo interesante de la 12 historia de mi país, conviene consignar que don Pedro Fournier, de paso en Nueva York cuando la Comisión puertorriqueña gestionaba en la península, se presentó a la Junta revolucionaria, y en nuestro nombre le ofreció el más resuelto concurso para el caso de que los partidos españoles no nos concedieran la autonomía y el gobierno. Ese hecho consta en un libro editado por don Roberto Todd, con todos sus pormenores. Y ese hecho confirma la veracidad de las presentes notas.

13

IV DESPEDIDA DE LA COMISION

El 30 de julio de 1896 escribió y dió a las cajas Rodríguez Cabrero uan líneas que habían de causar profunda irritación en el Gobierno.

Como los revolucionarios operaban activamente en Santo Domingo, era indispensable confundirse con ellos y vigilarles hora por hora. Para que sirviese a estos fines policiacos, el general Marín contrató a un hijo del país, de cuyo nombre no quiero acordarme. Rodríguez Cabrero, al conocer el asunto, lanzó la noticia con todos sus pormenores.

Library of Congress

La denuncia vino en el acto. Yo dirigía el periódico y acepté la responsabilidad, declarándome autor.

El día 1 de agosto, cuando el proceso se iniciaba con caracteres peligrosísimos, POR AUXILIO INDIRECTO A LA REBELION, llegó a Ponce el Directorio autonomista, invitado por *La Democracia* a un banquete de despedida, que se celebró en el Hotel Francés el día 2, a las nueve de la noche. Se pronunciaron brindis entusiastas. Y habló el último el alcalde, don Luis Alvarado, que asistía también. Quizá por vez única, desde 1874, tomaba parte en las fiestas cívicas nuestras un representante de los poderes públicos. El brindis de Alvarado fué una formal demostración de simpatías a las nuevas tendencias.

Salimos juntos del banquete Gómez Brioso, Rossy, Barbosa y yo. En la plaza de Las Delicias se nos informó, 14 con datos fidedignos, que ESTABA RESUELTA MI PRISION INMEDIATA y que el auto del juez se cumpliría desde luego. Aunque pensábamos permanecer en Ponce el día 3, deliberamos y acordamos partir aquella madrugada, con objeto de conjurar aquí, cerca de las altas autoridades, el obstáculo que amenazaba destruir nuestros propósitos, impidiendo el viaje de los comisionados y poniéndonos en una situación difícil y extraña.

Partimos en efecto y llegamos a San Juan. El día 4 nos recibía—a Matienzo y a mí—el gobernador general en su casa de Río Piedras: en La Convalecencia. don Sabás Marín estuvo con nosotros más que afable y cortés: expresivo y afectuoso: aquella entrevista duró largo tiempo. Departíamos sobre la posibilidad de que se realizaran los proyectos autonómicos: de la acogida que nos esperaba en la península; de la transcendencia del plan trazado en Caguas.

Sonó la campanilla del teléfono. Acudió un ayudante. Empezó a comunicar con la jefatura de policía. Matienzo y yo, sabiendo que la espada de Damocles pendía sobre mí, escuchábamos al general; pero no desatendíamos al aparato. De pronto el ayudante, sin

Library of Congress

responder nada, sin que pudiera traslucirse nada, tomó una hoja de papel y escribió lo que le decían desde intramuros. La hoja pasó a manos del gobernador.

Leyó este, levantó los ojos para fijarlos en mí, volvió a leer, meditó un minuto que nos pareció un siglo y nos dejó solos un momento, excusándose con la necesidad de dar una orden. Matienzo y yo habíamos comprendido. Aquel despacho telegráfico era la cárcel, el viaje en suspenso, tal vez el fracaso de una gran iniciativa y de una labor concienzuda. Cambiamos dos palabras y aguardamos. El general Marín volvió. Traía en los labios una pregunta.

—¿Es usted, me dijo, autor de una noticia sediciosa que aparece en *La Democracia* sobre espionaje militar en Santo Domingo?

Aquella interrogación era una especie de abismo abierto ante mí. La esperaba y contesté:

15

—Nó, mi general. El autor es uno de los colaboradores del periódico. Pero esto, aquí, entre usted y yo, confidencial e íntimamente, de caballero a caballero, donde no cabe mas que la verdad. Pero ante los tribunales, ante los Consejos de guerra, el autor soy yo, y lo he declarado, y admito las responsabilidades que del hecho se deriven.

—¿Y no podría usted dar el nombre del que escribió la noticia?

—Usted, mi general, es un jefe del ejército español. Usted conoce las leyes de la hidalguía. Y he de sacrificarlo, y lo sacrifico todo antes que denunciar a un compañero, ya que, como Director de *La Democracia*, hasta ayer mismo, mi deber consiste en responder de los escritos que no llevan firma.

—Pues bien—replicó el general—se me comunica por teléfono que acaba de llegar de Ponce un mandato de prisión y que va a ejecutarse enseguida. Yo adoptaré mis

Library of Congress

disposiciones a fin de que no se ejecute. Pero hágame usted el obsequio de guardar las formas permaneciendo en su cuarto del hotel mientras se arregla ese asunto.

Entonces se dirigió a Matienzo y le encargó que viese sin demora al fiscal, señor Mendo de Figueroa, y le indicase, EN SU NOMBRE, en nombre del Gobierno, que, por motivos muy serios, se imponía el sobreseimiento de la causa.

Después el general nos presentó a su familia.

Regresamos: yo al "Hotel Inglaterra"; Matienzo a la casa del fiscal. Este se manifestó vacilante. Adversario mío; enemigo de los puertorriqueños que no se doblegaban, me tenía bajo la ley y no quería soltar su presa; No sé cómo esgrimió Matienzo EL NOMBRE del gobernador; supongo que lo esgrimió a maravilla, con su elocuente frase y con su diplomacia persuasiva: ello es que pasó la nube, y que no se habló ya de AUTOS ni de NOTICIAS SEDICIOSAS.

El día 5, a las diez en punto, íbamos a la fortaleza para despedirnos del general y darle las gracias. Nos entregó tres cartas: una dirigida al presidente del Consejo, señor 16 Cánovas; otro al Ministro de Ultramar, señor Castellanos. La tercera al señor Sagasta. A las ocho de la noche, en el comedor del Hotel Inglaterra, nos ofrecía el Directorio una comida espléndida de treinta y dos cubiertos. Se pronunciaron discursos brillantes: pero la nota general, un tanto sombría, era la del pesimismo y la desconfianza. Nadie esperaba que consiguiéramos lo que íbamos a buscar en Madrid. Allí, en torno a la mesa, se leyó el ACUERDO DE CAGUAS, que parecía conducirnos a un inevitable fracaso. Conviene que ese acuerdo perdure en la memoria del país, lo copio literalmente de "El País", fecha 29 de julio. Helo aquí:

"Que la Comisión visite al actual jefe del Gobierno para hacerle conocer oficialmente el acto que va a realizar el partido.

Que comience sus trabajos de exploradora información con los jefes de los partidos democráticos peninsulares, DESDE EL SEÑOR SAGASTA hasta el señor Pí.

QUE QUEDE AUTORIZADO para concertar LA ALIANZA con el partido que prometa DEFENDER AHORA Y DESARROLLAR LUEGO en el poder, si actualmente no fuere Gobierno, el PROGRAMA INTEGRO, tal como está en la constitución.

Que la promesa solemne del partido peninsular de aceptar la doctrina, sólo se entienda hecha por la declaración del jefe de ese partido ante las Cortes y, si estas estuvieren cerradas, en un documento firmado y publicado.

Que SE PREFIERA para la inteligencia con los autonomistas puertorriqueños, al partido que tuviese probabilidades más seguras de realizar lo antes posible la doctrina DESDE EL GOBIERNO.”

Quien recuerde que el señor Sagasta fué siempre un campeón del incondicionalismo insular; que de los autonomistas sólo recibió ataques violentos y censuras acerbas, comprenderá que marchábamos A LO IMPOSIBLE dada la exigencia de que se aceptase EL PROGRAMA INTEGRO. En mis discursos, no obstante, palpitaba una fé robusta; fe en la ley de la historia; en la lógica de 17 los sucesos; fe en las palabras de Sagasta, de Moret, de Gamazo y de Martínez Campos; fe en el porvenir de mi patria.

El vapor Alfonso XII calentaba sus calderas en el puerto. Bajamos del hotel. Cruzamos la bahía. Subimos las escalas. Allí abajo, meciéndose en las olas, nos decían adiós los que más tarde debían combatirnos a sangre y fuego.

Daba la una en el reloj lejano. Iba a amanecer el 6 de setiembre.

¡A Madrid! 2 CAMPAÑAS III

V EN EL MAR CORUÑA, ABULI, COVADONGA

El “Alfonso XII” levó sus anclas, cruzó lentamente el canal del Morro y puso proa a las costas de la península Ibérica. A bordo dormían los pasajeros. Cuando dejamos nuestros camarotes y subimos a cubierta fué fácil observar que apenas iban en el barco elementos civiles. Sólo se veían gorras y bocamangas del uniforme militar que usaba entonces la infantería española en América.

Ninguno de los que formábamos la Comisión puertorriqueña se preocupó de tal circunstancia. Empezaron a sonar nombres propios: el general Albert, el coronel Araoz, el coronel Acosta... medio centenar de oficiales que habían hecho la guerra y que volvían a España. Ellos, los hombres de la espada, y nosotros los hombres de la pluma; ellos con el encono de la lucha en plena manigua, y nosotros con el amor tranquilo al derecho y a la paz. Era evidente que resultábamos incompatibles.

La robusta mole de madera y de hierro se deslizaba a través del Océano; teníamos el único espectáculo de las grandes travesías; sobre la inmensa llanura circular, líquida y móvil, la inmensa bóveda azul, cerrando por todas partes el horizonte que no cambia nunca. Permanecía 19 yo en la toldilla, con los ojos en el eterno vaivén de las olas y con el pensamiento en mi país. Llegó Gómez Brioso trayendo noticias.

—Acabo de ver a un ingeniero cubano, que viaja con nosotros. Creo conveniente transmitir a usted, a Degetau y a Matienzo los informes que él me comunica. Aunque no son gratos, no debe dárseles tampoco gran importancia.

—Veamos.

—Parece que anoche, antes de llegar nosotros, se dijo en las tertulias del vapor que ESA COMISION ERA UNA COMISION INSURRECTA y que los militares estaban dispuestos a arrojarla al agua aquí o a organizar una silba en la Coruña.

Library of Congress

—No está mal. ¿Y qué opina usted?

—Que nos mantengamos en una reserva casi absoluta; que evitemos cualquier motivo de malestar y que, en una palabra, procuremos *aislarnos*. Confío en que no ocurrirá nada de lo que nos profetizan. Si ocurre, sólo quedará un recurso: el de defendernos.

Dejaron sus literas Matienzo y Degetau; nos reunimos y *deliberamos*. Desde aquel momento se eligió un sitio aparte para nosotros; luego se suplicó al capitán mesa aparte también. Se nos miraba en los primeros días con cierta hostilidad. Pero a los oficiales no se escapó una palabra inculta, ni un gesto displicente. Parecían guardar, respecto de nosotros, idéntica actitud que nosotros respecto a ellos. Después, la vida de a bordo, el inevitable roce en escaleras y en pasillos, establecieron relaciones corteses. Pero hicimos el viaje bajo aquella impresión amarga.

El 16, a las dos de la tarde, descubríamos al fin tierra de Europa. El cabo Finisterre alzaba a lo lejos una silueta oscura. Costeábamos el Noroeste de la Península. A las seis la *Torre de Hércules* se erguía frente a nosotros, recortando sobre las nubes las líneas rectas de sus ángulos de granito. Arribábamos a la Coruña. Desembarcamos de noche. El 17, a primera hora, dirigimos a don Rafael María Labra un despacho telegráfico, saludándole 20 y preguntándole en qué punto podríamos conferenciar con él. Su respuesta fué una invitación para que pasáramos a Oviedo. Nos aguardaba en su quinta ABULI.

Nos pusimos en marcha. No hay ferrocarril directo de Asturias a Galicia. Subimos a León, y desde allí tomamos la línea férrea del Norte. En la estación de Oviedo estaba el *leader* autonomista. No hay para qué describirle. ¿Quién no le conoce? Figura elegante y distinguida, palabra serena y profunda, ademán suave y desenvuelto: el señor Labra posee la afabilidad seductora, común en casi todos los políticos españoles, la seriedad aristocrática, común en casi todos los políticos ingleses. Es a la par un FIJO-DAL-GO y un GENTLEMAN.

Library of Congress

Nos condujo al hotel en su carruaje y nos invitó para que le consagrásemos el día siguiente en ABULI. Las opiniones del señor Labra coincidían con las que mantuve yo tantas veces en *La Democracia*. No había nada que fiar en la acción de los republicanos para traer la república. Entre los diversos grupos se encarnizaba la discordia intestina. Y nosotros obrábamos bien buscando, en una aproximación a los partidos gobernantes, la sola probabilidad de triunfo para los elementos genuinos del país.

Claro que, a través de tanto tiempo transcurrido y de tantos sucesos realizados, parece difícil recordar palabras concretas. Pero este era el fondo del discurso de nuestro *leader* en aquella entrevista. Más aún: nos advirtió que existían corrientes muy contrarias a los antillanos; que él mismo tuvo que defenderse en las Cámaras de la tacha de SEPARATISTA, que un periódico le aplicara porque recomendó al señor Alcorta; que empezaba a prosperar la frase célebre de Cánovas del Castillo, LA GUERRA POR LA GUERRA, y que nuestra posición, en extremo resbaladiza, nos imponía la necesidad de guardar silencio y de no plantear el problema en tanto que no se disiparan las nubes negras del odio y de la suspicacia. Concluyó aconsejándonos que fuésemos a la corte poco menos que de incógnito y que aguardásemos con calma el porvenir.

Aceptamos de todo en todo los consejos del jefe, y a nuestra vez le expusimos sin ambages la situación de la 21 isla. Fuimos a ABULI. Una residencia campestre deliciosa por sus bellezas naturales y más aún por la espléndida y delicada hospitalidad de la familia Labra. El nos habló de Covadonga, la cuna de la reconquista; nos hizo el itinerario, nos dió tarjetas, y, ponderándonos la hermosura del país y los encantos de la excursión, nos decidió a visitar el santuario.

Un ramal económico de la vía férrea va hasta Infiesto. Y de allí, atravesando a la vetusta Cangas de Onís, se sigue en coches hasta las cavernas y los riscos que nos atraían por sus recuerdos históricos. Covadonga es magnífica. En las cercanías del sitio en que los godos pelearon contra los árabes, y en que hoy se alza un monasterio antiguo, los picachos se suceden unos a otros, con sus crestas agudas y sus rocas enormes, que dan

la idea de lo inaccesible, de lo inexpugnable; del rincón sagrado que jamás profanó con su planta el extranjero.

A pesar de los augurios fatídicos del señor Labra, que debíamos respetar y respetábamos, ¡qué optimistas allí nuestras impresiones! Degetau nos dejó en León; Matienzo, Gómez Brioso y yo, junto al obelisco que conmemora el combate homérico de Pelayo con Alkamah, y dentro de la gruta en que corren las aguas del Deva y en que se custodian las tumbas de Pelayo y de Favilla, poníamos el pensamiento en la remota isla de los trópicos, ansiosa de libertad y de justicia. Y confiábamos en el éxito, reconfortándonos con la remembranza de aquellos héroes, que, solos frente al poderío de los muslines, habían sabido recobrar su territorio y clavar su bandera, del Norte al Mediodía, en las montañas y en las ciudades de la patria.

Creyentes, habríamos invocado a la imagen diminuta de la Virgen de Covadonga, para que salvase a nuestro pueblo; tocados por la duda, por la enfermedad de nuestro tiempo, pedíamos sus armas a la lógica, su tenacidad al carácter gótico, su dureza a los enhiestos picachos, su fe a los frailes del monasterio, y nos disponíamos a convencer, a persuadir a los estadistas españoles de que, ni 22 fuera de la autonomía hubo jamás salvación para las metrópolis de sus colonias, ni fuera del afecto y de la solidaridad de intereses y de ideas era posible que subsistiese un minuto más en las *Indias occidentales* el imperio que fundaron Isabel I y Carlos V.

23

VI INACCION FORZOSA LOS PARTIDOS REPUBLICANOS

—“ Si es posible, que nadie sepa, por ahora, la llegada de ustedes a Madrid en comisión política”.

Eso había dicho el *leader*. Y su recomendación expresa, que la disciplina nos obligaba a aceptar como una orden, nos impuso un período de inacción casi absoluto.

Library of Congress

Gómez Brioso, que en ausencia de Labra nos presidía, se reservaba designar la fecha en que las circunstancias permitiesen concertar entrevistas con los hombres que en España dirigen la opinión.

Yo inicié, no obstante, algunos trabajos preparatorios que nos acercaran a los subjefes liberales por medio de sus íntimos, y al señor Sagasta por medio de los subjefes. Así, al celebrarse las conferencias decisivas, tendríamos dispuesta la voluntad del UNICO PARTIDO que, en mi concepto, podía realizar DESDE EL GOBIERNO el programa autonomista y responder de un modo práctico al acuerdo de Caguas.

García Molina se encargó de disponer el ánimo de don Segismundo Moret; Perojo de ganar la simpatía de don Antonio Maura; Gascón de conseguir el concurso de don Germán Gamazo. Los tres cumplieron a maravilla. Y antes de que terminase el mes de octubre, adquiría yo la certeza de que las más altas figuras liberales apoyaban la alianza con nosotros; lo que luego se llamó EL PACTO 24 en Puerto Rico. Gamazo, Moret y Maura, actuando de acuerdo y marchando a un mismo fin, representaban la victoria segura e indiscutible.

En los primeros días de noviembre Gómez Brioso resolvió pedir hora a los republicanos. La señalaron ellos sin tardanza: antes que nadie don Nicolás Salmerón.

Nunca olvidaré nuestra visita al eminente filósofo. Tenía yo la palabra y debía exponer el problema. Procuré exponerlo con claridad. El ex presidente de la república vió allí el pasado y el presente de la colonia; el predominio absurdo de los incondicionales; el esfuerzo inútil de los autonomistas; la necesidad de una resolución que devolviese nuestra isla a sus hijos.

Y habló familiarmente, sencillamente, con una elocuencia grave, honda, sugestiva, poderosa. Desde luego el CENTRALISMO se manifestaba simpático a la comisión puertorriqueña y a sus propósitos y no necesitaba escribirlos, porque constaba de tiempo

Library of Congress

atrás en su programa. Pero ¿era lícito suponer que aquella simpatía traspasase los límites de una bizarra idealidad? Nó, porque el CENTRALISMO, sin probabilidades DE CONSTITUIR SITUACION, resultaba incapaz de ofrecernos nada práctico. Y este país reclamaba remedios urgentes. No creía don Nicolás Salmerón que, siendo nosotros republicanos, el plan de alianzas con los monárquicos pudiera resistir un examen serio desde el punto de vista de una moral impecable. Y, aun así, no lo condenaba; su experiencia y su intuición presentábanle el cuadro completo de nuestras desdichas. Decirnos que fiásemos la salvación a una república entonces muy remota, era como quitarnos la esperanza en el porvenir y entregarnos al monopolio de la vida pública, ejercido por los incondicionales con la ayuda de Cánovas y de Sagasta.

Nos despedimos del insigne estadista enamorado de su sinceridad y encantados de su genio. Y nos dispusimos a una conferencia con don Francisco Pí y Margall, jefe del federalismo español.

Llegamos una noche a su despacho. Lo recuerdo todavía. Una pieza no muy amplia; en un ángulo el pupitre: 25 en las paredes, una anaquelería alta y elegante, llena de libros: en el testero principal una gran butaca forrada con cuero de Córdoba y a derecha e izquierda cuatro butacas en igual forma, aunque más pequeñas. El señor Pí y Margall ocupó su sitio. A la derecha se sentaron Gómez Brioso y Degetau: a la izquierda Matienzo y yo. Gómez Brioso desenvolvió de una manera brillante los proyectos que nos llevaban a Madrid en esta síntesis: "Republicanos éramos todos. Y preguntábamos ¿debe esperarse que venga la república para que se salve Puerto Rico?

Lo que oímos al señor Pí y Margall no se parece a nada: era la lógica marchando en línea recta hacia la justicia absoluta; era el supremo desinterés de un apóstol que solo aspira a satisfacer su conciencia; era la luz de un cerebro extraordinario derramándose sobre nosotros y deslumbrándonos con su fulgor de aurora. He aquí mi impresión personal: aquel hombre tenía en aquel momento la intuición profética de los augures y la serenidad extrahumana de los santos. Para él las colonias no deben existir sino hasta el punto en

Library of Congress

que QUIEREN separarse de sus metrópolis; para él a Filipinas, a Cuba y a Puerto Rico no quedaba otro camino que la independencia, decretada por las Cortes de España.

Reproducir lo que dijo resultaría tan difícil como recoger en una redoma los rayos del sol. Filipinas y Cuba, peleando con heroísmo, defendían su derecho. Y el derecho siempre triunfa. Puerto Rico sin pelear, triunfaría. No se ocupó de Sagasta ni de los monárquicos: su pensamiento estaba más alto, en las eternas cumbres del ideal.

Oyendo a aquel varón tan sabio y tan justo, se sentía el deseo de besar sus manos, como se besan las de un padre, y de seguir los vuelos de su espíritu aunque condujesen fuera de la triste realidad de las cosas humanas.

El sólo poseía la razón; él solo iba a la verdad. Y nosotros, obligados a BUSCAR UN ANTIDOTO AL VENENO CONSERVADOR, íbamos a dejarle con sus abstracciones 26 magníficas y sus clarividencias asombrosas.

Lo dejamos. Puerto Rico no había menester una doctrina, sino UN HECHO. Puerto Rico pedía que se quitase de sus hombros la mole inmensa de un privilegio insultante y que se arrancara de sus brazos la férrea ligadura de una injusticia secular. Y eso no era factible por discursos ni por artículos; tenía que venir por decretos, que se basaran en las fuerzas vivas de un Gobierno y de un Estado. En las palabras del señor Pí se veía todo, menos la república surgiendo de la propaganda y haciéndose capaz de romper cadenas y destruir esclavitudes.

Visitamos también a los señores Muro y Esquerdo, jefes de otros grupos. Los dos se abstenían de anticipar promesas, aunque ambos anticiparan estímulos y aplausos. Y mis compañeros, Gómez Brioso, Degetau y Matienzo—no pude acompañarles por estar ausente de Madrid, en las provincias de Levante, al acordarse la entrevista—conferenciaron con los señores Carvajal y marqués de Santa Marta. El corolario de ese tanteo persistente en el campo republicano, se redujo a esta fórmula: “La república nos

haría libres; pero la república en España no se restaurará. La Comisión, compuesta de republicanos, sabe esto, y sabe asimismo que su país no puede aguardar sin perecer.”

Matienzo aceptaba, más aún, patrocinaba esas conclusiones; Gómez Brioso, en lucha con sus principios y con su antigua filiación en las banderas de Pí y Margall, cedía, sacrificando por su patria sus puntos de vista personales; Degetau empeñándose a toda costa en mantener sus compromisos con los progresistas o los históricos de Esquerdo, rehusaba su voto AL PACTO, si bien mostrábase pronto a proseguir con nosotros el estudio, que había de cambiar de terreno, para ahondar en los reales de la monarquía.

Tal la posición nuestra a mediados de noviembre. Se acercaba el momento decisivo. Un día fuí al *Nuevo Mundo*, ví a Perojo, y este me aconsejó que hiciese una excursión a los baños termales de “Fortuna”, donde reponía 27 sus fuerzas don Práxedes Sagasta. El viaje se resolvió tan luego como Pablo Cruz, secretario del jefe liberal, me anunció que este me recibiría con gusto y me consagraría todo el vagar indispensable, ya que en “Fortuna” le quedaba espacio libre para resolver con calma.

Tomé el expreso de Cartagena y me dirigí a la residencia del político más hábil que tuvo España desde Aranda hasta Silvela.

28

VII EN FORTUNA.—EL SEÑOR SAGASTA

Tomé el ferrocarril. Doce horas de viaje hasta Archena. Desde allí cuatro horas en coche, por un camino polvoroso, que se desliza entre llanuras estériles y olivares diminutos. Para mis pupilas, acostumbradas a la naturaleza gigante de los trópicos, aquella vegetación era una vegetación de simulacro. Llegué a Fortuna. Me instalé y puse dos letras a Pablo Cruz. Vino a verme sin demora. Me saludó en nombre de su jefe y me dijo que aquella misma noche estaría esperándome en sus habitaciones.

Ocupaba un hotelito frente al gran hotel del balneario. En los portales algunas parejas de la Guardia civil, vigilando a los posibles asesinos. Entré. El señor Sagasta en persona salió a recibirme. Se encontraba solo. Me consagraba su tiempo. Se disponía a escucharme. Veíase que, para él, no había entonces más arduo problema que el problema de las Antillas. Me indicó una amplia otomana de tapicería. Se sentó cerca de mí. Se cruzaron algunas palabras sobre mi viaje, sobre Madrid, sobre las aguas de Fortuna. Y entramos en el asunto.

—Celebro de veras—dijo el señor Sagasta—que al fin se realizase su propósito de venir a Europa con una Comisión autonomista. ¿Quiénes acompañan a usted?

29

—El señor Gómez Bríoso, jefe del partido; el señor Matienzo, uno de nuestros oradores más elocuentes, y el señor Degetau, publicista puertorriqueño, de grandes aptitudes, que reside en España.

—Son todos ellos partidarios de una fórmula que les acerque a la monarquía y les asegure el apoyo de las fuerzas liberales?

—Es preciso distinguir: el señor Degetau milita en una de las fracciones republicanas. ESTUDIA con nosotros la situación y, si la alianza es posible, nos dejará realizarla y se quedará bajo sus banderas; el señor Gómez Bríoso, también republicano, coopera a la obra y la realizará, retirándose al terminarla en Puerto Rico; el señor Matienzo y yo, republicanos también, sacrificamos los principios IRREALIZABLES para que nuestro país logre las REALIDADES inmediatas y estamos prontos a constituir en la isla una prolongación del partido liberal.

—Y el partido autonomista, ¿piensa como el señor Matienzo y usted o como los señores Bríoso y Degetau?

Library of Congress

—Tengo la certidumbre absoluta de que si el partido liberal y usted en su nombre aceptan el programa autonomista íntegro y prometen cumplirlo desde el Poder, apoyándose en nuestro partido, la inmensa mayoría se agrupará junto a nosotros inmediata y resueltamente.

El señor Sagasta guardó silencio. Permanecimos tres o cuatro minutos sin hablar. El meditaba sin duda. Yo no debía interrumpirle.

— ¿Cuál es el programa de ustedes, en concreto?

—Aquí lo tiene usted—respondí alargándole una cartulina en que aparecía la declaración de principios hecha por la asamblea de Ponce en 1897.

Lo leyó con lentitud. Volvió a leerlo. Y después, cambiando de rumbo, retrocediendo para buscar una síntesis, para entrar a fondo en el problema y orientarse a conciencia, hizo esta pregunta:

—¿Cuál es AHORA la situación política de Puerto Rico?

—EN EL INTERIOR dos partidos: uno, el INCONDICIONAL, cuyo núcleo constituyen los emigrantes de la península y los funcionarios públicos. En él forman ALGUNOS 30 elementos del país, muy subordinados y muy poco influyentes; otro el AUTONOMISTA, que cuenta con las grandes masas y que, con un sufragio menos estrecho, adquiriría una fuerza incontrastable. Desde hace veintidós años, desde la restauración de don Alfonso, el partido incondicional se apoderó de cuanto en la isla representaba autoridad. Y hoy es dueño de todo, y gobierna lo mismo con usted que con el señor Cánovas...

—Es claro; nunca trató nadie de entenderse con nosotros: de acá no debía esperarse la iniciativa.

Library of Congress

—Ese predominio que se ejerce por medio de una violencia espantosa, crea una situación insostenible. Los puertorriqueños no se resignan a la esclavitud política sin rescate. En Nueva York existe una Junta: el Club Borinquen.

—Sí, sí; ya conozco la existencia de ese CLUB.

— Enhorabuena. El Club Borinquen se mueve con actividad. Y, aunque el país es refractario a la resolución, yo preveo que acudirá a las armas en el caso de que se le arrebatase su última esperanza, que reside en esta Comisión cuya voz traigo cerca de usted.

—Y en ese caso, ¿qué actitud adoptarían ustedes?

El interrogatorio era tremendo. Pero la cuestión estaba resuelta en mi espíritu. Recordé mis palabras a Forets, mis encargos a Fournier, lo que éste habría dicho en mi nombre en Nueva York, y contesté en el acto:

—En materia tan difícil yo no puedo hablar por mis compañeros. Hablo por mí, bajo mi responsabilidad personal. Y declaró con toda franqueza que QUIERO SER ESPAÑOL y que lo seré con lealtad si España trata a sus colonos de América como a hijos suyos: si sucede lo contrario, si se prolonga la injusticia, seré puertorriqueño nada más y cumpliré mis deberes de patriota.

—¿Usted mide el alcance de esas declaraciones?

—Don Práxedes, creo que estoy hablando a un gran estadista y a un hombre de corazón. Yo no oculto la verdad. Si fracasamos en Madrid no podré volver a Puerto Rico.

31

—¿Y adónde?

Library of Congress

—A Nueva York.

Aquel anciano, tan simpático y tan respetable, fijó en los míos sus ojos escrutadores. Vi en su mirada la expresión de una nobleza extraordinaria.

Meditó de nuevo, más largo espacio aún. Se levantó, se aseguró de que los cristales de las puertas estaban firmes y de que el viento no entraba por ningún resquicio, me ofreció un habano.

Y de repente exclamó:

—¿Y Cánovas? ¿Qué opina Cánovas?

—Lo ignoro. Aún, al salir yo de la corte, no había fijado fecha a mis amigos para verle. Tengo, no obstante, motivos serios para presumir que ve con simpatía los proyectos de la Comisión. Del general Marín, gobernador de Puerto Rico, traemos cartas para él y para usted.

—¿Y Labra?

—El señor Labra es uno de los miembros del Directorio centralista. No abandona sus compromisos. No nos acompaña en esta evolución; más de sus propios consejos deducimos que no se opone a ella y que nos permitiría marchar con desembarazo.

Don Práxedes volvió a leer el programa.

—NO PIDEN USTEDES MUCHO. Yo no debo anticipar nada antes de ponerme de acuerdo con los varios elementos liberales. Le diré, sin embargo, cuanto puedo decir. Trabajen ustedes. Tengan confianza. El partido liberal irá lejos, quizás más lejos de lo que ustedes piensan. Lo que importa, sobre todo, en las Antillas, es mantener el honor de las armas españolas y el imperio indiscutible de la patria. No choca eso con la autonomía. Antes bien la autonomía será acaso un medio de llegar a eso. Se

Library of Congress

necesita UNA FORMULA suave, que no produzca alarmas en la opinión peninsular. La buscaremos.

—Me basta lo que usted ha dicho. Gracias, don Práxedes.

—¿Cuándo regresa usted a Madrid?

—Mañana mismo.

—Venga a verme antes. Yo regresaré de ahora en seis 32 días. Vaya a mi casa con frecuencia. Hablaremos largamente. Y encontraremos lo que nos falta: LA FORMULA.

Me puse de pie estrechando la diestra del caudillo. Me acompañó a la escalera y me despidió con un afectuoso saludo.

—¡Hasta mañana, y hasta Madrid!

33

VIII MATICES CONSERVADORES CANOVAS.—SEVILLA

Desde Fortuna me dirigí en carruaje a Murcia, atravesando LA HUERTA, tan célebre por la hermosura de sus cultivos. El sitio responde bien a su fama. Es una planicie de seis leguas de diámetro, en el centro de la cual se alza la ciudad, con sus torres negruzcas y sus antiguas construcciones, como una mancha de sombra entre los tonos claros del jardín que la circunda por todas partes.

Y desde Murcia, por el camino de hierro, a Cartagena, para conocer los baluartes en que resistió el cantonalismo, queriendo hacer pedazos la unidad española. Durante los cortos días que duró mi ausencia de Madrid, el jefe del Gobierno, don Antonio Cánovas, había concedido a la Comisión una entrevista oficial. Es claro que no pude asistir. Pero a mis compañeros produjo grata impresión aquel acto importante.

Library of Congress

El señor Cánovas les acogió con gran cortesía y les oyó con profundo interés. No debían ocultarse a un hombre de su complejión política la trascendencia de nuestro 3 CAMPAÑAS III 34 viaje ni la altura de nuestros propósitos. Consideraba muy patrióticas y muy prácticas las aproximaciones que buscábamos, y tuvo para ella frases de aliento y simpatías. A pesar de sus compromisos con las colonias, no era partidario de que se eternizase aquí el monopolio del poder en pro de sus amigos.

A la del señor Cánovas, siguió nuestra visita al señor Silvela. Nos recibió este en su despacho y estuvimos departiendo una hora. Matienzo, encargado de exponer nuestros planes, habló admirablemente por espacio de veinte minutos. Es difícil que recuerde yo punto por punto sus palabras, ni que logre reproducirlas con fidelidad; pero no olvido lo fundamental; lo que más honda impresión causó en mi espíritu.

Matienzo comenzó por los orígenes históricos de los grupos militantes en Puerto Rico, cuya génesis ofreció, clara y distinta, a la perspicacia del señor Silvela. Entró luego en el examen de la situación y dedujo consecuencias terribles. Los puertorriqueños no se resignarían jamás a sufrir bajo la tiranía injusta de un *incondicionalismo* que en el fondo no pasaba de ser un *egoísmo*. Los incondicionales tenían una sola tendencia: la de dominar, la de imperar en absoluto. Ellos con la representación en cortes; ellos con la hegemonía regional; ellos con el concurso de los dos partidos monárquicos; ellos con el privilegio de ser UNICOS en un país cuyos gritos ahogaban bajo la losa de plomo de sus mayorías falsas. Y nosotros, las mayorías de veras; la opinión pública condensándose en una agrupación política, reducidos a una inferioridad impuesta contra todo derecho.

¿Creía el señor Silvela posible que se prolongase una lucha en tales circunstancias? Inútil acudir a los comicios, que se convertían en una triste farsa; inútil elevar la voz en el Congreso, que se mostraba sordo a nuestros clamores; inútil agitarse en la contienda legal, donde no existía otra ley que el capricho de los caciques soberanos. Si continuaban las cosas IN STATU QUO ¿qué caminos se abrían a los legítimos avances del pueblo

Library of Congress

insular? Ningunos, dentro de la paz. La situación, 35 esencialmente revolucionaria, no admitía entonces otra solución que la guerra. Y nosotros queríamos evitar la guerra.

Por eso íbamos a Madrid; por eso trabajábamos para lograr que se estableciera la alianza entre el partido autonomista y un partido gobernante en la metrópoli. Alianza que debía fundarse en la aplicación de nuestro programa íntegro, en toda su plenitud. Nosotros nos salvaríamos; pero salvaríamos también a España en América, ya que el imperio nacional estaba próximo a sucumbir si se fundaba en la tiranía y en la fuerza y estaba próximo a flotar si se fundaba en la solidaridad íntima de intereses y de afectos.

—“SOBRE TODO DE INTERESES—Añadió Matienzo con serena y poderosa energía—. Nosotros tenemos de España la sangre latina; la lengua castellana, la tradición caballeresca y un tanto quijotesca; las costumbres, los ideales; el tipo, en fin, los caracteres de la raza. Y conservamos el cariño recóndito de la patria madre. Pero antes que eso está el *cálculo*, lo que NOS CONVenga, lo que nos levante y nos haga prósperos y libres. Y España debe cuidarse de que su soberanía se apoye en nuestro deseo de ser españoles. Cuando serlo equivalga a gozar de amplísimas libertades; a ejercer prerrogativas propias; a mandar en nuestra casa; a vender bien nuestros productos sin la traba de los aranceles proteccionistas, y a no sufrir la servidumbre que sufrimos desde Ponce de León hasta nuestros días, seremos patriotas por reflexión; POR CALCULO. Y es así como han de conducirse, sólida y reflexivamente, los pueblos que se consideran en aptitud de emanciparse y de vivir.”

En el corazón de España, en el despacho de un jefe conservador, las palabras de Matienzo tenían algo de las sordas explosiones subterráneas y del fulgor siniestro de los cráteres. El señor Silvela escuchaba sin asombro.

—Nosotros no podemos volver a nuestra tierra si no llevamos un remedio para los males que la agobian. Nuestro fracaso sería la pérdida de LA UNICA ESPERANZA. 36 Y quedaría el campo expedito a los CLUBS DE NUEVA YORK.

Ahí culminaba el discurso. Y por su contexto se verá de qué suerte cumplía con sus deberes la Comisión autonomista y con qué franqueza viril, con qué altivez robusta y noble representaba a su partido y a su pueblo. A España debíamos la verdad, amarga o dulce, no importa, y se la dábamos sin amenazas pueriles, aunque sin pueriles debilidades.

El señor Silvela contestó. Su respuesta fué digna de su inmenso talento. “EL ERA AUTONOMISTA. Tan autonomista como los QUE MAS en Puerto Rico. Entiendo que no de otra manera se salvarían los restos del podería español en América, no se recataba de declararlo, según lo declaró en un MEETING—no recuerdo si en Málaga o en Zaragoza—. El mal de las colonias, crónico hasta 1895, se convertía de repente en agudo y grave. Llegaba la hora de los remedios heroicos. A pueblos ya crecidos y formados no se imponen tutelas: se ofrecen ventajas y garantías. Y si no, los pueblos las toman por su propio esfuerzo.”

En la época a que aludo, en 1896, se iniciaba, y se acentuaba con rapidez, el cisma que separó por modo definitivo a los señores Cánovas y Silvela. Este no cabía en los moldes reaccionarios y levantaba su estandarte. Sus declaraciones a la Comisión fueron extensas; pero se resumen con exactitud en el extracto que escribo. Dos días más tarde celebraba *El Tiempo*, órgano de la disidencia silvelista, un aniversario de su fundación. Nos invitó el señor Silvela y le oímos aquellas frases célebres, en que no sé yo si tendría algún influjo el *speech* de Matienzo: “Es preciso—decía—prepararse en Cuba a una gran liquidación final.”

Quise detenerme en esta entrevista con el gobernante que hoy preside el Gabinete español, porque ella revelará de una vez A TODOS LOS PEURTORRIQUEÑOS cual era EL SENTIDO de nuestra misión en Madrid y cómo PEDIAMOS JUSTICIA los representantes de Puerto Rico.

A España no fuimos con la soberbia vana de los necios, ni con la humildad vergonzosa de los esclavos. Fuimos a decir la verdad y la dijimos entera; fuimos a buscar la libertad y la trajimos toda.

Si esto merece el odio y el castigo, esperaremos a que la moral y el honor vuelvan a ser los dioses de nuestros altares.

38

IX MORET-SAGASTA

Ya era tiempo de que nuestras gestiones se desenvolviesen de un modo exclusivo, en el despacho de los prohombres liberales. La Comisión visitó a Gamazo, a Maura, a Puigcerver, a López Domínguez y a Romanones. Todos se manifestaban propicios a la alianza, sobre la base del programa autonomista; pero todos esperaban las órdenes de su jefe y deseaban que él hablase para decidirse y comprometer su apoyo resuelto a la disolución que proponíamos. La marcha de las cosas no pudo ser más favorable, existiendo, como existía, la certidumbre casi absoluta de que el señor Sagasta encontraría la FORMULA para el pacto.

García Molinas, Gascón y Perojo trabajaban con actividad. Gómez Brioso y yo empezamos una serie de conferencias con don Segismundo Moret, que patrocinaba e impulsaba nuestra obra con profunda sinceridad y con verdadero entusiasmo. El señor Moret veía ya en lontananza la enorme silueta de los Estados Unidos, alzándose en el oscuro horizonte y extendiendo sus brazos a las colonias de España. Las clarividencias de aquel estadista ilustre se realizaron muy pronto.

Están vivas en mi memoria sus palabras.

—Yo quiero un sistema que adapte a esas islas americanas los métodos de colonización inglesa en Australia y en el Canadá. La bandera de la patria en los castillos; y en LA FORTALEZA un representante de la soberanía, 39 que REINE Y NO GOBIERNE, como

Library of Congress

los monarcas constitucionales europeos. La administración completa en manos del pueblo, ejercida por la Cámara y Consejo Ejecutivo. No sólo acepto EL PROGRAMA DE PONCE, sino que lo ampliaré hasta el punto necesario para que las colonias dependan de sí mismas en la factura de su presupuesto, en la elección de sus funcionarios, en la dirección de sus intereses locales. A Cuba y a Puerto Rico debemos enviar un ex ministro de gran talla, que pueda aplicar el régimen sin recortarlo ni empequeñecerlo. Sólo a costa de ese avance, valientemente realizado, pueden salvarse todavía los restos de nuestro dominio en América.

Y añadía el señor Moret:

—A las colonias debe mandar la metrópoli, para que afirmen su prestigio y le atraigan simpatías, sus políticos más capaces.

—¿Por qué no va usted mismo?

—No puede ser. En las presentes circunstancias, que son difíciles si nunca las hubo, estoy obligado a permanecer en Madrid. Y, además, no aseguro que se logre desde luego que el elemento civil reemplace al elemento militar en los gobiernos generales. Mis palabras responden, en abstracto, a un ideal mío. En Australia representa hoy a Inglaterra lord Hopetown: un gran señor, aristócrata con todo lo que la aristocracia tiene de simpático y noble. Lord Hopetown no hace en Melbourne otro papel que el de elegir los ministros que la opinión le señala y el de dar el tono de la distinción en la sociedad colonial. No interviene en los negocios, no se mezcla en nada: REINA Y NO GOBIERNA. Ese es el ideal de los gobernadores en las colonias libres y autónomas. Ese es MI IDEAL.

Como nuestra entrevista OFICIAL con el señor Sagasta se consideraba decisiva, Gómez Brioso y yo íbamos preparándola sin impaciencia y empleando los recursos que hubieran de conducirnos A UN EXITO. Don Segismundo Moret, que con tanta generosidad nos alentaba y nos servía, se encargó de los primeros tanteos acerca de la FORMULA; de aquella fórmula que constituía nuestra más honda preocupación y nuestro más

Library of Congress

arduo problema. Porque ya sabíamos que EN EL FONDO, EN EL HECHO, el partido liberal estaba dispuesto a HACER SUYAS NUESTRAS SOLUCIONES; pero no era oportuno ni prudente decir que se admitía el programa de Ponce, en la Península, donde nadie conocía ese programa y donde una declaración que a las gentes pareciese muy avanzada, podía traer dificultades al partido liberal.

El señor Moret nos presentó LA FORMULA. Nos pareció vaga, indecisa. Pensamos que no era bastante para matar las desconfianzas tenaces, las legítimas desconfianzas de nuestros amigos de Puerto Rico. Se reunió la Comisión. Acordó añadir y quitar vocablos al proyecto. Y fué al bufete del señor Moret para suplicarle que influyera a fin de que el señor Sagasta no se obstinara en una declaración pobre y raquítica, sino que llegara a todas las amplitudes, ya que cualquier recorte en el programa resultaría incompatible con las instrucciones que nos dió en Caguas la Delegación autonomista. Después de varias tentativas y de diversas modificaciones, el jefe liberal convino en suscribir la fórmula siguiente:

“La Comisión del partido autonomista de Puerto Rico, a nombre de la Delegación del mismo en virtud de las facultades de que se halla investida, declara que PRESTARÁ SU APOYO al partido liberal que preside don Práxedes Mateo Sagasta, tanto en su política general como antillana, visto que este partido al desenvolver las bases de reformas CON EL ESPIRITU MAS EXPANSIVO y el criterio más liberal, otorgará a las Antillas, como ya lo hubiera hecho de continuar en el Poder, LA MAYOR DESCENTRALIZACION POSIBLE dentro de la unidad nacional, de suerte que la iniciativa y gestión de sus intereses locales, municipales y provinciales, LES CORRESPONDA Y PERTENEZCA POR COMPLETO, COMO SOLICITAN LOS LIBERALES PUERTORRIQUEÑOS; y que, cesando toda distinción entre españoles, los habitantes de Puerto Rico gocen de los MISMOS DERECHOS que los peninsulares, como medio el más seguro de dar satisfacción a los 41 principios democráticos por todos proclamados. Y como para la debida unificación en el procedimiento, es necesaria la incorporación a las filas liberales, de los autonomistas de Puerto Rico, la Comisión someterá a la asamblea general del

Library of Congress

partido a la indicada corporación, para constituir en la isla UN SOLO PARTIDO LIBERAL sometido a la disciplina del de la península, como prolongación suya en aquella provincia ultramarina.

Madrid, enero 12 de 1897.”

Conocida la fórmula, garantido el triunfo, la Comisión visitó en CUERPO por primera y única vez, al señor Sagasta. Estaba ya segura la autonomía, LA DE LOS LIBERALES PUERTORRIQUEÑOS; estaba ya seguro el sufragio de todos los varones mayores de veinticinco años. El país pertenecería en adelante a los hijos del país, desde el punto y hora en que subiese el partido liberal, a los consejos de la Corona.

¿Para qué hablar de la entrevista? Fué, más que cortés, afectuosa, cordialísima. El señor Gómez Brioso llevó la palabra en nuestro nombre. Estuvo como debía estar: sobrio, correcto, elocuente. El señor Sagasta habló con franqueza; dijo que LA FORMULA no podía contener más de lo que contenía; que él estaba con nosotros y que de sus promesas responderían sus primeros actos en el Gobierno; nos autorizó para que diésemos cuenta de aquel acto en todos los diarios, usando su nombre, y nos trató intimamente, como se trata a buenos y antiguos correligionarios.

En la conferencia apenas desplegué los labios: deseaba que mis compañeros hablasen. Hablaron: Matienzo para felicitarlo de que el problema de Puerto Rico se resolviese, al fin, de un modo tan completo y para ofrecer su aplauso y su adhesión al señor Sagasta; Degetau para pronunciar frases de distinción y afecto hacia el jefe liberal, ratificando, no obstante, sus compromisos y sus ideas republicanas; Gómez Brioso para afirmar que contribuiría a la prolongación del partido liberal en Puerto Rico, retirándose 42 inmediatamente después y haciendo por su país ese mismo sacrificio.

Resumió el señor Sagasta; ratificó y amplió sus promesas; dijo que comprendía la posición de cada uno de nosotros y lamentaba que no estuviéramos todos en aptitud de

Library of Congress

seguir los nuevos rumbos de la política puertorriqueña; encargó que le informáramos por cable los acuerdos de la asamblea que debía reunirse al llegar nosotros a San Juan.

Nos despedimos. Y desde allí fuimos todos a la casa de Degetau, que nos convidaba a comer.

Estábamos satisfechos. Nuestras impresiones, risueñas y optimistas, se reflejaban en la franca alegría con que hacíamos honor a la esplendidez con que Degetau nos obsequiaba. En torno de la mesa, recordando a la patria ausente, volvíamos los ojos al pasado, ¡cuántas injusticias y cuántas lágrimas! Los volvíamos al porvenir, ¡cuántas reparaciones y cuántas esperanzas!

El Gabinete conservador, herido de muerte, desaparecía en aquel mismo año 1897. El Gabinete liberal vendría a tomar en sus manos la enseña que tremoló Baldorioty, diez años antes, en la asamblea de 1887. Dos lustros de dolor y de labor y el país redimido para siempre. Sólo Degetau dudaba de que las promesas se trocaran en realidades. Gómez Brioso estaba convencido. Matienzo y yo teníamos fe y respondíamos del futuro.

Nos quedaban pocos días en España. Embarcaríamos el 25 de enero en Barcelona. De la residencia de Degetau fuimos a los grandes diarios de la mañana: *El Imparcial*, *El Liberal*, *El Globo*, *El Correo*. Apareció LA FORMULA y todos los políticos de Madrid, incluso los que representaban al incondicionalismo antillano, comprendieron que estaba próxima una radical transformación en las colonias y que alboreaba, tras una tiniebla de cuatro siglos, el astro del derecho.

43

X EN PUERTO RICO.—LA ASAMBLEA

Tomamos Matienzo y yo en Barcelona el trasatlántico “P. de Satrústegui”. Gómez Brioso nos aguardaba en Cádiz. El 31 de enero de 1897 levó anclas el buque. El 11 de febrero, a las siete de la mañana, entró en la bahía de San Juan. A bordo fueron los representantes

Library of Congress

de todos los Comités. La asamblea empezaba aquella noche. A la una de la tarde se reunió la Delegación autonomista. El jefe del partido, al dar cuenta de nuestros actos en Madrid, pronunció un magistral discurso de hora y media. Y cuando creíamos que, HABIENDO NOSOTROS CUMPLIDO EL ACUERDO DE CAGUAS y trayendo las solemnes promesas, escritas y publicadas, del señor Sagasta, no quedaría otra cosa que aprobar y robustecer nuestra conducta, resultó que los señores Rossy, Barbosa, Sánchez Morales y Veve, los mismos que nos enviaron a la metrópoli, se envolvían en reservas absurdas y declaraban que ellos, ellos no renunciarían a SUS IDEAS REPUBLICANAS.

Matienzo y yo, el mismo Gómez Brioso, que no cede a nadie en punto a republicanismo, nos esforzamos en persuadir a los compañeros. Imposible. No afirmaban, no negaban; pero su actitud nos hacía temer una lucha en el teatro. Lucha inverosímil, porque si nos enviaron A PACTAR INTELIGENCIAS O ALIANZAS CON LAS FUERZAS POLITICAS QUE HICIERAN SUYO EL PROGRAMA 44 DE PONCE Y QUE LO APLICASEN DESDE EL GOBIERNO; y si el programa tenía ya el EXEQUATUR del señor Sagasta; y si el pacto era una realidad, ¿debían nuestros amigos negarse a UNA OBRA TAN SUYA COMO NUESTRA y dejarnos en situación falsa, y perder el terreno a costa de tales sacrificios conquistado? Esas preguntas nos hacíamos y a esas preguntas iban a responder los debates. Los esfuerzos de Gómez Brioso, los de Matienzo, los míos para evitar una contienda oratoria en el teatro y una contienda fratricida en el país, fracasaban totalmente.

Hablando aquel día con un redactor de *La Correspondencia*, le dije yo, respecto del señor Labra: "Su conducta no puede ser más correcta ni más noble. Al llegar nosotros, el señor Labra nos hizo, en Oviedo, una síntesis de la política peninsular, sin prejuicios, sin equívocos, con profundo conocimiento de la realidad. Por lo que toca a lo esencial, a lo fundamental de nuestros empeños, el señor Labra no puso frente a la Comisión ningún obstáculo. Era republicano; sigue fiel a sus viejos compromisos; pero conoce que el mal grave de este país arranca del monopolio integrista. Y cuando un partido de gobierno prohija vuestros dogmas y aplica nuestras ideas, él cree y afirma que no debemos luchar contra ese partido. Antes piensa y declara que auxiliándole, secundándole, apoyándole,

Library of Congress

damos prueba de tacto y de cordura. Cábeme la satisfacción de que mis juicios, como periodista y como ciudadano coinciden CON TODOS los que expresó el señor Labra en sus conferencias con los comisionados.”

Y refiriéndome al partido liberal español, con cuyos jefes pactábamos, me expresé en términos explícitos. Helos aquí:

“Los ex ministros Sagasta, Moret, Gamazo, López Domínguez, Maura, Puigcerver, Núñez de Arce, Aguilera, Amós Salvador, están conformes:

En que el programa autonomista, el nuestro, puede y debe aplicarse sin demora.

En que puede y debe, asimismo, otorgárse nos la identidad política y jurídica que pretendemos, hasta llegar 45 al sufragio y al jurado, si persistimos en reclamar esas leyes.

En que urge que se establezca el turno de los varios elementos en que la opinión insular se bifurca, gobernando cada cual con sus afines, de suerte que los partidos sean en las colonias prolongaciones de los de la Península.

En que nuestra conducta se inspira en tendencias prácticas y en móviles patrióticos, respondiendo a la hermosa fidelidad de Puerto Rico, que España se apresta a premiar con largueza.

—De modo que el día en que el señor Sagasta ocupe el banco azul—insinuaba el *reporter* ...

—El día que eso ocurra—y ocurrirá pronto—las cosas cambiarán en Puerto Rico. Cesará el monopolio del influjo oficial, que disfrutaban los conservadores; convertiremos nosotros en actos nuestras teorías; la juventud puertorriqueña encontrará campo en que desenvolver sus talentos y sus energías; recibirán las obras de fomento el impulso que necesitan; imperarán DE VERAS todas las libertades civiles; la de comercio, la de la asociación,

Library of Congress

la de imprenta; se resolverán conflictos tales como el monetario, que aún subsiste; se creará la escuela primaria moderna en que no arraigue ni medre la rutina; se abrirán instituciones en que se nutran los que han de suceder en las lides por el progreso; se castigarán los impuestos indispensables, suprimiendo los gastos inútiles, y se llegará, en fin, por diversos caminos a la regeneración social y económica de nuestro pueblo bajo la bandera de la patria. En un período más o menos corto, tal será nuestra tarea, que conservarán y consolidarán, en sus turnos de gobierno, nuestros contrincantes, porque en consolidarla y conservarla estriba su propio interés y radica su propia honra.”

A las ocho y media de la noche empezó la asamblea. En nombre de mis compañeros hice una minuciosa reseña de los trabajos de la Comisión, sin omitir un solo detalle, a fin de que los delegados se enterasen a fondo y resolviesen a conciencia. Tuvimos tres contendientes: el señor Ramos, que en años anteriores nos abandonó diciendo 46 que SE IBA A SU BUFETE A OCUPARSE DE COSAS MAS SERIAS; el señor Rossy y el señor Barbosa. Matienzo, en dos improvisaciones soberbias, mantuvo nuestra causa y destruyó uno tras otro los argumentos de sus adversarios. Hubo tres sesiones: en la última el señor Ramos insistió en afirmar que el señor Sagasta NO CUMPLIRIA; que la Comisión SERIA ENGAÑADA y que los incondicionales CONTINUARIAN MONOPOLIZANDO EL PODER.

Daban las diez de la noche: LA INTEGRIDAD, órgano máximo del incondicionalismo, circulaba por San Juan y traía una correspondencia de tonos muy ásperos, escrita por el señor Balbás, desde España. En la carta se leían párrafos como éste:

“Quedamos en que el señor Sagasta se ha pasado al campo enemigo.

Los autonomistas de Puerto Rico le aceptan benévolamente.

¡A qué lamentable situación ha llegado el partido liberal dinástico con su jefe!

El señor Sagasta acordará, pues, la incorporación completa e inmediata de su partido al partido autonomista puertorriqueño.

Library of Congress

El partido liberal se asocia al autonomista, a ese mismo partido contra quien ha luchado en los comicios tantas veces el incondicionalmente español, para sacar triunfantes los candidatos fusionistas, a quienes con tanto ahinco trataban de derrotar los amigos novísimos del señor Sagasta.

Lamentable inconsecuencia, si no es ingratitud notoria.

Quiera el cielo que el señor Sagasta no tenga que arrepentirse algún día de su irreflexivo acuerdo.”

El hecho no puede ser más elocuente: el señor Balbás, político de grandes alientos y de grandes intuiciones, diputado en el Congreso nacional, LEADER indiscutible de sus correligionarios, decía que “el señor Sagasta venía a nosotros.” Y el señor Ramos, llamándose autonomista, 47 dudaba de las afirmaciones nuestras; más aún, las negaba de un modo rotundo e intolerante, poniendo en su dialéctica frases rayanas con la injuria.

Para hacer notar el contraste me levanté en el acto y leí la carta del señor Balbás. El efecto fué enorme. La asamblea, que aún vacilaba, rompió en aplausos y aclamaciones estruendosas. La verdad se imponía. ¡La verdad, confirmada en el tiempo tantas veces por los decretos del Gobierno que presidía el señor Sagasta!

Se prolongó el debate; habló Rossy, hablé de nuevo; habló Gómez Brioso, el último, para aconsejar EL PACTO COMO SOLUCION INDISPENSABLE. Y se procedió a votar. La fórmula aprobada por SETENTA Y NUEVE VOTOS CONTRA DIEZ Y SIETE. El partido autonomista estaba CON NOSOTROS en una proporción de CINCO A UNO El señor Barbosa se irguió y en lenguaje resuelto, tras varias imprecaciones tribunicias, dijo que SE LLEVABA LA BANDERA DE LA AUTONOMIA.

Le respondí en un discurso breve y claro, haciendo constar:

Library of Congress

- 1.º Que nosotros éramos, por la virtud democrática de una mayoría inmensa, el partido autonomista.
- 2.º Que el pacto significaba el CREDO DE PONCE transformándose de un ensueño en una realidad.
- 3.º Que el partido nos mandó a Madrid antes y que ahora sancionaba nuestra conducta correctísima.
- 4.º Que despedíamos a Barbosa, a Rossy, a Veve fraternalmente y que les aguardábamos CON LOS BRAZOS ABIERTOS, cuando se convencieran de que EL PACTO ERA EL TRIUNFO DEL PAIS. Mis palabras eran éstas. Las copio de los periódicos que las reproducían:

“En nuestras manos tremolará vencedor el estandarte que en Ponce hace diez años juramos defender. Yo os fío que lo defenderemos hasta clavarlo en la cúspide, o hasta caer envueltos en sus pliegues. Os despedimos con pena, pero ésta se mitiga con la seguridad de que al convenceros de que vamos a la victoria, de que perseguimos el bienestar del país, vendréis a nosotros, para que os confundáis en abrazo estrecho con los que nunca olvidan 48 los días de alegría o de tristeza pasados junto a vosotros. Os esperamos, seguros de que volveréis y de que volveréis pronto.”

Véase, pues, QUIEN DIVIDIO LA FAMILIA puertorriqueña; nosotros, fieles al mandato legítimo de Caguas, o los del Directorio, rompiendo la fe de ese mandato, que ellos suscribían en junio del 96 y que combatían en febrero del 97; nosotros, conservando INTEGRO EL PROGRAMA de Ponce, para cumplirlo en el Gobierno, o los del Directorio, echando las bases de un cisma mil veces funesto para la patria. Los que siguen el curso de estos apuntes nos han visto partir en el “Alfonso XII” CON INSTRUCCIONES CERRADAS Y VIOLENTAS, que parecían escritas a propósito para llevarnos a un desastre; nos han visto trabajar y vencer en Madrid, logrando TODO LO QUE SE EXIGIA

y que, al salir *nosotros*, pareció imposible a la isla entera; nos han visto volver para que nos combatesen LOS HOMBRES QUE NOS ENVIARON.

Acumulen datos para el juicio final y definitivo; para el juicio inapelable de la conciencia popular.

49

XI FORMACION DEL PARTIDO LIBERAL

Eran las doce de la noche cuando el Directorio salió de la asamblea, siguiéndole los impugnadores del pacto y quedándose los demás representantes. El partido autonomista se transformaba en partido liberal; pero iba a encontrarse acéfalo, sin directiva y sin jefe. Poco antes, cuando la victoria se decidía de un modo visible en favor de las soluciones fusionistas, bajé del palco escénico y fuí a encontrar a Gómez Brioso en los pasillos. Allí, en presencia de algunas personas, entre las que creo recordar al veterano patriota don Celestino Pérez, le rogué que continuase en la jefatura, sacrificando sus principios republicanos y prescindiendo de sus escrúpulos en beneficio del país. Gómez Brioso se negó una vez más. Insistí. No quiso ceder. Entonces subí de nuevo al escenario, donde se encontraban hombres de experiencia y de prestigio como el doctor Carbonell, don Modesto Solá, don José Cesteros, don Ramón Quiñones. Les reuní, les expuse el conflicto en que estábamos y procuré convencerle de que, no existiendo en San Juan ningún correligionario en condiciones de dirigir la marcha colectiva, uno de ellos debía, por patriotismo, afrontar esa tarea y ser el jefe.

Ninguno de los cuatro accedió. Para ellos representaba un inmenso sacrificio la residencia en San Juan y el abandono de sus asuntos. Me indicaron y me rogaron que aceptase yo. Les respondí que también para mí era un sacrificio dejar a Ponce, y en Ponce mis recursos, mis intereses, 4 CAMPAÑAS III 50 mis medios de subsistir. Les dije que mi edad era otro inconveniente—tenía yo treinta y siete años—y que convenía elegir a un ciudadano con mayor capacidad y autoridad. Ignoro si pude convencerles. Lo cierto es

Library of Congress

que, al cabo de breves momentos, se aprobaron las primeras bases de organización y se procedió a constituir la Directiva. Alguien, no recuerdo quién, pronunció mi nombre y la asamblea respondió eligiéndome por unanimidad, entre aplausos que agradecí con toda el alma. Sólo quedaba un camino: someterme al voto de mi partido y ocupar aquella posición difícilísima sin pararme a medir las consecuencias. No aceptando yo, el partido habría muerto al nacer. Así, por exclusión, fui jefe del partido liberal. Entonces ni Román, ni Palacios, ni Hernández López formaban con nosotros. Entraron después.

Nadie dudará de que la jefatura resultaba ruinososa para mí. *La Democracia* había producido, en sus dos últimos balances, catorce mil pesos. Dejándola yo, no produciría la mitad, acaso no produciría la cuarta parte. Mi residencia en la capital, consagrado exclusivamente a la política, suponía engresos muy fuertes. No se me ocultó ninguna de esas dificultades económicas; no se me ocultaron tampoco las de otro género: las dificultades políticas. Ni las unas ni las otras me detuvieron. Entonces no se soñaba en un gobierno parlamentario, con ministros responsables; no había carteras ni sueldos en perspectiva. Los primeros anuncios de las Secretarías del despacho vinieron en octubre: nueve meses después de la asamblea. Admití yo la jefatura con el propósito de servirla un año y regresar a Ponce, luego de organizar el partido y conducirlo al poder.

Permanecí en el Hotel Inglaterra. Todo el mundo sabe que empezaba mi trabajo a las seis de la mañana y se prolongaba hasta las diez, y a veces hasta las doce de la noche. Cartas, telegramas, circulares, eran redactadas y escritas por mí: estaba solo, no había conmigo ni un simple escribiente. No disponía de un periódico. Fué preciso tomar y pagar dos columnas diarias de *La Correspondencia*, que llenaba yo también. A las dos semanas el éxito 51 estaba asegurado. Ponce, Arecibo, Fajardo, Mayagüez, Humacao, Juana Díaz, Yauco, Utuado, Yabucoa, San Germán, los pueblos más importantes lo mismo que los más pequeños, habían respondido: funcionaban cuarenta Comités; reinaba un entusiasmo vibrante: EL PARTIDO LIBERAL ERA UN HECHO y llegaba la hora de

Library of Congress

empezar la propaganda de los MEETINGS públicos, en que se predicase la doctrina y se robusteciese la organización.

Pero el esfuerzo era superior a la complexión física más robusta, no pude más. Enfermé y caí en el lecho y en él permanecí diez días. Por fortuna Hernández López estaba ya con nosotros y me ayudó resueltamente, no sólo en los asuntos de la isla, sino en la correspondencia para Madrid, que no admitía demora, porque no podía perderse el correo del 5 de marzo. Desde el lecho continuaba yo mi labor, aunque no tan activa, hasta que el médico me prohibió en absoluto escribir y leer. Cuando me repuse por completo emprendí mi excursión por el Oriente, y recorrí Trujillo Alto, Carolina, Canóvanas, Río Grande, Luquillo, Fajardo, Ceiba, Naguabo, Humacao, Gurabo. Yabucoa, San Lorenzo, Aguas Buenas, Maunabo, Patillas, Arroyo y Guayama. En toda la ruta constituí Comités. Celebré reuniones y dejé encendido el fuego que se conserva y se conservará en esa región simpática, que con tanto brío y con tanta fuerza supo responder al llamamiento de las ideas.

En Guayama me esperó Matienzo y en el MEETING pronunció una de sus improvisaciones más brillantes. La costa oriental, es decir, la banda del país que se extiende desde la carretera central hasta las cabezas de San Juan y el cabo de Mala Pascua, se convertía en un baluarte inexpugnable. Allí, donde el incondicionalismo español era omnipotente, el pueblo de Puerto Rico se levantaba compacto, uniéndose en una sola aspiración y disponiéndose a la lucha como un gigante que despierta y ensaya sus músculos tras un letargo de cinco lustros; no he visto, quizá no veré nunca, un despertar tan espléndido a la actividad y a la energía, después de un sueño tan hondo en la inercia y en la sombra.

52

¿Qué hacían entre tanto, los capitanes de la disidencia? Trataban de crear un grupo, más o menos poderoso, y esperaban que el señor Sagasta NO CUMPLIRIA SUS COMPROMISOS. He ahí la base de su conducta. El razonamiento no podía ser más

Library of Congress

claro. “Si el señor Sagasta abandona a sus amigos de Puerto Rico y sigue apoyándose en el conde de Laviana, el partido liberal, con Muñoz Rivera, caerán para no levantarse. Y llegará nuestro turno, y, realizándose nuestras profecías, adquiriremos un prestigio irresistible y vendrá a nosotros el país entero.” Eso aguardaban. En eso consistía su esperanza. Habrían visto con júbilo nuestro fracaso, aunque él equivaliese al triunfo de los incondicionales.

Se hizo la campaña de la burla y del ridículo. “¿Qué ha de cumplir Sagasta?, repetían. Sagasta no cumple jamás. Sagasta QUISO DESTRUIR AL PARTIDO AUTONOMISTA incorporándole al liberal. Y una vez satisfecho llamará a LOS DE SIEMPRE para que secunden su política. Los DE AHORA quedarán en último término y votarán los candidatos que les imponga el COMITE CENTRAL conservador.”

Mientras acariciaban tales ilusiones no quisieron extremar las notas agrias y ofensivas. Su periódico *El País*, nos combatía, nos atacaba con dureza; pero no llegaba al insulto. Por otra parte, los artículos míos en *La Correspondencia* y en *La Democracia* eran una cotidiana apelación a los sentimientos de concordia; no economicé ningún medio de suavizar nuestras relaciones con los disidentes, a los que no considerábamos un partido, sino una disgregación momentánea, que debíamos evitar a cualquier precio.

Corroborando mi manera de apreciar las cosas, al convocarse los comicios de mayo de 1898 ACONSEJE AL COMITE LOCAL de San Juan que ofreciese su apoyo a la candidatura disidente y que la votase sin vacilar. El Comité resolvió de acuerdo con mis indicaciones. Pero en la Comisión ejecutiva imperaban dos criterios distintos: el de Hernández López, contrario a la coalición electoral; el mío, absolutamente favorable. Nos reunimos y deliberamos. 53 Quedé en minoría y se convocó con urgencia a los señores del Comité provincial residentes en las localidades limítrofes. Allí se planteó el problema. Basta a mi propósito copiar algunos períodos del acta de aquella sesión, celebrada el 4 de mayo.

Library of Congress

Dicen ellos:

“El señor presidente expuso: que en la noche anterior, celebrando sesión plena, acordó el Comité local ofrecer el concurso de los liberales de esta ciudad a la candidatura de la disidencia autonomista, en virtud de las siguientes razones:

1. a Que el número de nuestros electores no permite presentar y sacar triunfantes candidatos propios.
2. a Que entre los candidatos incondicionales y los disidentes, el Comité se decide por los últimos.
3. a Que al realizar este acto se dan pruebas de amplísima tolerancia y se establece un paralelo entre la conducta estrecha de los disidentes y la conducta hidalga de los liberales.
4. a Que el partido está en condiciones de mostrarse transigente y benévolo, porque llevando a las urnas sus votos en la elección anterior e interviniendo las mesas para la elección próxima, ha probado que mueve en la localidad fuerzas muy superiores a las de la disidencia.
5. a Que no se reconoce a ésta el carácter de partido, sino que se la tiene como una disgregación a la cual debe atraerse, aunque sea preciso agotar todos los medios y extremar todos los recursos que en una política de altos vuelos caben siempre.

El señor Muñoz Rivera HIZO SUYO el acuerdo, declarando que el Comité local lo adoptó, después de oír sus indicaciones, inspiradas en los más nobles propósitos de transigencia y de concordia.”

Hernández López impugnó con energía la actitud del Comité local; yo la defendí sin reservas y la votación definitiva sancionó aquel noble acuerdo, por virtud del cual nuestros

electores, en mayor número que los electores de 54 la disidencia, sacaron triunfantes de las urnas los nombres de don Manuel F. Rossey, don Francisco del Valle y don Fidel Guillermetty.

Véase, pues, a qué puntos llevaba yo la tolerancia y a qué límites llegaba el partido liberal PARA NO PERMITIR QUE SE DIVIDIESE LA FAMILIA PUERTORRIQUEÑA.

55

XII LA MARCHA DEL PARTIDO LIBERAL.—EL GENERAL MARIN.—SUS INCLINACIONES CONSERVADORAS.—CONSEJOS DEL SEÑOR SAGASTA.—SITUACIÓN DIFÍCIL.—EL TRIUNFO DEL PACTO

El apoyo de los electores liberales a los candidatos disidentes en San Juan causó en la Fortaleza hondo disgusto. Allí SE QUERÍA que, para combatir a la disidencia y ahogarlar, se formase una *coalición* entre los elementos del incondicionalismo y los del autonomismo. Y, al ver cómo nosotros nos negábamos de una manera absoluta, a seguir esos rumbos, se nos miraba con despego, rehusándose a la COMISION EJECUTIVA toda muestra de afecto y confianza. Luché yo con esas dificultades largos meses, y luché con otras más serias aún. En el seno de la Comisión imperaba SIEMPRE un criterio en pugna con mi criterio. Las actas dan fe de que TODAS MIS PROPOSICIONES, que se inspiraban en un sentido radical y que reclamaban procedimientos enérgicos y claros, fueron desechadas por la mayoría, A LA CUAL SOMETI SIN VACILAR MIS ACTOS. Y era que yo traía el pensamiento y el sentimiento de la isla y mis colegas pensaban y sentían con la parsimonia a que les acostumbró una época en que no se podía, entre los muros de la ciudad, luchar por las libertades patrias.

Para evitar aquellas dificultades, y para atender a mi salud, decidí trasladarme a los baños de Coamo y dar 56 tiempo a que se aproximase el otoño, en que me parecía segura la formación de un Gabinete Sagasta-Moret. En los baños se escribió mi artículo EL CAPITAN MARINI, que apareció en *La Democracia* y que produjo en el ánimo del

Library of Congress

general Marín una impresión que yo mismo no esperaba. El artículo contenía violentas censuras y concluía diciendo al gobernador que le deseábamos BUENA SUERTE; PERO EN FILIPINAS y que AGUARDABAMOS NUESTRO TURNO.

Regresé a San Juan a principios de setiembre. Hernández López vino al hotel y me habló de que en la Fortaleza deseaban y proponían una conferencia. Fuimos juntos y, en efecto, encontramos al general cortés y fino, como de costumbre, aunque un tanto más dispuesto a transacciones de mutua utilidad. Pero volvió a su RITORNELLO: a la eterna pretensión de que entrásemos en inteligencia con los incondicionales.

Rehusé una vez por todas y dije con franqueza que el partido liberal TENIA LA PALABRA del señor Sagasta y que, desde el punto en que éste escalara el Gobierno, no pediría el PREDOMINIO EXCLUSIVO; pero sí la PREPONDERANCIA LEGITIMA que corresponde a los que ejercen el Poder. El general no entendía ENTONCES mi lenguaje y parecía mirar con asombro a un hijo de la colonia atreviéndose a rehusar un mendrugo en el festín del presupuesto.

Y no estaba solo el general: desde Madrid me escribía el señor Sagasta el 28 de marzo de 1897:

“Dado este primer paso, importa tener calma y NO MOLESTAR en modo alguno A LOS QUE SIEMPRE MILITARON EN EL PARTIDO LIBERAL DE LA PENINSULA, aunque, por la organización especial de los partidos en esa provincia, figuraran al lado de los conservadores, formando el partido que se llama incondicional; liberales que, una vez hecha la transformación que naturalmente ha de traer la implantación de las reformas, CONSTITUIRAN CON USTEDES EL PARTIDO LIBERAL DE LA ISLA, como prolongación del de la península.”

57

Y el 21 de agosto, en una extensa carta, se destacaba el párrafo que copio:

Library of Congress

“Veo con gusto su resolución de desarrollar una cordialidad de relaciones políticas entre los incondicionales y los liberales. Perseveren ustedes en esa actitud, seguros de que esa es la manera de llegar más pronto al término de sus aspiraciones. En los momentos actuales todo razonamiento, toda dificultad toma proporciones que importa evitar.”

Es imprescindible que fije yo esta actitud del general Marín y del señor Sagasta, porque muy pronto veremos cómo cambian LOS CONSEJOS de éste y cómo aquél se ve en la necesidad de dimitir.

Los señores Rossy, Barbosa y Sánchez Morales, a quienes seguía un grupo de partidarios, esparcidos en diversos puntos del país, no hostilizaron con saña a los liberales mientras esperaron que el señor Sagasta olvidase sus compromisos. El 4 de octubre cambió la situación en España, y como no cambió también INMEDIATAMENTE en Puerto Rico, la disidencia se juzgó vencedora y aguardó tranquila.

Pero sus ilusiones no debieron durar mucho. El ministro de Ultramar me pidió nombres para los altos cargos públicos; indiqué a los señores: Quiñones, para la Dirección de Hacienda; Coll y Toste y Méndez Arcaya, para los Gobiernos civiles de San Juan y Ponce; Díaz Guijarro, para la Fiscalía de la Audiencia. Y otros y otros. Llegaron los nombramientos; envió el Comité provincial las credenciales y se convenció todo el mundo de que EL PACTO SE CUMPLIA y de que la metamorfosis del partido, pasando de la opinión al Gobierno y de las cárceles a los palacios, era un hecho indiscutible. Entonces empezó la batalla. En vez de venir a nosotros a compartir una satisfacción tan grande y tan pura; en vez de ayudarnos en la obra, los señores Rossy, Barbosa y Sánchez Morales escribieron o alentaron la injuria y se dispusieron a combatirnos con apasionamiento fratricida.

58

No respondí nunca, ni permití que la Prensa liberal respondiese a los ataques de mis adversarios. Ellos lanzando en sus periódicos y en sus MEETINGS el grito de guerra;

Library of Congress

nosotros levantando en MEETINGS y en periódicos el RAMO DE OLIVO de la paz. Todavía confiábamos en la posibilidad de una concordia sincera. Todavía esperábamos que la pasión cediera su sitio a la razón.

El general Marín había cambiado de táctica. Yo no pretendía el absurdo de que nos uniésemos a los incondicionales; el 8 de octubre nos propuso “REPARTIR LA INFLUENCIA OFICIAL entre nosotros y ellos y contar con los Comités de ambas colectividades para la resolución de los asuntos políticos y administrativos”. Aquella me pareció la última trinchera del gobernador. Y me mantuve firme en las posiciones del partido exigiendo que se nos reconociese LA PREPONDERANCIA COMPLETA. Escribí a Madrid sin demora y a principios de noviembre recibí del ministro de Ultramar una carta con este párrafo:

“Creo que el general SE ENTENDERA BIEN CON USTEDES, porque es un hombre leal y sincero, y, además, HACE CASO DE MIS INDICACIONES.”

Y el general, uno de aquellos días, me invitó para que, con Hernández López, estuviese en su despacho a una hora dada. Fuimos puntuales. Encontramos a los señores condes de la Viana y de Santurce, jefes del incondicionalismo. Ocupamos Hernández López y yo dos mecedoras a la derecha; ellos ocupaban dos mecedoras a la izquierda. El general se situó en el testero del estrado. Y dijo, sobre poco más o menos:

“—Lo que voy a decir no es agradable para los señores Villar y Ubarri; pero es necesario que yo lo diga. No soy un hombre político; soy un militar español y sirvo a los Gobiernos de Madrid, sea cual sea el partido dominante. Tengo que cumplir deberes de lealtad con los incondicionales, y los cumplo; tengo que cumplir deberes de Gobierno 59 con los liberales, y los cumplo de igual manera. Hasta ayer inspiré mis actos—y se dirigió a los señores Ubarri y Villar—en el criterio político de ustedes; desde hoy he de inspirarlos en el criterio político de estos señores—y señaló a Hernández López y a mí—. Es doloroso. Y es indispensable. Vamos a implantar una reforma que el partido incondicional combatió

Library of Congress

de frente y sin ambages y que, de frente y sin ambages, defendió el partido liberal: a éste toca la gloria y la responsabilidad. Como gobernador y como caballero hablo a todos con franqueza.”

El golpe resultaba tremendo: el pacto se cumplía majestuosamente; no faltaba ni un leve perfil al triunfo de la causa que representábamos. En aquel instante no estaba aquí LA AUTONOMIA, ESTABA LA ALIANZA en cuya virtud el Poder, pasando de los hombres de ayer a los hombres de mañana, ponía a Puerto Rico en manos de los puertorriqueños.

Los señores Villar y Ubarri se mostraron muy discretos y muy dignos; el primero contestó:

“—En efecto, mi general; es doloroso que así se premie los sacrificios de un partido que no los economizó nunca por la patria. No importa; nosotros comprendemos la situación que se nos crea y a esa situación iremos, con nuestro patriotismo, serena y noblemente; sin abdicar ninguno de nuestros principios y deseando buena suerte a nuestros sucesores.”

Me tocaba responder al general Marín y al señor Villar. No recuerdo sílaba por sílaba, mi corto discurso, aunque es seguro que se compendia en las frases siguientes:

“Agradece el partido liberal la confianza del gobernador y no la defraudará. El Gabinete español y su representante en la colonia tendrán en nosotros fieles cooperadores de su política, que tiende a la prosperidad del país y al afianzamiento de las libertades públicas. En cuanto al partido incondicional y a sus jefes, no duden que en nosotros han de tener adversarios nobles y justos, que jamás emplearán el influjo del mayor número para 60 ejercer la tiranía. Somos demócratas sin doblez, y en una democracia caben todos los hombres y todas las ideas.”

Bajamos juntos. La metamorfosis iba a empezar. El eterno poderío de los UNICOS ESPAÑOLES iba a caer. Y no caería por la fuerza de una reforma, sino por la virtualidad poderosa de un hecho.

Ese hecho era EL PACTO: el MALDITO PACTO que puso la isla en manos de los insulares y rompió la coyunda de hierro que, durante cuatro siglos nos ató a los pies de todas las tiranías, impotente e indefenso; el MALDITO PACTO que nos haría dueños de la tierra en que nacimos.

61

XIII COMO CUMPLIÓ SU PALABRA EL GENERAL MARIN.—EL PAIS ADMINISTRANDO Y GOBERNANDO.—LA DISIDENCIA INSTIGANDO Y LABORANDO.—UN CABLE DEL SEÑOR LABRA.—ENGAÑOS Y SORPRESAS EN MADRID.—EMPEÑOS DE CONCORDIA.—PROPOSICIONES LIBERALES.—PROPOSICIONES DISIDENTES.— DIMISIÓN DEL GOBERNADOR

El gobernador cumplía su palabra, desarrollando la política del Gabinete liberal como había desenvuelto antes la del Gabinete conservador. No tuvo un instante de vacilación. El nuevo Gobierno se apoyaba en nosotros de una manera absoluta. Para que se vea hasta qué punto llegó a influir Puerto Rico en Madrid, citaré dos hechos terminantes. El señor Arango, juez en la ciudad del Oeste, quería que se le trasladase a la ciudad del Sur. Motivos poderosos me aconsejaban apresurar aquel cambio. Telegrafí al ministro de Ultramar y a las veinticuatro horas los jueces de Ponce y Mayagüez permutaban sus empleos por Real orden. El señor Jerez Varona, cubano distinguidísimo, NO PODIA decorosamente servir con el segundo cabo, señor Ortega, que alimentaba contra él hondas prevenciones; vino a mi despacho; pedí por telégrafo al ministro de la Guerra que se le declarara supernumerario; era muy difícil, y aunque Jerez Varona mismo dudaba del éxito, al día siguiente llegó el mandato.

Esos dos hechos prueban lo que pesaba el partido liberal en la península. No encontré ningún límite a la complacencia del Gobierno. Puerto Rico era dueño de sus propios destinos. Y el general Marín, deferente con nosotros, 62 firmaba cada día el nombramiento de algún alcalde, propuesto por mí. No hay un caso en que designara yo candidato para las Alcaldías: los designaron siempre los Comités locales por

Library of Congress

conducto mío. Y así, dentro de las formas de la ley antigua, hacíamos imperar el sentido democrático del programa autonomista. El señor Zorrilla, presidente del más alto tribunal de la isla, nos escuchaba también para la designación de jueces municipales. Y de tal modo el elemento insular iba paso a paso situándose en todos los puestos, no por virtud de la autonomía, que vino después, sino por virtud del pacto de Sagasta: del PACTO MALDITO.

Se celebró un gran MEETING en Utuado: una dama, cuyo nombre no quiero callar, la señora Casalduc de Iglesias, interesándose por la libertad de varios presos políticos que sufrían en aquella cárcel, me inició el pensamiento de telegrafiar al gobernador; telegrafié en el acto. Los presos salieron inmediatamente. Los de Camuy habían salido ya. Actos tan generosos por parte nuestra y tan significativos por parte del Poder, levantaron el espíritu público y demostraban al pueblo que el pacto era una realidad tangible; que cesaba el imperio del incondicionalismo; que los puertorriqueños empezaban a vivir en una situación digna y a respirar un ambiente puro y sano. Jamás se ha visto en colonia ninguna metamorfosis tan rápida ni tan completa. Cesaba la eterna noche y se levantaba el sol del derecho y de la justicia. Puerto Rico se convertía, de una ergástula vil, en una sociedad libre y regenerada. ¡Qué crimen más atroz que el crimen de los que hacían la transformación inaudita!

Mientras nosotros arrancábamos de sus curules—porque ellos se negaban a bandonarlas—a los alcaldes y a los jueces conservadores; mientras luchábamos por transformar la vida del país, dando acceso a los hijos del país, la disidencia intrigaba y laboraba en Madrid, por medio del señor Labra, a quien suponemos engañado por los informes de sus amigos. El señor Labra ejercía su acción en el ministerio de Ultramar, opinando que los disidentes ESTABAN EN MAYORIA; que fuera de ellos no existían 63 prestigios en la colonia: que el régimen autonómico iba a perecer sin el concurso de Quiñones, de Blanco y de Fernández Juncos; que se llegaba a una situación imposible, y que él, el viejo *leader*, se vería obligado a una campaña parlamentaria contra el señor Moret en el Congreso. El

Library of Congress

señor Moret no supo mantenerse firme. Y empezó aquel período triste de las tentativas para LA UNION, para LA CONCORDIA, que, no por culpa nuestra, resultaban imposibles.

El 9 de noviembre llegó este despacho:

“Fernández Juncos.—Puerto Rico.

Urge CONCIERTO ambos grupos autonomistas para apoyar Gobierno, que hará nuestro programa. MANTENGAN PERSONALIDAD; pero unidos política colonial. Escribo. SECUNDO GOBIERNO.— *Labra.*”

Y con el despacho del señor Labra, otro del ministro de Ultramar para el gobernador, diciéndole que era preciso HACER LA UNION a todo trance, convocando a las Directivas a una conferencia. Fíjense los lectores: el Gobierno mismo el 21 de agosto, por boca del señor Sagasta, nos inclinaba hacia la derecha; el 9 de noviembre, por boca del señor Moret, nos arrojaba hacia la izquierda, sin duda por evitarse un disgusto parlamentario y para sortear una serie de dificultades que al fin no tocaban al Gabinete de Madrid, sino a la dirección del partido en San Juan. Celebré el cambio de rumbo, porque me complacía maniobrar A LA IZQUIERDA antes que a LA DERECHA, y lo había probado en la elección de los señores Rossy, Valle y Guillermetti. Véase cómo traté el asunto en *La Democracia* del día 11:

“Y bien; el partido liberal, que no tuvo la culpa de que se le segregasen los heterodoxos en febrero; que no injurió ni calumnió nunca a los directores del cisma doloroso, aunque inevitable; que ofreció y dió sus votos a Guillermetty, a Rossy y a Valle Atilés; que pidió centenares de inclusiones para los disidentes de Barros; que jamás se mostró intolerante con sus amigos de ayer y de siempre; que no esgrimió, nuevo Caín, armas fraticidas contra sus hermanos en la santa idea; el partido liberal, repetimos, tiene abiertos su corazón y sus brazos; quiere olvidar las injurias políticas contra su jefe; desea

Library of Congress

que las distancias se acorten; que los obstáculos se allanen; que luzca, en este día sublime del triunfo, la aurora espléndida del amor y de la fraternidad.

De nuestra parte el odio no existe. Vemos desatarse los huracanes de la ofensa y guardamos silencio. El patriota que nos dirige escuchó mil inculpaciones, amargas, crueles, gratuitas. Y no respondió, pudiendo responder; y hasta prohibió a su periódico, a *La Democracia*, que se defendiese. Y ahora, lo mismo que nosotros, está dispuesto a la franca expansión y al noble olvido. ¿Qué aguardan los *autonomistas puros*? Sensatos y expertos como son, no pretenderán que el partido liberal español, de que formamos parte, corra a unírseles. Los mares no corren a los ríos. Las naciones no se unen a las regiones. No vacilen; no levanten el valladar; no ahonden el abismo. Aquí encuentran gente que les conoce y les estima; que les recuerda y les llama; que desea verles en el sitio predilecto del hogar y en el seno bendito de la familia.

Ni vencedores ni vencidos: todos amábamos a la autonomía, a la diosa ideal, a la virgen inmaculada, a la promesa tentadora. La autonomía surge y es el éxito de todos. El sol despunta y sus rayos a todos nos calientan. La luz irradia y sus lampos no pueden usurparse ni monopolizarse. La patria hace justicia a sus hijos: a los blancos y a los rojos; a los de la izquierda y a los de la derecha. No empañemos, ¡por Dios!, este momento, único de la historia de nuestra pobre isla americana, encendiendo las hogueras del rencor; manteniendo las rivalidades del orgullo. Adelante, hermanos, y no permitáis que nuestros brazos, abiertos para estrechar, estrechen el vacío.”

El general Marín no pensaba de igual manera. Y antes de ejercer presión para que se uniesen las dos ramas autonomistas, dimitió su cargo y se dispuso a regresar a España.

El día 14 nos reunimos en el Ateneo; por la disidencia, los señores Fernández Juncos y Sánchez Morales; por el partido liberal, el señor Hernández López y yo. Propusimos nosotros la *fusión* de liberales y disidentes en una sola colectividad. Nuestros adversarios respondieron que a la fusión no podían llegar y que consultarían a su Directorio.

Library of Congress

Nuestra Comisión directiva se reunió el 16, y acordó ACEPTARLO TODO, UNION O CONCORDIA, y proponer las siguientes bases:

1. a Que al designar candidaturas para los Ayuntamientos y para las Cámaras, no se tuviese en cuenta si los candidatos procedían de las filas liberales o de las disidentes.
2. a Que se constituyera el cuerpo director del nuevo partido entrando los miembros del Comité provincial liberal y los de la delegación disidente.
3. a Que no teniendo interés en la representación en las Cortes nacionales la disidencia, quedará a cargo del Comité liberal, para que pueda éste cumplir sus compromisos y prestar su concurso al señor Sagasta.

Las bases fueron rehusadas. La disidencia quería:

- 1.º Mantener su nombre y su PERSONALIDAD.
- 2.º Conservar sus organismos provinciales y locales.
- 3.º Que los empleos públicos y los cargos electivos se repartiesen POR MITAD entre los dos grupos.

Rotas las negociaciones, telegrafiamos a Madrid. Por el próximo correo insistió el ministro de Ultramar; sus cartas tenían tal carácter de IMPOSICION y de apremio; de tal modo instigaban a un *modus vivendi*, que no había camino franco para nosotros. Otra vez volvimos a los tratos y a las entrevistas inútiles. Habían aparecido, el 25 de noviembre, los decretos en que se iniciaba el nuevo régimen. Recibi un cablegrama del señor Moret: éste me decía que LOS AUTONOMISTAS y los REFORMISTAS de Cuba estaban ya unidos y que se esperaba otro tanto de **5 CAMPAÑAS III** 66 nosotros. De lo que siguió a ese telegrama dará idea exacta mi respuesta, también por cable:

“San Juan, diciembre 17, 1897.

Library of Congress

Ministro de Ultramar.—Madrid.

Obedeciendo indicaciones telegráficas, asistimos entrevista con jefes grupo disidente, convocada gobernador general. Para adaptarnos base fusión autonomistas y reformistas Cuba, propusimosles vicepresidencia Comité provincial, dos Secretarías despacho, refundir Directivas y Comités, repartir indistintamente empleos públicos y cargos electivos.

No aceptan, nieganse absoluto formación un solo partido, a no ser INCORPORANDONOS BAJO SU JEFATURA. Admiten sólo coalición electoral, exigiendo mitad empleos y cargos.

Juzgamos esa pretensión contraria a nuestra dignidad política. Correse gran peligro vuelvan retrainimiento muchas valiosas personalidades que temen radicalismos demagógicos. Disidentes interpretan actitud ustedes como solicitud apoyo imprescindible. Rogámosle se fije no procedemos incondicionalismo, sino que representamos inmensa mayoría autonomista país.

Después de realizar nosotros esfuerzos grandes por lograrla, consideramos imposible unión, disponiéndonos redoblar prudencia, tacto, generosidad, y esperando no perjudique conducta disidente al partido liberal, exento de toda culpa. Hicimos siempre política trazada por ustedes.— *Muñoz Rivera.* ”

La marcha de los sucesos no puede ser más diáfana. Los DIEZ Y SIETE de la asamblea; los que buscaban el concurso del Gobierno como único medio de LLEGAR A SER UN PARTIDO; la minoría, en fin, pugnando por imponerse a la mayoría y por repartir LOS CARGOS Y LOS DESTINOS. De suerte que a un grupo exiguo tocara la mitad de todo, la jefatura inclusive, y a un partido inmenso tocara LA OTRA MITAD sin la jefatura.

67

Por sí; por sus propias fuerzas; por sus votos, por sus elementos, no eran capaces de nada. Y, habiendo combatido a Sagasta y a Moret apelaban a Moret y a Sagasta,

amenazándoles con los ataques en el Parlamento y con la perturbación del sistema autonómico, con las protestas y los tumultos, risibles vistos de cerca, pero *terribles* vistos desde el ministerio de Ultramar.

68

**XIV LA UNIÓN O LA CONCORDIA.—CONDUCTA DE LA PRENSA FEDERAL.
CONDUCTA DE LA PRENSA DISIDENTE.—EL GENERAL GONZALEZ MUÑOZ.—
DUPLICIDAD DE CRITERIO EN MADRID.—CARTA A GARCIA MO. LINAS.—GRAN
MEETING DE MAYAGÜEZ.—DECLARACIONES TERMINANTES.—RUPTURA DEL
PACTO**

Cuando llegó a Madrid el cablegrama que reproducimos en el capítulo anterior, estaba disponiéndose a embarcar hacia Puerto Rico el general González Muñoz. El señor Moret le comunicó sus instrucciones. ¿Cuáles eran? ¿En qué consistían? Va a decirlo la persona más autorizada, la que mejor podía saberlo: el jefe del mismo Gabinete, el señor Sagasta. Y nos lo dirá por medio de una respuesta suya, que tiene fecha del 29 de diciembre. Dice así:

“A su tiempo he tenido el gusto de recibir y leer sus cartas del 3 y del 14 del actual que confirman las noticias que ya llegaron a mi conocimiento por diversas correspondencias. Y me complazco en manifestar a usted que LAS INSTRUCCIONES DADAS por el ministro de Ultramar al nuevo gobernador general de esa isla, ESTAN INSPIRADAS EN LAS OBSERVACIONES Y EN LOS JUICIOS QUE USTED EXPONE EN SUS REFERIDAS CARTAS.”

No podía ser más explícito el presidente del Consejo. El nuevo gobernador *se inspiraría en mis observaciones y en mis juicios*, que reflejaban con toda exactitud los de mi partido.

El señor Moret telegrafió recomendando una tregua en la lucha. Nosotros, que habíamos sido siempre benévolos 69 con la disidencia, no necesitábamos modificar nuestra conducta. Los periódicos liberales no estamparon ni una letra ofensiva. ¿Cómo

Library of Congress

correspondió a esa actitud generosa la Prensa disidente? Leamos el editorial publicado el 2 de enero del 98 por *La Democracia*, que inspiraba yo directamente y que era el órgano principal de nuestra tendencia política:

“Desde que, en virtud de cablegrama de Madrid, se acordó un armisticio entre la disidencia autonomista y el partido liberal, *La Democracia* ha mantenido firme consecuencia con ese propósito, que tan bien responde a sus anhelos de concordia.

Es más; en muchas ocasiones renunció a la propia, a la legítima defensa, para no dar el menor pretexto al ataque de sus enemigos o adversarios.

Con pena registramos que la actitud observada actualmente por muchos de nuestros hermanos de ayer, no corresponde de ningún modo a nuestra actitud correctísima.

En algunos periódicos del grupo ortodoxo no cesan las diatribas personales contra nuestro jefe.

Y se publican censuras de nuestros actos descritas en tal forma, que en ellas no resplandece la reflexiva severidad del juicio.

Y se difunden, se propagan y se comentan rumores absurdos, verdaderas aberraciones, cuya sola enunciación constituye, a la par, un vejamen y un insulto.

Pero esto, con ser grande, es lo de menos.

Hay algo peor todavía.

Y es que el virus de la pasión política, imperante en la vida pública, comienza a invadir el campo de la vida social.

Basta decir que nuestras diferencias—mezquinas después de todo—llegan hasta romper antiguas amistades, añejos vínculos creados por la convicción, la sangre o el afecto.

Library of Congress

Basta decir que en no pocas localidades reinan iguales antagonismos, los mismos odios que caracterizaban a las turbulentas facciones de la Edad Media.

Y cúmplenos expresar francamente, sin que hable por 70 nosotros el espíritu de partido, sino la voz de la verdad lisa y llana, que, en la mayor parte de los casos, no son los nuestros quienes toman la iniciativa de tan lamentables discordias.”

El propio diario, el 19 de enero, ampliaba sus conceptos en esta forma:

“Nuestros gratuitos impugnadores no omiten medio ninguno para restar elementos y prestigios al partido liberal.

Lanzan al público un rumor, lo propagan, lo analizan, lo comentan de mil modos, forman la bola de nieve que va aumentando cada vez más, y si las armas de nuestra lógica o el testimonio de los hechos destruyen su labor maquiavélica, no les acomete el menor desmayo: tras ese rumor levantan otro, y así sucesivamente. ¿Qué importa la verdad? ¿Qué representa la justicia? ¿Qué consideraciones merece el respeto de la opresión? Lo que urge, lo que vale, es arrastrar prosélitos, llegar de cualquier modo al objeto, anular de cualquier manera al adversario. Y todo por la PUREZA de los principios.

Así vamos viviendo desde hace nueve meses.

Así se tiene a nuestro pueblo en continua tensión, en zozobra continua, haciéndole ver por doquiera peligros, villanías e inmoralidades que sólo viven en la mente de cuatro fantaseadores, o se invocan para cohonestar un fin político.

Así se esparce entre nuestras clases sociales la semilla de la discordia, que divide, envenena y mata, amenazando entorpecer, con nefastas turbulencias, el planteamiento del nuevo régimen. Pero nunca contestemos a la calumnia y al insulto. Y si es preciso desmentirlos, hagámoslo de modo indirecto, dirigiéndonos siempre al pueblo, para instruirle; al adversario leal, para refutarle; pero jamás al enemigo solapado que nos

Library of Congress

asesta traicionera puñalada en la sombra, porque eso no merece los honores de un combate frente a frente.

El partido liberal es bastante robusto para despreciar la difamación, la bajeza y el odio.”

A través de esos párrafos se ve claro la situación de los 71 partidos en los comienzos de 1898, generatriz de las que fueron sucediéndose. El partido liberal quería establecer cordiales relaciones con la disidencia; la disidencia se empeñaba en mantener los gérmenes de un odio gratuito. Y como no es posible entenderse con quien rehusa toda aproximación, *la familia puertorriqueña se dividía en dos tribus enemigas*, sin que lograran evitar esa desgracia nuestro generoso silencio y nuestro doloroso sacrificio.

El general González Muñoz arribó a Puerto Rico el 11 de enero. A las diez de la mañana lo recibimos en el muelle y le acompañamos a la Catedral y a la Fortaleza. A las siete de la noche vino un ordenanza a avisarme que el gobernador agonizaba. Salí en el acto a verle. Le encontré muerto. Aquel hombre, que nos traía tan bellas esperanzas, desaparecía, dejando en pie nuestro problema.

Las cartas del señor Moret llegaban en todos los correos. El ministro de Ultramar, que en 8 de noviembre me decía: “Espero con mucho interés que usted me escriba sobre el acto verificado por la disidencia, y deseo vivamente que sea prólogo o preludio de su INCORPORACION completa con nosotros, DENTRO DEL PARTIDO LIBERAL”, en 28 de diciembre me increpaba y me dirigía cargos muy duros, PORQUE NO HACIAMOS LA UNION, cuando de nosotros no dependía, sino de nuestros contrincantes, empeñados en aquella MITAD POR MITAD que rechazaba el sentido común, que resultaba incompatible con la justicia, y que no admitían nuestros amigos de la isla por indecorosa e inconveniente.

Library of Congress

A tal extremo alcanzaron los desplantes de Madrid, que el día 14 de febrero escribí al señor García Molinas, secretario particular del señor Moret, entre otras cosas, las que copio:

“Es lástima que no conociera usted mejor a su país; sabría entonces que no hay peligro ninguno en prescindir de la disidencia, y que el partido liberal lo tiene todo, el arraigo territorial, la riqueza territorial, la riqueza mercantil, la cultura literaria y científica y el trabajo, las masas de campesinos que producen.

¿Quieren ustedes la unión? ¡Qué fácil es pensar así 72 desde la calle de Serrano o desde la de Arrieta! La unión, entrando ambas agrupaciones con número igual en la Directiva, es una injusticia enorme. Pero no hablemos de ella. SE HARA SEGUN SE DEBE O NO SE HARA, pese a todas las fórmulas y a todos los acuerdos. Puede mandarse a un aliado que combata, que sufra, si la perspectiva es el triunfo; no puede mandársele que muera sin fruto y sin gloria. NOSOTROS QUEREMOS VIVIR. Y VIVIREMOS.

El pacto nos hizo mucho mal. Nunca encontré quien me secundase en Madrid. Cuando el general Marín tenía debilidades conservadoras, se le sostuvo. Cuando el general Marín hizo nuestra política, se le relevó. Ahora se nos abandona. Y es necesario que lleve yo hasta el sacrificio mi amor a la lealtad prometida, para que me sostenga en una situación difícil, casi imposible.

El pacto NI SE ROMPE NI SE CUMPLE. Y es bueno que se CUMPLA O QUE SE ROMPA. Nosotros ofrecimos a los nuestros el poder. Y estamos faltando a la promesa y, créame usted, algo que se parece a la vergüenza de un supremo desastre moral.

Por fortuna el país ve claro y sigue fiándose de nuestra honradez. Sabe que mi intención es santa y no me agobia con el peso de sus enojos, POR CULPAS QUE NO SON MIAS. El señor Labra salió avante; pero acaso no saldrá si nos dejan ir a las urnas; si todavía no se empeñan ustedes en atarnos las manos para que el adversario se burle de nosotros.

Library of Congress

Yo tenía derecho a una plena confianza. Y no la encontré; no la encuentro. Y no falta quien me asegure que se conspira ahí para dar otra dirección al partido liberal.

Se le dará, porque yo no sirvo para sostener pugilatos desdorosos; porque yo estoy en mi puesto por patriotismo y dejaré mi puesto por repugnancia a la doblez ajena.”

En ese tono de altivez hablaba yo a los grandes, a los poderosos. Después de esa carta podía considerarse ROTO EL PACTO. Y, por si aún no bastaba, pronuncié públicamente el 23 de enero, en el *meeting* de Mayagüez, estas 73 declaraciones, que insertaron entonces *El Imparcial* y *La Democracia*:

“Somos fuertes; con nosotros están la justicia y el número; podemos marchar solos y solos marcharemos. En las bases del arreglo admitimos la equidad; nunca la igualdad. A setenta y nueve corresponde más que a diez y siete, y a ochenta mil más que a veinte mil. Y sería inaudito que los diez y siete del 13 de febrero pretendieran imponerse a los setenta y nueve. Y sería bufo que los veinte mil pretendieran imponerse a los ochenta mil. Bajo las horcas caudinas no pasan hombres como nosotros. Y si ha de sacrificarse todo en aras de una alianza efímera, que acabase de seguro en nuestra derrota, valdría más que el partido no existiese. La concordia, pues, será digna de nosotros o no será.

¿Qué se ha supuesto? ¿Qué se supone? ¿Qué íbamos a buscar el poder como una limosna? ¡Pues no!, que íbamos a buscarlo como un derecho. Y si un día dejasen de ser útiles nuestras conexiones con los partidos nacionales, de un lado el señor Sagasta, y de otro lado nosotros romperemos el pacto, destruiremos la conexión y quedaremos tan regionalistas como antes o más regionalistas que antes.

Eramos partido débil sin el pacto; somos partido robusto en el pacto; seremos partido formidable después del pacto. Ese pacto no es para nosotros condición única de vida. ¿Hay que romperlo? Se rompe.

Subsisten las razones en cuya virtud regresó de Madrid la Comisión puertorriqueña, y claro es que el pacto subsiste también. Si las condiciones cesan el pacto no subsistirá y seremos un partido insular independiente con nuestra organización y nuestra bandera autonomista de Ponce, con nuestros hombres y nuestros principios.”

Hasta ahí mi discurso.

Los que dicen que el pacto fue indigno; los que aseguran que nos sometimos al señor Sagasta y al Gobierno, vayan convenciéndose de que frente al Gobierno y frente al señor Sagasta, los patriotas de Puerto Rico sabían levantar a grande altura el respeto a su dignidad y a la 74 dignidad de su país. EL PACTO se hizo pedazos en enero de 1898. Y desde entonces el partido liberal marchó, sin auxilio de nadie, entre obstáculos inmensos. Marchará adelante y salvará a Puerto Rico, aunque pese a todos los tiranos de América y de Europa.

75

**XV MUÑOZ RIVERA A MORET.—DOS CARTAS.—SACRIFICIOS LIBERALES.
JEFATURA DISCUTIDA.—EL LENGUAJE DE LA DIGNIDAD.—LA POLITICA POR
DENTRO**

San Juan Puerto Rico, 4 de enero de 1898.

Excmo. Sr. D. Segismundo Moret.

Mi respetable amigo: Cumpló el más amargo de los deberes que me impone mi posición informando a usted, sincera y francamente, sobre la marcha de este país. Y digo el más amargo porque me duele hablar de una política que no es política y de unos adversarios míos a quienes no puedo elogiar como mandan la generosidad y la nobleza a que siempre rindo culto.

Library of Congress

Usted, por mis cartas recientes, por el extracto de la Prensa, que sin duda le hará García Molinas, por su intuición profunda, sabe cuál es la índole de la disidencia que tanto deploro. No valía nada en febrero, al regresar nosotros de la Península y al terminar la asamblea en que triunfamos por 79 votos contra 17. Vivió hasta noviembre, entre convulsiones y paroxismos agónicos, sin fuerza y sin prestigio. Y luego, cuando asomaron las promesas del sufragio universal, se levantó resuelta a emprender la conquista de las muchedumbres ignorantes y a no fijarse en los medios para lograr sus dos fines: la formación del partido radical y la muerte del partido liberal, por celos y por ansias de jefatura.

No atreviéndose a ampliar el programa nuestro, claro que necesitaba acudir a las exageraciones demagógicas, 76 que halagasen al pueblo. Y acudió. Pero hay algo más duro y más triste. Había luchado yo solo en *La Democracia*, durante muchos años y a través de muchos dolores. Tenía en el país una popularidad extensa y sólida. Era preciso destrozarla. Y entonces vino la apelación a la calumnia. Los periódicos disidentes circulan poco. Las hojas volantes les suplieron. Y han visto la luz ochocientas o mil hojas distintas, llenas de falsedades y de injurias.

No respondía una palabra: guardé el silencio grave y sereno de un patriotismo capaz de todas las abnegaciones. Y me consagré a la propaganda seria; a la acción perseverante; a destruir con actos míos las palabras de mis impugnadores. Así logré una organización completa. Hoy en cada Municipio existe un Comité local, y en cada barrio un Comité rural. Nuestro influjo llega donde no llegó nunca. Somos invencibles en las urnas, aunque se coaliguen—que no se coaligarán—frente a nosotros los incondicionales de Arzuaga, los izquierdistas de Balbás y los cismáticos de Juncos.

Conocen estos últimos nuestro número y pugnan, a la desesperada, por atraerse a los hombres del taller y a los hombres de la campiña. En las clases obreras su labor resulta fructífera, si bien la mitad de esas clases nos siguen a cualquier parte; en las masas campesinas resulta estéril, porque se confunden con nosotros casi en absoluto. Puerto

Library of Congress

Rico es agrícola, y como por cada obrero hay veinte campesinos, estamos ahora en actitud de copar, si el Gobierno lo desea, todos los cargos electivos.

Usted, experto en la lucha electoral, conoce los ardides y las estrategias que emplear suelen los propagandistas de las causas malas. Pero no imaginará nunca qué extremos de rencor y de encono alcanzó aquí el oculto y sordo esfuerzo de los disidentes, presentándonos en condiciones de tiranos y concitando contra nosotros a la multitud, que se deja seducir por los que adulan sus pasioncillas y sus gustos.

Ese cúmulo de tentativas en la sombra no representaría ningún peligro si no las diese calor desde Madrid el señor Labra, que llama a sus amigos LOS UNICOS AUTONOMISTAS, 77 y asegura que, sin que ellos intervengan, no será autonomía la autonomía del Gabinete liberal. El señor Labra no ignora que el antiguo partido autonomista somos nosotros, y que nos incorporamos al partido liberal por el voto de una asamblea, de la cual se separaron algunas personas, ya reemplazadas con ventaja en la cantidad y en la calidad.

Yo aplaudo los propósitos de usted; su deseo de que se establezca la unión; sus consejos tan sanos y tan leales; pero la verdad es que nos quita mucha fuerza el hecho de que a cada negativa del Directorio—un Directorio irregular—vienen de la metrópoli nuevas indicaciones a reconocer la *personalidad* de un grupo que, sin ese auxilio moral poderosísimo, sería poco más que una figura disolvente en el escenario de las contiendas coloniales.

¿Permite usted a mi amistad una queja sentida y honda? Obedeciendo al dictamen de usted y del señor Sagasta hicimos la *incorporación*, nosotros que buscábamos la *alianza*; nos trajimos elementos *incondicionales*; adoptamos una actitud de insuperable tolerancia. Y, claro: aflojéronse los vínculos que nos unían con la extrema izquierda autonomista. Y, después de arriesgar una vez y otra nuestro nombre a la diatriba y de ofrecer a la patria el

Library of Congress

holocausto de nuestra popularidad, todavía debemos temer que se malogren los frutos de la tarea más feliz y más española que era dable en las Antillas.

En Cuba se constituyó hace tres días el Consejo Insular; en Puerto Rico no se constituye. Y el año 1898 comienza con este sinsabor. ¡Qué culpa tiene el partido liberal, qué culpa tenemos nosotros en la actitud de una disidencia que no provocamos, de una disidencia a la que ofrecimos cuanto era licito ofrecer, no basándonos en sus fuerzas, que son exiguas, sino en nuestra generosidad, a que no ponemos límite! Yo acato las decisiones del señor Sagasta y de usted. Y las cumpliré. Más, al ver como la disidencia se juzga imprescindible y nos perturba y nos coarta apoyándose en las benignidades del Gobierno para deslustrar nuestra obra, me asalta, sin que baste a evitarlo mi voluntad, una tristeza infinita, que escondo ante 78 los demás; pero que no escondo ante usted, porque pecaría de despreocupado si no la sintiese y de hipócrita si no la manifestara con el más afectuoso respeto.

No se nos esconde que el señor Labra, señalando a sus sectarios de acá el camino de la resistencia, y esforzando sus recursos de allá para sostenerles y alentarles, *labra pro domo sua*, por su ideal republicano y por sus aspiraciones a llevar, en el Parlamento, la dirección de un núcleo más o menos efectivo. La maniobra es hábil y hasta me parecería eficaz si no tropezase con el superior entendimiento y la fina diplomacia de usted.

En cuanto a nosotros, seremos árbitros en la colonia si desde el Poder no se dan armas a nuestros adversarios; desapareceremos, considerándonos fracasados, si se nos obliga a renunciar a la esencia de la evolución que con usted pactamos y que, a nuestro modo de entender las cosas, es indispensable si la colonia ha de vivir y crecer y desarrollarse al amparo de la patria, brindando garantías a todos los intereses y expansión a todas las ideas.

Un cablegrama, dirigido al señor Fernández Juncos, nos anuncia que el nuevo gobernador trae instrucciones tendentes a la unión y el próximo correo un plan de los

Library of Congress

señores Labra y Molinas. Esperamos: nosotros, sin variar nuestra conducta porque jamás atacamos a los disidentes; los disidentes, insistiendo en sus insultos y excitando a las multitudes. Aquellas instrucciones y aquel plan nos encuentran muy tranquilos; abrigamos la completa confianza de que no se nos invitará a deponer la razón y la justicia, y descansamos en la certeza de que hemos procedido con exquisita corrección.

Febrero 14 de 1898.

Mi respetable amigo:

Ya está realizado el sacrificio que usted nos pedía. Su carta del 18 de enero nos dice: “Lo que yo quiero, en lo que insisto y lo que reclamo de ustedes es que me den los medios para llegar a constituir un Gobierno con todos 79 los elementos del partido liberal”. Ese Gobierno existe desde hace tres días. Hemos perdido autoridad y fuerza; pero hemos servido al propósito de usted y vamos adelante.

Para responder a su deseo fué forzoso ceder la presidencia y las Secretarías de Hacienda e Instrucción. La segunda tiene una plantilla de 600 empleados. En un país pequeño, figúrese usted el influjo que desarrolla quien posee ese cofre de bienandanzas que repartir a manos llenas entre sus parciales. La presidencia es un cargo de prestigio, de ascendiente moral. Impresiona al pueblo verla en manos que no son nuestras manos. Y las impresiones se convertirán en votos.

Aún se pretende más. Se pretende crear un nuevo partido regional, local, sin conexión ninguna con la política española; volver, en una palabra, al viejo partido autonomista con su delegación, su directorio, etc. Y como la opinión me sostiene, aun contra mi voluntad, se quiere rodearme de gentes desafectas, a fin de coartar mis iniciativas, reducirme a la impotencia y derrotarme en un asunto cualquiera, más tarde, hiriéndome así como de soslayo, ya que de frente es imposible.

Library of Congress

El Comité provincial se reunirá el 21 de este mes y acordará si acepta o no la unión sobre esas bases, o propondrá otras. Yo presentaré mi renuncia. Tal vez no la admitan mis compañeros. Y en el caso de que no la admitan, trabajaré por la unión en términos equitativos, justos y honrosos. ¿No se hace? Pues iremos a las urnas.

Entonces conviene que intervengan con energía el gobernador general, no para inclinarse a los liberales autonomistas ni a los autonomistas históricos, sino para impedir que estos últimos envenenen la conciencia popular, perturben el orden y utilicen las armas tristes de la calumnia y la diatriba; si el gobernador se muestra severo e inflexible con el mal, yo aseguro a usted que el mal no arraigará. Nosotros, el Consejo Insular, o por lo menos los hombres que en él representan a nuestro partido, mantendrán siempre la mayor libertad dentro del orden más estricto.

Pero necesitamos, y pedimos a usted, que nos aliente en el empeño patriótico. Hoy opina la casi totalidad del país que están rotas nuestras inteligencias con ustedes. Y aunque una inmensa mayoría nos sostiene a todo trance, hay muchos que elaboran el partido local, aislado e independiente en la colonia, dueño absoluto de sus actos, sin trabas y sin compromisos.

Alegan que el el pacto de Madrid no cristaliza en la realidad; que no necesitan el pacto los disidentes para ocupar el poder; que el pacto no se cumple... Es el movimiento de dispersión, es la desbandada que predije a usted en mis cartas de julio y agosto. Me siento con bastante vigor político para contenerla. Pero la verdad es que, si no en el fondo, en las apariencias tienen la razón los descontentos, los que niegan o dudan. El Gobierno parece autonomista cismático. Lo que fué una disidencia es un partido, gracias a la personalidad que ustedes le reconocen y gracias a la fortuna con que el *leader* se agita en esa corte.

Vea la copia de una carta escrita por usted el 8 de enero. Esa carta original y en copias, ha recorrido la isla de extremo a extremo, prestando recursos de propaganda y medios de

Library of Congress

acción a los enemigos del partido liberal y del señor Sagasta: a los que no se resignaban al pacto.

Esa carta nos causó más daño que las cien mil invenciones que echaron a volar sin fruto, en días anteriores, nuestros adversarios.

Yo comprendo la situación de usted y las habilidades diplomáticas a que necesita acudir para evitar descalabros—más ilusorios que reales—al régimen autonómico; pero es lo cierto que la disidencia, desconfiando de ustedes, atacando a ustedes, logra tanto o más que nosotros defendiéndoles y secondándoles. Es un hecho que desconsuela y nos abruma; un hecho que preví y que no pude evitar, pese a mis esfuerzos tenaces y a mis gestiones ardorosas.

Urge, en mi concepto, que el general Macías nos apoye de un modo positivo. Moralmente la disidencia manda. Y apenas se explica nuestra posición, anómala y difícil, siendo, como somos, liberales de ustedes y con ustedes. 81 Anhelamos seguir siéndolo, porque entendemos que, si el Gabinete Sagasta respeta la autonomía y deja libres a los partidos puertorriqueños, el Gabinete próximo, conservador de seguro, llamará a sus afines aquí, disolverá las Cámaras, traerá unas Cámaras reaccionarias y sólo nos quedará la esperanza de que ustedes retornen al Gobierno. He ahí el turno que es el *alma mater* del pacto. ¿Debemos buscar o debemos evitar las responsabilidades de la ruptura?

Reproduzco una líneas de la carta que me dirigió usted en fecha 28 de enero: “No puedo explicar a usted la sorpresa que me causa ver que, dando usted gusto a los que inventan chismes, historias y consejas, se ha figurado usted posible siquiera que yo hubiese pensado o dejado pensar a los demás algo que pareciese nada menos que la dimisión o retirada de usted de la jefatura del partido fusionista. ¿De dónde diablos sacan ustedes estas cosas?”

Pues bien, don Segismundo; esas cosas nacen de unas cartas en que García Molinas me habló siempre de *sacrificios indispensables*; de *abnegaciones necesarias*. Y de otras

cartas en que el mismo García Molinas dice a Hernández López que debo yo abdicar la jefatura del partido y hacerme elegir diputado y marcharme a Madrid, DONDE SE ME RECIBIRIA CON GRANDE ACATAMIENTO.

Por lo mismo que aprecio a García Molinas en lo que vale; por lo mismo que conozco sus afecto hacia usted y su identificación con sus planes, he creído que las insinuaciones partían del ministro de Ultramar. Y es claro, no me quedaba más camino que dimitir o rebelarme. Entre los dos términos, elegí sin vacilar el primero. Si obré con ligereza, censúreme y condéneme. Yo estimo que obré con dignidad. **6 CAMPAÑAS III**

82

XVI FORMACIÓN DEL GABINETE AUTONÓMICO.—LA FÓRMULA DE LABRA: MITAD POR MITAD.—EL JURAMENTO EN SANTA CATALINA.—MATIENZO DISTANCIÁNDOSE

Por las cartas que el 4 y el 14 de febrero de 1898 dirigí al señor Moret, se ha visto de qué suerte pudo constituirse el Gabinete autonómico, de que formaban parte: por la disidencia, los señores Quiñones, Fernández Juncos y Rossy; y por el partido liberal, los señores Hernández López, Quiñones y yo.

El día 6 nos reunimos en el Ateneo. Y allí, desde las primeras palabras, los liberales cedimos la mitad de los puestos, que deseaban los disidentes. No hubo discusión. Cada grupo conservaba su personalidad y las elecciones próximas decidirían cuál de los dos habría de formar otro Gabinete: el homogéneo, el parlamentario procedente de las Cámaras.

El día 11 debíamos jurar nuestros cargos. El Gobierno general invitó a los elementos políticos de San Juan, a las altas autoridades civiles y eclesiásticas, a los jefes de los cuerpos militares. En el testero del salón DEL TRONO aparecían bajo un solio los retratos de doña Cristina y don Alfonso. En frente una mesa cubierta con tapete carmesí. Sobre la mesa, los Evangelios. El concurso se dividía en dos alas, a la derecha e

Library of Congress

izquierda. Entramos. Delante el gobernador con su secretario. Después los secretarios del despacho.

83

Estos se arrodillaron unos tras otros en el siguiente orden: el presidente, el de Gobernación y Justicia, el de Hacienda, el de Obras Públicas, el de Instrucción Pública y el de Agricultura y Comercio. El señor Francia leía en alta voz la fórmula del juramento: “¿Juráis por Dios y por los Santos Evangelios ser fiel a S. M. el Rey don Alfonso XIII y en su nombre a la Reina Regente, ateneros estrictamente a las leyes y a su genuina inteligencia y a la constitución colonial, desempeñar el cargo que el gobernador os ha encomendado con cuanta asiduidad y atención pudiéreis, mirando ante todo por el bien de la nación y de la isla de Puerto Rico?”

Los señores Quiñones (don Francisco), Fernández Juncos y Rossy, que dieron antes como causa para separarse de nosotros sus ideas republicanas, JURARON, doblando ambas rodillas, y con la mano derecha en las páginas de la Biblia, juraron SER FIELES AL REY DE ESPAÑA.

No censuro aquel sacrificio. Yo lo hice al pactar con el señor Sagasta, cuando nadie soñaba con que los decretos autonomistas crearían seis ministros en mi país; cuando nadie osaba dudar de mi absoluto desinterés. Ellos tuvieron la desdicha de hacerlo el día mismo en que iban a ocupar las poltronas, menos envidiables que envidiadas. Creo, y lo declaro noblemente, en la alteza de miras de mis compatriotas; pero la ocasión para jurar por los símbolos monárquicos resultaba un poco tardía.

En nombre de la república se combatió un año: desde el 11 de febrero de 1897 al 11 de febrero de 1898. Y los que me combatían olvidaron la república. Y bajo el dosel bermejo, sobre las gradas del solio, rindieron homenaje a doña Cristina de Hapsburgo y a don Alfonso de Borbón. Para los que, a semejanza nuestra, habían declarado que su más grande amor era LA PATRIA PUERTORRIQUEÑA y que a esa patria posponían sus

Library of Congress

principios de escuela, el juramento no costaba ningún dolor: para los que, a semejanza de los *leaders* disidentes, habían declarado su fervorosa devoción a la república, el juramento debió costar angustias infinitas.

Y ahora surge, por orden cronológico, la serie de actos 84 que realizó el señor Matienzo, en las intimidades de la Comisión ejecutiva y del Comité provincial. No huelga establecer algunos precedentes que ilustren el juicio popular en asunto de tanta trascendencia.

El 31 de octubre apareció una circular, suscrita por mí, para los presidentes de Comités en la isla. Alentaba yo el entusiasmo de mis amigos. Y les explicaba la situación que debíamos afrontar. Tenía la certidumbre de ser correcto y de estar conforme con las opiniones de la totalidad de mis correligionarios. El 6 de noviembre, a las cinco de la tarde recibí este despacho:

“Muñoz Rivera.—Capital.

Siento no estar conforme circular en un todo. Contéstole Prensa para aclarar conceptos y, en su caso, definir situación, *Matienzo*. ”

Cómo habría de sorprenderme el telegrama, lo supondrán los que leen mis *apuntes*. Comprendía que el señor Matienzo NO ESTUVIESE CONFORME con mi circular; pero que se lanzase A LA PRENSA; que rompiese así la disciplina y que desdeñara las más rudimentarias nociones del buen sentido, eso no alcanzaba a comprenderlo ni a explicármelo.

Respondí, desde luego, de una manera afectuosa y cordial y supliqué al señor Matienzo que no acudiera a la publicidad sin que nos viéramos. Le prometía ir a Ponce. Me contestó así:

“Ponce, noviembre 6.—6 tarde.

Library of Congress

Muñoz Rivera.—Capital.

Modifico telegrama anterior, esperando para publicar carta conferenciar con usted. Si viene ésta, dígame cuándo; si no, iré yo esa.— *Matienzo*.

Y vino sin tardanza. Y conferenciamos largamente. Y me explicó lo que yo no me explicaba. En mi circular había este párrafo:

85

“YO ASEGURO A USTED, y le ruego que trasmita en nombre mío esta solemne afirmación a los vocales de ese Comité local, que el partido liberal tendrá, en Puerto Rico, LA PREPONDERANCIA legítima y justa a que le da derecho su condición de partido gobernante; pero al propio tiempo encargo a todos que no se precipiten ni se impacienten, porque es preciso que el nuevo régimen se implante sin despertar enconos, sin herir innecesariamente al adversario, sin caer en alardes impropios de un pueblo que llega, por vías de rectitud y de honradez, al cumplimiento de sus esperanzas.”

A Matienzo no parecía bien el vocablo PREPONDERANCIA, creyendo él que debíamos pedir más; que debíamos pedir EL EXCLUSIVISMO. Hablamos mucho y quedamos de acuerdo en que la PREPONDERANCIA, tal cual el Gobierno la concedía, *era bastante*. Aquella noche, en La Mallorquina, consulté a Matienzo acerca de la futura formación del Gabinete insular. Y le pregunté qué cartera prefería.

Véase nuestro diálogo:

—Preferiría la cartera de Instrucción pública.

—Todas, si me llaman al Poder, estarán a sus órdenes. Usted elegirá. Y si le place la presidencia del Gabinete, ocúpela. Ninguno con mejores títulos. Yo me quedaré en la presidencia del partido.

Library of Congress

—No, no. La cartera de Instrucción se adapta a mis gustos y a mis aptitudes. Haría yo un plan de enseñanza completo, cuyas líneas he trazado ya; pero no deseo ocuparla tampoco, pues me obligaría a renunciar mi cargo de notario.

—Entonces, ¿la presidencia del Consejo de Administración o de la Cámara de representantes...?

—Eso, sí; aceptaría y ocuparía la presidencia de la Cámara.

—Yo le doy mi palabra de que le propondré y de que el partido le elegirá, felicitándose de ello.

El señor Matienzo volvió a Ponce. Y ya no volvimos a 86 vernos hasta el 23 de enero de 1898 en el *meeting* de Mayagüez.

En el capítulo XIV traté de aquel *meeting* y de mi discurso sobre ruptura del pacto. El señor Matienzo pronunció una improvisación grandilocuente y enérgica. Ocupábamos una habitación él y yo. Y a las dos de la madrugada, después de un baile en el Casino, le leí una carta del señor Moret, en que figuraban los párrafos que reproduzco:

“Deseo, entre disidentes y liberales, inteligencia y relación suficientes para estar unidos frente a los conservadores, llámense como quieran y formen o no Comité. Eso significan los telegramas de Labra y García Molinas y la carta que, por este correo, va para usted y Fernández Juncos. No sé lo que harán los llamados autonomistas—históricos—; pero sí debo decir a usted lo que, a mi juicio DEBEN HACER los liberales, mis amigos. Ayudar absolutamente al gobernador general, PRESTARSE A TODO y facilitar DE TODAS LAS MANERAS POSIBLES la formación de un solo partido liberal. Y como son ustedes los más, los mejores y los más fuertes, cualquiera que sea la receta de esa amalgama, el color, el sabor y el gusto serán siempre de ustedes.”

Library of Congress

Se nos mandaba, pues, prestarnos a todo; a la MITAD POR MITAD, y aun, siendo preciso, a la PREPONDERANCIA de los disidentes.

Observé en el señor Matienzo una contracción amarga. Y me arrepentí de mi franqueza. Dos semanas más tarde se presentaba en San Juan y pedía que se reuniese la Comisión Ejecutiva.

Se reunió el 9 de febrero. Y dijo el señor Matienzo.

“Que el partido se encontraba en una verdadera crisis, porque nacido en virtud de la conjunción de voluntades entre el señor Sagasta y nosotros, todo lo que tendiese a rebajar la unidad de esas voluntades habría de traducirse en una debilitación o flaqueza de aquella conjunción.

Que al constituirse el Gabinete, se veía en las esferas del Gobierno el deseo de equiparar nuestras fuerzas con las del adversario.

87

Que en las cartas del señor García Molinas y de OTRAS PERSONAS IMPORTANTES de Madrid—alusión al señor Moret—palpitaba el propósito de HACER LA UNION de las dos ramas autonomistas de tal modo que, queriendo el señor Matienzo conocer toda la verdad, fué a la Secretaría del Gobierno con el señor Hernández López, y el señor Francia les dijo:

—Puedo asegurar que la voluntad y el deseo de Madrid consiste en la unión de las dos ramas.”

“Que en Mayagüez había tratado del asunto con el señor Muñoz Rivera, previniendo la eventualidad de que llegaran indicaciones para la ruptura del pacto; en cuya eventualidad podría quedar en actitud independiente el partido liberal independiente.

Que aceptado el Gabinete mixto se dificultaba la independencia del partido y que, de otra parte, ofrecía inconvenientes y peligros una situación de tal índole.

Que consultó también a la opinión pública y que vió claro y distinto el anhelo general de una concordia inmediata.”

Concluyó el señor Matienzo manifestando que creía llegado el momento de que el partido resolviese la conducta que debiera adoptar, inclinándose el orador a que se formara un nuevo partido, para realizar la unión, con la constitución de Ponce y el programa contenido en los decretos autonómicos de noviembre.

Por unanimidad se acordó la convocatoria del Comité provincial para el 21.

Y como se alarga mucho este capítulo, y excede al espacio que un periódico puede conceder a estudio como el presente, continuaré mañana.

88

**XVII RESISTENCIA A LA “MITAD POR MITAD”.—LUCHANDO Y CEDIENDO.
MATIENZO ANTE EL COMITE PROVINCIAL.—TREINTA Y OCHO CONTRA DOS.
—MATIENZO INDEPENDIENTE.—MATIENZO DISIDENTE.— LOS MOTIVOS
VERDADEROS.—OTRA REUNIÓN EN EL ATENEO.**

Amigo yo y partidario resuelto de la Unión, y, en último caso, de “La Concordia”, estaba pronto a todas las transacciones para la primera. Si las dos ramas del autonomismo se fundían en un tronco, volvíamos a ser, como antes, una sola familia con un solo pensamiento. Y no había que pensar si un liberal o un disidente ocupaban el destino vacante: había que pensar, eso sí, en que lo ocupase el de mayor capacidad y el de mejores servicios. Y no había que hacer que en la Directiva predominasen unos y otros elementos; había que hacer, sí, que predominaran los patriotas fogueados en la lucha por la patria.

Library of Congress

Pero si LA UNION tenía el INCONDICIONAL concurso de mi partido, no le tenía tanto la concordia, con personalidades diversas para LOS DOS GRUPOS contratantes. Siendo yo jefe de uno de éstos, mi deber consistía en conservarle sus posiciones, en no comprometerle a perder su fuerza. Porque más tarde o más temprano vendría la ruptura, y nos encontraríamos con los *diez y siete* de la asamblea iguales a los *ochenta y nueve*. De ahí que resistiese un día y otro a la MITAD POR MITAD; a la fórmula de la disidencia. Para LA UNION, ningún reparo de nuestra parte: lo dábamos todo, lo aceptábamos todo; para LA CONCORDIA dábamos y aceptábamos lo que correspondiese 89 a cada partido. La confianza absoluta de mis correligionarios me obligaba a defender el terreno pulgada por pulgada.

Luchábamos con el deseo persistente del ministro de Ultramar: con sus órdenes expresas, con sus apremios casi despóticos. Y teníamos detrás, como elemento de resistencia, a la opinión unánime de nuestras masas identificándose con nuestra opinión y alentándonos con su valerosa conducta. El Comité provincial debía reunirse el 21 de febrero. La noche del 19 se celebraba una recepción semanal de la Fortaleza. Entre otros, habíamos ido Hernández López y yo. Cuando todos los demás se retiraron, el general Macías nos llamó y quiso saber a qué altura marchaban las iniciativas del señor Matienzo. Comunicué al general la síntesis de mi criterio: la que resulta de los párrafos anteriores. El general se mostró contrariado. Y Hernández López, causándome sorpresa profunda, se puso frente a mí y dijo que él era partidario de que SE SACRIFICARA TODO hasta llegar donde quería el señor Moret.

En aquel sitio y en aquellas circunstancias, la actitud del VICE-PRESIDENTE del Comité me privaba de medios para oponerme a la MITAD POR MITAD. La disciplina quedaba maltrecha y rota; mi posición se hacía insostenible. Me puse de pie; me siguió Hernández López y nos retiramos. Desde ese momento no existía la posibilidad de elegir nuestro camino: no nos restaba otro que el de ceder, ceder y ceder. Dirigí, en mi despacho, a Hernández López, los cargos enérgicos que a mi juicio merecía. El hombre que en

Library of Congress

mayo del 97 formuló contra mí un voto de censura porque yo aconsejaba al Comité local que apoyase a los candidatos disidentes, en febrero del 98 me desautorizaba ante el gobernador apoyando él la disidencia. En ambas ocasiones pugnaba yo frente al Gobierno y caía Hernández López del lado del Gobierno.

Se celebró reunión del Comité. La abrí con un discurso en que proponía las siguientes bases:

1. a Nombre de los dos grupos, al confundirse, UNION AUTONOMISTA LIBERAL.

90

2. a Programa, los decretos autonómicos del 25 de noviembre; procedimientos, los de la constitución autonomista de Ponce.

3. a Fines, locales y circunscritos, pudiendo los afiliados mantener sus compromisos dentro de la política española.

4. a Creación de una *Junta* CENTRAL con cincuenta representantes de cada una de las agrupaciones que se reunían.

5. a Creación de una *Comisión ejecutiva*, con ocho personas, cuatro por los disidentes y cuatro por los liberales.

6. a Creación de Comités locales, fundiéndose los que existían o eligiéndose otros en asambleas populares.

7. a Candidaturas electas para mandatarios, también designados en asamblea, que se reuniesen en las cabeceras de los distritos..

El señor Matienzo explanó sus ideas en un largo discurso, que no alcanzó ni un aplauso. El Comité le veía con angustia resbalar hacia el campo adversario y aconsejar que se crease un Directorio compuesto por Fernández Juncos, ¡POR EGOZCUE! y por mí.

Library of Congress

Le combatieron José de Diego y Herminio Díaz con elocuencia abrumadora. Habló Hernández López ya satisfecho porque el partido iba a la MITAD POR MITAD. Se votó la proposición del señor Matienzo y obtuvo el voto de éste y el de don Arturo Aponte, contra TREINTA Y OCHO que representaban *el resto* del Comité.

El señor Matienzo, a quien he tratado SIN EXCEPCION, SIEMPRE, con las más exquisitas consideraciones, se marchó sin despedirse de mí, se declaró independiente y, poco después, ingresaba como catecúmeno en la iglesia de Fernández Juncos y Barbosa. Antes de pasar a otro punto voy a examinar y a fijar las causas a que se debió la resolución extraña, incomprensible, del ex comisionado a Madrid.

Se ha dicho mil veces que el señor Matienzo se separó del partido federal porque no pudo asignársele una cartera en el Gabinete mixto; eso es una vulgaridad: el señor Matienzo habría tenido, a elegir, las tres carteras de 91 Gobernación, Comunicaciones y Agricultura. Su proceder obedece a móviles que no arrancan del mísero afán del lucro. El señor Matienzo no es hombre a quien se gana por sueldos productivos ni por cómodas prebendas.

Sentía—y ello se revela en los dos telegramas suyos que reproduce en el capítulo XVI—una inquietud nerviosa incomprensible, aunque cierta. Esa inquietud le impulsaba a la oposición, al ataque, al cisma. Recuérdese que en el primero de los despachos, escribió: “Contéstole PRENSA para aclarar conceptos y, en su caso, DEFINIR SITUACION.” En esa frase está latente la amenaza de la discordia civil. En noviembre 6 de 1897, el señor Matienzo, NO CONFORME con una circular, inclinábase a DEFINIR LA SITUACION. Y eso gratuitamente, sin que la circular contuviese una palabra digna de anatema.

Pero hay un nuevo dato: al tratarse de las candidaturas para la Diputación provincial, en setiembre del mismo año, el señor Matienzo lanzó un despacho telegráfico que dice:

“Hernández López.—Capital.

Library of Congress

Designación anticonstitucional candidatos justificará disidencia. Protesto. Y de no rectificarse sepárome partido. *Matienzo.* ”

Se le escribió, se le convenció y NO SE SEPARO. La propensión de aquel espíritu a la guerra contra nosotros resultaba evidente, comprobada por hechos sucesivos, triste; pero exacta. ¿Por qué sentía el señor Matienzo esa propensión? ¿En qué motivos podía fundarla o excusarla? Suponen muchas gentes que el influjo de una labor personal continua, realizada por el señores Guzmán Benítez y Fournier, determinó la compleja dualidad del gran orador puertorriqueño. Es posible, aunque no es probable en un entendimiento superior, difícil a las ajenas sugerencias. Para dominar al señor Matienzo se le decía que ESTABA PRETERIDO; que SU INFLUJO HABIA MUERTO y que debía reivindicar *para* sí la dirección de los negocios insulares.

Quizá el señor Matienzo, a quien yo ofrecí la jefatura repetidamente, no la ambicionaba POR CESION GENEROSA, 92 sino POR CONQUISTA MARCIAL. La verdad es que nos estrechamos la diestra el 24 de enero, HABIENDO LEIDO LA CARTA DEL SEÑOR MORET en que SENOS MANDABA SOMETERNOS, y el 10 de febrero tremolaba el señor Matienzo el estandarte de LA UNION A TODO TRANCE.

La *propensión* surgía de nuevo y ahora en forma decisiva. El paladín entraba en liza para blandir su fulminante verbo, según blandía Júpiter el rayo. Sirviendo a Madrid, complaciendo al gobernador, levantando en el pavés a la disidencia, y HACIENDO ASI LA UNION AUTONOMISTA, el señor Matienzo estaba indicadísimo como JEFE DE LA UNION. El reducto era inexpugnable; la victoria segura. Pero no se contó con el golpe de vista del COMITE PROVINCIAL; con su valor cívico a prueba, que no teme nunca a las muchedumbres ni a los Gobiernos mientras combate por la justicia; con su energía que no doman los amagos ni los golpes. EL COMITE PROVINCIAL desbarató los planes del señor Matienzo y le dejó solitario y le contempló tranquilo en su viaje hacia las turbas.

Library of Congress

En una nueva reunión del Ateneo, convocada y presidida por el señor Francia, se estudiaron nuestras bases. Y al discutir la octava, aquella en que nosotros sometíamos las candidaturas de la UNION al sufragio de los pueblos, Fernández Juncos declaró que “su colectividad aspiraba *al reparto* equitativo de representaciones en los organismos de origen popular; reparto que NO PUEDE CONFIARSE AL PUEBLO INDOCTO, sino a una dirección inteligente y capaz”; y añadió que “amantes de la democracia, dejaban de acatar sus LEYES POR UNA SOLA VEZ.”

Los liberales defendimos nuestra tesis decmocrática y la base fué admitida. De manera que todo candidato debía ser electo en la cabecera del distrito, por dos representantes de cada Comité, elegido en asamblea municipal.

Al iniciarse la discusión sobre jefatura me retiré y esperé 93 lo que acordaran mis colegas. Los señores Juncos, Brioso, Barbosa y Rossy impugnaban mi nombre. El señor de Diego me consultó si debía cederse también en ese punto. Le respondí que yo no podía ni quería intervenir en nada que me afectase. Volvió el señor de Diego; dió cuenta de mis palabras; los disidentes insistieron en que admitirían CUALQUIER JEFE, EXCEPTUANDOME A MI, para LA UNION; los liberales rechazaron la ofensa, y avisado yo de lo que pasaba entré en la biblioteca del Ateneo, donde esto ocurría, y dirigiéndome a mis adversarios, pronuncié las palabras que copio:

“Señores: pongo en manos de ustedes enérgicamente, sin vacilación ninguna, la presidencia del Comité provincial liberal.

Pondré en manos del Gobierno la Secretaría del despacho de Gobernación y Gracia y Justicia que estoy desempeñando. Después de este momento ya no quiero permanecer en la vida pública. Aquí no se trata de una cuestión de principios, de opiniones ni de tendencias; aquí hay tan sólo un odio, un rencor implacable, y de ese rencor y de ese odio soy yo la víctima.

Library of Congress

Durante un año se me injurió, se me calumnió, se me vilipendió, y he sufrido en silencio la calumnia y la injuria. realizando este sacrificio de mi amor propio por mi partido liberal, por mi patria puertorriqueña. Ya es bastante; ya veo que me rechazan aquellos a quienes creí mis amigos, a pesar de ser en ideas mis adversarios. Y ante estas desconfianzas yo no puedo entrar en la Unión viendo que, como dijo el señor Blanco, esta es UNA UNION MENTIRA.

En el último lineamiento de la penumbra que existe como frontera divisoria entre el partido liberal y la disidencia autonomista, aparecen mi nombre y mi silueta. Yo los borro y ya no queda ningún obstáculo para la unión; yo los elimino y ahora obtienen el triunfo los que para combatirme fundaron una secta y unas fracciones a su alrededor y a la secta y a las fracciones y a sí mismos, se dieron el nombre agosto de partido. Estén satisfechos. Yo lo estoy también porque tras un año de angustias y 94 de dolores comprimidos, tras un año de llorar hacia adentro lágrimas acerbadas, al fin encuentra mi alma este desahogo que necesitaba para sentirse libre del peso enorme de tantas injusticias. Muy buenas noches.”

Salí del Ateneo. Conmigo salieron TODOS LOS LIBERALES.

Más ¡ah!, todavía quedaban muchas ocasiones en que esforzar nuestra abnegación que, si no fué nunca rayana del servilismo, fué rayana, en cambio, de la agonía y de la muerte.

L. Muñoz

NOTA. Los sucesos que culminaron en el asalto a los talleres del *Diario de Puerto Rico*, le impidieron a Muñoz Rivera continuar estos “apuntes”.

CARTAS

A ANTONIO R. BARCELO Amigo y adversario. 7 CAMPAÑAS III

99

Library of Congress

Barranquitas, setiembre 1-87.

Señorita Isabel Grillo.—Caguas.

Mi bien estimada amiga: Cuatro letras para preguntar por la salud de María.

Me intereso por ella profundamente, y deseo con toda mi alma que al llegar a Caguas estas líneas, se encuentre ya restablecida de sus dolencias.

Ruego a usted, amiga mía, que se tome la molestia de enviarme noticias. ¡Ojalá que sean satisfactorias! ¡Ojalá que pueda decirme “María está buena”!

Es con el más vivo anhelo de su amigo que la distingue, y B. S. P.,

L. Muñoz Rivera

Señora doña Micaela S. de Cepeda.—Ponce.

Distinguida señora: Sé que es usted dignísima compañera del hombre benemérito que vale, él solo, más que un país entero. En estos instantes de prueba dolorosa, envío por conducto suyo, a mi ilustre amigo Cepeda, el testimonio de mi adhesión absoluta EN TODO Y PARA TODO.

La ira y la indignación sacuden con fuerza mis nervios; el coraje y la vergüenza suben a mi rostro en oleadas de sangre. He escrito hace dos días a Ponce ofreciendo mi pluma humilde, pero viril, para sostener la bandera de la *Revista*. Conozco las consecuencias y las acepto 100 sin vacilar. Ante el peligro los gusanos se arrastran y huyen; los hombres se yerguen y combaten.

Días son estos para usted y para todos, de honda amargura y de infinita desolación. Mitíguelas un consuelo: Cepeda es el ídolo de los que tenemos corazón para sentir sus desgracias y valor para ponernos a su lado.

Library of Congress

Que reciba él, en esa cárcel, que es su apoteosis, el estrecho abrazo de un amigo fiel.

Usted, señora, vea en qué puedo serles útil, y ordene a su amigo que la admira y B. S. P.,

Luis Muñoz Rivera

TELEGRAFO INSULAR

Octubre 30 de 1889.

Familia Baldorioty.—Ponce.

Estoy anonadado. Parece que me roban algo íntimo; que me estrujan el corazón con fuerza; que me aplastan con una mole inmensa.

¿A quién pediremos consejos cuando la lucha arrecie?

¿Quién podrá reemplazar al venerado maestro que la fatalidad nos robó?

¿Qué corazón tan grande como el suyo?

¿Qué carácter más grave y dulce que su carácter?

¿Qué inteligencia más luminosa y firme que aquella inteligencia excepcional?

Muñoz Rivera

Agosto 23 de 1892.

Señor don Manuel Montalvo Colberg.—Cabo Rojo.

Library of Congress

Estimado amigo: He tenido el gusto de abonar a su apreciable cuenta, por saldo, la suma de veinticuatro pesos, que, conforme a mis instrucciones, entregará a usted el amigo Monagas.

101

Agradezco mucho su puntualidad y como aquí solo aparece usted adeudando 23,50 pesos, moneda corriente, quedan a su disposición cincuenta centavos.

De acuerdo con usted y con el señor O., no enviaré más cartas con los paquetes de ese pueblo, ni de ninguno. Puede usted estar seguro de que esto no es más que un *juego* de algún empleado mío, que hace su negocio así.

En esta carta encontrará usted mi retrato, que con mucho placer le dedico. Acéptelo en prenda de la simpatía y de afecto con que le distingue su afectísimo,

L. Muñoz Rivera

Julio 19 de 1893.

Querido Pablo: Aunque yo esperaba la triste noticia, me causa dolorosa impresión. Estimaba yo a Julián; le estimo a usted y en sus penas tomo parte para sentir las como si fueran propias.

¡Qué remedio! La vida no es más que una continua misión de amarguras y de desastres. Hay que resignarse y ser fuerte, refutando con valor cada nuevo golpe que viene a herirnos.

En las horas de luchar soy con usted y si le sirvo de algo mándeme con toda franqueza; no es un pueril cumplido: es que me sería grato ocuparme en obsequio suyo.

Un abrazo de su amigo,

Library of Congress

L. Muñoz

Baños de Coamo, agosto 14 de 1897.

Sr. D. Pablo Figueroa.—Barranquitas.

Mi querido amigo: Tengo aquí su carta del día 9. No valía la pena de escribirla para una cosa tan insignificante. Pero yo la estimo como todo lo que procede de usted, mi compañero de tantos años, de tantas juveniles alegrías y de tantas luchas estériles.

La pequeñez con que contribuyo a aliviar su situación 102 penosa, no me satisface por completo. Quisiera yo que mi óbolo no fuera tan mezquino. Y estoy a sus órdenes siempre, para lo que se le ocurra, con entera franqueza, mándeme.

Si algún día puedo tenderle la mano *de veras*, y de un modo eficaz, no dude ni un instante de que gozaré en ello muchísimo. Ni una *cabatura*, sino algo más ofrecería yo a uno de mis mejores y más consecuentes y leales amigos.

Suyo afectísimo,

L. Muñoz

Febrero 7 de 1898.

Señor don Pablo Figueroa.—Barranquitas.

Mi buen querido amigo: Oportunamente tuve la complacencia de leer su afectuosa carta del 7 de enero próximo pasado, a la que no he dado hasta hoy merecida contestación por habérmelo impedido infinitas y urgentes atenciones políticas de gran interés para el partido.

Library of Congress

No con más tiempo disponible, pero sí con un poco menos de trabajo en la oficina, doy gustosísimo la preferencia a mi viejo amigo, como cariñosamente se llama usted mismo para conmigo.

Creo que mi mayor deseo será siempre poderle ser útil y que me mire usted con el mismo afecto que me ha mostrado desde que me conoce.

Le tendré, pues, muy presente en su oportunidad, para orientarle algo en armonía con sus bellas prendas, sintiendo en el alma que existan compromisos anteriores, de esos que no pueden evadirse, para la plaza de jefe de resguardo que me indica.

Tomo buena nota de sus deseos y ofrézcole interesarme vivamente en su favor; pero tenga calma.

Consérvese bien, y no dude del afecto con que le distingue su buen amigo,

L. Muñoz

103

Mi querido Figueroa: Tengo el gusto de enviarle la credencial que le acredita como Aduanero Preferente del resguardo. Se le destina a Vieques porque no existe ahora ninguna otra vacante. Yo me cuidaré de que le trasladen a un punto más conveniente para usted. Pero, entre tanto, sería bueno que se dispusiese a tomar posesión.

Le aprecia y le distingue siempre su afectísimo,

L. Muñoz

Agosto 28 de 1898.

Señor don Salvador Brau.

Library of Congress

Mi querido amigo: Respondo a su afectuosa carta última prometiéndole que recomendaré con verdadero interés el nombre del señor Dones para una plaza en la Normal de Maestros.

Me place mucho servir cualquiera de las indicaciones tuyas, que son siempre justas y discretas. Y me place más aún que se me presenten ocasiones de hacer pública mi imparcialidad.

Creo que haremos todos una obra buena y patriótica borrando las antiguas diferencias y contribuyendo a que los hombres de talento ocupen los sitios que deben ocupar, sean los que fueran sus antecedentes políticos.

En cuanto a usted, ni por un instante dude de que le quiere lo mismo que antes y de que le admira más que antes su compañero devotísimo,

L. Muñoz

Octubre 28, 1898.

San Juan de Puerto Rico, marzo 6 de 1899.

Al honorable Mayor General Guy V. Henry.

Comandante del Departamento.

Señor: En una orden reciente declaraba usted que nadie sería separado de su empleo sin que se justificase su ineptitud o su falta de honradez. El señor secretario del Interior separa a los señores Vizcarrondo Coronado, Gorbea, Siaca, Pelatti y otros, para sustituirlos por los señores Cruz Castro, González, Rossy y otros, sin que exista más que una diferencia: los que cesan figuran en el partido liberal; los que entran figuran en el partido radical.

Library of Congress

Ni yo ni mis amigos nos preocupamos del proyecto que puedan reportar los destinos públicos; pero nos preocupamos mucho de la provocación innecesaria que se nos dirige, cuando, hace ocho días, en un banquete, hicimos un generoso llamamiento a la concordia entre todos los puertorriqueños.

El señor secretario realiza una reforma en las oficinas; y puede realizarla sin perjudicar a los unos en beneficio de los otros, destituyendo a éstos sin motivo alguno que justifique la destitución y contraviniendo de ese modo la orden de usted, que era una garantía para los empleados.

Además, dícese que también se REFORMARA el Instituto de segunda enseñanza, a fin de que sea fácil dejar sin sus cátedras a los señores Rosell, Font Guillot, Janer, Arrastia y Rodríguez Castro, por el delito de no pensar en política como el señor Degetau, secretario del Interior.

Sería triste que tales rumores se confirmasen y, con mi habitual franqueza, doy a usted el presente aviso, porque me causará profunda pena que estos actos aumenten el malestar que ya existe en el país.

Termino recordando a usted que en las Secretarías de Estado, de Justicia y de Hacienda, donde hay varios radicales, no se imita la conducta que censuro; antes bien, se propende a borrar diferencias y a preparar la unión de los puertorriqueños en la causa de la libertad y del progreso.

De usted atentamente,

Luis Muñoz Rivera

Febrero 28 de 1902.

Señor don José Sosa y Oliva.—Loiza.

Library of Congress

Mi querido amigo: Su carta última me sorprende con la afirmación de que no centesté la primera. Buscando 105 mis papeles me convenzo de que es así. Y lo declaro con toda mi alma. Usted sabe que le quiero mucho y que le trato como a las personas predilectas. Excúseme. Mis preocupaciones, más que mis ocupaciones, son causa de que a veces olvide lo que más me importa y me interesa.

Siento no darle, sobre asuntos políticos, ninguna nota optimista. No hablo a nadie de política puertorriqueña, precisamente porque no debo propagar mi pesimismo entre los elementos directores de la opinión insular. Desde hace tres años o más; desde el 25 de julio del 98, o antes, sólo creo en la pérdida de la patria de los patriotas. NUESTRO Puerto Rico recibió entonces la herida mortal y va agonizando poco a poco, sin que sea posible impedir que sucumba. En adelante habrá abundancia, bienestar físico, riqueza de frutos y de metales; pero no habrá patria. Y si la hay será de los americanos y sus hijos y sus nietos. Dentro de medio siglo será una tacha llevar un apellido de estructura española.

Por lo demás, la lucha de los partidos me parece baja, mezquina, sin ideal, y por consiguiente sin grandeza y sin nobleza. Sólo se quiere satisfacer y halagar a los que mandan; sólo buscan los unos el medio de superar a los otros en la lisonja. Quien mejor practique el servilismo, ese ganará más fama de diestro y hábil. En el fondo no hay otra cosa. Y de parte de los correligionarios míos y de usted, todo inútil. El poder, en su necesidad de destruir a los buenos, utilizará siempre el concurso de los malos. No espero cambio alguno. No lo esperé nunca. No me supongo infalible; más el tiempo, a corto plazo, confirmará mis augurios. Y recuerde que yo también, aunque no con tanta resolución, hice esa política de transigencias y tolerancias: la hice para no dejar olvidado ningún medio de salvar al país; y, es claro, la hice sin fe en el éxito, que era imposible.

Con su primera carta vino su retrato. Aunque usted me encarga que no lo publique, yo no puedo cumplir ese deseo suyo y lo publicaré. Hay pocos a quienes con más gusto

Library of Congress

dedique ese homenaje de simpatía. Y hay pocos también que lo merezcan más por su patriotismo y su firmeza.

106

Recuerdo siempre sus deferencias, sus pruebas de amistad, y le reitero la certidumbre de mi afecto profundo.

Adiós. Reserve para usted estas ideas de su afectísimo que le quiere,

L. Muñoz Rivera

Agosto 5 de 1908.

Señor don Domingo Collazo.—Nueva York.

Mi querido Collazo: Su crónica para *La Democracia* sobre la Convención de Denver, magistral. Su carta en *El Herald* sobre el mismo asunto, soberbia. Pero nos gusta toda esperanza de ser independientes. ¿Debemos lamentarlo? Un pueblo sumiso para siempre a la servidumbre, por fuerza degrada su condición moral. Es triste el destino de nuestra pobre patria, buena presa de todos los vencedores y sabroso botín de todos los combates. Yo, que he puesto la independencia como una disyuntiva de la desesperación, en el caso de que no se nos haga justicia, conservo mi ideal y guardo mi bandera.

¡Qué sabemos nosotros del porvenir! Las naciones viven, débiles o fuertes, a merced de lo imprevisto. Algún día lo imprevisto nos salvará.

Su intervención en los asuntos del partido democrático puede ser útil, muy útil a Puerto Rico. Yo le veo con gusto en ese campo, y con toda mi alma le deseo grandes éxitos, por usted y por nuestro país. Su talento y su voluntad le llevarán lejos. ¡Y ojalá que yo tuviera medios de impulsarlo! Pienso que, impulsándole, realizaría un acto patriótico, respondiendo también a mis sentimientos personales.

Library of Congress

Suyo de veras,

L. Muñoz Rivera

Wáshington, D. C., abril 22, 1910.

Mi querido Elizaburu: Recibí la suya del día 13 y el discurso de Mr. Bryan en inglés. No me gusta. Un hombre de su talla debió decir sus opiniones con franqueza. Creo que *las dijo* y son las que nutren sus *speech* en Ponce y en San Juan. Los españoles, en 1896 o antes, *españoles y 107 sólo españoles* en las colonias; los americanos, en 1910, *americanos y sólo americanos en sus dominios*.

Cuando cruzan el mar éstos, lo mismo que cuando lo cruzaban aquéllos, olvidan sus ideas. De la boca del Morro afuera, liberales, demócratas, etc.; de la boca del Morro adentro, *cachacos y yankees*. ¡Pobres países los que sufrieron a los unos y sufren a los otros! Yo tiemblo siempre que desembarca una Comisión o llega un *leader* a la isla. Allá, las fiestas, los vítores, la cortesía criolla, la hospitalidad nativa; acá, las frases de desdén con que se pagan nuestra caballerosidad o nuestra inocencia.

Bryan ofreció a ustedes que nos dedicaría un día entero. No dedicó quince minutos. Le anunciamos, desde la oficina de don Tulio, que iríamos a verle en su hotel. Nos contestó que él iría a vernos a nosotros. Así le era fácil disponer del tiempo y conservar la iniciativa de la despedida. Los primeros cinco minutos pasaron en banalidades de pura fórmula. El vió en San Juan a mi esposa y a *mi hija*. Supongo que Haydée Marin. Los cinco minutos que siguieron, los ocupó don Tulio en hablar de la ciudadanía, que no me importa un bledo. Los otros cinco minutos, en decirnos adiós, porque venían a buscarle sus *adláteres*, ya sin duda previamente de acuerdo para interrumpir la entrevista. Y *pax vobis*.

Library of Congress

Luego fué al Comité de Asuntos Insulares y habló de Puerto Rico, de la Universidad, de la anemia, de la *military road*, etc. Y lo único en bien fué esto: “A ese pueblo, que es culto, debe hacerse justicia.”

¡Cosa más vaga, frente a una crisis como la de hoy!

Y vió al Presidente Taft. ¡Y le aconsejó la ciudadanía! Con la cual nos salvaremos.

Ese es el hombre. Farsa y farsa. ¡Ojalá que se limite a eso y no influya en sus amigos para destruir nuestra preparación de una batalla en el Congreso! Lo temo mucho. Y si es así *requiescant in pace*.

Tolo lo que le escribo, confidencial, para usted y don Ramón Delgado y Soler y Torres.

Suyo,

L. Muñoz

108

Wáshington, D. C., noviembre 25, 1910.

Mi querido Giorgetti: No extrañe la letra. Escribo *a fortiori* con una pluma de corte español. No hay inglesas en este hotel sajón que me tiene de nuevo en sus *rooms*. Ocupo el 120, que ocupó Pepe Diego. Y me voy mañana mismo al “Benedick”, un *apartment house* en que acabo de tomar un *parlor*, un dormitorio y un baño por 40 pesos al mes. Comeré en cualquier restaurant. O ayunaré, pues usted sabe que aquí no se come. Cuando me escriba ponga a los sobres la dirección que sigue:

Hon. Luis Muñoz Rivera

The Benedick.

Library of Congress

Wáshington, D. C.

El *honorable* no se suprime. En una democracia como la que se usa de Capitolio abajo, los títulos y los tratamientos visten más que en Londres y en Petersburgo.

Dejemos estas bromas y pasemos a las de la política, que a veces no resultan menos bufas.

Aún no pude estudiar a fondo la marcha nueva; pero me parece ya casi seguro que en 1912 el gran pueblo americano eligirá un presidente demócrata y mandará al Congreso—ambas ramas—una mayoría demócrata.

Por de pronto en la Cámara Baja habrá del 4 de marzo en adelante 50 votos de mayoría para Champ Clark, contra 50 de mayoría que hubo hasta hoy para Joe Cannon. Se volvió la tortilla de un modo completo. En el Senado eran 61 republicanos contra 31 demócratas. Hoy son 51 republicanos contra 41 demócratas. Sólo 10 de diferencia. Y esos diez... insurrectos. De suerte que si usted los añade a los 41, acason sumen 51 en una votación suprema. Y será otra tortilla que se vuelve.

¿Me pregunta usted si nuestro pleito gana? ¡Qué sé yo! Si me inspirasen confianza las promesas de las oposiciones, le diría que Puerto Rico camina hacia el gobierno propio. Sólo me atrevo a decirle que se luchará y que 109 tal vez se ganará. Lo cual es mucho, porque es la esperanza. Y antes nos abrumó la desesperación.

El día 1 de diciembre emprenderé mi campaña terrible para dominar el idioma inglés. Necesito una voluntad de bronce. Pero le respondo de que en marzo *hablaré* más que Barbosa y Degetau juntos. Ya estoy haciendo mis pruebas. Ya hablo a *troche y moche*. Entiendo y me entienden. En noventa días más no diré disparates. Cuando usted vuelva le serviré de intérprete.

Library of Congress

Mr. Taft intentó *dar un golpe* de efecto convocando a una sesión extraordinaria del Congreso y anticipando así a los demócratas su período de influjo y de Poder legislativo. A ese fin lanzó hace tres días una bala de ensayo para tentar la opinión pública. No aprobó nadie aquel propósito. Y el Presidente ha retrocedido. No habrá sesión extraordinaria. Me alegro. La sesión exigiría un discurso mío en abril, *en inglés*. Cosa ardua. No cosa imposible. Mejor es, sin embargo, que me dejen practicar hasta enero de 1912.

El Presidente anticipa que pasará en este Congreso toda la legislación que está pendiente. Y está pendiente la de Puerto Rico. Nosotros procuraremos que no pase, en la certidumbre de lograr éxitos mejores si nos dejan aguardar. Pero como nuestro *bill* está aprobado en la Cámara, si el Senado se empeña lo aprobará también, convirtiéndolo en ley.

Confío en don Tulio... y en la justicia de nuestra causa. Iré formando mis planes y los comunicaré a ustedes, por si desde ahí, al reunirse la Cámara, cabe obstaculizar un poco.

No escribo a Pepe Diego, ni a Soler, ni a don Ramón: a nadie. Pero estas líneas son para todos. En la busca de apartamento anduve atareadísimo. Y no me quedó tiempo de escribir a todos.

Hasta el correo próximo.

Un abrazo de su amigo,

L. Muñoz

110

Wáshington, D. C. Diciembre 9 de 1910.

Library of Congress

Mi querido Giorgetti: Tengo aquí su carta del 30. Las noticias que contiene son satisfactorias. Y yo creo que si el gobernador hizo a usted, al jefe de la Unión, declaraciones terminantes en cuanto a combinaciones en los futuros nombramientos, el gobernador cumplirá sus promesas.

Si nos las cumple, estoy conforme con el criterio de usted: sufrir hasta donde se pueda con dignidad. Y cuando se intente abusar de nuestra templanza, abrir el período de la censura y avanzar con lentitud, dejando siempre espacio a la retirada.

Mr. Colton no quiere que le ataquen. Por evitarse la crítica de los periódicos y las hostilidades de la Junta Central, hará todo lo que le sea posible dentro de las circunstancias que le rodean. Es preciso tener buen golpe de vista para saber, en cada momento, hasta dónde se llega sin peligro de una ruptura definitiva, que en todo caso traerá graves consecuencias.

Pero si Mr. Colton prescinde de su propio interés y provoca al país—lo cual le repito que no temo—, será indispensable responder. Y responderemos con la energía de que dieron tan claras pruebas los hombres que más transigen, a cuya cabeza está usted con su perspicacia y su energía.

Habrán visto ahí el mensaje de Mr. Taft. Lo de siempre. Puerto Rico muy próspero. Y ninguna concesión a Puerto Rico. Lo peor es que no confío en que la Cámara Baja mantenga el *bill* Olmsted según lo envió al Senado. Y tal vez nos aplicarán *la camisa de fuerza* que pide para nosotros la Casa Blanca. Es difícil. Y sería por corto tiempo. El año 1913 viene la mayoría democrática: Presidencia, Cámara y Senado. Me tocará esa batalla. No le tengo miedo; pero usted sabe que es terrible y enteramente desigual.

Vivaldi aspira al puesto que hoy ocupa la señorita Matienzo, que renuncia. Vivaldi será allí un empleado de 111 primera clase: inteligente y fiel. Se lo recomiendo. Más aún; le suplico que trabaje por él.

Library of Congress

Suyo con un abrazo,

L. Muñoz

Diciembre 23 de 1910.

Señor don Eduardo Giorgetti.—San Juan.

Mi querido amigo: Recibí sus cartas. No pude escribirle el viernes último. El jueves salí a comer; el tiempo era muy duro, me enfrié un poco y tuve que guardar cama con un dolor de cabeza insufrible. Creí que se trataba de una pulmonía. El sábado amanecí perfectamente.

Mi impresión sobre vacante en el Tribunal Supremo es ésta: Si el Gobierno, con órdenes de aquí, quiere establecer un control americano en la corte, por motivos de política nacional, nombrará sin duda a un juez no nativo, pese a la actitud del país, a los discursos de Hernández López, a los cablegramas del Colegio de Abogados y a las gestiones de don Tulio y mías. Todas nuestras fuerzas son escasas para impedir que ruede el carro triunfal de los conquistadores.

Si el Gobierno, en este punto, no tiene una resolución tomada anti-nativa, un *parti pris* contra los insulares, considero seguro el nombramiento de Aldrey, aunque puede ser que lo retarden en la Casa Blanca, en la perspectiva de lo que resulte con el *bill* Olmstead. Si éste pasa a gusto del Presidente, será más fácil el ascenso de Aldrey y, por tanto, el control nativo en el Tribunal Supremo.

Me inclino a creer que, si bien el Gobierno se holgaría mucho de contar con una mayoría entre los cinco jueces, vacilará en imponer al país esa solución y designará un puertorriqueño. Es lástima que la vacante coincida con el debate de nuestro *bill* en el Congreso, ya que ese debate introduce en el asunto un factor quizá desfavorable al deseo y a la voluntad de Puerto Rico. Para determinarlos mejor, conviene que la

Library of Congress

Cámara, al reunirse, salude al Presidente Taft y le suplique la designación de un juez puertorriqueño. Usted y Pepe Diego sabrán escoger la 112 forma discreta, diplomática, en que ha de redactarse el despacho, o el mensaje, si juzgan que hay tiempo. Reuniéndose la Cámara un martes, el vapor del miércoles traería el mensaje y sería desde luego mayor la eficacia de nuestra súplica. El problema es importante y merece ser tratado con calma y con acierto. Coll o Guerra traducirán el cable o el mensaje de un modo exacto y hábil. El *bill* Olmsted fué al Senado, desde el Comité “ *Pacific Islands and Porto Rico* ”, tal y como lo aprobó la Cámara Baja en junio último, sin ninguna enmienda. Más tarde los azucareros de Nueva York solicitaron un *hearing*. Y el *bill* volvió al Comité, donde permanece. Mañana comienzan las vacaciones de Navidad. Ya el *hearing* no se abrirá hasta una fecha que, según mis cálculos, fluctúa entre el 10 y el 20 de enero. De modo que no subirá de nuevo al Senado antes del 22, a menos que no lo llevn a paso de carga en el Comité, lo cual no temo. En el Senado hay que contar, en favor nuestro, con los incidentes, previstos hoy, o todavía imprevistos, que se presentarán. A los demócratas importa que se hagan pocas leyes. Y es de esperar que acudan a una forma de obstruccionismo suave, pero obstinada y firme.

Si ninguna circunstancia favorece el retardo del *bill* Olmsted, éste será discutido. Lo enmendarán o no. Si lo enmiendan bajará a la Cámara en solicitud de conferencias. Y en la Cámara trabajaremos. Sólo que allí solo se discutirá y se votará el informe de las Comisiones de ambos cuerpos. No habrá debate general. Y nos faltarán medios para meter ruido. Ahora bien; si del Senado pasa el *bill* sin enmiendas, queda un camino único: firmarlo y, remitirlo al Presidente.

Le repito que pongo mis esperanzas en el azar de las contiendas entre el Gobierno y la oposición, más que en los trabajos de don Tulio y míos. Nosotros podremos aprovechar las circunstancias; pero nunca determinarlas en un momento tan especial como el presente, en que los dos partidos parlamentarios mueven sus fuerzas con una maestría profunda para llegar a su *desideratum*, que es el ejercicio del poder.

Si yo tuviera una gran confianza en los demócratas, en sus actitudes y en sus promesas, descarta con toda mi alma y lucharía con todos mis impulsos para que el *bill* fracasase, en la certidumbre de que, en la sesión de 1913, el Congreso próximo decretará para Puerto Rico una forma liberal de gobierno propio. Y digo en 1913, porque, aun suponiendo que los demócratas mantengan su influjo sobre la opinión, el Senado en 1911 y en 1912 tendrá mayoría republicana, y el Presidente será Mr. Taft, que no cesa hasta el 4 de marzo de 1912. Fíjense ustedes en esto: Si ahora pasa el bill Olmsted, dentro de tres años estaremos en condiciones de pedir otra reforma. Si no pasa el *bill Olmsted* y va al Congreso en 1912, o el Senado lo rechazará o el Presidente lo vetará.

Creo que mi informe, para usted, y si usted lo resuelve así, para la Junta Central, es explícito y claro, por más que se limite a puntos esenciales y fundamentales, trazando líneas amplias y no descendiendo a pormenores de escasa monta.

En lo que afecta a nuestras relaciones con el Gobierno de la isla, opino que debe llegarse hasta el sacrificio—según hemos llegado siempre—para conservar un *modus vivendi* que, si no nos asegura un poderoso influjo y una completa preponderancia, nos garantice contra la invasión de un adversario que vive al acecho, que es capaz de todo servilismo y que aprovechará toda coyuntura con el fin de insinuarse en la Mansión Ejecutiva.

Creo, no obstante, que al Gobierno aprovecha la amistad unionista más que otra alguna, que teme, más que a otra alguna, a la hostilidad unionista, y que de tales premisas ustedes sabrán derivar las consecuencias, guardando un perfecto equilibrio entre la dignidad del país y de la Unión y los intereses de la Unión y del país. Para buenos entendedores, no necesito más palabras.

Suyo cariñosamente,

L. Muñoz **8 CAMPAÑAS III**

Febrero 24, 1911.

Mi querido Giorgetti: Después de un compás de espera recibí su carta del 18. Presumía, por los trabajos de Wall Street con don Tulio, que escribirían a ustedes sobre la conveniencia de que usted me ordenara callar. Y no presumía, sino que, conociéndole tan a fondo, sabía su respuesta: "A Muñoz se le calla con el derecho de Puerto Rico." La copia que usted me remite confirma, no mis presunciones, sino mis convicciones. Gracias, amigo.

Yo no hice gran cosa. Todavía sin el dominio del inglés, no puedo hacer grandes cosas. Podré pronto. Y haré. Tengo esperanzas de conseguir para nuestra patria triunfos que me agradecerán hasta mis enemigos más ruines. Quizá me dejo engañar por mi patriotismo; por el patriotismo que en mí es como una dolencia física; pero confío en el tiempo que pasa y en el esfuerzo nuestro que llegará donde sea menester. Con ustedes a la espalda no me inspira temor la lucha que me aguarda. Yo no nací para el descanso.

Ratíficole mis informes acerca del *bill*. Si pasa será un milagro. Quedan, hasta el sábado 28, siete días de Congreso. Y si el *bill* llegara a vencer en el Senado le aguardaríamos en la Cámara, que es para nosotros, y ha sido siempre, mejor campo de acción.

Veo sus impresiones del Gobierno. Opino que Mr. Colton se modificará mucho después del 4 de marzo. El, personalmente, es accesible y bondadoso. Hasta hoy no pude sorprenderle en ningún acto de insinceridad. En lo del Senado electivo, en el de Aldrey, y en otros casos, cumplió sus palabras. Pero *tiene que hacer la política que le mandan desde aquí*.

Suyo en todo,

L. Muñoz

Library of Congress

Wáshington, octubre 3, 1911.

Señor don Eduardo Giorgetti.—París (Francia).

Mi buen amigo: Descanse cuanto pueda y descanse en calma absoluta, sin pensar en los negocios, en la política. Le veo desde aquí preocupado de la en que se desenvuelven las cuestiones públicas de Puerto Rico. Y, además, me dicen que tiene usted, para cosas importantes de índole comercial, una mano en Bruselas y otra en Berlín, a reserva de volver la mirada hacia Londres de cuando en cuando y comunicarse con Nueva York por cable un día sí y otro también. Oiga mi consejo y busque el reposo. Por fortuna está a su lado un lugarteniente de empuje y de clarividencia profunda, que es Santini. Y la actividad se distribuye. Aunque ambos debieran saber que una vacación significa un paréntesis en la vida de movimiento febril y de *surmenage* intelectual que los dos hacen en la isla.

En cuanto al partido, el vice-presidente de la Junta Central y el *Speaker* de la Cámara son—copiando su frase que yo suscribo—hombres de confianza sin límites en todos conceptos, y se puede estar tranquilos cuando ellos atienden al timón y dirigen la maniobra, sean cuales fueren la fuerza del viento y la inquietud de las olas. La barca UNION es sólida y posee el blindaje del patriotismo. La oficialidad es ducha y experta; los tripulantes son fieles y tienen la costumbre de luchar y vencer. Le repito que usted, capitán con licencia, no necesita pensar en los escollos tropicales, sino asistir a *L'Opera Comique*, a *La Renaissance* de Sara Bernhard, a *Le Teatro Francais*, recorrer los Museos del *Louvre*, *Luxemburgo* y *Carnavalel*, pasear en los jardines de *Versailles* y de *Fontaineblau*, flamear en los boulevares, escuchar alguno que otro debate de la *Chambre des Deputés* y leer los preciosos libros que cada día aparecen en los escaparates de Garnier, de Larousse, de Laffite y de Alfonso Lemerre.

Esa propaganda de la solución separatista y de la agrupación separatista de que le informan, no cristalizará en 116 ningún hecho de trascendencia práctica. Separatistas somos todos en nuestro país desde tiempos remotísimos. En el fondo lo fué el mismo

Library of Congress

apóstol nuestro inmortal don Román Baldorioty, aunque a manera de *status* transitorio, mantuvo la reforma liberal desde 1867 y la autonomía regional desde 1887. Separatistas nacen y mueren los puertorriqueños, porque la libertad y la dignidad propias, dentro de la propia nacionalidad, son ingénitas en los hombres a través de las edades. Cuando en 1904, en el Hotel Olimpo, se escribió en nuestro programa unionista el vocablo independencia, nosotros, la inmensa mayoría la votamos de pie, conmovidos, reverentes, mientras los otros—la noble minoría—votaban en contra de sus más íntimos sentimientos, convencidos de que así servían mejor a los intereses de la patria.

El pueblo insular ama la independencia. Y debe amarla. Y ese amor persiste en el corazón de los criollos hasta el borde del sepulcro. Sólo que el pueblo no ignora que al ensueño irrealizable no ha de sacrificarse la realidad positiva. Y tampoco ignora que si nos consagráramos al apostolado del ideal abandonaríamos, ¡crimen espantoso!, la tierra madre nuestra a la codicia entonces sin freno, de un *carpet-baggerismo* que, en treinta años, disponiendo de los resortes gubernativos y administrativos, cumpliría su obra de total desplazamiento y de absorción radicalísima. El pueblo ve el peligro. Y, organizándose para la lucha, quiere disputar y disputa el terreno palmo a palmo, seguro de que el espíritu de la democracia, el gran espíritu de Wáshington y de Jefferson, reconquistará al fin la América del Norte y extenderá a las colonias americanas, íntegro y cabal, el derecho americano. Si así no resultase; si el tiempo nos trajese nuevas decepciones; si una perenne injusticia matase nuestra legítima esperanza, si nos persuadiésemos de que la tiranía es una planta de raíz perpetua entre nosotros y de que aquí, en la metrópoli, ningún elemento a la derecha ni a la izquierda del Capitolio, nos reconocerá nunca la *estadidad* ni nos devolverá nunca el *self-government*, vendría una reacción inevitable, la reacción del honor colectivo, y 117 se levantaría, último y supremo recurso en un naufragio inaudito, la protesta unánime del separatismo. Esta hora no es la hora de desesperar ni de maldecir, sino de trabajar y de discutir. Y por eso trabajamos y discutimos. Las muchedumbres aguardan todavía y aguardarán mientras lo juzguen necesario, pese al clamor, al vano clamor de unos pseudo-rebeldes que, en sus nocturnos

Library of Congress

conciliábulos, juran matar a la UNION y salen luego a dar voces en la Prensa, y saldrán más tarde a dar voces en la tribuna, creyendo que les basta enarbolar el rojo emblema sacro para que la UNION se divida y el odio y el despecho impongan su ley maldita a la conciencia popular. *In hoc signo vinces*, decía Constantino, señalando a la cruz de Cristo, frente a las tropas de Magencia. *In hoc signo vinces*, repiten los *inconstantinos* de Ponce y de San Juan, señalando la palabra independencia, frente a las falanges de la UNION. Entre el defensor de la fe y los defensores de la mala fe, la distancia es enorme. La fe venció y tomó a Constantinopla: la mala fe no vencerá ni con el signo ni sin él. Dejémosla que agote sus injurias y queme sus cartuchos. Y confiemos en el blindaje del verdadero patriotismo; la barca permanecerá a flote y el signo vencedor flotará sobre sus mástiles augustos.

Allá, en San Juan y en Ponce, *La Democracia* y *El Día*, más que por el deseo de combatir fantasmas incorpóreos, por la utilidad de aclarar y ratificar rumbos que fijaron nuestras asambleas constituyentes, publicaron artículos muy discretos. Y el *Speaker* de la Cámara, con su estilo de singular brillantez y con su dialéctica de extraordinario poderío dió a conocer declaraciones cerradas, enérgicas, magistrales, que pusieron las cosas en su punto. Era plausible la campaña, por más que no era indispensable. Las masas unionistas, para orientar sus juicios, contaron a los paladines anti-unionistas y examinaron sus móviles ocultos, los móviles que ellos creen ocultos y que están al alcance de cualquier mediano observador de los sucesos contemporáneos. Y después de ese recuento y de ese examen, las masas consultaron la historia, evocaron los recuerdos de sus amarguras, desde 1887 hasta 1903; 118 contemplaron el desfile de las víctimas sacrificadas al despotismo y el de los cómplices apoyados en el despotismo; pesaron a los hombres en la balanza de sus actos; sonrieron con irónica sonrisa; se encogieron de hombros y siguieron firmes en su labor, patriotas como siempre y unionistas como siempre.

Ese es el resumen del asunto de autos. Nada, nada y nada. El pueblo criollo tiene un instinto que no falla. Se formó en la adversidad y se acostumbró a descubrir el peligro,

Library of Congress

no ya en el presente, sino en las oscuras entrañas del porvenir. Usted, jefe de un partido, como yo lo fuí en otros días, jíbaro de Barceloneta como yo soy jíbaro de Barranquitas; en contacto con las multitudes, en identificación perfecta y continua con el pensamiento colectivo, usted comprenderá que la UNION persiste y que, dirigiéndose a ella, le es dable parodiar la frase bíblica:

Tu est Petrus et super hanc petram edificabo ecclesiam mean.

“Tú eres, UNION, la piedra sobre la cual edificaremos—en el Estado o en la autonomía—la independencia de la patria.”

Suyo, abrazándole fraternalmente,

L. Muñoz Rivera

Wáshington, D. C. 7 de diciembre de 1911.

Honorable Henry L. Stimson, Secretario de la Guerra.

Mi querido señor: Como representante de Puerto Rico leí con profunda satisfacción, en el informe anual que usted dirige al Presidente de la República, páginas 40 y 41, estas frases alentadoras:

“Yo pienso que está llegando la hora, si no ha llegado ya, en que, por parte de los estadistas honrados y clarividentes, se declare con franqueza nuestra posición respecto a las definitivas interrelaciones de los Estados Unidos y Puerto Rico, tanto como sea posible hacerlo sin complicar indebidamente el porvenir al tratar con prudencia este problema. La conexión entre los Estados Unidos y Puerto Rico es permanente y fué desde el principio considerada 119 permanente. Se dan, pues, todos los motivos para que las ideas y las costumbres del pueblo de ambos países comiencen, cuanto antes, a dirigirse hacia la comprensión de sus finales relaciones civiles.

Library of Congress

Opino que el fin por el cual debe lucharse es la concesión más completa posible de autonomía local y fiscal, con ciudadanía americana como un vínculo entre nosotros. En otras palabras, un estado de relación análogo al presente de Inglaterra con sus territorios ultramarinos autónomos. A mi juicio esto contribuirá al mayor y más estable desenvolvimiento de Puerto Rico, mientras que, al mismo tiempo, asegurará a aquella isla las ventajas económicas y políticas de vivir bajo la bandera americana.”

He felicitado ya a mi país por esas palabras trascendentales de usted, que es hoy el jefe inmediato de la administración insular. Y ahora cumpla mi deber, con el mayor gusto, aplaudiendo sus declaraciones en esos puntos concretos, aunque en otros puntos, tratados también en su informe, mis ideas son muy distintas de la suyas. En lo fundamental, es decir, en lo que se refiere a la urgencia de que “los estadistas honrados y clarividentes fijen con franqueza la posición de los Estados Unidos respecto a Puerto Rico y viceversa, luchando a fin de establecer entre ambos una relación análoga a la presente de Inglaterra con sus territorios ultramarinos autónomos”, Puerto Rico aplaude a usted de una manera entusiasta, y prestándole su absoluta solidaridad. Es usted el primer miembro del Poder ejecutivo nacional que aborda ese problema con un sentido eminentemente práctico, y al propio tiempo, con una forma netamente liberal.

Pero, en el curso de su informe, usted indica, como necesario, que el Congreso legisle, desde aquí, para Puerto Rico, en asuntos que atañen al servicio sanitario, al servicio civil, a las Cortes municipales y a los distritos electorales; es, a saber, en cosas que afectan, por modo exclusivo, a la marcha local, dentro de la isla, y que tienen, dentro de la isla, carácter local. Mis compatriotas entienden que el cuidado de atender a dichas materias corresponde a la legislatura de Puerto Rico. Si el Congreso 120 ejerce su indiscutible derecho a intervenir, con medidas directas, en nuestra vida interior, destruirá la hermosa perspectiva de gobierno propio que usted abre a nuestras esperanzas y a nuestras actividades.

Library of Congress

La legislatura puertorriqueña hizo, en marzo último, una ley centralizando en el Gobierno insular todas las funciones sanitarias, ley que empezó a regir en el mes de julio y de cuya eficacia aún no puede juzgarse con acierto. Si esa ley no responde a lo que de ella se aguarda, la misma legislatura, más interesada que nadie en la salud pública del territorio en que funciona, la extenderá, la modificará, la reformará según exijan las circunstancias.

Otra ley de servicio civil existe en Puerto Rico desde 1906. Ha respondido perfectamente a sus fines. Pero hay en ella una cláusula en que exige un año de residencia en la isla a los aspirantes a empleos en la isla. Es justa la cláusula, porque cierra el camino a las gentes advenedizas, que para colocarse sólo cuenta con el favor de los personajes que las recomiendan. Y para destruir esa cláusula se declara inútil, en su conjunto, la ley, que es copia, casi literal, de las que rigen en casi todos los Estados Unidos.

En cuanto al nombramiento de los jueces y a la división de los distritos, no quiero expresar mis opiniones—que se inspiran en las de la inmensa mayoría de mis paisanos—porque ni ellos ni yo nos arriesgaríamos a que se atribuyese nuestra actitud al impulso de un interés político. Sólo he de decir que ellos y yo afirmamos nuestra certidumbre de que los jueces municipales en Puerto Rico, electos por el pueblo, son tan rectos e imparciales como los nombrados por el gobernador, y que afirmamos también nuestro deseo de que las minorías estén representadas en la legislatura.

En la población de la isla, que pasa de un millón y cien mil habitantes, de seguro una acción invasora del terreno puramente local. Si el Congreso la realiza, sufriremos ese nuevo dolor; pero protestaremos de esa nueva 121 injusticia, como hombres libres a quienes protege la bandera americana.

Nosotros aspiramos a la ciudadanía; pero nunca creeremos que ha de concedérsenos *pro formula*, mientras se nos niega el derecho, que garantiza la constitución a todos los ciudadanos, de resolver con nuestro voto los problemas que sólo se relacionan con nuestra vida y nuestros intereses.

Library of Congress

En medio de su prosperidad mercantil agrícola, el país no se siente satisfecho. Y el remedio a sus males no es la ciudadanía americana por sí sola, sino acompañada por la democracia americana.

Reitero a usted mis plácemes por sus nobles tendencias al *self-government* en Puerto Rico. Y deploro no estar conforme con sus otras ideas, contrarias a tal sistema.

Muy respetuosamente,

Luis Muñoz Rivera

Resident Commissioner from Porto Rico.

Wáshington, D. C., enero 5 de 1912.

Señor don Eduardo Giorgetti y don José de Diego.

San Juan, Puerto Rico.

Mis queridos amigos: Ayer celebré con Mr. Jones, Chairman del Comité, la anunciada entrevista. Duró una hora y fué muy importante.

Mr. Jones parece inclinarse a una solución favorable a Puerto Rico. Sólo que le veo vacilar ante los informes de la isla, que son contradictorios. Aunque no lo expresó de un modo claro, entendí perfectamente que los republicanos y los obreros PIDEN la ciudadanía, declarándola cuestión principal y pasando, como sobre ascuas, sobre el Senado electivo; que los hombres del Gobierno también aconsejan la ciudadanía y el doctor Lippitt la ley de sanidad que ustedes conocen; que únicamente nosotros pedimos con entusiasmo el Senado electivo, los directores de departamentos nombrados por el gobernador con el Senado y la plena potestad legislativa en asuntos insulares.

122

Library of Congress

Ustedes no necesitan que les diga de qué modo mantuve nuestra posición. Creo que la mayoría de la Cámara hará la reforma según la exige la mayoría del país, o no la hará.

Mr. Jones me comunicó, suponiendo que yo lo ignoraba, lo de LOS BILL SEPARADOS: uno, la ciudadanía; otro, la sanidad; otro, la modificación general del *status*. Al inquirir él mi opinión, le contesté que para Puerto Rico será un desencanto terrible la concesión de la ciudadanía sin que, en la propia ley, se incluya la reforma del régimen, en sentido autonómico. En cuanto a la ley de sanidad, le recordé que la Asamblea legislativa puertorriqueña aprobó una, que está funcionando y que no funcionó aún bastante tiempo para saber si resultaba práctica o si requiere que se la modifique. Somos opuestos, de una manera fundamental, a que el Congreso legisle para la isla en materias locales. En último caso aceptaríamos que en el *bill* se consignen bases, líneas, dejando a la legislatura insular un campo en que moverse y en que estatuir libremente las reglas que estime oportunas.

Le advertí con franqueza que en sanidad la Cámara aprobó una ley de sueldos lujosos, en beneficio de la clase médica y bajo la presión del Gobierno, que amenazaba con lograr del Congreso una ley tan cara, más cara tal vez y de seguro más restrictiva. Quiso saber en ese momento si la legislatura puertorriqueña tendría independencia, dado que la Cámara se sometía a las imposiciones burocráticas. He aquí mi respuesta:

“Los médicos necesitan mejorar su situación. Informaron al Gobierno que una ley de sanidad resultaba indispensable. El Gobierno, que tenía interés en centralizar ese servicio, según centraliza los demás, aprovechó las circunstancias y consiguió que en el *bill* Olmsted se incluyesen las cláusulas sanitarias consabidas. Fracasó el *bill* Olmsted. Y, al reunirse la Asamblea legislativa en 1911, el Gobierno amenazó con la intervención del Congreso. Para evitar esta desgracia, que es suprema, la Cámara concedió lo que se pedía. No es culpa de la Cámara; esculpa del régimen. El Senado y la Cámara de Puerto Rico, 123 en lo futuro, harán la ley que juzguen mejor y más adaptable a las condiciones

Library of Congress

sanitarias y económicas de la isla. Y es seguro que, al hacerla, se inspirarán en el *bill* de usted, pendiente ahora de examen en el Comité.”

Pasó ese incidente y volvimos al *status*. Mr. Jones mantuvo con sinceridad los principios consignados en el *Minority Views* de 1910. Y, al expresarle yo la confianza nuestra en la mayoría del Comité y de la Cámara, tuvo cuidado de insinuar que algunos demócratas de la mayoría del Comité y de la Cámara no se inclinan a una reforma radical con Senado totalmente electivo, y que algunos republicanos de la minoría aceptan el Senado electivo. Lo cual significa que no es esta una cuestión para resolverla en *party lines*, sino más bien una cuestión de índole nacional, en que cada representante obedece a su criterio y no a las órdenes de sus *leaders*.

Después de dar varios rodeos al problema y de examinarlo desde varios puntos de vista, Mr. Jones opinó que una ley radical, si pasara en la Cámara, no pasaría en el Senado. Y si pasase tropezaría con el veto en la Casa Blanca, porque el Presidente *no ha cambiado sus puntos de vista*. Yo repetí varias veces, y en absoluta diafanidad, que nosotros preferimos continuar con la ley Foraker hasta que venga un Congreso y un Presidente demócratas, a arriesgarnos a que se nos reconozca ciudadanos, sometiéndonos a una ley de sanidad despótica y aplazándose la reforma del *status*.

Convinimos en que yo redactase mis notas, concretando y definiendo los puntos diversos, a fin de él estudiarlos, prestándoles toda su atención. De ese trabajo me ocuparé en seguida. Mr. Jones se empeña en lograr una solución que satisfaga a la isla entera, al Gobierno y a los americanos. Cosa más difícil no podía ocurrírsele. Veremos si se vence el obstáculo y si se consigue un *bill* bueno, aunque naufrague en el Senado o se estrelle en la Casa Blanca. En mi concepto, Mr. Jones, respecto a Puerto Rico, y en cuanto a legislación, es el hombre de mayor influencia en los Estados Unidos. Ganar su apoyo y su confianza resulta necesario. Con el *Bureau* no está. Pero oye 124 al *Bureau*. Siente como demócrata; pero también como americano. Tiene un amplio criterio liberal, pero obedece, hasta cierto límite, al prejuicio que tantas mentiras infames crearon contra Puerto Rico

Library of Congress

y contra los *politicians* de Puerto Rico, que, en realidad, no existen: ahí hay patriotas, *politicians* no los hay, a lo menos en la Unión.

El secretario de la Guerra me contestó. Les envió copia de su respuesta. En los párrafos iniciales es alentadora; en los párrafos finales, desoladora. Se ve el propósito de *seguir imponiéndose* a la Cámara. La Cámara transigirá—es mi consejo—hasta donde sea digno transigir. Y ni una línea más.

De asistir al *lunch* me excusé por dos motivos: primero, porque debo preparar mis datos a fin de rectificar afirmaciones falsas; segundo, porque el día 4 debía estar en Nueva York a fin de traer a José Luis—que pasó allí las vacaciones de Pascuas y Año nuevo—al colegio de Georgetown. De lo segundo podía prescindir, anticipando o posponiendo el viaje; de lo primero, no; porque prefiero meditar mucho antes de lanzar declaraciones. Quizás alguien por encima de Mr. Stimson aguarda la entrevista para combinar mensajes especiales. Y de seguro se busca en mí, y por carambola en ustedes, en el partido, un apoyo para el gobernador. Considero a éste firme en su puesto.

Les mando copia de mi excusa. Está pendiente la conferencia. No la he arreglado para hoy, porque mi correo lleva mucha tiempo.

Dénme sin demora sus impresiones. Y vayan manteniéndome a la defensiva y dando lugar a que se aclare un poco, en bien o en mal, estas nebulosas, y a que hablen, para mal o para bien, estas esfinges. No les envidio: la Cámara este año será un lecho de Procusto; no me envidien: la oficina del Resident Commissioner es un *cul de sac*. Si encuentro salida franca y libre, ¡qué milagro!

Les saluda y abraza su amigo,

L. Muñoz

125

Library of Congress

Wáshington, enero 12, 1912.

Mi querido Giorgetti: Hoy recibo su carta del 6. Es la primera después de nuestras entrevistas en Nueva York. Yo le escribí varias y algunas muy extensas.

El lunes 8 escribí al secretario Stimson anunciándole mi regreso a Wáshington y pidiéndole una conferencia. Insistió en que le acompañase a un *lunch*, en su casa particular, con su familia. Acepté y asistí anteayer. Hablamos, solos él y yo, de las dos a las tres de la tarde. Sus declaraciones tienen bastante importancia y creo que debo comunicarlas a la Junta Central. Hoy no me queda tiempo. Será en el vapor próximo, dirigiendo a usted, como presidente, la comunicación semi-oficial(1) . Pero si usted opina que no conviene dar cuenta, en su manos quedará decidir.

(1) En el archivo del Sr. Giorgetti no aparece esta comunicación.

Mr. Stimson es muy liberal: quiere que se inaugure una política francamente orientada hacia la autonomía, tipo Canadá, Nueva Zelanda, Australia o Africa del Sur; es a saber, el tipo que más deseamos. Sólo que empiece por pedirnos que la Cámara preste su concurso, legislando en ciertas materias en ciertas direcciones, a fin de que el Congreso no necesite intervenir, pues ello trastornaría sus planes. Apunta, sobre todo, a la sanidad. Y su *desideratum* es una ley que se calque en las cláusulas sanitarias del *bill Olmsted*.

De otro lado Mr. Jones, Chairman del Comité, que es el otro extremo de la balanza, se manifiesta amigo de las reformas justas, como Senado electivo, nombramiento del Gabinete por el gobernador con la venia del Senado. Lo cual no impide que también marche en rumbo a una modificación de la sanidad, de acuerdo con su *bill*, con el *bill* Jones(2) , que es, usted lo recordará, una copia del *bill* Olmsted, sección 22 a la 43. De modo que estamos entre dos fuegos. Usted sabe que en 1910 nosotros, comisionados por la Cámara y por la Junta Central—De Diego,

Library of Congress

(2) Este “bill” se refería solamente a la sanidad. No debe confundírsele con el que encarnaba modificaciones constitucionales para Puerto Rico.

126 Coll, usted y yo—dábamos por perdida la sanidad cuando la Casa Baja del Congreso aprobó, con todas las cláusulas relativas a ese ramo, *el bill* Olmsted.

La posición nuestra es difícilísima en ese punto. Si cedemos se nos va a creer débiles. Y, sin embargo, quizá la mayor fortaleza consista en ceder. Reúnanse Pepe Diego, Soler, don Tulio y usted y pongan sus cinco sentidos en el problema. No se les ocultará que, en las circunstancias de que les doy noticia, la trascendencia de nuestros pasos en la Cámara puede ser grande. Y la responsabilidad no menor. Es preciso concentrarse, meditar y actuar luego de una manera firme, sea el que fuese el rumbo que se elija. Si una vez llegado ahí mi informe estiman ustedes que me necesitan en San Juan, iré, aunque esté abierto el Congreso, poniéndome de acuerdo con Mr. Jones y con los demás del Comité para que no introduzcan ningún *bill* sobre Puerto Rico en ausencia mía. Saliendo de Nueva York el 3 de febrero, regresaría el 14, y permanecería con ustedes del 8 al 13.

La cuestión es complicadísima, por sus relaciones con los diversos partidos acá, con la política nacional, con el Gobierno y con el pueblo de nuestro país. Tengo pendientes nuevas entrevistas con Jones y con Stimson, aunque el *Bureau* no gusta mucho que pase por encima de sus hombres para irme derecho al tronco, que es el secretario, y quizá a la cabeza, que es de Presidente de la República. Ambos, Stimson y Jones, son personas que hacen frente a una tarea enorme. Y no me es dable conseguir que me concedan una hora más cada semana. Otra dificultad es mi inglés; pero está casi vencida, porque ya les entiendo y me entienden en largas pláticas y en materias escabrosas, que exigen puntería segura y expresión exacta del pensamiento.

Library of Congress

Entre tanto procuren ustedes que la Cámara no se lance a nada decisivo. Créame que nunca me sentí tan perplejo al medir una situación. Daría no sé qué por tener a ustedes a mi lado y poder consultarles.

Suyo muy adicto,

L. Muñoz

127

Wáshington, febrero 27, 1912.

Mi querido amigo: Los días 25 y 26 tuve el gusto de dirigir al *speaker* de la Cámara dos cablegramas en los cuales le informé sobre la introducción de dos *bills* para Puerto Rico: uno, el 24, por Mr. Williams A. Jones, Chairman del "Committee on Insular Affairs", de la Casa de Representantes; otro, el 25, por el senador Shaffroth, Chairman del "Committee on Pacific Islands and Porto Rico", del Senado. Van en este correo, según anuncié, varias copias de ambos *bills*. Permítame usted examinar las cláusulas más importantes.

SENADO: Con 14 por siete distritos y cinco *ad large*, tendremos 19 senadores electivos. Lo probable es que resulten de los próximos comicios cuatro senadores republicanos en Ponce y Mayagüez y dos *at large*; total, seis. Mientras que los unionistas tendremos 10 senadores por San Juan, Arecibo, Aguadilla, Guayama, Humacao y tres *at large*; total, 13. Para la aprobación de los seis senadores burocráticos el Senado intervendrá de una manera decisiva y no permitirá que se acopien elementos contrarios a la mayoría. Pero en el caso de que, por virtud de una nueva división electoral, los republicanos eligiesen ocho y los unionistas 11, existiría el peligro de que, uniéndose a la minoría los dos senadores que designa el Presidente, dependiera de un solo voto la aprobación de los cuatro que designa el gobernador. La Junta Central comprenderá que se trata de un peligro muy grave para la Unión y para el país. Peligro que se aleja o desaparece

Library of Congress

si nuestras relaciones políticas con el Gobierno se desarrollan en una órbita de cordial inteligencia mutua.

CAMARA: Sin duda la que crea el *bill* es superior a la actual, a causa del número, que se aumenta, de la electividad, que continúa y de la probabilidad de que haya dos puestos para dos *leaders* sin distrito seguro. De modo que, en cuanto al Poder legislativo, los *bills* Williams y Shaffroth se acercan mucho al programa de Mayagüez, confirmado en San Juan. Si lográramos que a los senadores burocráticos se les reconozca el derecho de hablar 128 y no el derecho de votar, nuestro triunfo sería completo.

DIVERSAS SECCIONES: Dejando aparte la ciudadanía, de que trataré después, las secciones menos admisibles son:

El veto absoluto, extendiéndose hasta las partidas individuales del presupuesto;

La Comisión de Servicio público, componiéndose del Gabinete y del auditor; es decir, de siete funcionarios no electivos;

El Board de división electoral constituyéndose al arbitrio del gobernador;

La Corte Federal prolongándose en lo futuro, aunque no con carácter tan drástico.

En cambio se suprime toda imposición del Congreso en lo que toca al Servicio civil.

Examinemos esas cuatro secciones:

1. El veto absoluto, neutralizando la potestad legislativa y poniendo un arma destructora, ofensiva y defensiva, en manos del gobernador, confirma a éste en su condición de árbitro supremo y sigue reconociéndole como un poder personal invencible, contra todos los principios del sistema republicano—artículo 4.º, sección 4. a, de la Constitución—. Opino que esa clase de veto es anticonstitucional y que podría discutirse en la Corte Suprema de los Estados Unidos. En la práctica, el veto no se usará casi nunca.

Library of Congress

2. Si consiguiéramos introducir en la Comisión de Servicio público al presidente del Senado y al *Speaker* de la Cámara, con ellos, y con los cuatro miembros del Gabinete que se nombran con la venia senatorial, controlaríamos esa misma Comisión y garantizaríamos los intereses de Puerto Rico.

3 y 4. El Board de división electoral y la Corte Federal no son buenos, ni merecen nuestra simpatía; pero tampoco afectan a fondo la vida y la dignidad de nuestro pueblo. Es imposible obtener que esas secciones se eliminen o se modifiquen.

En conjunto, a mi juicio los *bills* son mezquinos, ultraconservadores, y no responden a las ansias de nuestro 129 pueblo ni, es claro, a las justas demandas de nuestro partido, especialmente en lo que foca a ciudadanía. De la ciudadanía americana pensé yo siempre que prefiero la nuestra, la puertorriqueña, si bien no admito que la otra nos estorbe para seguir aspirando a la independencia y reclamándola, no por las armas, sino por el voto soberano del Congreso. Mientras no se nos eleve, a la estadidad, no cometerá nadie delito de traición entre nosotros al pedir que el Congreso nos convierta en nación independiente.

Y ahora, dirigiéndome, no sólo a usted, sino a la Junta Central, si es preciso en pleno, voy a expresar mis ideas sobre la situación presente de las cosas. Como apoyar esos *bills* sería absurdo, hay dos caminos frente a nosotros:

1.º Protestar contra ellos, y contra la administración que los inicia y los empieza, en formas duras, declarándoles guerra sin cuartel.

2.º Actuar con diplomacia, sacando de los *bills* el mejor partido posible, procurando enmendarlos hasta donde alcancemos, aceptándolos, por último, como un paso de avance hacia el ideal y conservando nuestras relaciones con el Gobierno en un plano que nos permita evitar atropellos e injusticias, sobre todo en la constitución del Gabinete, en la división de distritos y en las órdenes policíacas al acercarse los comicios de noviembre.

Library of Congress

YO ESTOY POR ESTA POLITICA del párrafo que precede. Cuya política no impedirá que la Cámara y la Junta, en la isla, y el Resident Commissioner con el vice-presidente Frank Martínez, en Wáshington, acuerden y envíen memoriales o alegatos, fijen su posición, actúen con energía, agoten sus recursos y den a conocer las perentorias necesidades y las nunca satisfechas reclamaciones de Puerto Rico. Hoy que ya conocen ustedes los *bills*, yo aconsejo que remitan a los dos Comités una exposición serena, estudiando los puntos principales y procurando convencer al Congreso de que no debe legislar para Puerto Rico abiertamente en pugna con la voluntad de los puertorriqueños. Sólo que, ni en los escritos que se redacten ahí, ni en los discursos que se pronuncien, ni en los actos que **9 CAMPAÑAS III** 130 se realicen, será discreto ni patriótico emplear frases violentas, ni llegar al ataque más o menos embozado.

Si la Junta o Cámara combatieran la reforma, darían un triunfo a nuestros adversarios y prepararían la derrota de la Unión, pues se sabe que en distritos equilibrados—los tres del Sudoeste—basta una leve inclinación para determinar el éxito o el fracaso. Y al implantarse una ley constitucional, en términos de cuatro años para los senadores y los delegados, perder tres distritos equivale a comprometer nuestra existencia privando al país de su única fuerza activa en las luchas del porvenir.

P?enso que, en el punto concreto de la ciudadanía que se decretará porque la endosa el Presidente, el secretario Garrison y los Comités de ambos cuerpos colegisladores, necesitan la Cámara y la Junta mostrar una habilidad inmensa, a fin de que no reciban los republicanos el prestigio que buscan. A hombres como ustedes no se ocultará ni el fondo de m ipensamiento ni la noble razón del sacrificio que las circunstancias nos exigen.

La ley que se prepara no nos satisface; no puede satisfacernos; pero ofrece campo a nuestra táctica, que, si la empleamos con destreza, pondrá de nuestro lado la victoria. Desde 1904 veníamos peleando por dos Cámaras electivas y un Gabinete que nombrara el gobernador con el consentimiento del Senado. Ahí están. Con ellos se armará nuestra

Library of Congress

colectividad y, sobre base tan amplia, reanudaremos nuestra lucha por las definitivas reivindicaciones que dependen de nuestro esfuerzo.

Cordialmente,

L. Muñoz Rivera

Junio 20, 1912.

Mi querido Eduardo: Tengo tu carta última y otras igualmente apreciables sobre el propio asunto.

Ignoraba el nombre de Marshal actual cuando recomendé a Pagán. Te incluyo copia de mi recomendación. Fíjate en sus términos y verás que el campo queda libre para cualquier otro candidato cuyos títulos superen a los del 131 que yo presento. De modo que, en realidad, no es que yo recomiende a Pagán, sino que Pagán se recomienda por su honradez personal, por su historia política y por sus aptitudes intelectuales.

Si Escalera, según deduzco de tu carta, se encuentra en condiciones de afrontar el paralelo, el distrito no le abandonará. Si no se encuentra en condiciones, debe abandonarle. Sólo que esto no puedo yo juzgarlo a distancia, sino que deben juzgarlo los electores del distrito, con conocimiento exacto de las cosas.

Conforme a mi criterio, los que ocupan empleos públicos han de ocuparlos con capacidad y honorabilidad. Pero entre varios individuos capaces y honorables en idéntico grado, los sacrificios por una causa, las pruebas de entusiasmo en días difíciles, la consecuencia patriótica deciden en pro de quien posea, desde ese punto de vista, un record más brillante y completo.

Library of Congress

Con mi carta, si alguien la da a conocer íntegra, no me parece posible que resulte una propaganda injusta. Al revés, si ella sirve de base a cualquier solución, esa solución será digna de aplauso porque estará dentro de una gran idea de justicia.

Tuyo cariñosamente,

L. Munoz

Wáshington, D. C., julio 9 de 1912.

Mi querido Barceló: Recibí su carta de hoy. La leí con gusto. Sólo que usted no tiene razón cuando me invita a escribirle, “aunque no le hable de las cosas que no crea prudente tratar”. Yo no le escribo mucho; pero le estimo mucho. Y jamás creo imprudente tratar con usted alguna cosa, por grave que resulte. Lo que sucede es que me agrada más leer sus impresiones que darle las mías. Aquéllas me son útiles en la lucha por nuestra dignidad colectiva; éstas habrían de servir a usted, si acaso, para aumentar sus pesimismo y para medir mis tristezas. Mis desalientos, no; porque usted me conoce a fondo y sabe que no soy de los que retroceden o desmayan.

132

Cuando llegó el correo, hace un instante, acababa yo de dictar para Santini la epístola negra cuya copia envió a usted con el mismo carácter de estricta confidencia; no que me perjudique la divulgación de mi pensamiento en una síntesis sombría, sino que puede perjudicar a nuestra causa esa síntesis, si se publica, debilitando los impulsos del pueblo en las batallas del presente y del porvenir.

Iré a Puerto Rico inmediatamente después que el Congreso suspenda sus trabajos. En julio no será. Será en agosto. Acaso en setiembre. E iré sin la certidumbre de que mis esfuerzos logren dominar la crisis política que adivino desde aquí muy seria y que de seguro es más seria de lo que yo, a la distancia, puedo suponerla. Con Giorgetti, con usted y con algunos pocos más a mi lado, mi confianza será mayor, si bien nunca será

Library of Congress

completa, ya que en la base de nuestra vida pública falta la solidez propia de los países que ejercen soberanía sobre sus propios asuntos. Nosotros estamos a merced de un Gobierno enemigo. Y no contamos con más recurso que el patriotismo de las masas, mientras él cuenta con un cúmulo de poderes que destina a debilitarnos y, lo que es peor, a corrompemos.

Comete usted una injusticia contra mí al pensar que, frente a su amistad y a su lealtad, guardo secretos inviolables. No, amigo mío; si hay alguien en quien ponga yo una fe completa, sin ningún límite, ese alguien se llama Antonio Barceló. Por suerte queda un grupo de corazones y de cerebros en los cuales descanso tranquilo. A Giorgetti, que se empeña en dejar la jefatura, comuniqué mi juicio acerca de usted y mis propósitos acerca de la intervención decisiva que, si usted responde a nuestro deseo y a su historia, aceptará en la marcha del partido que formamos y en que formamos. Y usted comprenderá que, sin escribirle, cuento siempre con su inteligencia, con su energía y con su amor profundo a nuestra pobre patria. El hombre que le quiere a usted en los sitios más altos, no ha de disimular con usted las situaciones más difíciles.

Espero que el problema económico se resolverá, que el 133 crédito se restablecerá y que la peste se extinguirá, entrando las cosas en un período normal. La peste es lo que me preocupa de un modo terrible, porque desarraigarla no es obra de unos meses. Pero como a los Estados Unidos importa extraordinariamente limpiar SUS ISLAS de una enfermedad que coloca en riesgo a sus costas del Atlántico y a su enorme volumen de tráfico, la nación realizará una campaña gigantesca y conseguirá destruir los gérmenes nocivos.

Camuñas embarcó el sábado 6. Le vi en Nueva York. Le acompañé. No quiso venir a Wáshington. Ignoro sus últimas impresiones. Las mías, en cuanto a él, no son malas. Pasea solo, lee los rótulos de las calles, escribe con su letra cursiva y elegante de siempre. No ha perdido sus ojos. Ni los perderá. En el derecho se formó una catarata, susceptible de tratamiento quirúrgico más tarde. En el izquierdo la visión es pobre,

Library of Congress

por culpa de la atrofia en que cayó un órgano sin uso. Esa atrofia irá desapareciendo a medida que el órgano funcione. Y tendremos a nuestro hermano—suyo lo es y mío también—, tendremos a nuestro hermano mortificado tal vez; pero no disminuído ni anulado. En ese punto soy optimista, no únicamente por afecto, sino por observación concienzuda y por convicción vigorosa.

¡Adios! Un abrazo fraternal de

L. Muñoz

CONFIDENCIAL

Julio 9 de 1912.

Mi querido Nicolás: Te debo carta. Y vengo a escribirte, a departir media hora contigo. Excúsame. No es que me falta tiempo: lo que me falta es humor para escribir, cuando las cosas que esperan delante de mi pluma son cosas en que ni tú ni yo podemos recrearnos.

Me dabas, al cerrarse la Asamblea legislativa, tus impresiones, saturadas de un pesimismo desolador. Papel blanco. Y todo lo demás negro. Y la tinta menos negra 134 que todo lo demás. De ese color es la suerte de Puerto Rico, no sólo por culpas de afuera, sino también por culpas de adentro.

Tú sabes que mi política, la única conforme con mis convicciones y con mis sentimientos, es política de combate. Y, en realidad, para tal política hay en el país masas que voten y que aguanten: lo que no hay es *leaders* de segundo y de tercer orden, que en las ciudades y en las aldeas conduzcan a esas masas bajo el estandarte rojo de las resistencias sin miedo a las consecuencias.

De ahí que en 1901 dejara yo la isla para levantar en el "R. P. Herald" la cruzada del honor patrio. Y a los treinta días levantaran otros en la isla aquella bandera blanca que no evitó ningún atropello, que flotó triste sobre los sangrientos escándalos de 1902 y

Library of Congress

que rodó por tierra, no rota, no desgarrada a balazos, sino manchada de fango, de una manera tan oprobiosa, que ya no pudo vivir entre sus pliegues el partido federal.

Y de ahí también que, en 1910 aceptase yo el lecho de Procrusto en que agoniza mi alma altiva y viniese a Wáshington a dejar que de nuevo se demostrase la inutilidad de transigir con un Gobierno que, exigiendo mucho y dando poco, nos desprestigia en el concepto público, socava nuestra base, destruye nuestra popularidad y consigue, poco a poco, que las muchedumbres pierdan su confianza en los jefes que las guían y su esperanza en el triunfo, que no llega nunca.

Tú habrás sufrido en los sesenta y ocho mortales días de la Cámara. Piensa, pues, lo que habré sufrido yo, que, como tú, llevo en mis venas la sangre caliente de la montaña, que no se enfría ni con los amagos de la vejez ni con las amenazas de un incierto porvenir. En la Cámara el choque se siente más que en ningún otro sitio. Cediendo se sacrifica la satisfacción de obedecer a impulsos propios; no cediendo se atraen sobre la tierra natal dolores más agudos.

Por ejemplo, en el problema de la Sanidad. Si ustedes no hubieran elaborado la ley, el Congreso se encargaría de elaborarla. Y sería una ley irrevocable, perpetua, además 135 de ser doblemente drástica y opresora. Entre los dos términos eligieron ustedes el menos duro para el pueblo y el más duro para ustedes mismos. Y nadie comprende ese holocausto a la patria, que en la superficie se asemeja a un andrajo de egoísmo.

Es una situación que infunde espanto a los espíritus débiles. El tuyo está templado, retemplado en cien batallas. Pero aun abroquelándote tú y abroquelándome yo en nuestro carácter y en la rectitud de conciencia, aun presentando en la faz una sonrisa estoica, por acá dentro corren las lágrimas quemantes de unos ojos que ven la desdicha de su patria y que no ven ningún recurso eficaz para defenderla y redimirla.

Y al fin tú vives allá, te rodean los tuyos, y tus amigos, y la multitud de conocidos o desconocidos que hablan tu lengua y te comprenden o te adivinan, y te quieren o te odian.

Library of Congress

Yo vegeto acá, solo, en un aislamiento de sepulcro, codeándome con gentes que hablan un idioma extranjero, que no tienen con mi manera de ser afinidad alguna y que ni aún son hostiles, como los rayos del cielo o como las alimañas del bosque, sino indiferentes, fríos, ásperos, como los trozos de granito sin pulir que sirven de zócalo a su enorme Capitolio. Compara y comprenderás que habitas “el mejor de los mundos habitables”.

¿Nuestro *status*? Creo que disfrutaremos el régimen Foraker hasta que reventemos de gusto. Para marchar, los hombres del Congreso consultan a los hombres de la Mansión ejecutiva. Y resuelven de acuerdo con lo que les informan. Tú te darás cuenta de que nos pintan incapaces, porque les conviene seguir siendo tutores del niño criollo en perpetua minoría de edad. Llegan comisiones, más comisiones; se escribe, se discurre, se pelea, y lo que predomina es el criterio de los tutores. Y el menor de edad continua con sus bienes intervenidos, con sus músculos atrofiados por la inercia y con su alma exacerbada por la indignación. ¿Republicanos? ¿Demócratas? Idem por ídem.

Ese es el cuadro. Mira: el papel es blanco; la tinta es negra. Y las figuras son más negras que la tinta. Dime algo de ti, de tus asuntos, de tu familia. Así sabré algo bueno.

Te abraza tu amigo,

L. Muñoz

Wáshington, agosto 2 de 1912.

Señor don E. Fernández Vanga.—Nueva York.

Mi buen amigo: Recibí su *crítica*. Muy bien hecha, con finura de percepción y en formas delicadas, casi sutiles.

Entre mi *desideratum*, que es la independencia, y mi *modus operandi*, que es la autonomía, encuentra su espíritu de análisis contradicciones serias. En realidad parecen existir, aunque no existen. La *independencia* es un ideal puramente abstracto. No

Library of Congress

puede realizarse. No se realizará nunca. Lo consignamos, lo mantenemos, porque hay cosas superiores al cálculo, no sumisas al cálculo. Y una de ellas, la más alta, el honor, individual o colectivo. Tal vez llegue yo a abroquelarme en él y a convertirlo en mi única bandera de combate; será cuando no reste ninguna posibilidad de que *se nos dé lo nuestro*. Y será también la última protesta, tan inútil como nuestra labor política; pero sin duda más noble y más bella.

Si antes o después que se adopte esa actitud, se establece el gobierno propio, sin límites, me sentiré americano y actuaré como un americano. Y pienso que mis compatriotas sentirán y actuarán del mismo modo, porque la patria estará salvada por la libertad y engrandecida por la solidaridad con el pueblo más libre y más grande de la tierra. Nací en Puerto Rico; quiero a Puerto Rico; pequeña y pobre la madre; orgulloso el hijo de deberle la vida. Si América trata a mi país como a cualquiera de los países que forman su confederación de Estados autónomos, yo, puertorriqueño a ultranza, creeré que mi honor de puertorriqueño es compatible con la soberanía de América, y, sin dejar de ser ciudadano de una isla amada sobre todo el mundo, seré ciudadano de una república 137 en que mi pueblo quepa con su alma latina, con su civilización latina, no inferiores a la civilización ni al alma anglo-sajona.

He ahí, amigo mío, los sentimientos y las razones que me inclinan a aconsejar a la Unión que en su programa levante el ideal de la independencia y que, al propio tiempo, anticipe el anuncio de un americanismo vigoroso, para el día, si ese día llega, en que cese la usurpación tiránica de que somos víctimas, y se realice la compenetración profunda de las dos razas, de las dos civilizaciones, teniendo por base la sola base que sin mengua nos sería dable admitir: la igualdad. Desde que ondearon en San Juan los colores de América, empecé a decir eso. Lo repetí durante catorce años, en cien circunstancias distintas. Continúo repitiéndolo y lo repetiré con la firmeza de una convicción indestructible: americano, igual a los otros americanos, siempre; americano, subalterno de los otros americanos, jamás. Por Puerto Rico deseo ser americano; por

Library of Congress

Puerto Rico será antiamericano al convencerme de que América es irrevocablemente injusta y opresora.

Y no dude usted que hablaré y escribiré más a mis anchas, más dentro de mi carácter, cuando los hechos me precipiten a enarbolar la bandera separatista. Cesará entonces el sacrificio que empezó en 1898 y que fué y es un homenaje filial a nuestra dulce Borinquen. Consideraba y considero que esta nación pujante y aquella isla del trópico poseen intereses comunes: el interés de la nación, de demostrar la eficacia de sus métodos republicanos y el poder de sus instituciones históricas, atrayéndose así la simpatía y la confianza de todo un hemisferio en que necesita desarrollar su influjo y sus negocios; el interés de la isla, demostrar que no es refractaria a los métodos ni a las instituciones metropolíticas y que, a su sombra, pugna por alcanzar el reconocimiento positivo de su personalidad y el triunfo definitivo de su derecho. Hasta hoy la isla, de su parte, comprendió su destino y respondió a su deber. Hasta hoy la nación, de su parte, rehusó comprender y responder. Una inmensa desgracia y 138 una inmensa culpa: la desgracia nos toca a nosotros entera; la culpa toca entera a los que pretenden aplicar el aforismo bismarkiano: *la force prime le droit*.

Dos partidos luchan en el continente por el privilegio de gobernar: el republicano y el demócrata. De aquél esperamos poco; o, lo que es peor, esperamos nuevos vejámenes; de éste esperamos mucho, es decir, esperamos que rectifique, si domina en las urnas de noviembre, los errores coloniales y que resuelva en el próximo Congreso los problemas coloniales, regando semillas de amor allí donde sus adversarios regaban semillas de rencor y convirtiendo en pueblos felices a los pueblos insulares. La prosperidad no nos basta; preferimos la dignidad. Si nos aguarda un desengaño; si tampoco los demócratas “comprenden su destino y responden a su deber”; si se prolonga un régimen que es un monopolio y un desdén que es un vilipendio, yo aseguro a usted, amigo mío, que pronunciaré el *alea jacta est* y pediré a mis paisanos sus votos para la protesta final, en que los puertorriqueños no perderían nada, puesto que nada esperarían, y en que los

Library of Congress

Estados Unidos perderían lo que aún le restara de sus antiguas leyendas patriarcales entre las naciones ibéricas del Sur y del Centro y las del Mar de las Antillas.

A través de las vicisitudes, de las traiciones, de las injurias, me ha visto usted avanzar en mi camino y llamar, una y cien veces, a las puertas del Capitolio, desde la Prensa, desde la tribuna, desde la Cámara, desde el pupitre en que trabajo y estudio: las puertas siguen cerradas al lejano clamor de nuestra angustia. Y, sin embargo, el esfuerzo no se perderá en el vacío: si el éxito viene, porque será la victoria de la Unión para el país; si el fracaso viene, porque fracasará con nosotros el nombre de nuestros colonizadores, sordos a la verdad, ciegos a la luz, obstinados en copiar a Europa, no en sus doctrinas de *self government* inglés, sino en sus malas prácticas de centralización francesa y portuguesa.

Lo que ocurre es inaudito. Por sostener el cacicazgo de un gobernador y la autoridad de un *bureau*, se compromete un prestigio que fundó George Wáshington; que afirmó 139 Tomás Jefferson; que brillantó Abraham Lincoln; que extendió William Mc. Kinley; que consolidó Teodoro Roosevelt y que constituye el patrimonio moral de los Estados Unidos. Los que, ciegos y sordos, estultos *narrow-minded*, realizan esa obra insensata, son enemigos de su patria: son los verdaderos antiamericanos.

A los demás puntos de su carta, que es luminosa y que yo agradezco de veras, contestaré *viva voce* en el Hotel Ansonia.

Suyo a sus órdenes,

L. Muñoz Rivera

Wáshington, D. C., diciembre 26 de 1912.

Mi querido Barceló: Recibí su carta del día 12. Y la leí, no sólo una vez, con atención profunda. No le escribí antes porque esperaba confirmar mis primeras impresiones, muy satisfactorias: tan satisfactorias que no me resuelvo a confiar en ellas. Al llegar me

Library of Congress

informaron que el Presidente nombraría, *para todos los cargos insulares*, a ciudadanos de Puerto Rico y que consultaría en cada uno de los nombramientos al Resident Commissioner. Dentro del programa demócrata no puede actuar de otro modo; pero mi experiencia me dice—como a usted le dice la suya—que los programas, muy bellos en la víspera del triunfo, suelen caer en olvido cuando el triunfo es un hecho y se trata, no de halagar a las masas ni de predicar las doctrinas, sino de dirigir la marcha del Gobierno.

Mr. Wilson no expresó todavía sus propósitos en lo que afecta a nuestro país. Ahora empieza a conferenciar con los *leaders* políticos nacionales sobre problemas nacionales. Y nuestro turno vendrá en enero, sin que yo considere discreto apresurarlo, sino más bien aguardar a que las circunstancias indiquen una entrevista. En ella pediré que *todos los cargos insulares*, empezando por el cargo de gobernador, se cubran con personas domiciliadas en la isla. No juzgo imposible obtener esta satisfacción. Pero, en la eventualidad de que la obtenga, ¿a quién propondré? Mi primer candidato para gobernador sería Jorge Bird Arias. 140 Habla inglés, dirige una gran empresa americana, es hombre de cerebro claro y firme, representa intereses cuantiosos y, hallándose en una situación idéntica a la que ocupa Mario Menocal en Cuba, no dudo que le endosarían los mismos americanos tal vez, y desde luego los puertorriqueños de arraigo y las muchedumbres unionistas unánimes.

Tampoco dudo de que él realizaría un enorme sacrificio si aceptase. Yo en su lugar aceptaría, porque ese sacrificio, y cuantos resulten indispensables, tiene derecho a exigirnos nuestra patria y nosotros no tenemos derecho a rehusárselos. Si Bird no admitiese, nos quedarían, a mi juicio, entre otros correligionarios, Félix Córdova y Martín Travieso. Claro que mis anticipos de ideas van a la sombra de una estricta confidencia, que sólo habría de compartirse, si usted lo considera necesario, con Pepe Diego y con Manuel Camuñas. Si lográsemos llevar un compatriota a la Mansión ejecutiva, había de estar dotado de un espíritu conservador, de una energía serena y de un gran prestigio moral, así como de un tacto exquisito: había de medir la altura de sus responsabilidades y

Library of Congress

garantizarnos, con su conducta, un éxito absoluto, sin lo cual iríamos comprometiendo el porvenir de Puerto Rico.

En cuanto a los puestos secundarios, ¿qué piensa usted de estos nombres?

Secretaría de Puerto Rico, *Siaca Pacheco*.

Tesorería, *Manuel Paniagua*.

Auditoría, *Franklyn E. Jones*.

Educación, *José Janer, Juan B. Huyke*.

Interior, *Julio Larrinaga, Juan Jiménez*.

Attorney, *Frank Martínez, Córdova Dávila, Martín Travieso*.

Consolidado, *Manuel Camuñas*.

Usted observará que cuento con un republicano en Tesorería y con un americano en Auditoría. El republicano merece confianza; el americano, que vive ahí, en San Juan, simpatiza con nosotros y es competente, según mis noticias. Y al contar con los dos, y con Jiménez, coloco, y así entiendo que es preciso, la cuestión en amplias líneas 141 de tolerancia y no en estrechas líneas de partido. Quizá todo ello no pase de ser un hermoso castillo en el aire; pero en frente de la probabilidad más remota, no huelga que nos preparemos a responder pronto y con acierto. Si el Presidente Wilson va hasta esos términos de justicia, nuestra victoria será inmensa. Sondée a Jorge Bird y recuérdale lo que él es, lo que fué siempre; su corazón, su abnegación, su patriotismo. Con un candidato de tal carácter me sentiría más seguro de convencer a la Casa Blanca.

Y ahora pasemos a los varios puntos de su carta. A un demócrata advenedizo preferiría yo el gobernador Colton, a quien usted conoce y de quien usted sabe que secundaría el

Library of Congress

esfuerzo de la Unión. Pero, ¿y el efecto inmediato en nuestro público? El pueblo creería que el cambio no era total, que la raíz burocrática no desaparecería y que continuaba sobre las propias bases y en las propias manos *el negocio del Gobierno*. Veremos el desarrollo de los sucesos y haremos lo mejor que esté a nuestro alcance; pero entre tanto conviene proceder de una manera diplomática, *sin conceder ni negar*, reservándonos las resoluciones finales y no disgustando las aspiraciones que vayan saliéndonos al camino.

Consejo Ejecutivo.—Mi criterio quizás no concuerda con el suyo en lo que se refiere a la representación republicana. Opino que corresponden dos plazas a nuestros adversarios. Sólo se las disputaría por orden expresa de la Junta Central o de usted.

Programa legislativo, el de la asamblea de Mayagüez. Si no lo realizamos o intentamos realizarlo a conciencia 142 y con ostensible impulso, pondremos en grave peligro nuestra situación electoral en 1914 y afrontaremos un descrédito que será justo. Las leyes obreras son urgentes, incluyendo la de viviendas para los proletarios. La del voto obligatorio también lo es. No temo a la división del territorio en 35 distritos. Si cabe hacerla en San Juan, yo la aplaudiría. Y se salvarían las cláusulas de *residencia, nacimiento o propiedad* en el distrito. Acá, en el Congreso, se exigiría, se impondría una cláusula no más: la residencia, que es la cláusula única en los Estados Unidos. No olviden las carreteras y los puentes, en un plan juicioso, práctico, que no obedezca a maniobras locales o individuales; que satisfaga a la opinión; que sea en la forma simpático y en el fondo útil y reproductivo. No olviden tampoco la Universidad. En Río Piedras, en la Normal, reside Mr. Fleagle. Habla español. Procure que Pepe Muñoz se lo presente y solicite sus indicaciones de reforma, para establecer nuevas Facultades—la de Derecho desde luego—y para construir nuevos edificios. El dinero del país en Nueva York no sirve de nada. Prefiramos que se invierta pronto y bien. La Penitenciaría y el Capitolio reclaman acción resuelta y rápida. Que circulen las monedas y que se embellezca y se engrandezca y se ennoblezca Puerto Rico. En relación a las viviendas obreras y campesinas escribiré in

Library of Congress

extenso a Camuñas. Espero ver desde acá la mano de usted, la mano del jefe empujando hacia adelante el progreso general y llenando de prestigio a la Unión que preside.

Me pregunta usted si creo que el primer acto de la Cámara debe ser un mensaje al nuevo Presidente. Respuesta mía, afirmativa, completamente afirmativa. Un mensaje que exprese la confianza de Puerto Rico en la historia del partido demócrata y en la historia personal de míster Wilson y en que se pidan el Senado electivo, la plena 143 potestad legislativa y *todos los cargos cubiertos con residentes en la isla*; desde el gobernador hasta el último. Podría aplazarse ese cablegrama hasta el 4 de marzo; sólo que llegaría aquí entre el *maremagnum* de la inauguración y haría menos peso. Que vengan dos cablegramas: uno al reunirse la Cámara y otro el 5 de marzo. Si no les dejan cablegrafiar con la franquicia a Wilson, cablegrafíenme a mí. Yo transmitiré el cable por telégrafo y lo confirmaré por la vía postal. Hasta creo que vale más esta última forma.

Los republicanos no van a la Cámara. ¡ Qué torpes y qué mezquinos! Dejémosles en su infantil actitud. Yo aguardo a la Comisión que se anuncia. Procuraré tratarla a cuerpo de rey. Es la reproducción de lo que hicieron en el 1898. Como no fueron elegidos los *leaders* no consienten que les sustituyan los otros. He ahí el secreto a voces de ese acuerdo absurdo. Conviene sacarle punta y mantenerlo de relieve, ante los ojos de los mismos republicanos.

Sus cartas a Landron y a Aboy, espléndidas. Su carta al gobernador, pura fórmula, aunque hábil. Un poco inoportuna por lo tardía. Yo aconsejé que se escribiese a las veinticuatro horas de la batalla.

Vivaldi me mandó su retrato. En una chimenea decorativa que hay en mi apartamento—The Highlands—está mi fotografía, fianqueada por la de Pepe Diego y la de usted. Me placen las buenas compañías. Quiero verme, aunque sea en efigie, todas las mañanas y todas las noches, con dos amigos junto a mí. Sé que juntos estamos a pesar de la distancia, en el sentimiento y en el pensamiento.

Library of Congress

Le quiere y le abraza su devotísimo,

L. Muñoz

144

Wáshington, D. C., abril 4 de 1913.

Señor don Antonio Barceló.—Fajardo, P. R.

Mi querido amigo: A las tres de la tarde tenía enfrente el block de papel y en la mano el lápiz y me disponía a escribir para usted, cuando llega su *special delivery* fecha 29. ¡Cuánta amargura en esas líneas sinceras y dolorosas! Estaba yo muy triste. Ahora lo estoy más. Porque ahora a mi tristeza se une la suya y ambas corren unidas, no hacia un inerte pesimismo, sino a una actividad varonil, que marcha, y marcha, dejando la sangre de las venas en las zarzas de la ruta. No me hable de su renuncia. Usted no pertenece al número de los que retroceden. A mayores obstáculos, a mayores miserias morales, más alta la cabeza y más firme el corazón. Hace treinta años que lucho en la vanguardia. ¿Que el esfuerzo me fatiga? ¡Cómo no, si mi inteligencia y mis músculos son los de un hombre y no los de un titán! Pero fatigado, roto, enfermo, sigo en el palenque y ni siquiera deseo morir mientras no asista a la redención de mi patria. A usted se puede pedir sacrificios. Déjeme que le pida el de permanecer con la planta en la cumbre y el brazo en la bandera. Esos dos grandes dones que le dió la naturaleza, su cerebro y su carácter, los debe usted a su país. Bien seguro estoy de que no se los negará nunca. Porque usted y yo sabemos que a los egoísmos viles y a las bajas cobardías es necesario oponer el dique de una suprema abnegación y de un valor cívico inquebrantable.

El esfuerzo de usted en la Cámara fué magnífico. No se me ocultó ni un detalle. Le seguí paso a paso y le admiré en silencio, sin sorpresa, ya que no en balde le conozco de tan antiguas fechas. Cuando usted venga—y le ruego que no deje de venir—hablaremos mucho, hablaremos de todo, y fijaremos una norma de conducta más amplia, si cabe,

Library of Congress

que nuestra norma actual. Hay un pueblo, nuestro pueblo, que necesita educarse, levantarse, vivir, pensar, gozar, y ese pueblo confía en nosotros y nosotros jamás defraudaremos su confianza. No importa que 145 unas pocas individualidades o unas pocas entidades resistan (1) . En una democracia la fuerba no reside arriba, en los *chalets* y en las factorías, sino abajo, en las cabañas y en los talleres. Y mientras el voto de las muchedumbres infelices nos endose y nos empuje, ni desertaremos el sitio de honor que nos señale ni cederemos el campo al privilegio que pugna por eternizarse sobre la angustia del trabajo, que es la única fuente legítima de legítimas satisfacciones.

(1) Alude a la oposición tenaz de las clases comerciales a ley de Patente

Regresaron los colegas míos de la Cámara. Vienen contentos. Su impresión favorece nuestro derecho. Nos ayudarán. Empiezan a ayudarnos. En el fondo del espíritu americano se siente la palpitación de la justicia, a veces neutralizada por el influjo de los compromisos políticos. No espero grandes cosas de las gentes de acá; mas al contemplar a la gente de allá debatiéndose en su gota de agua, como los infusorios de Bartrina, y laborando contra su propia tierra, como los Judas de Jerusalén, siento la angustia de pensar que, en nuestras desgracias y en nuestros dolores, tienen mayor culpa las gentes de allá que las gentes de acá y debemos poner más empeño en educar a los dominados que en convencer a los dominadores, aunque a esto último consagremos una suma inagotable de paciencia y de energía.

Suyo para todo,

L. Muñoz

Wáshington, D. C., abril 22 de 1913.

Señor don Antonio Barceló.—Fajardo, P. R.

Mi buen amigo: Acabo de leer su entrevista con *La Democracia*. Es una contestación hábil y digna a los que desde Ponce pretenden crear conflictos y a los que desde **10 CAMPAÑAS** 146 otros pueblos les secundan. Paréceme muy clara la situación. En Ponce los *cantonaes* —Moret, Matos, etc.—se proponen constituir un núcleo al partido demócrata y realizar cálculos de medro. En las demás localidades protestan los perjudicados por la ley de patentes. El tumulto—que apenas se oye—pasará pronto. A mi juicio, la ley, en general, resulta viable y cumple su propósito. Si se reúne la Asamblea Legislativa en sesión extraordinaria—y para esto sólo no debe reunirse—, ustedes estudiarán las modificaciones que los Municipios reclamen. Creo que no las reclamarán, porque el cobro por el tesorero les aprovecha y porque la uniformidad del tributo no les daña. El *referendum* a los Municipios, por parte de usted, resuelve el problema. Que se pronuncien de una manera categórica, y que, por sus acuerdos, digan lo que quieren. Nosotros hemos de atender a lo que acuerde la mayoría de los pueblos.

Lo curioso—y lo doloroso—es que las clases proletarias, que no pagarán las patentes y que disfrutarán el beneficio de las escuelas y de los caminos, secundan a los enemigos de la Cámara. Ni a usted ni a mí, ni a nadie que conozca la complexión de las masas, sorprenderá un hecho tan común en la política. Por desventura nuestra las multitudes en nuestro país—y en los demás países—son casi inconscientes, y la pirotecnia barata de los agitadores las deslumbra. Esos cohetes producen efectos momentáneos y una vez que el ruido y el fuego se apagan, vuelven las cosas a su cauce normal.

Hubo en la ocasión de ahora un descuido inmenso: el descuido de no acudir, desde el primer asomo de rebeldía, a cubrir los flancos, a explicar la ley punto por punto y a proteger a la Cámara contra falaces interpretaciones. Se dejó el campo libre a los *cantonaes*; *La Democracia* guardó un silencio que no se explica y el barullo creció un poco e invadió unos pocos lugares de la isla. Cuatro artículos de periódico habrían bastado a fijar, sin la menor duda, el alcance de la acción legislativa.

Library of Congress

En cuanto a usted, amigo mío, no se preocupe. En esa ley de patentes, en la de rentas internas y en otras y en 147 otras, así como en la forma de dirigir los debates y de afrontar los obstáculos, demostró usted que posee altas cualidades de estadista y que merece la confianza pública. Alégrese de que le den ocasión de manifestarse, de probar su inteligencia y su energía, a la vez que su calma y su patriotismo. Los republicanos— fíjese bien: *El Noticiero*, *El Tiempo*, *El Aguila*, *El Diario del Oeste*, *La Correspondencia* —se hacen eco de los ataques ¡contra el jefe unionista!, y hasta dicen que le dimitieron las turbas. Sí, desde luego; las turbas republicanas. Eso le afirma en su prestigio y le levanta, más aún, en el corazón de sus *verdaderos correligionarios*. De la crisis saldrá usted entero en su personalidad y crecido en el respeto del poder y en el amor del pueblo. Los ataques completan a un caudillo. Si los que usted sufre fuesen justos, yo los deploraría: son injustos y no los deploro, sabiendo que antes le favorecen que le disminuyen. Si usted no admite mis presagios, yo apelo a un remoto porvenir.

Hizo usted perfectamente al utilizar mi carta. No la escribí para la publicidad. No podía soñar con que llegase a la publicidad. Pero fué a tiempo a sus manos. Usted no la necesitaba. Su *interview*, sin mi epílogo, era bastante a disipar las nubecillas del Sur. Pero si el calor de mi estilo, que reflejaba mis sentimientos, contribuyó a que las nieblas se evaporasen, permítame que le agradezca la alegría de que mi nombre corriera unido al suyo en una hora suprema. Yo le quería mucho y sabía mucho de su fuerza moral e intelectual: hoy, después de la humareda, empiezo a admirarle y necesito que usted lo sepa, a fin de que mis sentimientos de solidaridad profunda sirvan de compensación a sus disgustos y a sus desencantos.

Más que nunca deseo que hablemos. Le envió copia de los párrafos que escribo a de Diego sobre viaje de la Comisión, Y, por lo que se refiere a la convocatoria de una asamblea unionista, opino que lo mejor es evitarla o retardarla. El más grave mal es la contextura especialísima de nuestra JUNTA heterogénea e inservible, y la ineficacia de

Library of Congress

nuestra Prensa. ¡Oh! Ya hablaremos; ya hablaremos. Usted no sospecha la ansiedad con que le 148 aguardo. Y si usted no viene pronto, yo iré a Puerto Rico, cueste lo que cueste.

Fraternalmente suyo,

L. Muñoz

Junio 6 de 1913.

Señor don José de Diego.—San Juan P. R.

Mi querido amigo: Considero un deber mío inexcusable enviar a usted, para que los use como le plazca, mis puntos de vista, breves y sintéticos, sobre el *bill* núm. 106 (1) .

(1) La ley de Patentes

Nuestro país a todo trance necesita que el producto del trabajo no favorezca solamente a las clases capitalistas, sino que llegue a los obreros industriales y a los braceros agrícolas. ¿Cómo? Por las escuelas, los caminos, las indemnizaciones por accidentes, las instituciones de sanidad y de caridad, etc., etc. Así se cumplirá una gran obra de justicia y, a la vez, una gran obra de progreso. En el último bienio, las ideas dieron un salto enorme en la nación que nos rige: después de diez y seis años de estancamiento bajo el partido republicano, viene un período de expansión casi revolucionaria con el partido demócrata. Ahora no gobiernan los intereses: ahora gobiernan los pueblos.

Si Puerto Rico, que vivió siempre en la esclavitud y que ansió siempre la libertad, reniega hoy de su historia y deja de responder a su carácter, desentendiéndose del impulso nacional y permitiendo que triunfen tendencias vetustas y egoístas; si se muestra conservador y débil cuando más exige su porvenir un avance vigoroso y una robustez atlética; si Puerto Rico, en fin, no avanza a compás de la época y de la metrópoli, yo no

Library of Congress

me atreveré a esperar ni siquiera que obtengamos la autonomía que desde 149 hace veinte y seis años perseguimos. El esfuerzo ha de ser enorme: el triunfo lo será también.

Eso en lo que toca a nuestro contacto con la vida americana. En lo que respecta a nuestra vida local, estimo de absoluta urgencia que marchemos adelante sin reparar en sacrificios pecuniarios, que nada significarían si los comparásemos con el sacrificio de nuestra sangre, nunca realizado por nosotros. La cifra de la iliteracia insular asciende, en el censo de 1910, al 66 por 100. Y urge borrar ese estigma de la ignorancia a que nos condenó nuestra vieja madre patria, por la culpa de sus malos gobernantes en Europa y de sus malos hijos en las Antillas, que invertían los tributos en fusiles para intimidarnos, en cárceles para aherrojarnos, en guardias civiles para perseguirnos, y no en carreteras para enriquecernos o en escuelas para civilzarnos.

Todavía se ve a un grupo de comerciantes extranjeros luchando, con audacia que apenas se concibe, para destruir una ley justa de nuestra Asamblea popular y para librarse de contribuir con unos centavos más al aumento de escuelas y hospitales, cuando esos mismos comerciantes sitúan sus fondos de reserva en Barcelona, en Palma, en Bilbao, en Oviedo, y allá con generosos ímpetus contribuyen a establecer las escuelas y los hospitales que rehusan a la isla que con tan hospitalaria largueza les acoge y les empuja.

Desde que la Unión trajo, en 1904, su primera mayoría a la Cámara, y en 1906 barrió en todos los distritos, el programa unionista viene realizándose paso a paso, los caminos extendiéndose, las escuelas multiplicándose. Hoy abordamos la Universidad, hoy queremos completar lo que falta y abrir espacio a los ciento ochenta mil niños que carecen de enseñanza y de luz. La Unión no debe detener su marcha. Y, sobre todo, no debe detenerla ante el vocerío DE LOS INTERESES AFECTADOS por la ley que se discute. Retroceder equivaldría a confesar un error no cometido y a declarar que somos incapaces de afrontar las responsabilidades que dimanan de cualquier función pública. Más aún: equivaldría a reconocer que Puerto Rico, contra lo que se cree y se propaga, es tan pobre que no alcanza a pagar gastos que pagan los

Library of Congress

Estados más pequeños y más pobres de la república. Es difícil concebir una actitud más fundamentalmente antipatriótica.

Y, sin embargo, yo sé que, junto a la media docena de *soi disants* unionistas que, por cálculo o por despecho, combaten la ley; junto a la media miriada de republicanos a *outrance* que, por estrategia criminal, atacan la ley; junto a los comerciantes exóticos que gritan por librarse del aumento en las tarifas, hay comerciantes indígenas que no han medido el alcance de su conducta y hay hombres de principios que tampoco miden el daño que producen. De los correligionarios desleales no me preocupo; de los adversarios impenitentes, tampoco. Me preocupo, eso sí, de los amigos buenos y entusiastas, que no se paran a considerar cómo su conducta perjudica a su país y a su partido. Patriotas que darían la mitad de su fortuna por la patria, están resistiendo a unos impuestos que duplican el tipo actual, pero que no son, relativamente a los de otros territorios, exagerados ni excesivos.

Han de recordar esos paisanos nuestros que, en nueve años, la valoración de las fincas urbanas y rústicas obedeció a esta escala:

Pesos.

1904–5 89.320.675,00

1905–6 93.386.344,00

1906–7 98.885.474,00

1907–8 108.035.416,00

1908–9 117.469.604,00

1909–10 122.312.922,00

Library of Congress

1910–11 133.377.346,00

1911–12 163.315.755,00

1912–13 179.272.023,00

De modo que en esos nueve años el valor contributivo de la riqueza territorial se duplicó entre nosotros, mientras 151 que la riqueza industrial y mercantil—ya en aquellos días menos castigada que en antiguos tiempos— permaneció en *statu quo* en cuanto a sus conexiones con el Fisco, aunque subió de una manera extraordinaria en cuanto a los negocios que sostenía y a las ganancias que representaba. Así no hubiera más razones que justificasen el aumento, esa sola razón los justificaría ante cualquier ciudadano de conciencia justa, cuya atención se llame hacia ese simple dato estadístico.

Y más todavía: el señor Barceló, autor de la ley, es un comerciante. Tributará doble suma. *La Democracia*, mi periódico, tributará doble suma. Y nosotros no nos detenemos a pensar en el gravamen que nos corresponde, sino en los bienes que de él se derivarán para nuestros conterráneos, en conjunto, y, de una manera especialísima, para los pobres y los hijos de los pobres y los hijos de los pobres, en las escuelas, en los caminos y en los hospitales. Ese proceder nuestro brillaría con intensa lumbre, si lo colocáramos frente al proceder del trust del tabaco, que explota sin piedad un monopolio y que forcejea y lucha contra una ley que impone A CADA UNA DE SUS MAQUINAS una contribución, con lo cual se estimula la competencia de las fábricas menos ricas, que poseerán menor número de máquinas y sufrirán en proporciones más leves el peso del tributo.

Y tratados en forma muy sumaria, los puntos de vista de nuestros legisladores en lo que afecta al juicio de la nación y en lo que se refiere al progreso de la isla, me queda por tratar un aspecto de la cuestión, que es el último para mí, porque siempre antepongo en mi pensamiento el interés de mi tierra al interés de mi partido. Hablo a los unionistas ahora y a nadie más. La ley 106 es hecha por una Cámara unionista, que se inspiró sin

Library of Congress

duda en estas dos necesidades: la de afirmar y extender el progreso intelectual y material de Puerto Rico; la de conseguir que el comercio y la industria extranjeros—extranjeros son, en su mayor parte, el comercio y la industria en Puerto Rico—ayude a llevar la carga que pesa sobre nuestros hombros.

Al actuar según actúa, la Cámara unionista cumple el 152 programa unionista de Mayagüez. Y nosotros, autores de aquel espléndido programa; nosotros, que somos unionistas porque la Unión representa la dignidad regional, nosotros hemos de meditar a fondo antes de desprestigiar a nuestra Cámara, cometiendo un suicidio incomprensible y laborando por la victoria de nuestros contrincantes. Quizá y sin quizá, va jugándose en esta carta la vida o la muerte de la Unión. Una vez que lo saben, una vez que se lo asegura un camarada que no les engañó nunca y que peleó en las filas pecho a pecho y brazo a brazo contra todos los despotismos y contra todos los servilismos, yo no creo que ningún unionista ponga su mano sobre la Unión para debilitarla, derribarla o destruirla.

Amigo mío, diga usted a todos que así piensa y siente su invariable compañero,

L. Muñoz

Julio 18, 1913.

Mi querido de Diego: Con esta carta va una copia del proyecto de constitución para nuestro país, procedente del *Bureau* de Asuntos Insulares. Usted lo examinará y me enviará sus impresiones. Las mías, en una síntesis muy rápidas, son éstas:

MERECEN FRANCO APOYO: la afirmación, por segunda vez, de la ciudadanía puertorriqueña; la supresión de la Corte Federal; la concesión de dos Cámaras electivas; la custodia de los fondos de Puerto Rico en los Bancos de Puerto Rico; la entrada de dos miembros de la Legislatura en el Gabinete Ejecutivo, como jefes de departamento; el nombramiento de secretario ejecutivo por el gobernador mediante la venia del Senado

Library of Congress

insular; la elección de senadores, representantes y Resident Commissioner por períodos de cuatro años.

MERECEN HONDO ESTUDIO: La designación de la Secretaría de la Guerra para entender en nuestros asuntos; la prolongación indefinida del término en que ejerce su autoridad el gobernador; el nombramiento de cuatro jefes de departamento por el Presidente y la disposición para que esos cuatro jefes sean miembros del Senado Insular; el nombramiento de un auditor por el Presidente; la exigencia de que senadores y representantes sean residentes de sus propios distritos; el nombramiento de todos los funcionarios judiciales por el gobernador con la venia del Senado.

RECLAMAN ENERGICA OPOSICION: El veto absoluto del gobernador sobre los actos de la Legislatura o la concentración de toda la autoridad, en el servicio civil, en manos de un director, nombrado por el Presidente; sin otra apelación que el *Bureau of Insular Affairs*; las sesiones bienales de la Legislatura, que anulan casi por completo el poder nominativo del Senado; la Comisión del Servicio público, que entenderá soberana en franquicias, empréstitos, etc.; la Comisión de división electoral, designada por el gobernador en un miembro de cada partido y en un tercer miembro, ARBITRO, a su arbitrio; la disposición para que los BUREAUS, creados o por crear, puedan ser transferidos, de uno a otro departamento, por el gobernador, mediante la aprobación, que no faltará nunca, del Presidente.

Ahí está mi juicio, breve y sintético, presentado metódicamente, a fin de que se aprecie sin esfuerzo la graduación de materias.

Yo reclamaría:

Que sean tres los jefes de departamento, escogidos en la Legislatura; que los otros tres sean necesariamente personas con residencia de dos años previos en el país; que los senadores y representantes sean NATIVOS o RESIDENTES de sus distritos.

Library of Congress

Y no admitiría:

Que el veto sea total; que se arrebate a la Legislatura el derecho de legislar sobre servicio civil; que se arrebate al Senado Insular el derecho de dar o negar su aprobación para el nombramiento de director del Servicio civil; que las sesiones dejen de ser anuales, aunque sólo se prolonguen cuarenta o treinta días; que se coloque a la Comisión 154 del Servicio público por encima de la Legislatura; que los BUREAUS seans transferibles sin intervención de la Legislatura; que la división electoral esté a merced del gobernador. Y como condición SINE QUA NON para manifestarnos conformes, yo, por último, exigiría:

Que la división electoral se haga por una Junta, compuesta de cinco personas, dos de ellas designada por cada uno de los dos partidos principales, y la otra, la quinta, por la Corte Suprema, entre sus jueces. Este juez presidiría;

Que la Legislatura, por los dos tercios de cada Cámara, pueda pasar sus leyes y sus resoluciones, contra el veto del gobernador;

Que la Comisión del Servicio público sea electa por el Senado, necesitándose la MAYORIA ABSOLUTA, es a saber, más de la mitad de los votos, para que la elección se realice.

Que el director del Servicio civil sea nombrado por el gobernador con la aprobación del Senado y que la Legislatura tenga potestad para legislar en Servicio civil sin ninguna traba.

Es una gran cosa que tengamos esta copia del *bill*. Porque ese es el plan de la Secretaría de la Guerra. Y quizá lo acepta, si no se trabaja mucho y bien, el Comité de Asuntos Insulares.

De esta carta también deseo que usted me mande copia para mi archivo y mande sin demora copia a Barceló para su estudio, y de ambos espero respuesta.

Library of Congress

Suyo con el mayor efecto,

L. Muñoz

Wáshington, D. C., julio 25 de 1913.

Señor don José de Diego.—San Juan, P. R.

Mi querido amigo: Está aquí su carta del día 15. Y están aquí los periódicos que reflejan una ebullición independista. Vamos a examinar calmosamente, fríamente, los varios aspectos del problema.

155

ASAMBLEA DE MAYAGUEZ. Afirmó los puntos triangulares del Olimpo: como medida temporal y transitoria el *home rule*; como aspiraciones finales, la estadidad o la independencia. Ahí tenemos un solemne mandato de la Unión, en virtud de un voto casi unánime, propuesto por los *leaders*. Y entre los *leaders* usted y yo.

PROPAGANDA ELECTORAL. En todos los *meetings* mantuvimos nosotros el *home rule* y anunciamos que, si durante el período demócrata, bajo un Gobierno demócrata, el *home rule* no llegara a convertirse en realidad práctica, consideraríamos agotado *nuestro último recurso*, perdida *nuestra última esperanza*, y pediríamos a la Unión proclamase un solo ideal: la nacionalidad puertorriqueña. Ahí tenemos un solemne compromiso nuestro con la opinión insular y con la opinión americana. Sobre él libramos el combate y ganamos el triunfo.

REMOTOS ANTECEDENTES. En el Olimpo usted defendió y la inmensa mayoría votó la base quinta: es a saber, la independencia, no a modo de solución inmediata, sino a modo de aureola fulgente para la bandera que tremolábamos y de augusto símbolo para el porvenir que preparábamos. El 30 de marzo de 1908 explané yo en la Cámara y afirmé, dentro y fuera de la Cámara, una política de dignidad. Pero no hablé nunca de abandonar

Library of Congress

ninguno de los tres grandes principios de la Unión, ni de levantar sobre los otros dos el principio de la independencia, ENTONCES, en aquellos días, sino en lo futuro y en el caso terrible de que *se agolase el último recurso y se perdiese la última esperanza.*

SITUACION ACTUAL. ¿Se ha agotado el último recurso? ¿Se ha perdido la última esperanza? Yo sostengo que no. Desde 1898 hasta 1913 nos rigió el partido republicano nacional, representando a una parte de la nación; ahora nos rige el partido demócrata, representando a la parte opuesta, a la que escribió en su programa la independencia de Filipinas y la oposición al imperialismo en el Continente y en las islas. Nos hallamos frente a la perspectiva de una reforma muy amplia. Empleamos, en el empeño de obtenerla, *nuestros últimos recursos* a fin de no perder *nuestras últimas esperanzas.* Se nos ofrece legislar para Puerto Rico en la próxima sesión del Congreso. Si rompiéramos hoy con el partido demócrata y nos colocáramos en una actitud radicalísima, faltaríamos a la fe de nuestra palabra, destruiríamos nuestra labor de quince años, apareceríamos versátiles, sin brújula, sin rumbo ANTE LOS QUE HAN DE FALLAR NUESTRO PLEITO y quizá lograríamos que se perpetuase el acta Foraker.

CONSECUENCIAS PROXIMAS. Al trocarse la Unión, *prematuramente,* en un partido separatista, dividirá sus propias fuerzas, porque muchos correligionarios no nos acompañarán en ese aventura y robustecerá al partido republicano isleño, del cual YA SE SABE que aprovechará las circunstancias y se ofrecerá al poder extranjero, *como un solo hombre,* compacto y sumiso. En Filipinas son paladines entusiastas de la nacionalidad independiente todos los naturales del archipiélago y muchos americanos. En Puerto Rico hay sesenta mil votantes— cuatrocientos mil habitantes—que prefieren la esclavitud de su patria. ¡Qué núcleo tan hermoso para organizarlo, ensancharlo, engrandecerlo, protegerlo y convertirlo en instrumento de dominación desenfrenada! El primer paso de las autoridades, subsiguiente a nuestro grito de independen, sería encaminado a robustecer ese núcleo, con perjuicio de la Unión y del país. En la próxima contienda electoral nos encontraríamos con una judicatura y una policía republicanas. Y se repetirían las proezas de 1900 y 1902 para que nos encontráramos, además, con

Library of Congress

una legislatura y una mayoría archi-americanas. Nosotros no debemos abrir campo a esa traición y a ese vilipendio, MIENTRAS QUEDE UN RECURSO Y MIENTRAS brille, aunque sea débil y pobre, UNA ESPERANZA. Cuando venga la desesperación, lo arriesgaremos *todo, todo, todo*; porque, en tal momento, todo, todo, todo, será nada, nada, nada, desde el punto de vista del interés y del honor nativos.

NUESTRA JUSTIFICACION. Para dar el primer salto hacia el abismo, necesita la Unión justificar su acto, su gran acto cívico, ante la república sajona, ante las repúblicas 157 latinas de América y ante el juicio de la posteridad. Y ha de lograr ese fin, probando que quiso transigir; que aguardó diez y seis años; que soportó martirios insoportables; que realizó sacrificios insuperables; que se desoyó, se oprimió, se despreció a Puerto Rico; que se traspasaron los límites de la paciencia humana y que, frente al injusto olvido, frente a la perpétua injusticia y a la sangrienta burla, los puertorriqueños ponen su altivez de ciudadanos y su protesta de hombres que nacieron para ser libres y que no se resignan a la servidumbre ni a la inferioridad.

LA RAZON DEL PARENTESIS. Si contáramos con medios para resistir y combatir, hubiéramos resistido y combatido desde el primer asomo de la tiranía. Si, en vez de tres mil millas y un millón de almas, midiera Puerto Rico treinta mil millas y lo poblaran diez millones de almas, la lucha resultaría desigual contra tres millones de millas y cien millones de almas; pero no resultaría suicida, sino heroica. Yo opino que, aún así, aún de uno inerme contra cien armados, es nuestro deber morir por nuestra tierra. Pero opino también que sería insensato cerrar el paréntesis del esfuerzo y de la confianza *antes de tiempo*, convencidos *a priori* de que vamos a precipitar la absorción y a arrostrar el aniquilamiento. De ahí que crea, no ya útil, sino indispensable, prolongar el paréntesis hasta que hable la esfinge demócrata y una de dos, o nos constituya como un pueblo, autónomo en su régimen político, o nos vuelva la espalda y nos obligue a la rebeldía.

DISCURSO DEL SPEAKER. Como expresión de sentimientos hondos e indestructibles en el alma de nuestro país y aún como correctivo a los abusos de un gobierno despótico, las

Library of Congress

palabras de usted en la Cámara merecen mi aplauso. Como iniciación de un movimiento que culmine en declaraciones de independentismo por parte de una asamblea unionista, las considero prematuras. Y pienso que la ocasión determinante de esas palabras no las exigía tan seriamente transcendentales. Abatir las columnas de la Unión y alzar las columnas de la independencia, 158 es algo muy grave, que requiere un motivo de carácter nacional, y no de carácter local. El Congreso, omnipotente, supremo, absoluto, puede ofrecernos ese motivo: el board de síndicos de una Universidad que apenas posee una existencia real, no podrá nunca arrastrarnos a ese terreno. Estimé el discurso muy patriótico, y hasta muy necesario. Pero estimo que pasar de las frases a los hechos comprometería nuestra obra y nuestro crédito.

MIS SENTIMIENTOS PERSONALES. Yo fuí separatista al cumplir quince años, durante la reacción conservadora del general Sanz en 1874. Mis versos y mis artículos fueron separatistas bajo el régimen español; mis artículos y mis palabras fueron separatistas bajo el régimen americano. Mi amor a ese ideal cubre un período de treinta y nueve años: mi vida entera. Nunca retrocedí, sino que avancé. Y continuaré avanzando hasta que caiga “envuelto en un girón de mi bandera”, como buen soldado, como buen patriota. Pero no quise jamás que mi influjo en las masas sirviese para empujarlas hacia la independencia—que en el actual momento histórico, me parece imposible—restando el vigor de esas mismas masas al trabajo por la autonomía, que en todos los momentos, con España y con los Estados Unidos, me pareció, no sólo posible, sino lógica e inevitable. Iré a declarar y a propagar un programa independentista; a fundar y a sostener una organización independentista; pero nó antes de convencerme de que el pesamiento autonomista ha naufragado sin remedio y de que sólo nos queda repetir la frase de Francisco I: “Tout c'est perdu moins l'honneur”.

MI CONSEJO. A la altura que se encuentran las cosas, retroceder usted y retroceder *La Democracia* es difícil. Pero es fácil: para usted presentar el problema, según va presentándolo, con su firma y sometándose expresamente, de antemano, a los acuerdos de la Asamblea; para *La Democracia* no seguir defendiendo la independencia

Library of Congress

como solución inmediata, ni pidiendo la eliminación de la autonomía y del Estado, ni comprometiendo a la colectividad de que es órgano de ese rumbo ni en ningún rumbo, sino aguardando que la colectividad se pronuncie por 159 la mayoría de sus representantes en su asamblea de setiembre.

En amplias líneas sintéticas, esto es lo que piensa su amigo que le quiere de veras y le manda un abrazo.

L. Muñoz

Señor don José de Diego, San Juan, Puerto Rico.

Agosto 15 de 1913.

Señor don Guillermo Rivas Valdivieso.—Ponce, R. P.—Mi querido amigo: Respondo a su grata del día 6. Deseo, como es natural, asistir a la asamblea próxima y ayudar cuanto pueda en la resolución de los problemas pendientes, que son muy trascendentales. Pero será imposible que asista si la asamblea no se aplaza, porque el Congreso no suspenderá sus sesiones antes del 15 de octubre. O, a lo menos, esa es la perspectiva actual.

Mis relaciones con Pepe Diego son cordialísimas, como siempre. Pero no estoy conforme con él en que la Unión abata las columnas unionistas y deje en pie sólo las columnas independentistas: opino que la oportunidad para ese avance no ha llegado aún ni llegará mientras este Congreso, demócrata y radical, no nos niegue las reformas que de él esperamos y que nos tienen sus *leaders* prometidas.

Soy—y fuí desde niño—partidario acérrimo de la absoluta soberanía de nuestra patria. Lo cual no obsta para que abrigue la convicción, cada vez más firme, de que la independencia no ha de realizarse sino por estos dos caminos.

Primero. Decretándola los Estados Unidos en la paz.

Library of Congress

Segundo. Conquistándola Puerto Rico en la guerra y con la sangre.

Los Estados Unidos no la decretarán—necesitan esa posición militar y naval; les conviene ese mercado de cien millones. Aquí ni un hombre político, ni uno, se siente 160 dispuesto a declararnos libres y soberanos. Ahora bien: ¿Será Puerto Rico capaz de luchar con los americanos y vencerlos? Dejo la respuesta a usted y a nuestros amigos.

Yo opino que, al declararnos independentistas, dejaremos de poseer fuerza en el combate por el *home rule* y haremos un daño grave al país. Cuando no quede nada que esperar, y, por lo mismo, nada que perder; cuando no exista ninguna esperanza, yo ayudaré a levantar la bandera de la independencia, a fin de salvar lo único salvable: el honor de nuestro nombre y la dignidad de nuestro pueblo.

Debemos llenarnos de razón y acudir al último recurso en el último momento. Antes nó. Ya tiene usted la opinión que me pide. A Pepe Diego y a Barceló se la he comunicado también. Espero coincidir con mis buenos amigos de Ponce. Procure verme enseguida que llegue yo a San Juan. Usted ha de saberlo a tiempo.

Suyo con un abrazo,

L. Muñoz.

Setiembre 5 de 1913.

Señor don Luis Pío Sánchez.—Comerío.—Mi querido primo: Leí varias veces su carta de agosto 22, escrita con terrible amargura. Puse siempre y pongo en usted, en sus virtudes cívicas y en su firme criterio, tan grande confianza, que sus opiniones, aún en pugna con las mías, producen en mi espíritu una impresión muy honda. Cuando usted escribe, están escribiendo una larga experiencia, una clara inteligencia y, sobre todo, una conciencia sin mancha. No es sólo que yo le quiera mucho, y de muchos años, con fraternal cariño: es que, como patriota, como puertorriqueño a prueba, le conozco desde 1872: usted un

Library of Congress

joven de veintidós; yo un muchacho de trece. Corrieron desde entonces ocho lustros; ambos somos viejos en la vida; viejos en la lucha. Y nunca vacilamos ni usted ni yo en la 161 áspera senda del deber ni en la dolorosa ruta del sacrificio.

No defenderé a la Cámara unionista contra sus cargos, aunque acepto íntegra la solidaridad que me corresponde en las leyes de esa Cámara, porque yo inicié y contribuí a redactar el programa de Mayagüez, origen del aumento en los tributos y origen también de la marcha serena y progresiva hacia la destrucción de privilegios que, dentro de una libre democracia, no pueden subsistir. Los comerciantes merecen el mayor respeto y se lo guardamos. Los dependientes el más cordial apoyo y se lo aseguramos. A mi juicio no es justo mantener la regla de que esos hombres no descansen un día en cada semana. Si se necesita modificar una costumbre campesina, modifiquémosla y que las compras se hagan el sábado; pero no nos opongamos a que nuestro país se asimile, en ese punto, a los otros países del mundo.

La ley del cierre, y la de patentes, y la de pesas y medidas exactas, causarán una serie de molestias y perturbaciones momentáneas, que desaparecerán pronto y que resultan leves si se las compara con los efectos de esas reformas en el porvenir. Jamás, en la historia de los pueblos, un recargo en los impuestos dejó de dar margen a protestas y maldiciones. Y, sin embargo, los impuestos, si se distribuyen de una manera inteligente y honrada, son el único medio de pagar el costo del progreso. Usted lo sabe. Y un poco más tarde, cuando raciocine más en frío, cuando vaya extinguiéndose la hoguera de la pasión, que hoy arde con extraordinaria fuerza, usted mismo se dará cuenta de que la Cámara, cuya primordial obligación es la de constituir una sociedad a la altura de las ideas modernas, procedía bajo la inspiración de un ardiente patriotismo, quizá equivocándose en cuestiones de detalle; pero abarcando el conjunto de las necesidades públicas y arrostrando la crítica de los adversarios, el desamor de los amigos, la impopularidad, en una palabra, antes que retroceder en la marcha que trazó desde Mayagüez la Unión de Puerto Rico.

Pero supongamos que nuestros errores legislativos son **11 CAMPAÑAS III** 162 enormes. ¿Serán más enormes que las culpas republicanas? Dos partidos combaten en la isla: el de los regionalistas a cualquier precio y el de los anti-regionalistas a cualquier precio también: aquéllos—nosotros—mantienen el derecho a la perfecta y rápida emancipación insular; estos—nuestros adversarios—mantienen el imperio, la autoridad, el tutelaje a beneficio de la nación dominadora. Debilitar a los unos equivale a fortalecer a los otros. Hacha al pie de Barceló y la Junta Central, es lo mismo que abono y lluvia al pie de Barbosa y el Comité Territorial. Impulsos restados a la derecha son impulsos sumados a la izquierda. ¿No será mejor, más sano, más patriótico, y no responderá de un modo más inteligente a nuestros intereses y a nuestra honra, trabajar en el seno de la Unión, elegir candidatos de talla, influir en las actitudes colectivas, preveer y prevenir los errores, cooperar, en fin, a la obra común con la palabra, con el voto, con el ejemplo? Usted mismo; usted cuyo prestigio se reconoce y se proclama, no ya sin repugnancia, sino con orgullo ¿por qué no va a la legislatura y comparte la responsabilidad en las leyes y de aquella nota a que aludí al principio, la nota triple de “una experiencia larga, de una inteligencia clara y de una conciencia sin mancilla?”

Yo pienso que usted, y otros patricios como usted—aunque de tal clase y de tal calibre no abundan demasiado—tienen la estricta obligación de salir de la sombra y subir a plena luz y ayudar el trabajo, duro y difícil, de transformar, de moldear, de perfeccionar los materiales con que ha de fundirse la patria nueva, la patria por la abnegación de sus hijos, por el esfuerzo de sus hijos conquistada y redimida.

Estas no son frases, Pío; estos son sentimientos que usted y yo incubábamos en Barranquitas; ideales que soñábamos a las orillas de los ríos y bajo los árboles de los bosques; cosas que a los miopes de aquel tiempo parecían imposibles y que hoy se convierten en hechos próximos, al alcance de nuestro brazo, si nuestro brazo sigue mostrando la energía y la flexibilidad de los aceros, que se doblan, que no se rompen, y que vencen en todos los campos: 163 en el de la guerra con la espada y en el de la paz

Library of Congress

con la pluma: la espada y la pluma, dos instrumentos de metal supremo, junto al cual el oro mismo es un juguete despreciable.

Yo leí una por una las protestan contra las patentes. S Eran la voz de un interés. No me preocuparon. Llegué a la suya, a la de Gastambide, a la de tres o cuatro veteranos y me detuve conmovido: el nombre de LUIS PIO SANCHEZ poseía el poder magnético de la tradición consagrada. No le niego que sufrí una angustia fácil de entender: algo como si los paladines austeros que se llamaron Francisjo Mejía, Modesto Solá, Vicente Muñoz, Severo Quiñones, Ricardo Martínez, Pedro Lugo, Pepe Celis, Rafael Balseiro, Pablo Morales, se hubieron alzado ante mí para gritarme “¡Atrás, atrás, que te equivocas; que confundes el bien con el mal; que ese no es el camino!”

Sin embargo, de la parte opuesta estaba mi partido, nuestro partido, que no es un partido, sino una santa conjunción de almas criollas; estaban mi fe política, mis soluciones maduras en el estudio; mis principios con sus raíces de cuarenta años; mi certidumbre en la rectitud de nuestros *leaders*; mi bandera invicta. Y tras esos símbolos esplendentes, la mancha tenebrosa del partido republicano, que no es un partido, sino una sombría conjunción de almas que reniegan de su patria; que no admiten ni la libertad ni la independencia de su patria.

No vacilé. Usted, el día en que pruebe idéntica sensación, no vacilará tampoco. Unos dollars más en el tributo; unas horas menos en el negocio; un patrón más o menos caro en las básculas mercantiles, no valen lo que la hoja muerta de esa encina que nos cubre con sus ramas, que es nuestro ideal y que sólo vive por nuestro entusiasmo y nuestra tenaz perseverancia.

Perdóneme mi carta, tan extensa, quizá tan monótona. No debía ser breve, ni podía rastrear a flor de tierra. La levanté para que alcanzase a la noble altura de su entendimiento y de su corazón. Creo que lo he logrado y que de Comerío a Wáshington,

Library of Congress

de Wáshington a Comerío, se establecerá 164 en silencio la corriente magnética creadora de cuanto vive y vibra a través del Universo.

Suyo fraternalmente abrazandole,

L. Muñoz

Octubre 7 de 1913.

Señor don Luis Lloréns.—San Juan, P. R.

Mi estimado Lloréns: Aunque he de verle muy pronto, contesto en unas pocas líneas a su última carta. La ausencia de mi colaboración en su admirable revista es casi sistemática; sólo que no obedece a prevenciones que no soy capaz de sentir y para las cuales no existe ningún otro motivo; obedece a mi propósito de mantener, durante el año que empezó en noviembre de 1912, un silencio absoluto. Ni un artículo escribí para mi periódico. Quise limitarme, y me limité, en asuntos de publicidad, a mis deberes como Resident Commissioner. Usted y sus empresas pueden contar con mi calurosa simpatía hoy. Más tarde, con mi entusiasta colaboración.

La revista continúa pareciéndome espléndida. Leo con mayor interés cada número que los números anteriores. Ha logrado usted un éxito literario y artístico. ¡Ojalá que logre también un éxito exonómico! Nuestra isla es muy pequeña y nuestro público muy exiguo. En Cuba, dos millones de habitantes, *La Lucha* y *La Discusión* tiran 20.000 copias; en Puerto Rico, más de un millón, no hay un periódico que tire 5.000. Diríase que no nos gusta leer. Y es un gran infortunio que falte así el estímulo a las obras del pensamiento.

¿Mi retrato? Déjeme que no me retrate de nuevo. Le llevaré yo mismo un *cliché* tomado de la única fotografía que, por pura necesidad, hice en 1909. Y usted lo guardará para cuando publique algo mío, que será de seguro en noviembre. Se lo enviaría ahora; pero dudo que me lo enfreguen antes de despacharse el correo hacia 165 Nueva York. En

Library of Congress

política pienso que entre las ideas de usted y mis ideas la distancia es tan breve que yo no la descubro. Sólo que yo debo refrenar mis impulsos y marchar despacio. Si pesaran sobre usted las responsabilidades que pesan sobre mí, tampoco precipitaría su marcha. Sin embargo, opino que una revolución radical anda muy próximo y que un supremo desengaño nos llevará, en breve plazo a las actividades finales y definitivas.

Mi fraternal enhorabuena por el triunfo de usted y de Esteves en París. ¿Son esas estrofas aquéllas magnificas que me leyó usted una noche en “La Margarita”? Pues entonces el jurado se quedó corto: aquéllas merecen el premio.

Suyo de veras,

L. Muños

Diciembre 5 de 1913.

Señor don José de Diego.—San Juan, P. R.

Mi querido de Diego: Ayer recibí el cablegrama en que usted me pide mi impresión clara sobre el mensaje del Presidente, en lo que afecta a ciudadanía.

Aguardé hasta hoy para contestarle. Como acabo de llegar, necesitaba yo mismo una información extensa. La tuve, después de cambiar ideas con varios miembros del Comité, con muchos miembros de la Cámara y con el Bureau de Asuntos Insulares. Y se la trasmití en estas palabras: “Según todas las probabilidades el Presidente piensa en la ciudadanía”.

Usted verá en *La Democracia* mis comentarios. Quise situarme en un punto de vista benévolo y expresar mi optimismo profundo. La esperanza y la confianza deben constituir la base de nuestra política mientras dure la sesión del Congreso. Si se nos decepciona, llegará en agosto o en setiembre el momento de protestar con absoluta justicia y de

Library of Congress

adoptar una resolución suprema. Mucho temo que 166 no sea posible evitarla. Vea también lo que traduzco del "Herald" sobre el problema filipino.

Mr. Jones se encuentra enfermo en Virginia. Ignoro cuando volverá a Wáshington. Y mi entrevista con él será el principio de mi lucha por la autonomía. Con Mr. Mc. Intyre hablé ayer, y puse en mis palabras una energía insuperable, al decirle cual es nuestro programa y al anunciarle que si no nos dan una amplia autonomía—para los puertorriqueños y no para los burócratas—vendrá nuestro avance hacia la independencia y se creará en el país una situación pacífica y legalmente revolucionaria. Quise impresionarle a fondo, con el fin de que él impresione al secretario Garrison y este a la Casa Blanca.

Hay nieblas oscuras en nuestro horizonte. Cuando decía yo a Mr. Ms. Intyre: "The whole country is energetically desiring to work for their national independence", él me preguntó: "The country or your own party?"—"The country"—le repliqué—"because the masses of the Republican party in the island will abandon their leaders, as soon as tre Unión declares itself for tre independence of Porto Rico. We will have, not the majority, but almost the unanimity of the insular opinion."

Guardó entonces silencio. Yo veo venir una coalición entre republicanos y demócratas en la isla para apoyar la solución Territorio y para recibir los favores del Gobierno, que se escatimaron siempre a la Unión.

Le ruego que envíe copia de esta carta a Barceló.

Y suyo,

L. Muñoz Rivera

Wáshington, D. C. Enero 23 de 1914.

Señor don José de Diego, P. R.

Library of Congress

Mi querido de Diego: A su carta del 14 no respondí por cable. Era absolutamente innecesario. La Cámara, que estará en sesión hasta el 12 de marzo, tendrá tiempo de sobra para redactar sus memoriales al Ejecutivo y 167 al Legislativo. Y, desarrollando en ellos con toda claridad, y con toda firmeza, el programa unionista, no debe olvidar la nota de nuestra paciencia, de nuestra prudencia, en quince años de gobierno exótico y despótico. Más aún: debe insinuar el anuncio de que si este Congreso, el Congreso 63, no legisla de un modo que satisfaga las aspiraciones del país, resultará inevitable la constitución de un partido que arrastre la inmensa mayoría y que se limite a demandar, como única base y fin único de su vida, la vida nacional de Puerto Rico. Y eso, como usted comprende, mientras más tarde se lea en Wáshington, menos estorbará a la reforma que pedimos y que yo, a esta hora, no espero con mucha confianza.

Nuestros enemigos, en la sombra y al amparo de la confidencialidad, en el secreto de las entrevistas *téte a téte* realizaron y continúan realizando una campaña activísima. Y a usted le consta que nuestros enemigos se extienden desde la secretaría de la guerra hasta el último rincón en que dá clases de inglés el último maestro importado por Mr. Bainter, pasando, desde luego, por la fortaleza, con los departamentos, por las cortes de justicia, por las centrales de azúcar y hasta por los verdes naranjales de Bayamón y Carolina.

Nosotros, patriotas, entusiastas, latinos hasta la mé dula, con nuestros discursos, con nuestros versos, con nuestros artículos, con una serie de actos, generosos desde el punto de vista del ideal, abandonamos nuestra guardia defensiva y presentamos el pecho, libre y ancho, a la punta del hierro adversario. Yo creo que hemos perdido la sola oportunidad de convertir en hecho nuestra doctrina de *home rule*, a fin de que el *home rule*, campo de experimentación, sirviese más tarde a la conquista de nuestra independencia.

Yo estoy aquí, observando, trabajando, y mi pesimismo se cubre de día en día con más oscuros matices. Y temo que, en vez de luchar con las armas espléndidas que adquiriríamos bajo un régimen autonómico, tendremos que afrontar un combate desigual,

Library of Congress

desplegada la bandera, eso sí; pero, junto a la bandera, solo el grupo de los 168 que muerden el polvo antes que transigir con la ignominia. ¡Ah! Yo quería la lucha—la lucha fué siempre amable para mí—pero en posiciones que disminuyesen el sacrificio de nuestros paisanos y asegurasen el triunfo de nuestra causa.

Ayer, en la tarde de ayer, declaró Mr. Wilson que no recomendará al Congreso ninguna solución que no aparezca escrita en la plataforma de Baltimore:

“President Wilson, it was announced yesterday by those close to him, wil neither recommend nor encourage any proposition that was not contained in the Baltimore platform.” La declaración vino a propósito de unos bills de carácter económico; pero se lanzó en forma general, que abarca a Puerto Rico, pues, según usted recuerda, a Puerto Rico no consagró una línea, ni una, la plataforma de Baltimore.

No nos corresponden todas las responsabilidades. La administración, muy demócrata en las palabras, retrocede a ojos vistos en cuanto al problema de las colonias. En Filipinas se prevaldrá del primer pretexto que los filipinos brinden. Y no se legislará para el archipiélago. En Puerto Rico ya disponen del pretexto. Y seguirán aprovechándose, como se aprovechaban sus predecesores, de los jugos que ofrece la breva tropical a las fauces hambrientas de los favoritos. El archipiélago de Quezón nos lleva la ventaja de que figura en la plataforma de Baltimore.

Todavía aconsejo que se realice un postrero esfuerzo de paciencia y de prudencia y que no se justifique la negativa que vamos a sufrir. El 25 de noviembre, veinte horas antes de embarcar yo hacia Nueva York, se reunió la Junta Central y propuso que se trazaran las líneas de una conducta ceñida a las circunstancias. Se trazaron. Conservo copia certificada del acta que las contiene. No obstante, el acuerdo no se ha cumplido. Lo deploro. Abrigo la certidumbre de que en el Insular Bureau existe un record, detalle por detalle, de cuanto sucede en la isla y, más todavía, de cuanto responde a los fines particularísimos 169 del Bureau. Ese record registra, sobre todo, los actos públicos de los

Library of Congress

leaders políticos. Y en este momento marca la tendencia independentista de la Unión, no como una indicación para el porvenir, sino como una solución, casi revolucionaria, en el presente. Si nos asegurasen la independencia; si nos aproximasen a la independencia ¡benditos los discursos! ¡benditos los arrestos! No nos aproximan, sino que nos alejan, al alejarnos del *home rule*, es decir, del solo camino que conduce a la independencia de los pueblos débiles, incapaces, en su pequeñez, de tomarla por la fuerza. Usted acaso formará un juicio diferente; mi juicio es el que acabo de expresar con la franqueza debida a un amigo bueno y viejo y a un correligionario de su altura moral e intelectual.

Más adelante le hablaré de pormenores, que son mínimos en relación a la magnitud de la crisis que atraviesa nuestra Unión y nuestro pueblo. Mando copia de esta carta a Barceló.

Suyo con bien probado afecto,

L. Muñoz

Enero 30 de 1914.

Señor don Frank Martínez. San Juan P. R.

Mi querido amigo: El miércoles 28 llegó su carta del 19. La leí con profundo interés. Y vengo a contestarle sin demora.

MEMORIALES,

Ya le dí a de Diego mis opiniones acerca de ese punto. Los memoriales deben venir. Y es preciso que mantengan el ideal de la independencia para el futuro, demandando que, en el presente, se vote por el Congreso un acta de gobierno propio sin pueriles restricciones. Sólo en virtud de reformas sinceras y verdaderas, que coloquen los resortes del Gobierno en las manos del país, será posible evitar que la Unión declare, *como único* ideal suyo, la independencia de Puerto Rico. Y ya que la independencia 170 es a todas luces irrealizable, conviene al país desenvolver su actividad y vivir su vida dentro de un

Library of Congress

régimen que le de intervención preponderante en los asuntos de índole local. Así, en un paréntesis de diez, de veinte años, prepararíamos la solución definitiva, sin abdicar nuestro honor y sin sacrificar a nuestra juventud, que necesita campo libre y que espera de sus viejos *leaders* una labor inteligente y eficaz.

TRAVIESO:

No hay objeción, por parte mía, a que Travieso conozca lo que pienso de su actitud y lo que resuelvo sobre la actitud que me corresponde, en cuanto se refiere a los correligionarios que desdeñan el apoyo de su partido y buscan el de los dominadores de su patria. Durante las elecciones de 1912 seguí con vivísima satisfacción los movimientos de ese amigo. Le ví escalar la tribuna en Ponce, en San Juan, en Arecibo, en Caguas, en todas partes. Y le aplaudí, no sólo a causa del mérito de sus discursos, sino más aún, a causa de su valerosa conducta cívica, rectificadora de actos no tan plausibles. Al verle hoy retroceder y colocarse en una situación ambigua, siento un dolor sincero, porque estimo que uno más entre los que valen se pierde para los nobles empeños patrióticos que perseguí desde niño y que continúo persiguiendo en la edad madura, ya en los dinteles de la vejez o del sepulcro.

VICEPRESIDENCIA:

Cuando indicaba y sostenía en noviembre la candidatura de usted en la vicepresidencia, pensaba que usted es *el hombre del momento*. Y sigo creyendo lo mismo. Barceló, casi siempre en Fajardo, necesariamente abandona un poco la activa labor que exige la Unión en las esferas del poder. Usted, por un conjunto de felices condiciones, le sustituiría en sus ausencias, e identificándose 171 con él, representaría a la Unión en sus tratos con el gobernador y ganaría espléndidos triunfos. El dominio del idioma inglés le sirve a maravilla y sus otras dotes—de que no hablo porque tendría que lisonjearle—completarían su influjo, tal vez decisivo en frecuentes oportunidades. Estoy urgiendo ese asunto y espero que, al llegar a usted estas líneas, será usted nuestro vicepresidente.

Library of Congress

SECRETARIA:

Me agrada más que contemos con usted en la Junta Central que en la Secretaria de Puerto Rico. Es ese un cargo que se suprimiría si se realiza la reforma. Y en los próximos cinco meses lo desempeñará Mr. Carrell.

Después la marcha de los sucesos indicará la posición de cada uno. Aquí avanzan con meticulosa prudencia: o, mejor dicho, no avanzan, sino que estudian y observan. Temo que se queden estudiando y observando en nuestra isla y en el archipiélago filipino. Se habla de la independencia para la gran colonia del Pacífico. Quezón no tiene muy firmes esperanzas: Y yo sé que no debe tenerlas. Al fin aquel fulgor deslumbrante y magnífico, se reduciría a la fórmula de Shakespeare: “palabras; palabras; palabras;”

SU VIAJE AL NORTE:

Me dice usted que vendrá en marzo. Bien. Celebraré que nos encontremos en Nueva York o en Wáshington. Deseo a su esposa la mejor salud. Y comprendo que la restaurarán el clima y el ambiente de su tierra nativa. Llegará usted a tiempo de ayudar en la obra magna de obtener una constitución digna o de convencernos de que no hay nada que perder.

Suyo efusivamente,

L. Muñoz

172

Wáshington, D. C. Enero 30 de 1914.

Señor don Antonio Barceló.—San Juan de Puerto Rico. Mi querido Barceló: Vamos a hablar un poco de varias cosas.

Library of Congress

El senador Shafroth hizo publicar el día 28, en los diarios de la tarde, un suelto que, textualmente dice:

“Senator Shafroth of Colorado, will lay before President Wilson next week a plea for citizenship for the people of Porto Rico, looking to a territorial government with complete self-government. The senator, who has just returned from Porto Rico, declared today the people there were prosperous and contented.”

Y la traducción es esta:

“El senador Shafroth, de Colorado, someterá al Presidente Wilson, la próxima semana—(del 1 al 6 de febrero)—un plan de ciudadanía para los puertorriqueños, con vistas hacia un gobierno territorial, con gobierno propio completo. El senador, que regresó hace poco de la isla, declaraba hoy que la gente allí está próspera y contenta.”

Ya usted ve próspera y contenta la gente. Ciudadanía inmediata y gobierno propio... en perspectiva, con forma territorial. Miel sobre hojuelas para los republicanos monopolizadores del estadista de Denver.

Rodríguez Serra, que se halla en Wáshington, pidió un *heraing* al Comité *Pacific Island and Porto Rico*. Se lo concedieron. Y los dos, Rodríguez y yo, comparecimos ayer, jueves, al *heraing*, asistiendo los senadores Shafroth, que es el Chaimarn, Kern, que es el leader democrático del Senado, Clark y Saulsbury.

Hablamos alternativamente por espacio de una hora, bien desarrollando nuestra tesis de autonomía en la actualidad e independencia en un futuro próximo, bien respondiendo a preguntas de los cuatro senadores. Rodríguez por la Asociación Cívica y yo por la Unión, coincidimos en todos los puntos y expusimos nuestras opiniones con absoluta franqueza. En lo económico, el criterio 173 de Srafroth quedó destrozado—sin que aludiésemos a su informe a los periódicos—y en lo político declaramos que la inmensa mayoría del país

Library of Congress

rehusa la ciudadanía americana, prefiere la ciudadanía puertorriqueña y pide, como un paréntesis, el *home rule* perfecto, y como una finalidad, la república soberana.

Ambos, Rodríguez y yo, propusimos que no se definiese ahora la política colonial de los Estados Unidos respecto de nosotros, sino que se legislase en sentido autonómico, y se aplazase el problema definitivo hasta que, tras algunos años de prueba, el Congreso mismo resolviese el status de Puerto Rico. Y esto último, *no sin consultar en las urnas al pueblo de Puerto Rico* en forma prebiscitaria.

Invocamos los principios de la democracia, que los demócratas predicán y deben aplicar; nos apoyamos en el interés de los Estados Unidos; afirmamos que no es el nuestro un pueblo asimilable, pues la generación que sube es tan independentista como la que lucha y como las que la precedieron. Y, por último, explanamos en una síntesis muy clara el género de “self-government” que demanda la opinión insular. Lo que resulte no es posible predecirlo. Los senadores no se dejan penetrar. Sus unas esfinges egipcias, mudas como el granito. Harán lo que les convenga o lo que convenga a su patria. Por de pronto Mr. Shafroth lanzó esta frase.

“He visitado al Presidente. Me ha dicho que no sabe si recomendará que se legisle en este Congreso para Puerto Rico”.

Y me preguntó:

“¿Por qué no ve usted al Presidente y le explica el problema según esta explicándole aquí?”

“Senador, he visitado tres veces al Presidente con el propósito de darle a conocer nuestras necesidades, nuestras aspiraciones; nuestra situación en conjunto, que es grave. Y el Presidente, en cada entrevista, me dió tres minutos. Yo necesitaba treinta. En tres minutos sólo se puede saludar y despedirse”.

Library of Congress

Recomendaré a Rodríguez Serra que, al volver a Puerto Rico, tenga entrevistas con usted y con de Diego. Y le enviaré a él, a Rodríguez, copia de estos párrafos. Ambos fuimos radicales en nuestra actitud. Yo creo haber sido más radical aún que Rodríguez. En cuanto a la independencia, Shafroth y Saulbury la misma fórmula de Jones:—No hemos encontrado aquí ningún sentimiento por la independencia de Puerto Rico.” Y en cuanto a la ciudadanía, Shafroth:—“En Puerto Rico muchos nativos piden la ciudadanía americana”.—Respuesta de Rodríguez y yo:—“Sí, senador: los republicanos; la minoría. Todos los demás, la enorme mayoría, quieren ser ciudadanos de su país, y se sienten orgullosos de serlo.”

Es necesario que, cuanto antes, haga usted imprimir el programa acordado en nuestra asamblea, en español y en inglés, o en inglés solamente, y me envíe doscientos ejemplares, reservando allá otros doscientos por si se necesitan acá más adelante. No deje de ordenar la impresión enseguida.

Opino que cuanto antes también, dirija la Cámara su memorial en inglés, al Presidente, con copias en typewriter, y cartas expresivas, a Jones, Shafroth, Cham Clark, senador Kern, y representantes Mann y Underwood. Los nombres de estos últimos figuran en cualquier “ Congressional Directory”. El memorial lo más breve y lo más sencillo que quepa, dentro de las circunstancias. Y mándeme a mí una copia para reforzarlo con entrevistas personales a tiempo.

No olvide tampoco ordenar que me remitan sin tardanza copias de los bills importantes que se introduzcan en el Concejo y en la Cámara. No tengo ni uno solo.

Y hasta luego. Su verdadero e invariable amigo.

L. Muñoz

Library of Congress

Envío de esta carta una copia a de Diego. Y aprovecharé el mismo original, variándole muy levemente, para una información en *La Democracia*.

175

Wáshington, D. C. Febrero 13, 1914.

Señor don Antonio Barceló, Fajardo, P. R.

Mi querido amigo: Va una carta mía semioficial, para usted y la Junta. Ella le dirá todo lo que ocurre. Estamos al principio del combate. Nosotros de un lado; del otro el Presidente, el S. de la Guerra, el J. del Bureau, y quizá el Congreso. En cuanto a la opinión americana, si es que existe, no sabe nada de Puerto Rico ni de los patriotas puertorriqueños. En todo caso, si supieran algo, les creería *politicians* como los de aquí, o peores, pues las cosas y las personas de aquí son *the best in the world*. Mr. Yager vino, vió... y fué vencido. Al revés de César. Es un hombre bueno y débil, dentro del cual hay un yankee neto, que puede llegar a ser ambicioso—si no lo es en el ambiente de la colonia, y hasta altanero e iracundo. Por de pronto es bueno y es débil. El Bureau tradicional, legendario, estático, hierático, le dominó en horas, en minutos. Y cuando entró en mi oficina era un Post, o un Colton, o un Hartzell. Asistimos a la metaforsis de siempre.

Y bien: nuestra política se determinará más tarde, al producirse los fenómenos que han de orientarla, no se sabe en qué misteriosas direcciones. Nos corresponde afirmar la prudencia que mantenemos y aguardar a que la razón entera y la justicia entera, que forman con nosotros, se unan a la perfecta oportunidad, que todavía nos falta. Veremos lo que hace el Presidente. Pero el Presidente, *ocupadísimo*, reteocupadísimo, no puede estudiar detalles y tomará lo que le den Yager y Mc. Intyre, o sean Mac y Mc Intyre, por conducto de Garrison. De ahí que yo de por descontado lo que va a pasar: O no hay mensaje, o hay mensaje anodino y endoso del bill del Bureau.

Library of Congress

Y, por mucho que hagamos, llegaremos y será un triunfo, a la situación misma que ocupábamos frente al otro bill, al de Olmsted, en realidad al de Edwards—que no 176 pasó en el Senado porque Taft carecía de las fuerzas que sobran a Wilson.

Si usted, tras su tarea de la Cámara, puede venir acá, venga. Procuraremos que el viaje resulte económico, al fin de que no sea un sacrificio pecuniario. Y mejor si de Diego viene también. Los tres, con Frank Martínez, realizaremos una labor insuperable.

Suyo de veras,

L. Muñoz

Vea copia de una traducción que remito a *La Democracia* Va adjunta. Quezón, retrocediendo.

Wáshington, D. C. Marzo 24 de 1914.

Señor don José de Diego, P. R.

Mi querido de Diego. Anoche recibí su carta, por *special delivery*, con una copia del Memorial para el Congreso. Esta mañana le cablegrafíé como sigue:

“Recibido, leído Memorial, lo endoso de corazón. Envíelo pronto a los presidentes de ambas Cámaras. Mande tirar quinientos folletos para los miembros.”

El Memorial es sobrio, claro y firme. Lo atenderán o no. Yo opino que no lo atenderán. Pero mientras tanto, habremos cumplido un deber imperioso, en absoluto ineludible.

Nos imponen la ciudadanía porque quieren, ligarnos a la república FOR EVER. Es un propósito que no cambiará a menos que el senador Root amenace con hacer una campaña. Yo trabajaré ese asunto A OUTRANCE, lo mismo que trabajaré contra el veto absoluto, que es una iniquidad.

Library of Congress

Fíjese en las palabras de Mr. Jones en los hearing. “La independencia es una IDLE DREAM del partido unionista”. Mr. Jones, nuestro mejor amigo en Wáshington, declaró eso; Mr. Jones, paladín, el *soi disant* paladín de la independencia filipina. En mi discurso —debate general del bill—responderé a las palabras tremendas con 177 que se pretende asesinar la suprema aspiración de un pueblo. Y responderé también a otras palabras que el secretario de la Guerra lanzó a mansalva, cuando no se podía contestarle. Y si mi discurso mata al bill, salvaré, por lo menos, el honor de Puerto Rico.

Marcho con prudencia, marcharé con prudencia en tanto que reste una esperanza de gobierno propio. Porque el gobierno propio lo admito, aún con ciudadanía americana. En más de una oportunidad hemos discutido ese punto usted, Herminio Díaz y yo, sosteniendo yo que la ciudadanía ni impedirá a nuestros compatriotas defender la independencia, ni impedirá al Congreso otorgarla. Ahora tengo en mi abono la opinión del Juez Towner), representante de Iowa en la Cámara. Esa opinión está en los hearings. Y el juez Towner es un jurista de gran prestigio. En el Comité de Asuntos Insulares, es el Chairman, el RANKING MEMBER de la minoría republicana. El declaró que, siendo nosotros ciudadanos, nos será dable, sin cometer delito de traición, seguir luchando por nuestra nacionalidad.

Fíjese en todos los signos. El bill se elaboró en la Secretaría de la Guerra. La Secretaría de la Guerra lo empuja. Y el gobernador vino a Wáshington, llamado por el Bureau, para que no fuera el bill del Resident Commissioner, sino el del general Mc. Intyre, el discutido en el Comité y en el hemiciclo. Nadie nos ayuda. Nadie nos sostiene. Ninguno de los cuatro demócratas que visitaron la isla quemará un cartucho por nuestras libertades. Ningún senador, ningún representante está con nosotros. Ningún periódico se ocupa de nosotros ni acoge nuestra propaganda ni acogerá nuestra protesta. La máquina funciona y la máquina es omnipotente.

Si consiguiéramos suprimir el veto absoluto, crearíamos magníficas condiciones para el futuro combate por más amplios progresos. La mayoría lo sabe. Y convierte el veto

Library of Congress

absoluto en una condición *sine qua non*, anulando así el influjo de la legislatura. En este momento, y dado que el bill, en su forma actual, no es digno de nosotros y tendremos que hostilizarlo, me inclino a creer que el **12 CAPAÑAS III** 178 bill no pasará y que el acta Foraker se perpetuará, como se perpetúan siembre sobre nuestra pobre patria las maldiciones del infierno. Acuérdesse de la profecía siniestra de aquel Fray Angel, citada tantas veces en la Prensa de Puerto Rico.

Usted se siente triste. ¡Y yo? Yo necesito realizar esfuerzos enormes de voluntad para mantener una calma estóica y no llegar al fin mientras no llegue el fin. Nadie sabrá nunca lo que he sufrido en estas agonías del Capitolio. Pero, más que ninguna angustia, pesa en mi espíritu la de sospechar que unos pocos compatriotas duden de mí. En treinta años de pelea incesante, he demostrado que en mí se debe poner, que yo merezco, ilimitada confianza. Siento los golpes y guardo silencio. Algún día lo romperé, si es que mi conciencia y mi patriotismo no me exigen que caiga en la muerte sin hablar, sin gritar, como un último sacrificio por la tierra a que consagré y consagro mi vida. En este correo van para usted, Barceló, Giorgetti, D. Navarro, etc., ejemplares del bill Jones, ya corregido, en su forma definitiva, según sube al *floor*. Lo reintrodujo Mr. Jones el día 20. En la página 25, se exige LA CIUDADANIA AMERICANA a los que, de aquí en adelante, se inscriban electores. Es la imposición de Garrison(1) , a la cual se rinde el Comité con cierto disimulo. Y en la página 26, línea 24, se exige que el Resident Commissioner sea a BONA FIDE CITIZEN OF THE UNITED STATES. Es la represalia directa contra mí, por mis declaraciones del hearing(2) .

(1) Actual gobernador de Puerto Rico.

(2) Mr. Brumbaugh.—¿Qué preferiria usted, señor Rlivera, estadidad en la UNION o absoluta independendencia sin protectorado americano? ¿Cuál de estas cosas preferiria usted?

Muñoz Rivera—Como cuerpo político, nos dirigimos hacia la independendencia.

Library of Congress

Mr. Brumbaugh.—¿Con preferencia a la estadidad?

Muñoz Rivera.—Con preferencia a la estadidad o a cualquiera otra forma de gobierno. Preferimos siempre nuestra independencia nacional.

Mr. Calloway.—¿Piensa el pueblo de usted que los beneficios que se derivarán de una asociación con este gobierno no son tan grandes como el detrimento a que le sujetaría esa asociación? ¿O que los beneficios de esa asociación no serían tan grandes como los que resultarían de un gobierno propio independiente?

Muñoz Rivera.—Me doy cuenta muy clara de los beneficios que Puerto Rico derivaría de ser un Estado de la Unión, no pueden compararse con los que derivaría de ser un país independiente. La estadidad sería más beneficiosa para Puerto Rico. Pero nosotros, usted y yo, no apreciamos la cuestión desde el mismo punto de vista, porque mi pueblo la aprecia desde el punto de vista sentimental, lo cual es una cosa naturalísima. Ustedes son reconocidos por todo el mundo; ustedes son un pueblo poderoso, próspero y feliz. Puerto Rico sería un pueblo pequeño, pobre y débil; pero, como una cuestión de sentimiento, el pueblo de Puerto Rico militará siempre en favor de su independencia nacional.

Mr. Miller.—¿Usted cree, señor Rivera, que una mayoría de su pueblo preferiría la ciudadanía puertorriqueña a la de los Estados Unidos?

Muñoz Rivera.—Sí, señor.

Mr. Miller.—Supongamos que la ley estableciese que sólo los ciudadanos americanos podrían vetar y ocupar cargos públicos, ¿qué efecto tendría eso?

Muñoz Rivera. No puedo creer que el Congreso de los Estados Unidos incluya tal disposición en la ley, porque sería una disposición tiránica y equivaldría a obligar a los

Library of Congress

nativos de Puerto Rico a convertirse en ciudadanos americanos. Y no es esa una digna actitud para el pueblo americano.

179

No me queda tiempo para escribir a los otros amigos. Enseñe esta a Barceló, Giorgetti, y D. Navarro... Y no a todos, pues las voces pesimistas han de quedar entre los que poseen valor para no desalentarse.

Suyo, un abrazo,

L. Muñoz

Wáshington, D. C. Abril 14 de 1914.

Señor don Antonio Barceló. P. R.

Mi querido Barceló: Tengo su carta última, que llegó ayer. El pesimismo de usted no va más a fondo que mi pesimismo. En lo económico y en lo político veo las cosas oscuras. Nuestro ideal no puede ser una forma de gobierno estrecha, míseramente autonómica como la que nos anuncia el bill Jones, ni siquiera un régimen de amplia autonomía como el de Canadá. Nuestro ideal tiene que ser y es la independendencia absoluta de la patria. Y no se cumplirá jamás. Nos toca vivir transigiendo, cediendo, sufriendo, sin la satisfacción de levantar gritos de protesta heróicos y tenaces. Si los levantáramos sacrificaríamos lo único que es posible salvar por nuestro pueblo: una parte mezquina de su libertad, de su dignidad. Si los levantáramos abriríamos plaza 180 a un grupo de americanizantes para que monopolizaran sin ningún límite la vida oficial de Puerto Rico.

A veces siento una tristeza tan profunda, que me dan ganas de llorar, como Jeremías, sobre los futuros destinos de mi Jerusalem moderna, condenada a desaparecer; a lo menos para sus hijos. Hay días en que siento impulsos de romper con todo y maldecir en altas voces a nuestros tiranos y marcharme a un rincón de mis montañas, por siempre.

Library of Congress

Pero reacciono y continúo atado a la roca de mi deber, dejando que el buitre mitológico me destroce a picotazos las entrañas.

Nadie sabe de estas luchas. Nadie las comprenderá nunca. Y hasta habrá quien opine, o que, sin opinarle, diga que yo me americanizo. Siendo mis abuelos españoles, mi sangre española, mis ideas españolas, mi educación española, no me españolicé en años y años de combate, cuando tantos se españolizaban. ¡Y, ahora, a la vejez, voy a sentir simpatías por los que, castigando a mi tierra, a mí me castigan en primer término!

No hablemos de cosas estúpidas. Usted, en su carta a de Diego, lanza una verdad grande, enorme. Si de Diego rechazase la ciudadanía, tal vez los únicos en adoptar idénticas actitud seríamos usted y yo. Y si de Diego aceptase la ciudadanía, tal vez usted y yo, sin él y sin nadie, la rechazaríamos.

Lo que me gusta es eso. Devolver golpe por golpe. Pelear mientras quede piedra sobre piedra. Pero ¿y si ni aún tenemos voto ¿Y si la ley nos proscribiera de las contiendas civiles? ¿Ah! Seríamos los únicos que, por mantenernos fieles a nosotros mismos, dejaríamos de ser puertorriqueños ante la constitución vigente, por la fuerza, en nuestra isla.

La situación presenta las terribles anomalías de lo absurdo. Y, ya usted, desde ahí, asiste al espectáculo: los demócratas, los avanzados, los radicales, se disponen a afirmar, a remachar nuestras cadenas. ¿De quién aguardaremos que nos dé el pleno *home rule* o la plena nacionalidad? Y si ningún partido nos las da en la metrópoli, ¿qué caminos nos restan? ¿Los dos caminos verdes de 181 Tomás Carrión? ¿El monte y el mar? ¿La insurrección o la proscripción? Si la revolución fuera posible, no habría aplacado yo mis inclinaciones revolucionarias. La revolución es imposible. Y, dentro de la realidad, si no admitiéramos la reforma, nos quedaba el recurso de anularnos, y anular con nosotros a la Unión, y poner a Puerto Rico bajo las plantas del Atila republicano. 1900 y 1902 son un recuerdo bien triste; 1915 sería un desastre espantoso.

Library of Congress

Para mí hay dolores, angustias, lágrimas; pero no hay perplejidades. Todo está oscuro. Y yo me oriento en las tinieblas. Hacer lo que convenga a Puerto Rico. Y no hacerlo por conservar expeditos los senderos que conducen a la mansión ejecutiva: hacerlo para preparar un campo en que se encuentran mayores garantías de triunfo y por evitar que se apoderen de ese campo la traición y el servilismo.

Nuestro bill, el bill de Mr. Jones, duerme. Han de pasar antes que él los asuntos nacionales: Méjico, Panamá, los bancos, los *tolls*, los *trusts*. Le telegrafiaré inmediatamente que esta quietud termine y que el debate se acerque.

Suyo abrazándole con mucho cariño,

L. Muñoz

Wáshington, abril 27 de 1914.

Honorable Champ Clark.—Speaker de la Cámara de representantes.—Wáshington, D. C.

Señor:—He recibido de mi país un cablegrama cuyo original acompaño y cuya traducción es como sigue:

“San Juan, Puerto Rico,

Abril 24 de 1914.

Luis Muñoz Rivera,

Wáshington, D. C.

Lea edición. “New York Herald” abril 12, despacho especial 182 Atlantic City, discurso de Cham Clark. Exija rectificación conceptos insultantes.—Teixidor, Llorens, Almiroty, Gómez Laserre, Pierret, Soto Gras”.

Library of Congress

No leí hasta ayer el discurso que usted pronunció en Atlantic City el 11 del actual. Entre sus párrafos encuentro uno que dice:

“Parecería que ha pasado de moda el patriotismo. Tenemos derecho a jactarnos de nosotros mismos. En 1810 teníamos solo 3.000.000 de habitantes, mientras que en 1910 tenemos 100.000.000, no incluyendo a los filipinos o a los puertorriqueños. Espero en Dios que estos últimos no llegarán a ser nunca ciudadanos de los Estados Unidos. No están equipados. Es inútil tratar de hacer una bolsa de seda con una oreja de puerca”.

Permítame usted, señor Speaker, dudar de que sus palabras fueron exactamente las que reproducen los periódicos. Ellas no corresponden ni a la cultura de su carácter ni a la dignidad de su cargo en la Cámara de representantes. Y permítame también esperar que se interpretaron erróneamente sus declaraciones en lo que atañe a Puerto Rico.

Si por desgracia la información periodística no se equivocó y ese insulto a mi pueblo salió de los labios de usted, deberé yo y deberán mis compatriotas considerarlo como la expresión de un sentimiento personal. Y ni a mis compatriotas ni a mí negará usted el derecho de sentir estrictamente de un modo opuesto, de rechazar la frase y de volverla indignados a su origen.

No estamos nosotros conteniendo por alcanzar la ciudadanía americana, sino por conservar la ciudadanía puertorriqueña. La rama popular de nuestra Asamblea Legislativa declinó en distintas ocasiones la primera por unanimidad y por unanimidad reclamó del Congreso que se sostuviese la segunda. Ello consta en documentos oficiales que uno a esta carta.

Los puertorriqueños de 1898 sentían una gran adhesión y un gran respeto hacia el pueblo americano. Desde entonces, en diez y seis años de gobierno colonial, se pretendió humillarle una y otra vez. Y, a pesar de ello, dando 183 prueba de un perfecto dominio de sus propios, naturales impulsos, mantuvieron y mantienen aquella misma adhesión y

Library of Congress

aquel mismo respeto. A cada día piden a Dios que nuevos actos y nuevas palabras no lleguen a destruir la confianza de Puerto Rico en los Estados Unidos y la esperanza que ha puesto Puerto Rico en el espíritu americano de rectitud y justicia.

Queda de usted, señor,

Muy respetuosamente,

L. Muñoz

Wáshington, D. C. Mayo 22 de 1914.

Señor don Antonio Barceló, P. R.

Mi querido Barceló: Su carta última—no en sí misma, sino en su ruta postal hacia mi pupitre—es un problema para mí. Usted la escribió el 7 de este mes. De Fajardo salió el 9, según el sello de la oficina de correos. Y a Wáshington llegó el 19. Le incluyo el sobre. De San Juan no trae sello ninguno; ni de Nueva York. Y vino abierto el sobre y deteriorado, en la misma forma que usted lo verá. Todo el mundo ha podido enterarse de lo que usted me escribe.

La que usted me refiere es la perpetua historia de los chismes locales, casi siempre determinados y mantenidos por raquícticas ambiciones personales. Y contra eso no hay quien pueda. Apelaré usted en vano a los nobles sentimientos y a los altos ideales; invocará sin fruto el honor y la unidad del partido; alzaré y agitaré inútilmente la bandera de la patria: cuando un interés material entra en juego, los otros intereses no cuentan por nada. Después de una experiencia muy larga y muy triste, opino que la Junta Central debe inhibirse y dejar que se cumpla, de un modo estricto, el reglamento. Cuando más, cabría 184 que se interviniera, *sin salir al campo, desde intramuros*, procurando conciliar, pacificar, etc. Pero no comprometiendo en ninguna forma el prestigio de la jefatura.

Library of Congress

Lo de Arecibo, contra Pérez Avilés, me parece un poco injusto; lo de Ponce, contra Moret, tiene otro carácter. Ponce desea—en sus clases directoras—una administración diferente. ¿La de Rivera Esbri? Pienso que no; sino la de un Schug, un Porrata, un Subirá. Sólo que el pueblo vota y el pueblo se inclina a los que halagan sus gustos. ¡Qué remedio! O condenamos al sufragio, que es el principio *sine qua non* de nuestro sistema, o aceptamos las desventuras del sufragio y seguimos abriendo escuelas, escuelas, y más escuelas, a fin de que el elector llegue a adquirir, a fuerza de años y desengaños, la noción clara de su poder electoral y de su deber cívico. Y esa enfermedad del sufragio no es exclusiva de los países semi-analfabetos. La padecen también los Estados Unidos, donde las elecciones se ganan en los *bars* y en los *pools*, bebiendo y jugando y donde ya no es una cuestión la del analfabetismo, porque existe otra peor, que es la del alcoholismo. Ahí se combate por abrir campo al maestro; aquí por destruir su negocio al *bartender*.

Otra dolencia más grave es la falta de respeto a la decisión de las mayorías. Mientras la suframos—es verdad que la sufrimos—se nos acusará con razón de que no sirve Puerto Rico para establecer un régimen democrático, en que el pueblo se gobierne por sí propio. Cien veces, al contestar yo al argumento aquiles de que no *estamos preparados*, redarguí afirmando que España, Turquía, Marruecos, Abisinia, lo están menos y se gobiernan por sí. Se gobiernan, nó: *las gobiernan* una oligarquía o las oprime sin cesar. Para eso está preparada cualquier comunidad, por salvaje que sea. Para lo que se dice que no estamos preparados para un régimen de democracia y de república, en que cada cual haga uso de su derecho y respete el derecho de los adversarios, y reconozca y proclame el triunfo de los adversarios y aguarde su día y su hora propagando su doctrina y apelando al veredicto 185 de las urnas. Y lo que pasa en San Juan con rojos y verdes, en Ponce con moretistas y rafaelistas, en Arecibo con perizistas y ledesmistas, en Utuado con Lopezistas y Cuetistas, justificará el veto que ponen los Estados Unidos a nuestras legítimas ansias de autonomía regional completa.

Library of Congress

¡Ay, amigo Barceló! No nos anulan los americanos; nos anula nuestra herencia española; nuestros cuatro siglos de vasallaje; las infamias de los opresores, desde Ponce de León hasta Romualdo Palacio; la sed de sangre, la codicia de oro, la crueldad de un predominio que se fundó en la fuerza y que no reconoció más principio que la fuerza. Nos anula el período colonial, negro, tenebroso, con su guardia civil pujante y su escuela insuficiente; con sus curas soberbios y sus alcaldes omnimodos. Se nos privó de una seria y firme educación civil. Y todavía no la hemos adquirido. Y quizá desapareceremos, como raza, como entidad étnica, antes de adquirirla. Yo tengo tristezas incurables. Voy con ellas por la vida, lejos de mi país, al que amo sobre todas las cosas y al que consagré tantos baldíos esfuerzos. Voy con ellas, es a saber, con un fardo que me abruma. A veces necesito una enorme cantidad de energía interna para levantar la frente y mirar al porvenir y continuar andando. Pero la más triste de mis amarguras es la de saber que, en contacto con un pueblo fuerte y educado, el nuestro caerá, perecerá en el anonadamiento, en la inercia, y nosotros y nuestros hijos *no dispondremos de un pedazo de tierra nuestra en que vivir tranquilos y en que descansar después*. Puerto Rico no es nuestro. Ni bandera, ni leyes, ni instituciones, ni estatuas, ni memorias, ni horizontes: nada. Me siento *un hombre*. Y no me conformo a obedecer el mandato imperativo de otros hombres, iguales a mí, que se apoderan paso a paso de la isla “en que tuve la malventura de nacer”, para que me humillasen con su insultante mirada los extranjeros; siempre los extranjeros.

Si fuera posible morir, yo moriría por mi patria y por mi dignidad. Ni eso es posible.

Perdone ese desahogo. De cuando en cuando necesito poner la cabeza sobre el hombro de un amigo. Y que las lágrimas corran por dentro... o por fuera.

Suyo enteramente,

L. Muñoz

Julio 10 de 1914.

Library of Congress

San Juan, P. R. Señor don Román Sioca Pacheco.

Mi querido amigo. Estas líneas responden a su carta, junio 29 que leí con toda la atención que ella merece y el asunto a que alude exige.

Con el gobernador Yager y con usted estoy completamente de acuerdo cuando dicen, sustancialmente: "El bill Jones es superior a la ley Foraker. Y, si se actúa con buen sentido en las realidades prácticas, debe preferirse tener alguna reforma a tener ninguna reforma."

Pero hay aquí dos cuestiones de principios envueltas: una, de carácter natural, es la ciudadanía; otra, de carácter político, es el veto absoluto. En cuanto a la primera, estoy en Wáshington por el voto de la Unión. Y la Unión, en sus programas de Mayagüez, 1912, y de San Juan, 1913, se declaró mantenedora de la ciudadanía puertorriqueña, según existe en la ley Foraker. Imposible para mí no defender en el Congreso lo que mis electores proclamaron en sus asambleas y no atacar todas las fórmulas contrarias. En cuanto a la segunda, siendo yo un demócrata convencido y un republicano sincero y siendo el veto absoluto una medida anti-democrática y anti-republicana, no me resolveré nunca a permitir que pase sin mi protesta y sin la protesta del país que represento y que quiere ser tratado como cualquier pueblo de la América del Norte.

Trabajo para que el bill Jones llegue al *floor* de la Cámara y se le discuta. Pero siempre estableciendo la salvedad de que hago esto con la esperanza de que se acepten enmiendas esenciales y de que, si no se establecen, combatiré el bill en blok y en detalle. De modo que pasará o no; pero si pasa, constará que Puerto Rico no 187 admite, ni la ciudadanía colectiva impulsoria, ni el veto absoluto reaccionario.

Si la reforma ha de aprobarse con esos dos apéndices, la Unión preferirá que no se apruebe y que continúe el status actual, con su Consejo Ejecutivo absurdo y con su Cámara de delegados en lucha contra poderes incontrastables. Y presumo que así

Library of Congress

sucedirá, porque el Presidente Wilson se niega a recomendar, para esta sesión, los bills de Filipinas y de Puerto Rico. Y el Congreso obedecerá a las recomendaciones de la Casa Blanca. Hace tres meses que el bill nuestro se encuentra en el calendario sin avanzar hacia su turno. El consentimiento unánime, en cuya virtud vendría desde luego a debate, es un sueño; el triunfo de la Resolución Carret en el Comité de Reglas, me parece un sueño también. Y, a mi juicio, se nos aplazará, no hasta la sesión corta —diciembre a marzo— sino hasta la primera sesión ordinaria del Congreso 64, que empezará en diciembre de 1915 y terminará en agosto o setiembre de 1916. Es casi seguro que no habrá sesión extraordinaria el año próximo. Habrá, sí, una masa enorme de legislación pendiente, que estorbará a la nuestra y que la hará fracasar en el primer período demócrata, o sea en el primer término de Mr. Woodrow Wilson. Después vendrán los hombres que la nación elija. Y acaso nos tocará la desventura de pedir a Roosevelt, a Taft, un acto de justicia que no obtuvimos de los demócratas, en quienes habían puesto los insulares de Filipinas y de Puerto Rico su fe más profunda. Yo aseguro a usted, amigo Siaca, que las circunstancias empujan a la Unión hacia el independentismo. Inútil para nosotros proclamarlo como solución única del problema en el porvenir y en el presente. Inútil para nosotros y pernicioso para los Estados Unidos, que romperán con sus propias doctrinas y sentarán, en presencia de Europa y a la faz de las repúblicas latinas de América, el papel triste de usurpadores y opresores, contra comunidades indefensas.

Ya usted ve clara mi posición. Lamento hallarme en ella; pero no es mía la culpa, ni de mis compatriotas, sino de los estadistas americanos que no se detienen a pensar lo 188 que deben a la historia de su patria ni lo que conviene a su patria si ha de consolidar, de una manera noble y legítima, la hegemonía que pretende sobre las sociedades de nuestra raza y de nuestra lengua en este hemisferio, donde las águilas sajonas podrían dominar por el interés recíproco, por el afecto mútuo, por el prestigio de las instituciones liberales, y habrán de dominar, si lo logran, por la fuerza de los ejércitos y las escuadras.

Fué, y es aún, Puerto Rico, un campo espléndido de experimentación para los métodos americanos. Lo echarán a perder los Gobiernos americanos, obstinándose en regir desde

Library of Congress

un Bureau of Insular affairs islas que aman su personalidad, que respetan su dignidad y que no transigen con un régimen injusto en su base y más injusto en su desenvolvimiento ejecutivo.

Excúseme si le escribo olvidándome de que su tiempo es limitadísimo para leerme y meditar mis palabras; pero el tema reclamaba mi atención y mis explicaciones francas y sinceras.

Su cordial amigo,

L. Muñoz.

Agosto 4 de 1914.

Señor don Antonio Pérez Pierret. San Juan P. R.

Amigo mío: Leí sus “Bronces”, que lo son de veras, Gracias por la dedicatoria galante del ejemplar y, sobre todo, por la del soneto “Mare Nostrum”, que ya conocía—como casi todos los demás—porque me lo recitó usted una noche en el Ateneo.

Le presento mis excusas. Debí escribirle mucho antes.

No para renovarle mis aplausos, ni para expresarle mi admiración por sus facultades literarias, sino para reiterarle mi consejo, aquel consejo: no se duerma sobre sus triunfos; trabaje su nombre y procure que su obra salga de Puerto Rico: no por usted solo, sino principalmente por Puerto Rico.

189

Nunca tuve una sorpresa tan grande como el día en que ví en una revista el primer soneto de usted. Me pareció imposible que se forjara con tal fuerza el pensamiento en nuestra isla. Usted, con sus estrofas labradas a cincel, me hizo recordar los “Trofeos” de Heredia y algunos breves poemas de Juan Richepin. En español no había visto cosa igual, ni

Library of Congress

siquiera semejante, aunque en español hay cosas magníficas; pero de otro estilo; de otra factura y con otras tendencias.

Sin duda usted estudió a los grandes maestros franceses del último siglo. Pero en usted hay una originalidad vigorosa y una idealidad firme y fuerte. Según usted empieza empezaron muy pocos. Y ahora la juventud, por delante la vida extendiéndose llena de sugerencias, el porvenir... ¡Ah! no se detenga; no desmaye. Mire que esperamos de su estro y de su pluma cuanto su pluma y su estro nos prometen. Mire que es preciso reproducir a Chio y a Patmos en el Mar de las Antillas. Bajo la esclavitud política bien cabe la gloria literaria. Démos, amigo, el *apocalipsis* de los tiempos modernos. Usted posee lo demás: gánese su estatua. Y que con *sus bronces* la fundan los que vienen tras nosotros.

Suyo cordialísimo.

L. Muñoz.

Diciembre 3 de 1914.

Señor don José de Diego.—San Juan, Puerto Rico.

Mi querido de Diego: Recibí sus cartas en estos días últimos y hoy su cable. Le envió el ejemplar que le ofreci del periódico oficial de la Argentina. Utilícelo y consérvelo. Repasando bien la ley electoral que él contiene, no encuentro lo de las fotografías de cada elector. Y, sin embargo, he visto eso en algún sitio que no logro recordar. Aunque no exista en ninguna parte, nosotros debemos introducir esa disposición moralizadora en nuestra 190 tra ley. Porque si aseguramos la garantía perfecta de las inscripciones honradas y si establecemos el voto obligatorio, no ya triunfarán nuestros principios en las urnas, sino que también cesará la vergonzosa desmoralización del sufragio, que a todos nos parece intolerable. Se gastarán cien mil dollars, como exceso sobre lo que hoy se gasta; pero cada comité de cada municipio economizará sumas importantes que,

Library of Congress

reunidas, representarán un montante de doscientos mil o más dollars. Aunque la Unión perdiera en los comicios, lo aconsejaría esa reforma, porque el país ganaría con ella y el país es antes que la Unión.

Suyo cariñosamente, L. Muñoz

Diciembre 8 de 1914.

Señor don José de Diego. San Juan, P. R.

Mi querido de Diego: Leí su carta diciembre 2 y también leí los artículos de “La Correspondencia” a que usted se refiere. Y los de “El Tiempo”. No se deje llevar adonde quieren llevarle. “La Correspondencia” sólo busca su negocio. Los de “El Tiempo” hacen su política. Ellos saben que aquí, en Estados Unidos, produce un efecto terrible contra la Unión la propaganda independentista. Y, naturalmente, pugnan por conducir a usted al punto que necesitan para asegurar su influjo exclusivo en la esfera oficial, que a la corta o a la larga, les aseguraría otro influjo, sino exclusivo, preponderante, en los desarrollos electorales.

Le incluyo un recorte de “The New York World” traducido al castellano. Es ese un periódico demócrata, que hasta se dice “Jeffersoniano”. Y usted verá como celebra el triunfo de nuestros adversarios en los tres célebres distritos. La victoria parcial asciende, en las columnas de la Prensa americana, a victoria general. Se le saca partido 191 en pro de la administración demócrata y de sus aciertos. De paso se declara a los unionistas enemigos de la nación. La elocuencia de ese suelto, que es uno de tantos, enseñará a usted muchas cosas. Pronto hablaremos y entonces, al cambiar ideas con amplitud y con absoluta frialdad, llegaremos sin duda a conclusiones prácticas. Porque debemos apreciar los hechos según son; no según nosotros desearíamos que fuesen.

Muchas veces hemos hablado y siempre encontró usted en mí, y seguirá encontrando siempre, un mantenedor firme de mi ideal como ideal. Ni el pueblo de Puerto Rico,

Library of Congress

ni ningún puertorriqueño que no olvide su honor, podrían prescindir de lo que es el sentimiento y el pensamiento íntimo de todos los buenos patriotas; pero ningún buen patriota podrá tampoco sacrificar las fuerzas eficaces de que el país dispone para resistir a un suave, hipócrita despotismo, por realizar lo irrealizable. No hay otro camino que mantener aquella fórmula del Hotel Olimpo que nos dió cinco victorias en las urnas y que nos permitió controlar, en cierta extensión, el gobierno de la isla. Yo no soy conversador; pero me aterroriza la idea de que se imponga en Puerto rico el imperio de los *leaders* republicanos y de las masas que dirigen. Por eso voy poco a poco. Y el día en que usted, sin pasión ninguna, sin prejuicio ninguno, examine nuestro problema con su perspicacia genial, irá, de ello estoy seguro, poco a poco: muy poco a poco.

Ahora en los periódicos se pretende empujar hacia el terreno favorable al enemigo; al abrirse las Cámaras en enero se pretenderá utilizar el campo legislativo para idénticos fines. Conserve su serenidad y no permita que le jaleen, ni con discursos, ni con artículos, ni con caricaturas, ni con nada. Usted es superior a esa turba vocinglera. Demuéstrelo y ganará la mejor de sus victorias, y la más noble, pues ha de fundarse en un costoso sacrificio moral, tan alto y tan acerbo como el que estoy realizando desde 1910.

Suyo efusivamente, L. Muñoz

192

Wáshington, diciembre, 29, 1914.

Señor don Mariano Abril, San Juan, P. R.

Mi querido Abril: He leído también el editorial en que usted me defiende contra otro editorial que se titula "Sin defensa en Wáshington" y que lanzó "El Tiempo" el 5 de este mes, apoyándose en opiniones e impresiones de un señor cuyo nombre ignoro y que remite correspondencias al "Porto Rico Progress".

Library of Congress

Aunque no acostumbro ocuparme de las críticas con que me honran mis adversarios, envío a usted, como redactor de *La Democracia*, como compañero a prueba, notas que podrán no ser inútiles si su buen juicio le aconseja insistir, o si otros con mala intención insisten en ese tema, que ahora parece entrar en la consigna republicana. Porque no solo es en San Juan donde se me hostiliza: es en Wáshington y es en Nueva York. Collazo, que no pierde nunca de vista las cosas del país y que con su pluma presta servicios tan considerables, me transmitió el día 12 un recorte del *World*, suscrito por un *James Overstreet*, desde Brooklyn. Y vea usted el párrafo que me consagra:

"... Then, besides the ignorance of americans of conditions in the island, Porto Rico is further handicapped by having for its Delegate to Congress a political boss whose only claim to respect is that he is clean morally, Luis Muñoz Rivera was never friendly to americans and has never been friendly to any plan that did not provide for the uplifting of Muñoz Rivera. For editorials like those Rivera publishes in his LA DEMOCRACIA publishers in Germany would be imprisoned. He has done all in his power to create distrust and hate among the natives for americans, and the failure of Congress to grant citizenship has helped him "(1)

(1) Traducción: "... Además de la Ignorancia que de las cuestiones de la isla se manifiesta en los americanos, obstaculiza a Puerto Rico e l hecho de tener por representante en el Congreso a un cacique político, cuyo único título a que se le respete es su pulcritud moral.

"Luis Muñoz Rivera nunca fué amigo de los americanos, y jamás prestó su concurso a plan alguno que no entrañaba el engrandecim ento de Muñoz Rivera. Por escribir editoriales como los que Muñoz Rivera publica en su *Democracia*, periodistas en Alemania irían a la cárcel. Ha he cho todo cuanto ha podido por crear entre los nativos el odio y la desconfianza hacia los americanos, y el descuido del Congreso en no conceder la ciudadanía le ha ayudado en su obra."

Library of Congress

Usted, amigo Abril, comprenderá que me preocupa poco, que me preocupa nada ese mordisco de *James Overstreet*. No soy anti-americano como no soy antifrancés ni anti-inglés: al contrario, siento hacia este pueblo del Norte una gran simpatía superior a las que me inspiran Francia e Inglaterra. Sería simplemente estúpido, sino fuera, además, aviesamente malévolo, atribuirme ese necio antiamericanismo. Pero la verdad es que hoy, mientras los Estados Unidos nos despojan de nuestra personalidad y nos imponen su autoridad desatendiendo nuestra demanda de justicia, se me antoja mucho más digno para mí el calificativo de antiamericano, que el de proamericano. Soy puertorriqueño y, resulte lo que resulte, con ser puertorriqueño me basta y con mantener el decoro y el derecho de mi patria.

Aludo al párrafo de *James Overstreet*, sólo para que uste se fije en que el ataque de *El Tiempo* y del *Progress* no son hechos aislados, sino partes alí cuotas de un plan que viene desenvolviéndose de una manera concienzuda, si bien, por suerte para Puerto Rico, en una forma que en absoluto carece de alcance y de resonancia.

El Tiempo y el *El Progress* emplean a Manuel Quezón a modo de mingo para jugar sus carambolas con el Resident Commissioner. Yo pongo aparte a Manuel Quezón. Los elogios que se le tributan son justos y todavía se me figuran cortos. Mas, viniendo de tal origen, él los rehusaría sin vacilar. ¡ *El Tiempo* y el *Progress*, enemigos acérrimos de la independenciam, elogiando a un paladín de la independenciam! Manuel Quezón y yo estamos en estrecha relación de afecto y de ideales. Ningún hombre de Wáshington conoce mejor que yo las amarguras o las cóleras del representante filipino; ninguno tampoco sabe mejor que él las cóleras y amarguras del representante **13 CAMPAÑAS III** 194 puertorriqueño. Quezón, en sus islas de Asia y yo en mi isla de América, encarnamos la protesta viril y perpetua frente a la espoliación hipócrita y suave, que se cubre con el antifaz de un paternalismo falaz. Existen, sin embargo, diferencias profundas entre la situación de Quezón y la mía en el Congreso. Tras él hay nueve millones de patriotas unidos en una aspiración común y unánime, que es la nacionalidad filipina: tras mí

Library of Congress

hay ciento diez y ocho mil electores que defienden la nacionalidad puertorriqueña y OCHENTA Y DOS MIL electores que la combaten. Es decir, que de los doscientos mil votantes en los últimos comicios ¡el CUARENTA Y UNO por ciento es antinacionalista! y en esa cifra espantosa toma pié la máquina administrativa para afirmar que es un *idle dream* el ensueño patriótico de la mayoría: del CINCUENTA Y NUEVE POR CIENTO que pide lo que es suyo a los estadistas de Wáshington según, en 1776, pidieron lo que era suyo a los estadistas de Londres las trece colonia sen guerra.

Por lo demás Quezón habla y actúa en representación de lo que aquí se llama un *warlike people*: de un archipiélago que usó a menudo el argumento de las armas, que tiene a su espalda al Japón y que es un factor en la política internacional de Filipinas y los filipinos son un problema difícil para sus dominadores. ¿Es acaso Puerto Rico otro problema difícil? En la plataforma democrática de 1912 consignaron los demócratas, con perfecta claridad, la independencia de Filipinas. Al Presidente y al Congreso obliga esa plataforma. En cambio sobre Puerto Rico no encontrará usted ni una palabra en ella. La convención de Kansas, 1900, fué explícita y comprometió establecer en Puerto Rico las libertades americanas; la convención de San Luis, 1904, debilitó su apoyo a nuestra causa; la de Denver, 1908, se mostró menos liberal en las promesas; la de Baltimore, en 1912 guardó silencio. El partido dominante NO CUMPLIRA ¡qué ha de cumplir! en actos tangibles sus compromisos con Filipinas. En cuanto a nosotros... Con nosotros no lo liga el más leve compromiso. A Filipinas se les da largas 195 con nuevas promesas, con nuevas fórmulas, con nuevos subterfugios. A nosotros se nos dará una nueva ley Foraker, con Cámaras electivas, eso sí, aunque sean Cámaras decorativas, pues el poder, todo el poder, quedará en manos del gobernador, con su veto absoluto y con su comisión de servicio público, que ha de convertirse en una reproducción del Consejo Ejecutivo; con sus sueldos de siete mil quinientos dollars *per variare*. Verdad es que en Manila los miembros del Gabinete cobran, *per capita* quince mil dollars cada año, que pagan los contribuyentes insulares.

Library of Congress

Yo no debo, ni quiero, gestionar la rápida aprobación del bill Jones—casi idéntico al bill Shaffroth, ya que ambos bills salieron de la Secretaría de la Guerra— y no la gestionaré, así disguste a los hidalgos colegas de *El Tiempo* y del *Progress*. No la gestionaré, por la sencilla razón de que gestionarla equivaldría a ofrecer la solidaridad de Puerto Rico a una ciudadanía compulsoria, a un veto tiránico, a unas sesiones bienales que arrebatan al Senado su intervención práctica en los nombramientos y con una Comisión de Servicios públicos sin representación popular. Dejo que la gestionen los caballeros de la administración y me limito a aguardar que se abra el debate y que se concedan treinta, cuarenta, cincuenta minutos al Resident Commissioner para expresar lo que realmente desea y reclama Puerto Rico.

Antes, en el Congreso anterior y en las primeras sesiones de este Congreso 63, trabajé vigorosamente, conferencí con senadores y representantes, hablé y escribí al Presidente Wilson, a los secretarios Stimson y Garrison, al general Mc Intyre, demostrando a todos la urgencia de reformar nuestro *status*, no por medio de una ley que se trueque en una burla, sino por medio de una acta constitucional en que se inscriban algunas realidades autonómicas. Mi trabajo se estrelló contra el esfuerzo de los que han sido gobernadores, secretarios, tesoreros, Attorneys, etc., etc., en la isla, y de los que aún lo son, y de los que contemplan la perspectiva de llegar a serlo en el futuro: se estrelló contra el propósito firme, resuelto, 196 tenaz, de que en la colonia continuen mandando a su gusto los americanos y no los puertorriqueños.

Presentaré enmiendas de carácter sustancial. Y no pasarán en el hemiciclo de la Cámara. Una por una las derrotarán los republicanos y los demócratas. Iguales estos que aquéllos, porque las diferencias de principios y de programas, no van más allá de la línea marítima; no cruzan el Océano. Y ni aún puede decirse que se ahogan en la boca del Morro: se ahogan acá, en las aguas del Hudson y en las mareas de Sandy Hook. ¿A qué partido, a qué fuerza de opinión organizada apelaremos? ¿Será preciso aguardar a que sufra un cambio completo el espíritu público y a que sean presidentes y legistas los nietos de Mr.

Library of Congress

Wilson, Mr. Jones y Mr. Shafroth? A mí el plazo se me figura tragi-cómico. Y no ya de independencia propia. Pero ni aún de próxima autonomía cabe alimentar esperanzas, ni en Filipinas ni en Puerto Rico.

El Tiempo y el Progress dejan entender que yo no visito los centros oficiales. No se atreven a arrojar la acusación escueta y categórica. Arrójenla. Visité la Casa Blanca, y los Departamentos—Guerra, Trabajo, Correos, Estado—siempre que fué preciso; visité el Bureau en innumerables ocasiones. Seguiré visitándoles seguro de que una y cien veces encontrarán mis visitas una extremada cortesía personal y mis ideas políticas una oposición tranquila y dulce; pero intransigente y omnipotente.

Y allí, en los centros oficiales, radica, visible o invisible, la voluntad que anula nuestra voluntad. Lo mismo en lo que se refiere a Puerto Rico que en lo que a Filipinas afecta, el Presidente es omnímodo. Y el Presidente está rodeado por “su mundo”, por su falange de politicians que le informan mal o impiden que se le informe bien; que le monopolizan para sus fines y crean en torno suyo una atmósfera de engaño. En la primavera de este año empujé yo el bill de Puerto Rico, creyendo todavía que se trataba de una reforma liberal. De los *hearings* salí decepcionado. El Comité recomendó por *unanimidad* la aprobación, sin ninguna de las modificaciones propuestas por Frank Martínez y por mí. Una reforma burocrática; 197 no una reforma parlamentaria. Y en el calendario durmió el proyecto hasta diciembre, en que la administración lo despierta. No me opondré a que se vote. No dispondría tampoco de medios eficaces. Y me alegraré que se vote. Cuando rijá—si llega a regir—se delinearé, se definirá la situación entera: de un lado el pueblo, con sus dos Cámaras cohibidas por el veto, y de otro lado el Gobierno, con el veto, con la Comisión de Servicio público y con una serie de hábiles trampas, puestas en la ley para que el país y sus intereses y sus aspiraciones, no sean un estorbo a los cálculos y a las combinaciones del Gobierno.

Library of Congress

Y vengan los delegados que indica *El Tiempo*. Vengan a convencerse de que por encima de las comisiones se alza el férreo despotismo que quiere ejercer una tutela arbitraria y que la ejerce porque sí; porque conoce y practica el tremendo aforismo bismarkiano:

“La force prime le droit”. “Y cartuchos al cañón”. Y adiós. Suyo abrazándole, L. Muñoz

Enero 1 de 1915.

Señor don José de Diego, San Juan, Puerto Rico.

Mi querido de Diego: Supongo que *La Democracia* publicó y usted leyó mis notas. No sólo expresan mi pesimismo, sino que se dirigen a influir en el ánimo de la administración para que acepte enmiendas de fondo en el bill Jones, o sea en el bill Mc. Intyre. Es seguro que el gobernador hará traducir ese trabajo y lo mandará a la Secretaría de la Guerra. Quizá impresione al secretario la certidumbre de que un avance hacia el separatismo será el primer efecto de la ciudadanía compulsoria y del veto absoluto. Y, de ese modo, tal vez encontraremos más fácil el camino en el comité, que es una sucursal del *War Departament*.

198

Entre tanto debemos ahí, en la Prensa y en la Cámara, continuar nuestra política de autonomía como un paso hacia adelante y de independencia como un ideal definitivo, hasta agotar ese recurso y convencernos de que cualquier plan es inútil contra el imperialismo americano. Yo estoy convencidísimo de que ni a Filipinas ni a Puerto Rico se concederá el gobierno propio sincero, verdadero, total. Los políticos de Wáshington carecen de una larga visión del porvenir. Y sólo se preocupan de los empleos que podrán ofrecer a sus favoritos. Bajo el nuevo régimen, habrá, por lo menos, un auditor, un attorney y otro miembro del Gabinete con pesos 7.500, designados los tres por el Presidente, y varios colectores de aduanas con salarios de dos a cinco mil dollars, designados por el gobernador, de acuerdo con el Bureau. Para ellos, eso es lo importante,

Library of Congress

y, además, las franquicias, los negocios que controlará la Comisión de Servicio público. Y ante ese interés naufragarán nuestros derechos y nuestras esperanzas.

La situación es sumamente grave. Porque, lanzada la Unión al campo radical, todo el apoyo gubernativo será de los republicanos que, aún dentro de una situación demócrata, dispondrán de los nombramientos federales, sin excluir el correo. Va a reproducirse el incondicionalismo de los tiempos de España. Piense que entonces el país contaba con Baldorioty, con Corchado, con Celis, platónicamente: pero ni en San Juan, ni en Ponce, ni en Humacao, ni en Guayana, ni en casi ninguna ciudad, ni en casi ninguna aldea de la isla, se encontraban autonomistas militantes con quienes constituir las juntas directivas del partido. Hubo un momento en que no pude yo hallar en esa ciudad murada cuatro hombres para el Directorio y fuí a buscar en Comerío a Gómez Brioso. Y en esa época, tampoco encontré en Ponce diez personas para el comité autonomista. Ponce no tenía comité autonomista en 1896. Temo mucho a una reproducción de aquellas amarguras, y más hoy que el Gobierno *paga* mientras que en 1896 se limitaba a *pegar*. Era la política del palo. En el futuro, acaso se inicie, o se repita, la política 199 del palo y el pan. Versos de Campoamor: “¿Qué bien manda a los hombres el que tiene—en una mano... etc.”

Nosotros necesitamos poner la vista en el pasado y en el porvenir. El presente es nada; es el momento que vuela. Las lecciones vienen del ayer y sirven para el mañana.

No recuerdo si dije a usted que el doctor Yager consiguió una carta del Presidente Wilson para el leader Underwood a fin de que el bill Jones se discuta bajo una regla especial. Sin duda el gobernador le hablará de ese triunfo suyo. A pesar de todo, aún es posible que el bill aguarde al próximo Congreso o *ad kalendas grecas*

Suyo cariñosamente, L. Muñoz

P. S.—Le envió algunos recortes de la Prensa americana. Haga el sacrificio de leerlos con atención y de meditar en su alcance. Ellos le informarán de cómo se aprecian aquí los

Library of Congress

problemas coloniales. Hasta los principios de Jefferson en materias del *self government* se vuelven contra la autonomía colonial.

Enero 29 de 1915.

Señor don José de Diego. San Juan, Puerto Rico.

Mi querido de Diego: Le envío adjunto un ejemplar del bill Jones, para Filipinas, tal como acaba de informarlo el Comité “P. I. and P. R.” del Senado. Leálo con atención y encontrará que es menos liberal todavía que el bill Jones para Puerto Rico. Fíjese en la página 17, líneas 12 a 24, relativas a la designación arbitraria de senadores, hecha por el gobernador solo, sin consulta de nadie, *auctoritate propria*. No lo dice el bill; pero los senadores así nombrados serán dos y los representantes serán nueve. Ni siquiera, tratándose de estos once individuos, se exige la residencia en el distrito. Serán once pro-americanos resueltos y tendrán el apoyo del poder americano. Nosotros, 200 si el bill nuestro pasara—no pasará—disfrutaríamos una legislatura electiva, aunque casi decorativa.

Se modificó el preámbulo— aludo a Filipinas—reduciéndose la promesa de los Estados Unidos a los términos siguientes: “Por cuanto es deseable poner en manos del pueblo filipino un creciente control de sus asuntos domésticos, según puede hacerse, entre tanto, sin debilitar la soberanía de los Estados Unidos, a fin de que, por el uso y ejercicio de franquicias populares y poderes populares, se prepare mejor para asumir de lleno las responsabilidades y gozar los privilegios de una completa independencia, como es el propósito de los Estados Unidos conceder, cuando, *a juicio de los Estados Unidos*, el pueblo de Filipinas sea capaz de ello.”

Esas son palabras, palabras y palabras. En realidad el control pertenecerá a las autoridades exóticas y los filipinos asistirán, desde los palcos del Senado y de la Cámara, al espectáculo de una administración extranjera omnipotente.

Library of Congress

Nuestra reforma no adelanta. Y hay cada día menores probabilidades de que adelante. Ahora mismo, en mi concepto, no hay ninguna. Pero yo encuentro más y más oportunidades para estudiar a fondo el problema y convencerme de que ni un hombre, ni uno solo en la Cámara ni en el Senado, favorece no ya nuestros ideales nacionalistas, pero ni aún nuestros ideales autonomistas. Usted comprenderá que, de un modo especialísimo, trabajo a mis colegas que en otros tiempos manifestaron simpatías en pro de Puerto Rico. Taylor, Davenport, Garrett, Helm, Jones, Broussard, Galloway, Estopinal, Borland. Este último me mandó una copia del discurso que se dispone a pronunciar en el debate. Y es un elogio del bill, entre frases halagüeñas para Puerto Rico y, sobre todo, para la obra americana en Puerto Rico. Lo reproduciré y se lo remitiré, con carácter confidencial absoluto. Y usted verá el punto de vista en que se coloca “el más entusiasta entre nuestros amigos”. Ahora o en la sesión próxima, al discutirse el bill, la única nota de oposición será la mía. Y será tan alta y ruda, que dejará a salvo 201 el sentimiento y el pensamiento de nuestra patria. Estoy ansioso de que el debate se inicie, aunque se que carecerá de valor práctico, porque quiero que, cuanto antes, se escuche en el Congreso la protesta que nos corresponde formular en nombre de nuestra dignidad y nuestro derecho.

Los demócratas resultan lo que en lengua inglesa se llama un *failure*: un fracaso muy triste. Y, ¿a donde llevaremos nuestras esperanzas? Manténgase siempre sereno. Es preciso aguardar con calma hasta el fin.

Suyo,

L. Muñoz

Postdata. —Usted no ha contestado a la carta del doctor Gill. Le tengo aquí a menudo preguntándome. Contéstele.

Wáshington, D. C. Junio 28 de 1915.

Library of Congress

Señor don Antonio Barceloló, Fajardo, San Juan, Puerto Rico.

Mi querido Barceló: Unas pocas líneas para su carta 15 de junio. No le escribo con frecuencia porque mis asuntos de la oficina y mi colaboración en *La Democracia* ocupan todo mi tiempo.

Escribí a Camuñas hace dos semanas. Le dí mis impresiones acerca del nombramiento. Y seguí, y sigo trabajando la cuestión. En el Bureau piensan de nuestro amigo en la más alta forma, reconociendo su capacidad, su lealtad y laboriosidad. Creo que ningún otro candidato encontrará mayores respetos ni simpatías. Y, sin embargo, no estoy seguro del éxito, por dos razones que coinciden: una, la preponderancia del gobernador en cuantos asuntos afectan a Puerto Rico; otra, la política que empezó a plantearse aquí después de aquel célebre discurso de Pepe Diego en la Cámara en 1914. La administración es refractaria a nosotros y lo será mientras crea que nosotros somos refractarios a la administración. El nombramiento 202 de usted se hizo para disipar algo el disgusto que produjeron los de Domenech y Travieso. En las nuevas vacantes no existen idénticos motivos y cuando llegue el turno que corresponde a Camuñas, temo que nos ocurra un fracaso. Usted comprenderá que yo he de agotar todos los recursos. Al gobernador dirigí una carta expresiva. Aún no tengo respuesta. De él depende casi en absoluto el nombramiento. Y conforme a la política a que aludí más arriba, hay otros hombres más indicados por su independencia y su americanismo. Dándole un resumen de mi criterio, le diré que hay tantas probabilidades en contra como en pro de Camuñas.

El viaje a Santo Domingo viene a hacernos más daño. Ya la acción revolucionaria no se limita al país, sino que sale del país. El efecto acá es desastroso y la posición mía sumamente difícil. Algunos paisanos me preguntan, desde Cuba y desde Nueva York, si estoy de acuerdo con esas exhibiciones. Yo no sé que contestarles. Preveía estos desarrollos al proponer la jefatura de Giorgetti, de usted y de Benedicto. Mis presagios se cumplen. Y lo peor es que no hay remedio ninguno, porque una asamblea volvería a

Library of Congress

dejarse dominar por los relampagueos verbalistas y caería en los mismos errores. Alguna vez nuestros correligionarios rendirán mayor culto a la práctica que a la retórica.

En la cuestión de los obreros pienso mucho. El peligro es inmediato. En las elecciones de 1916, es posible que no llevemos la mayoría a la Cámara y es posible también que nos derroten el resident Commissioner. La culpa corresponderá a los propietarios que abusan de sus trabajadores y a la Unión que no interviene a tiempo, sinceramente y con energía. El capital lo quiere todo y lo quita todo al trabajo. Nosotros somos sus cómplices por nuestro silencio inexcusable. Debiéramos adoptar medidas que pongan a salvo la responsabilidad unionista. Si no las adoptamos, lo lamentaré. En más de una ocasión las he indicado inútilmente.

Le abraza su amigo,

L. Muñoz.

203

Junio 29 de 1915.

Señor don Cayetano Coll Cuchí. San Juan, Puerto Rico.

Mi querido Coll: Apenas sin tiempo le escribo hoy, a reserva de escribirle más extensamente en otro correo próximo. Devuelvo a Astol el *interview* que él me remitiera, autorizando, desde luego, la publicación. El trabajo me parece muy oportuno. Sobre el fondo de la cuestión hablaremos usted y yo cuando yo vaya a Puerto Rico. Creo que será en agosto o setiembre. Hay muchos candidatos; pero habrá pocos a quienes acepte el país. Yo pienso que usted figura entre estos últimos. Con mis simpatías personales usted sabe que cuenta para todo; sólo que este no es un asunto de simpatías personales, sino de intereses públicos de alta importancia.

De los documentos que me pidió, estoy ocupándome para despacharlos cuanto antes.

Library of Congress

Mis saludos a Pepita, mis cariños a los muchachos y a usted el profundo afecto de su amigo,

L. Muñoz.

San, Juan P. R., 23 de setiembre de 1915, tres de la tarde.

Señor don José de Diego. San Juan.

Mi querido de Diego: Recibí su invitación para esta noche. Y, para esta noche, necesitar éestar en Aguadilla respondiendo a deberes imperiosos y a compromisos interiores que no es posible aplazar. No iré al Ateneo. Y van estas líneas, que trazo a vuela pluma, para informarle de mis impresiones en relación a su plan de acercamiento entre las islas del mar Caribe.

Creo que cualquier propósito de reunir en un cuerpo nacional a Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico sería ahora 204 prematuro. Antes de hablar de una confederación antillana, se necesita, como condición *sine qua non*, que los tres países posean su absoluta soberanía. Ninguno la posee actualmente.

Cuba va desenvolviéndose bajo el imperio de la enmienda Platt, que la constituye como una especie de protectorado; Santo Domingo obedece al control económico de la república del Norte; Puerto Rico es una dependencia y nada más.

Antes de pactar sería preciso que contaran con la venia de Wáshington o que se librarán de la tutela de Wáshington. Y no es ese el camino que siguen las cosas: al contrario: Wáshington invade a Haití, negocia con Nicaragua, acecha a Méjico y no se ven señales de que renuncie a su política, que viene de lejos y que irá lejos.

A mi juicio la confederación no pasará todavía en muchos años de la categoría de ensueño a que la elevaron Hostos, Betanzos, Martí, y en que usted la mantiene. Después

Library of Congress

de todo, las “Bases Constituyentes”, que acabo de estudiar, y en que usted desarrolla su pensamiento solo de una manera abstracta apuntan a “un amplio horizonte que alcance el supremo ideal de una futura confederación política”.

Así, EN FUTURO, yo, sin violar el programa de unionista y sin desobedecer a las reglas transitorias que dictó la asamblea unionista en 1914, me siento libre para secundar sus proyectos. Si la labor hubiera de revestir un carácter de inmediatez, no me sentiría libre, porque dicho programa y dichas reglas me obligan a trabajar hoy, y mientras otra asamblea no acuerde otra norma de conducta, por el GOBIERNO PROPIO Y EXCLUSIVAMENTE POR EL GOBIERNO PROPIO.

Tal es mi posición. Siendo, según soy, independentista desde mi adolescencia—desde hace ocho lustros—no se me oculta que debo PREPARAR EL CAMPO en que por fin fructificarán los gérmenes que sembré durante una vida entera y en que lucharán por el triunfo de los ideales que viven y vivirán en el fondo de mi alma.

Siendo, según soy, independentista, no se me oculta 205 que nuestra patria carece de medios para imponer la justicia de su aspiración suprema. Y marchó adelante, en la senda hacia el *home rule*, con el firme anhelo de educar a las multitudes, fortificando su espíritu, acostumbrándolas al esfuerzo, educándolas en el civismo y colocándolas en más ventajosas condiciones.

El día en que ellas, en realidad y en verdad, administren los intereses públicos y prueben, como probarán, que saben administrarlos, ese día, que tal vez está próximo, resultará viable la demanda suprema del supremo derecho y se alzarán con prestigio la bandera de nuestros amores, aunque tenga que flotar a costa de nuestros dolores.

En cuanto al resto de las bases, no me ocurre la más leve salvedad. Y aunque me consta que mi adhesión vale poco, se la doy íntegra y espontánea.

Library of Congress

“Intercambio social, literario, científico, artístico; unión entre universidades, ateneos, academias, escuelas; asociaciones entre sociedades de obreros; uniformidad de legislación—y esto se me antoja muy difícil—reconocimiento mutuo de títulos académicos mediante la reválida—y esto, con excepción de la carrera de leyes, se realiza hoy—publicación de antologías, celebración de juegos florales, de ferias, de exposiciones; fomento de comunicaciones marítimas, etc., etc., son bellas perspectivas que me seducen. Unicamente deploro que no se levante cerca de nosotros para que no nos limitemos a contemplarlas en espléndido espejismo, como se contemplan los colores en que la luz solar se refracta para producir el arco iris, que nos deslumbra y que jamás nos pertenece.

Si Cuba y Santo Domingo se mueven, de un modo práctico, con rumbo a esa unión sentimental e intelectual, yo formaré con orgullo en las filas de los que corren a su encuentro.

Suyo con el fraternal cariño de siempre

L. Muñoz

206

Setiembre 22 (1915), dos de la tarde.

November 26, 1915.

The President, White House. My dear Mr. President: Upon my return from mi country I learned that you are now working on your message to Congress. Permit me to request your weighty recommendation in favor of Porto Rico. The Portoricans earnestly hope that a new Organic Act, granting them a more liberal form of government, will be passed as soon as possible at the coming session of Congress. The Foraker Act, a temporary measure, has been in force for fifteen years and it fails to meet the natural aspirations of

Library of Congress

the Islanders. You are thoroughly familiar with this matter and in previous messages you have recommended a satisfactory settlement of this problem.

The urgency of this step is now more apparent than ever, because a very important political development transpired on October 24th, 1915, when a Unionist Convention at San Juan, resolved to postpone all action looking towards Insular independence and to devote the present activities of the party solely to the self government propaganda. Such a resolution cannot fail to create a better understanding between the natives and the Americans residing there. In my judgement it depends much upon you and your powerful influence to give that movement a successful development. I fear that unless a desirable change is accomplished by the present democratic administration, our initial efforts towards a betterment of the political relations of a national character with the island will prove a complete failure.

To avert a possible disappointment on the part of my people. I feel it my duty to pray the incorporation into your message of some statement, which will encourage the hopes of my countrymen by assuring to them an early and full satisfaction of their just aspirations.

Your very obedient servant,

L. Muñoz

207

Washington, D. C. Diciembre 30 de 1915.

Señor don Rosario Canales, Jayuya, P. R.

Mi querido amigo: Al saludarle en el año nuevo, deseando para usted las más completas felicidades, no me parece inútil comunicarle algunas impresiones, que acaso le sirvan para contrarrestar ciertas propagandas injustas y malévolas.

Library of Congress

Mis esperanzas son buenas y se fundan en sólidas bases. Hasta ahora mis trabajos aquí resultaban inútiles por la hostilidad que llegó a crearnos la actitud de la “Unión” contraria a los acuerdos de sus mismas asambleas.

Estoy satisfecho de la marcha que emprendimos en octubre. A ella se deberán los éxitos que obtenga el país. En la Casa Blanca, en los centros ejecutivos y legislativos, en todas partes se facilita nuestra labor. Y la reforma es segura. Sólo podría impedirla una absoluta falta de tiempo en el Congreso. Y yo confío en que hará tiempo y se abrirá paso al bill de Puerto Rico. Sin la rectificación de nuestra última asamblea, tan dolorosa y tan indispensable, no habría que pensar en el triunfo de la fórmula autonomista. Así, pues, el sacrificio que realizamos no será estéril en la vida y en el desonvolvimiento de nuestro país. Y, además, representará una victoria para la Unión y sus hombres.

Contra eso laboran aquéllos a quienes aprovecha el régimen actual; aquellos que, débiles en las urnas, aguardan su influjo de gobierno exclusivamente. Son a veces republicanos y a veces unionistas. Aunque yo creo en el unionismo de algunos señores que tanto se empeñan en fabricar cismas, si no se les permite monopolizar las fuerzas de su propio partido.

Ni un instante dudo de que la isla sabe su camino y lo recorrerá con energía.

Suyo, distinguiéndole siempre muy de veras,

L. Muñoz

208

Mayo 16 de 1916.

Señor don Pablo Colón. Coamo, P. R.

Library of Congress

Mi estimado compadre: Tuve el gusto de recibir su afectuosa carta del día 7. Deploro que la edad debilite sus fuerzas físicas. Y veo con satisfacción, que no debilita sus entusiasmos patrióticos.

Todavía, a pesar de que va a cumplirse medio siglo, recuerdo nuestras asambleas del año 1868 en la tahona de Valladares. Usted, entre los muchachos de entonces, era el orador más radical contra el conservatismo de Sanz y del marqués de la Esperanza.

Tengo ganas de verle y de que hablemos un poco. Cuando llegue yo a Puerto Rico para la próxima campaña, mándeme las señas de su domicilio a San Juan e iré a su casa. No importa si es humilde. Se que donde quiera que usted viva tendré yo un buen amigo.

No se desaliente nunca. Continúe amando la independencia de nuestro país, que es nuestra propia dignidad. Yo la amo también sobre todas las cosas. Por conquistarle, y por formar una patria, luché desde niño, desde Barranquitas, y sigo y seguiré luchando hasta el último aliento.

Si la reforma triunfa, la tarea será menos difícil, porque habrá una base más sólida. Y, dentro de las nuevas leyes, preparará la Unión su demanda de soluciones definitivas. Es preciso convencer al Congreso americano de que no existen ya nuestros vicios coloniales y de que merecemos gobernar en la tierra que nos vió nacer y nos verá morir.

Con discursos de puro artificio y con actitudes de soberbia infantil no se gana la independencia. Se ganará con actos que revelen una alta capacidad cívica en la legislatura, en los municipios, en los Comités, en los meetings populares. Legislar con acierto, administrar con honradez, hablar con discreta virilidad: ese es el único camino. Y ese es el camino que aconsejo a mis compatriotas.

Abrigo la esperanza de que, antes del 1922, todos los puertorriqueños se unirán para pedir al Congreso la independencia. Y, si todos se unen, y si han demostrado que saben y

Library of Congress

pueden marchar solos, con la absoluta certidumbre de llegar a un gran éxito económico y político, vencerán.

Reiterándole mi invariable afecto, soy siempre su amigo que no le olvida.

Junio 1 de 1916.

Señor don José G. Torres, San Juan. Puerto Rico.

Mi querido amigo: Gracias por sus plácemes. Mi discurso no es *lo que pudo ser; es lo que convenía que fuese*, dentro de las terribles limitaciones impuestas por las circunstancias. No está en él mi carácter. Pero en él está mi patriotismo, que desprecia la popularidad cuando es preciso que el país salve su situación, que, como usted dice, es difícilísima.

Creo que el bill pasará en el Senado, aunque hay diez o doce bills más importantes empujando a la puerta. Y tras cada bill diez o doce senadores omnipotentes.

Me propongo ir a Puerto Rico en Julio. Hablaremos. Y usted nos ayudará, como nos ayudó siempre, en nuestros grandes empeños patrióticos ¡ Ojala que sea esta *mi última campaña!* (1)

(1) Desgracia damente para Puerto Rico, esa faé la última campaña del gran patricio R. H. U.

Suyo queriéndole mucho.

Junio 29 de 1916.

Señor don Luis Llorens Torres. Abogado P. R.

Personal confidencial.

Library of Congress

Mi querido Lloréns: Llegó su carta. Y, dentro de ella, una de nuestro noble amigo Henríquez Carvajal, hace dos días. Anteayer, ayer y hoy visité los centros diplomáticos **11 CAMPAÑAS III** 210 y los centros oficiales; para preguntar directamente en los unos; para adquirir impresiones en los otros.

En los unos no se sabe nada: en los otros no se dice nada. Usted no ignora, desde luego, que el Senado eligió a Castro y la Cámara a Henríquez y que cada uno, hasta hoy, mantiene su candidato. Mi experiencia me inclina a suponer que desde acá se insinúa un nombre, y que es el de Velázquez, o sea el M. T. Jr. de aquel país, tan desdichado como el nuestro.

Había una sola probabilidad de que yo observase la *impresión* del Bureau y que de ella dedujese un rumbo, una actitud: *enseñar la carta*. Pero, por don Federico y por mi propio, renuncié a esa probabilidad. Nadie, pues, *ha visto la carta*, que le devuelvo bajo este sobre.

Ni siquiera he podido cablegrafiar, porque la clave contenía dos únicas formas y no expresan lo que es preciso expresar: la perfecta ignorancia en que estoy después de mis investigaciones y que no me permite aventurar un informe concreto y específico.

¿Quiere usted mi opinión? Yo pienso que a un grande y puro patriota, como nuestro amigo, no conviene ser electo ahora, sino conservar íntegra su fuerza moral para emplearla en el servicio de su patria cuando la normalidad se restablezca, si se restablece en condiciones honorables, lo cual dudo también.

La política de Wáshington tiende a crear en Santo Domingo, en Hayti, en Nicaragua, en las repúblicas de Centro América, y aún en Méjico, protectorados más firmes que el de Cuba. Los Estados Unidos NECESITAN proteger sus fronteras del Este y del Sur. Son fuertes y están resueltos, a juzgar por los signos exteriores. Las palabras son palabras y los hechos son hechos. Sin que añada una sílaba más usted me entiende. Lo único que

Library of Congress

queda a los que intenten resistir, es decidirse a morir. ¿Cuántos, entre los que hablan, se decidirán? Tire usted sus cuentas. Yo tiré las mías desde mi *nulla est redemptio*, en 1889. Aseguro que se encuentran *más decididos a morir* los que no hablan.

211

Ya cambiaremos ideas en agosto, en “la bellísima San Juan de Puerto Rico”.

Fraternalmente suyo,

L. Muñoz

22 de julio de 1916.

Señor don Antonio B. Barceló. Fajardo, P. R.

Distinguido correligionario. El lunes 17 dirigí al speaker de la Cámara, señor Díaz Navarro, el cablegrama que copio:

“Díaz Navarro, Speaker, San Juan, Puerto Rico.

Saturday night caucus excluded Porto Rico bill from the legislative program to be carried out before adjournment August 20. Though situation is difficult, government officials and I will work persistently.

Resident Commissioner”.

Tratándose, como se trata, de un asunto cuya transcendencia reconoce toda la isla, me creo en el deber ineludible de explicar a usted, y a la Junta que usted preside, la situación del bill Jones en sí mismo y la situación general, política y legislativa, en lo que al bill Jones afecta.

SITUACION DEL BILL JONES

Library of Congress

Usted recordará que lo introdujo el Gobierno, por conducto del *Committe on Insular Affairs*, hace tres años. Ya entonces, en una entrevista con el general Mc. Intyre y el gobernador Yager, logré que aceptasen ellos las enmiendas siguientes:

—Cuatro, en lugar de tres, miembros del Gabinete designados 212 en el país y sancionados por los senadores del país;

—Cinco senadores y cuatro representantes *at large*, a fin de que, además de la representación individual de los distritos, haya otra representación general y a fin de que puedan seleccionarse los hombres a quienes los partidos consideren necesarios en la legislatura.

—Una sesión anual del Senado, con objeto de que la duración de los nombramientos *de receso* no se prolongue veintiún meses, sino nueve meses, como máximum.

Dentro de las circunstancias que existían en aquella época no pude lograr otras modificaciones.

El bill pasó a la Cámara, con el informe del Comité. Y este no mostró el menor deseo de llevarlo al debate.

Transcurrieron dos años. Y en enero del actual, Mr Jones reintrodujo el bill, modificándolo en diversos puntos, según las indicaciones del Gobierno, y en diversos puntos, según las indicaciones mías. Se creaba el veto absoluto; se organizaba la Comisión de Servicio público compuesta por los seis miembros del Gabinete y el auditor; se conservaba la potestad de nombrar por períodos cuadrianales, los miembros del Gabinete mediante la venia del Consejo Ejecutivo y se restringía el sufragio, limitándolo en un setenta por ciento.

Library of Congress

Luché, en los *hearings* del Comité, contra dichas cláusulas, y, teniendo el valiosísimo apoyo de usted y del señor Coll Cuchí, me cupo la fortuna de que el Comité—el de la Cámara—adoptase estas enmiendas:

—Veto parcial en manos del gobernador, sometido al arbitraje del Presidente en el caso de que la legislatura insista en una ley por sus dos terceras partes.

—Elección de dos miembros de la Comisión de Servicio público, que posee altas funciones administrativas.

—Derecho de las juntas escolares a designar los profesores para todas las escuelas.

—Transferencias de Bureaus aprobadas, no aquí por el Presidente, sino ahí por el Senado.

—Nombramientos para el Gabinete, no definitivos, sino temporales, mientras no los apruebe el Senado.

213

Y otras de menos importancia.

No era posible llegar más lejos y reservé mis nuevas tentativas para ir con ellas al *Committe on Pacific Islands and Porto Rico*.

En ese Comité constaban impresos mi memorándum del primero de febrero, el de usted del 7 de febrero y los magníficos discursos del Señor Coll Cuchí el 7 y el 8 de febrero. Aquellos tres alegatos, que coincidían en sus finalidades, abarcaban el problema íntegro, sin excluir la oposición respetuosa y tenaz a cualquier ciudadanía que no fuese la puertorriqueña.

Sabía yo, sabían usted y la Junta, que la ciudadanía americana era una cuestión resuelta: una medida inevitable después que la Unión, en múltiples documentos la solicitó del

Library of Congress

Congreso. Hubo un largo período en que las fuerzas militantes de Puerto Rico, con excepción de la muy humilde que yo representaba, solicitaron unánimes la ciudadanía de los Estados Unidos. La rectificación de 1913 nos colocaba en una posición difícilísima. Me rendí cuenta del hecho y más de una vez lo advertí al público en las columnas de *La Democracia*.

El Comité aceptó, entre nuestras enmiendas, las que relaciono:

—Sufragio universal manteniéndose por diez años, lo que equivale a mantenerlo a perpetuidad, porque en 1928, al convocarse los comicios, habrá casi desaparecido el analfabetismo que hoy nos perturba.

—Potestad para el Senado de aprobar o desaprobar los cursos de estudio que dicte el Comisionado de Instrucción.

Apelación a nuestras cortes judiciales contra los fallos del auditor en materias económicas.

—Fijación de la fecha en que debe reunirse el Senado, con el propósito de que no quede a merced del gobernador.

—Aclaración concreta sobre el carácter temporal de los nombramientos para el Gabinete antes de que se constituya el Senado.

Incluídas estas enmiendas, se perfeccionaba, se redondeaba 214 el bill a tal extremo, que sólo restaba el mantenimiento en absoluto imposible, de la ciudadanía nuestra natural. Y así, cuando el Comité envió el bill al Senado el día 30 de junio, se me ofreció en él transmitir por cable, que el 17 de julio el bill entraría a debate en el hemiciclo, con la certidumbre de una aprobación inmediatea.

Library of Congress

Pero el 15 de julio se rehizo el caucus demócrata y decidió que el bill se aplazase hasta las sesiones de diciembre.

SITUACION POLITICA

Es esta:

Del voto progresista depende el triunfo demócrata o republicano, en noviembre próximo. Ambas agrupaciones se disputan ese voto por los únicos medios a su alcance; por las actitudes de sus candidatos a la presidencia y de sus representaciones en el Congreso.

El juez de Hughes, el Presidente Wilson, y los leaders que les rodean y les secundan, realizan grandes esfuerzos por demostrar sus afinidades con el progresismo, que parece dividirse en dos campos opuestos. En esa pugna la ventaja corresponde a los hombres a quienes el ejercicio del poder permite convertir en leyes sus iniciativas. Los republicanos hablan: los demócratas hablan y ACTUAN, lo cual es distinto.

De otra parte, en la contienda de noviembre unos y otros se disputan el control de los cuerpos colegisladores, y necesitan recorrer, de extremo a extremo, el campo de la propaganda tribunicia. Urge, por tanto, en primer término, aprobar leyes que influyan en la masa electoral: en segundo término, suspender los trabajos del Congreso.

Frente a ese conflicto, que es un conflicto de tiempo, el caucus demócrata resolvió cortar el programa de manera que resulte practicable la clausura parlamentaria el 20 de agosto. Y no solo abandonó el bill Jones, sino un 215 ¿ierto número de bills que se había empeño en aprobar, como, por ejemplo, el bill que regulará la labor infantil de los centros fabriles y en los centros agrícolas.

El Presidente acudió en persona a parar el golpe. Fué al Capitolio el martes 18, conferenció con los jefes del Senado, insistió en el proyecto sobre labor infantil a que acabo de referirme y, conforme a mis noticias, que son de origen fidedigno, expresó su

Library of Congress

deseo de que se rectifique la exclusión del bill Jones. Voy a reproducir palabras textuales en que respondió el propio Presidente Wilson a súplicas mías en pro de nuestra causa.

“I SHARE YOUR SOLICITUDE ABOUT THE PORTORICAN LEGISLATION AND HOPE MOST SINCERELY THAT IT MAY BE ACTED UPON”. Palabras que, en castellano, dicen:

“COMPARTO LA SOLICITUD DE USTED SOBRE LA LEGISLACION PARA PUERTO RICO Y ESPERO, CON LA MAYOR SINCERIDAD, QUE SE PODRA ACTUAR EN ELLA.

No se ocultará a la perspicacia de usted y de la Junta que las frases transcritas envuelven una promesa cuyo valor guarda relación con las altísimas dotes y con el inmenso influjo de la persona que la emite.

Al Presidente Wilson deberíamos profunda gratitud aun que sufriésemos—yo opino que no lo sufriremos—el hondo infortunio de ver pospuesta la reforma que con tanta ansiedad aguarda nuestro pueblo.

SITUACION LEGISLATIVA

Es esta:

El caucus demócrata, con la aquiescencia de la minoría republicana, se propone cerrar el 20 de agosto las puertas del Congreso. Y antes han de votarse los bills que paso a enumerar:

216

—Presupuesto del ejército y la marina.

—Rentas y tributos varios.

—Contrucción y compra de barcos mercantes “Shipping bill”.

Library of Congress

—Ley reduciendo las contribuciones electorales “Corrupt Practice Bill”.

—Labor de los niños.

—Compensación a obreros por accidentes de trabajo.

—Restricciones en la inmigración.

—Asuntos en conferencia, entre ellos el bill filipino.

En circunstancias normales, esos ocho bills requerirían tres meses de discusión,. Pero el Senado está celebrando sesiones de ocho horas y media, de las diez a. m. a las seis treinta p. m. Y celebrará sesiones nocturnas si lo juzga oportuno. De suerte que la actividad se duplica o se triplica para hacer en cinco lo que requería quince semanas.

El bill Jones tiene dos caminos: avanzar empujado con energía por el nuevo caucus demócrata, que va a reunirse el martes 25, o penetrar en el *floor* por el turno del calendario, poniéndose a un lado, con el beneplácito de sus autores los bills que le anteceden. Me inspira, naturalmente, más confianza el primer camino, y ese es el que se trata de recorrer, si las complicaciones políticas lo consienten. No se me esconde la magnitud del empeño. Si me encontrara solo me agitaría con desesperado empuje. Pero abrigaría la seguridad de acometer una obra superior a los recursos de que dispongo.

No me encuentro solo. No conmigo, sino con nuestro país, se hallan el Presidente, el secretario de la Guerra, el Bureau Insular y el gobernador Yager. Aún en tan poderosa compañía no me parece segura la victoria: me parecen sí, magníficas las probabilidades de salir adelante. La perspectiva de que el bill Jones se apruebe en diciembre no me conforta: será un año—pues la ley no se aplicará hasta enero de 1918—perdido para nuestras ansias de poseer un régimen de opinión pública en vez del régimen personal que combatimos.

Library of Congress

He luchado, cediendo, resistiendo, avanzando, insistiendo, llegando al límite de lo que un ciudadano puede sufrir por su patria. Cualquier compatriota me superaría en la inteligencia, en la habilidad; ninguno me superaría en la resistencia, en la voluntad. Doy a Puerto Rico cuanto poseo y deploro no poseer el talento que a otros sobra. Estos amigos cuyo genio reconozco, son los llamados a sucederme con gloria y a recoger el fruto de las semillas que con mano enérgica regó en Wáshington la Unión de Puerto Rico. Pongo mi puesto a disposición de la Junta Central y de la Asamblea soberana.

De usted, cordialmente,

L. Muñoz

Agosto 8 de 1916.

Señor don Antonio R. Barceló, Fajardo, P. R.

Mi querido Barceló: Hoy, a las diez a. m. recibí su carta del día 2. Le contesto por secciones, para mayor claridad.

BILL JONES. Ningún movimiento *visible* en el Senado. Mucho movimiento fuera, en el ejecutivo. Hubo conferencias el viernes 4 y el sábado 5, entre el secretario de la Guerra y los senadores Kern y Vardaman. El lunes 7 entre el secretario de la Guerra y el senador Shafroth. Los tres quedaron convencidos de que es indispensable pasar el bill cuanto antes y comprometidos a realizar un esfuerzo vigoroso e inmediato. El general Mc. Intyre, con quien acabo de tener una entrevista, me asegura que en esta misma semana, es decir, desde hoy hasta el 12, se sentirá el efecto de la labor realizada. Y que el proyecto se convertirá en ley.

Yo soy menos optimista que la administración: conozco a los padres conscriptos de la alta cámara y sé que marchan despacio, cualquiera que sea el aguijón que les estimule. Mis cálculos hoy se resumen así:—El bill puede pasar esta semana; pero no

Library of Congress

tay probabilidades de que pase antes del 19. Y como el Congreso no se cerrará 218 antes del 16 de setiembre, hay espacio en que luchar. No sería para mí un sorpresa que un cablegrama mío anunciando el triunfo se anticipase al recibo de la presente. Y, de cualquier modo, CREO QUE EL BILL PASARA EN ESTA SESION.

COMO AVISARE: Díaz Navarro me escribe cinco pliegues de explicaciones y protestas. Usted piensa bien al aconsejarme que las admita cordialmente. Las admitiré; pero esto trae una consecuencia: la de que mis sucesivos despachos irán al Speaker protempore. De otra manera perderíamos su concurso activo. Sólo que, al propio tiempo que telegrafíe al speaker, telegrafiaré a usted conforme a la clave siguiente:

SEND OFFICIAL DOCUMENTS, significará BILL PASO.

RETAIN OFFICIAL DOCUMENTS, significará: BILL EN BUEN CAMINO.

OFFICIAL DOCUMENTS RECEIVED, significará: BILL SIN GRANDES ESPERANZAS.

OFFICIAL DOCUMENTS NOT RECEIVED, significará: BILL HA FRACASADO.

Unicamente en el primer caso convendría que usted publicase el despacho. No olvide que mi política consiste en dejar que LA DUDA en nuestros amigos y la alegría en nuestros enemigos se prolonguen y den sus naturales frutos. Necesitamos sondear las aguas en que navegan el país y la Unión.

CANDIDATURAS: Hay otro asunto importante: el de la Asamblea y las convenciones para elegir Resident Commissioner y miembros de la Cámara. Siendo forzoso presentar las candidaturas el 20 de setiembre y designar los candidatos en fechas anteriores al 16, pienso:

Library of Congress

—Que debe convocarse a la ASAMBLEA GENERAL, con carácter DE EXTRAORDINARIA, limitándole A LA 219 DESIGNACION DE CANDIDATO PARA RESIDENT COMMISSIONER, el 2 de setiembre para el día 10 de setiembre.

—Que debe convocarse a las convenciones de distrito, para candidatos a la Cámara, en esta forma:

San Juan Setiembre 11

Arecibo y Aguadilla “ 12

Mayagüez y Ponce “ 13

Guayana y Humacao “ 14

Desde luego, si el 9 de setiembre ha pasado el bill Jones, debe suspenderse la Asamblea, avisando por telégrafo a la isla en caso necesario. Entonces yo embarcaré enseguida y por lo que refiere a mi puesto en Wáshington, resueltamente le informo que no quiero la renominación, aunque creo que se me debe la justicia de renominarme para renunciar yo en el acto. De suerte que si la Asamblea me renomina a las diez a. m. el domingo 10, y la renominación se me comunica sin tardanza, mi respuesta, o sea mi renuncia irrevocable estarán en San Juan ANTES DE LAS CINCO DE LA TARDE.

MI CANDIDATO. Se necesita un hombre de confianza allá, y de prestigio allá y acá, que resulte capaz de mantener nuestras relaciones ejecutivas y legislativas, sin someterse al influjo de la administración y sin rebelarse contra la política del partido. Ese hombre, a mi juicio, es Félix Córdova Dávila.

MI VIAJE: Usted me indica que debo encontrarme ahí “algunos días antes de la Asamblea”. No dependerá de mí, sino del Congreso. Si el bill pasa, las elecciones se transferirán hasta diciembre y la apertura de las Cámaras hasta marzo. Y yo iré

Library of Congress

enseguida. Si el bill no pasa, tendré que permanecer en Wáshington hasta la clausura de las sesiones. Pero el plan que le doy cubre todo el campo. Y quizás a usted le ocurra otro más completo aún. Lo que importa mucho es guardar secreto. Muchas veces el secreto es la victoria.

MANIFIESTO DIEGO: Lo he leído. Es un acto de 220 *manifiesta* rebeldía. Si tiene resonancia en la Unión, a la cual se dirige, será preciso realizar otro acto de *manifiesta* energía y declararlos a todos fuera de la Unión. Si no tiene resonancia no hay que hacerlo caso. Y yo celebro que ese papel circule y que esa actitud se aclare. Por evitar un cisma borramos la ciudadanía borramos la estadidad y sufrimos, desde 1913, una serie de imposiciones que apenas se conciben. *Y al fin no se evitó el cisma. Que venga. Prefiero cien leales a cien mil traidores.* Yo contestaré, cuando llegue a Puerto Rico, ese rasgo de audacia. Antes no, porque me destrozaban sin que pudiera yo defenderme.

Suyo mi afecto de siempre,

L. Muñoz

Agosto 11 de 1916.

Señor don Ramón Siaca Pacheco. Subsecretario de Puerto Rico. San Juan P. R.

Mi querido amigo: Recibí su carta. Es un compendio de la situación tan clara y tan breve, que lo hice traducir al inglés y me está sirviendo para una excelente propaganda con varios senadores a quienes se necesita estimular. Naturalmente el nombre de usted no va en las copías ni yo lo menciono. Al general Mc. Intyre le enseñé la carta en español. Le gustó mucho. Y como coincide con los puntos de vista de la administración de una manera absoluta, la impresión tiene que ser favorable para usted.

Después del injusto acuerdo del caucus demócrata, se impone de mi parte una extraordinaria cautela al expresar mis esperanzas. No las expreso. Y, sin embargo, no

Library of Congress

las abandono. Ni un solo día dejo de agitarme en esta lucha, que decidirá el porvenir de nuestra patria. Si el bill pasa, preveo una noble inteligencia que permita a los dos grandes partidos de hoy aplicar la reforma con eficacia y preparar la nueva reforma para dentro de diez o doce años: gobernador electivo veto cualificado 221 Gabinete puertorriqueño y potestad legislativa sin ninguna traba. Sobre tal base y con tal *modus vivendi*, que la generación nueva se pronuncie por el Estado o por la independencia, si no quiere seguir limitándose, como el Canadá, como Australia, a un perfecto régimen de autonomía colonial.

Nosotros, los hombres del presente, no podemos establecer la nacionalidad soberana. En los Estados Unidos nadie piensa en reconocerla: en la isla nadie posee fuerzas para conquistarla. Nuestra misión consiste en demostrar que nuestro país sabe gobernarse. ¡Ojalá que nos sea fácil demostrarlo

De que nos ayudarán los estadistas estoy seguro. Y no quiero creer que nuestros compatriotas cierren los ojos a la luz y se obstinen en sus contiendas intestinas, en sus rivalidades infantiles y en sus espejismos ilusorios.

Usted sabe que desde niño fuí separatista. Continúo siéndolo: continúo amando el ideal luminoso; pero conozco la realidad y cometería un crimen si contribuyese a guiar a mi pueblo por falsos caminos, que nos conducirían, no al ideal, sino a un punto diametralmente opuesto. Abrigo la fe absoluta de que el camino que recorreremos, si se nos otorga una constitución amplia, es el que más pronto nos permitirá ofrecer a los Estados Unidos este dilema: LA NACIONALIDAD O LA ESTADIDAD.

Suyo con todo afecto,

L. Muñoz

Wáshington, D. C., agosto 24 de 1916.

Library of Congress

Señor don José de Elzaburu, San Juan, Puerto Rico.

Mi querido amigo: ¿Que no correspondí sin demora a su cariñosa carta? Es cierto. Y no le ruego que me excuse, porque estoy seguro de que usted comprende mis acerbas ocupaciones.

Mi tiempo, desde marzo, no me perfenecía. Necesitaba 222 darlo todo a nuestra causa en crisis; a nuestro país tan traicionado, tan engañado, tan adolorido. Necesitaba estar en la brecha hora tras hora, aunque no escribiese a nadie.

Y, en realidad, no he escrito sino para mi correspondencia política con los jefes de la Unión y con los jefes del Gobierno. Mis afectos íntimos, y aún mis relaciones de familia, debían quedar y quedarán para más tarde.

No quiero, sin embargo, que usted me crea indiferente a sus nobles palabras de adhesión, llegadas en momentos de gran tristeza. Las agradecí y las conservo, por lo sinceras, lo espontáneas y lo oportunas.

Vivimos entre dos escollos: el pitiyankismo y el pseudo-independentismo. Si la reforma triunfa y un régimen liberal se implanta, ambos escollos quedarán destruídos. Si no, ya veremos a los leaders de uno y otro grupo juntarse, apoyarse, ayudarse y compartir el precio de sus lisonjas futuras a los poderes públicos, según compartieron, enriqueciéndose y envaneciéndose, el precio de sus lisonjas pretéritas.

Usted los conoce. Usted sabe que van *a sus fines*. Y que en cambio encontraron y encontrarán siempre las vallas que les opuso nuestra dignidad y nuestro amor *verdadero* a la patria.

Pronto tendré el gusto de abrazarle. Suyo con profunda predilección.

L. Muñoz

Library of Congress

Agosto 25 de 1916.

Señor don Tulio Larrinaga.

Mi querido don Tulio: Recibí sus dos cartas. Y tengo que presentarle mis excusas. Necesitaba una hora para escribirle. Y no dispuse de ella, nunca, desde marzo.

Aún lucho por sacar a flote la reforma que naufraga. Aún existen algunas probabilidades. A usted, con su experiencia del Congreso, no le sorprenderá que se ahogue 223 un bill respaldado y empujado por la administración entera.

Lo ahogan la política nacional, la campaña presidencial, el urgentísimo apremio de que pasen otros bills que darán tema a los *stump speeches* de setiembre y octubre y que se necesitan para resistir a la avalancha republicana y contrarrestar los ataques del juez Hughes.

Nuestro último *chance* es este: se está discutiendo el Revenue Bill. Cuando termine el debate Mr. Shafroth llamará el bill Jones. Y en los tres o cuatro días que duren las conferencias, habrá tiempo de que corra sus trámites, hasta la firma del Presidente.

Pero en este mismo momento el senador Owen, nuestro amigo, anuncia que pedirá la inmediata discusión del Corrupt Practices Bill y que hará lo necesario para que se le complazca o para que el *adjournment* se aplace de una manera indefinida. Si no desiste nos quitará el único tiempo que nos queda libre y zozobraremos.

A mi juicio la Comisión republicana, Sweet y Todd, retardó el bill Jones dos o tres meses y nos creó las dificultades presentes. El bill Jones, a quien nadie hostiliza, debió pasar en junio. Habría pasado sin los *hearings* y las entrevistas. Abrigo la certidumbre de que pasará en la sesión corta; pero la crisis de la isla no admite ese retardo. La administración no lo ignora. Trabajo con empeño. Y no pudo salir avante, porque... primero son las elecciones.

Library of Congress

El Comité de la Cámara se condujo bien, especialmente Messhs. Jones y Towner y todos los *new members*, que llegan sin prejuicios y se sienten liberales. El Comité del Senado es casi inamovible. Exceptuando, en la mayoría, a Shafroth, Broussard, Vardaman, y en la minoría Clapp y Poindexter, a ninguno le interesa Puerto Rico.

Saulsbury no concurrió a una sola sesión, a pesar de mis estímulos. Kern es el leader y se mueve más alto; Lewis ni de nombre nos conoce; Ollie James es un bloque de hielo. No solo no va, sino que lo dice. Me fué imposible lograr que asistiese al meeting decisivo. A usted no 224 le cuento novedades; para usted estas cosas son el abecedario.

Shafroth en este momento se muestra optimista. Cree que el bill no morirá. Yo creo en lo de Espronceda: en la paz de los sepulcros. No aflojo, sin embargo (1) .

(1) El resto de esta carta a D. Tulio Larrinaga no aparece en el archivo.

Señores don Antonio Costa y don Nicolás Santini, 3.440 Broadway, Nueva York City.

Agosto 26 de 1916.

Mis queridos amigos. Tengo aquí su carta de ayer. No me será posible embarcar el día 2. Probablemente el Congreso continuará en sesión hasta el 4 o el 5. Deploro no ir con ustedes. Un viaje con tales compañeros sería delicioso.

Nuestro bill lucha entre la marejada sin freno de la policía nacional, en vísperas de unas elecciones, cuando todo se subordina a los cálculos y a los intereses de los grandes partidos que se disputan una victoria difícil.

Los hombres que nos auxilian combatirán por nosotros hasta el último instante. Ellos confían en el éxito. Yo no. Los que carecen de fuerzas propias se inclinan siempre al pesimismo. Mis actividades continúan en pie: mis esperanzas no.

Library of Congress

Quizá resulte el milagro. Pero las perspectivas están cargadas de sombra.

Me alegra la noticia de que cristalizó el negocio de ustedes. La suerte les haga ricos: es decir, más ricos. Ese es uno de mis mayores deseos. Al retirarme de Wáshington, busco también alguna cosa en que ganar la vida en nuestro país, aunque sea de un modo modesto. Confío en que lo encontraré.

Les quiere mucho y les manda un abrazo su viejo amigo,

L. Muñoz

225

House of Representatives, O. S. Wáshington, D. C.

Setiembre 2, 1916.

My dear Mr. Tumulty: I consider the Jones Bill, to establish a civil government for Porto Rico, in a very difficult position. I believe that without the direction and strong support of the President, this measure has no chance of being passed. Permit meto request yon to ask, on my behalf, for the hono or a short interview with the President at the earliest possible moment.

Thanking you in advance for your good office in this matter, I am,

Very gratefully yours,

L. Muñoz

Hon. Joseph P. Tumulty, Secretary to the President, The White House.

House of Representatives, V. S. Wáshington, D. C.

Library of Congress

Sept. 5, 1916.

My dear Mr. Tumulty: Since writing to you andr asking you to make an appointment for me to see the President, concerning the passage of the Porto Rican Bill, the entire situation has changed, and there is no longer the imperative need to obtain the help of the President at this time.

After writing you, senator Shafroth introduced an amendment attached to the Deficiency Bill as a rider which postpones the election in Porto Rico until a further decision by the President. If this amendment is enacted into law, it will solve the situation for the present, until such time as the Senate can give its attention to the new Organic Act.

The Porto Rican people and myself personally are very grateful to the President for his attitude in this matter **15 CAMPAÑAS III** 226 and the great help he has given us in our struggle for a measure of self government. I. will not trouble him further at this time, but at a more propitious moment I shall have the honor to pay my respects to him and talk him further about this piece of legislation.

Thanking you for your interest and your unfailing courtesy, I am,

Very sincerely yours,

L. Muñoz

Hon. Joseph P. Tumulty, The secretary to the President, Tre White House.

CRONICAS Desde Washington (1910 a 1916)

A RAFAEL HERNÁNDEZ-USERA

con el testimonio de mi afectuoso aprecio.

231

**LA DEMOCRACIA San Juan, diciembre 29, 1910. CARTAS DE WASHINGTON
IMITESE ESTO**

Ustedes saben que está muy extendida en Puerto Rico la propesión de imitar, y hasta de copiar, ciertos detalles norteamericanos. No falta por ahí quien llame tranquilamente *William* López o *Harry* Pérez, en vez de Guillermo López o Enrique Pérez.

No creí nunca que en esa propensión hubiese la más leve traza de lisonja servil, sino antes bien un simple deseo de originalidad y exotismo. No por otra causa hay aquí lindas jóvenes que se llaman *Elena* Gould o *Catalina* Silver, en vez de llamarse Helen o Catherine.

En Nueva York y en Wáshington se ve a cada momento, sobre el frontis de los *buildings* de diez pisos, una palabra española. Y quien haya dado una vuelta por Central Park West, por River Side o por Madison Avenue, habrá leído en letras de mármol o de bronce, *El Dorado*, *Don Carlos*, *Lolita*, *Granada*, *San Salvador*, etc., etc. Lo cual no tiene cosa alguna de censurable. Ni tampoco lo es el gusto que experimentan muchos compatriotas míos en raparse los mostachos a la romana y en doblarse los ruedos a la neoyorquina. Si ellos entienden así la moda y quieren practicarla, sea muy enhorabuena.

Pero, a la verdad, el país de los que tal hacen gana muy poco después que lo han hecho. Minucias individuales, 232 en ellas se traducen rasgos del individuo que las adopta. Ni perjuicio ni beneficio se derivan de ellas. Entre tanto existen costumbres dignas de ser imitadas y copiadas, y no obtienen los honores de la imitación ni de la copia.

El sábado último, el *Gridiron Club* de esta ciudad, invitó para un banquete a las figuras más ilustres de la política nacional. Asistían el Presidente Taft y casi todos sus secretarios, el speaker de la Cámara, más de cien senadores y representantes, varios gobernadores electos y muchos periodistas. No se hacía diferencia entre demócratas y republicanos. Junto a Mr. Taft sentábase Mr. Harmon, de Ohío, casi seguro candidato,

Library of Congress

que le disputará la Casa Blanca en 1912. Junto a Mr. Sherman, Mr. Wilson, de New Jersey, y cerca de Mr. Canon, Mr. Champ Clark, el próximo speaker.

Repartíanse caricaturas picantes, aunque ni por asomo ofensivas; cambiábanse bromas sin el menor toque de mordacidad; pronunciábase discursos en que el ingenio podía rivalizar con la cultura; reíanse a costa de los vencidos de noviembre y reían ellos mismos—es de suponer que no de muy buena gana—ruidosamente. Reinaba, en fin, una cordialidad franca y robusta. Aquellos hombres que en las Cámaras y en los periódicos luchan día tras día, son mutuos amigos y en el club se estrechan la mano y fraternizan, en vivo y pleno testimonio de que resulta posible combatir por los más opuestos intereses o por las más antitéticas doctrinas y conservar o establecer relaciones de afecto, libres de hipocresía, nobles y sinceras, fundándolas en motivos de distinción social o de estimación personal.

Y entiendo que esta costumbre americana debe cruzar el Atlántico e invadir a Puerto Rico. *La Democracia* probó, en formas prácticas, que es devota de esa santa fraternidad. Cuando escribía una serie de artículos vibrantes contra el gobernador Regis H. Post, en enero de 1909, su director asistía a las fiestas de Mr. Regis H. Post en la Mansión Ejecutiva y apuraba con aquel buen caballero unas copas de champaña y unos magníficos vegueros.

233

Sólo que el ejemplo no se extiende. Ciudades y aldeas conozco en que los republicanos y los unionistas no se hablan. Les cuesta trabajo saludarse. Mejor que adversarios que laboran en campos distintos, y que en un campo libre—la sociedad, la familia—se buscan y se tratan con cariño, parecen enemigos que juraron odiarse a muerte y cumplen su sacrilego juramento. Diríase que les apartan rencores profundos, y que para sus odios no ofrece el *duro destino* otra solución que la espada o la pistola.

Library of Congress

Y a lo mejor trátase de condiscípulos en las escuelas, de camaradas en la juventud, de coparticipes en los negocios, de parientes y de hermanos, de verdaderos hermanos, que ni aún disputan una ventaja real, porque la casualidad es que, los del bando republicano y los del bando unionista sirven, con sus inquinas tenaces, a los cálculos de un gobierno que ha menester dividirles porque quiere anularles, destruyendo la resistencia que juntos ofrecerían al abuso de la fuerza y a la prolongación de la servidumbre.

Falta todavía *un caso más*. Falleció Mr. Fuller, que presidía la Corte Suprema de los Estados Unidos. Quedó vacante ese puesto, tan alto como el de Presidente de los Estados Unidos.

El nombramiento, por manera exclusiva y absoluta, dependía de Mr. Taft, que es el jefe del partido republicano. Había un candidato: el gobernador Hugues, de Nueva York, íntimo de la Casa Blanca, influyentísimo entre sus correligionarios, prestigiosísimo en la opinión pública; un carácter íntegro y una capacidad que nadie discute. Como abogado de primera fila; como político a igual altura.

¿El Presidente Taft nombró a Mr. Hugues? No, señores, nombró a Mr. White, un demócrata, un antiguo confederado de la guerra civil; pero un juez, sólo un gran juez, con treinta años de ejercicio en la magistratura, con un “record” limpio como un cristal, con una experiencia insuperable y, lo mismo que Mr. Hugues—con la confianza nacional completa. Es una espléndida apostura de Mr. Taft al suscribir ese nombramiento. Yo no envidio las grandezas humanas, ni las glorias ajenas. Todo es humo. Todo 234 es nada. Pero esos rasgos sí que los envidio; porque nos revelan una elevada concepción moral de los deberes que impone a sus elegidos el voto de un pueblo.

En nuestro país—guardando, desde luego, las distancias—la Unión grabó en su historia uno de esos rasgos. Se votaba la ley de la Anemia. El Gobierno pugnaba por reservarse la destitución del médico director. La Cámara no cedía. Fué una batalla. Los delegados unionistas llegaron a mandar al Consejo Ejecutivo una Comisión—Delgado, Giorgetti y

Library of Congress

Muñoz—para anunciar su propósito de disolverse sin aprobar la ley del riego de la costa Sur. El Gobierno cedió. Se ganó la batalla. Y la Junta Central, que disponía de médicos eximios como González Martínez, Font Guillot, Muñoz Díaz, Amadeo, etc., recomendó a su correligionario, señor Vías Ochoteco, que nombrase al doctor Gutiérrez Igaravidez, que aún desempeña el cargo con honor y con eficacia y que venía de las filas republicanas.

En pequeño, en su reducida órbita de acción, la Junta Central se anticipó al Presidente Taft. Y dió el ejemplo de un noble desinterés y de una perfecta serenidad de espíritu.

Imiten el banquete del *Gridiron Club*; imiten el nombramiento del chief justice White los que se proponen imitar prácticas americanas. Porque éstas VALEN LA PENA.

Faírfax.

Diciembre 16, de 1910.

235

LA DEMOCRACIA Febrero 15, 1911. CARTAS DE WASHINGTON EL ULTIMO BOER

Hoy trae el telégrafo esta noticia:

—“Ha muerto Cronje”.

Tres palabras que seguramente importan poco a los bolsistas de Wall Street. ¡Cronje! Un héroe fracasado: un patriota vencido: casi un loco. Los grandes rotativos le dedican media columna. Es mucho. Al morir Harriman, el hombre de los rails el *New York Herald* le consagró siete páginas de siete columnas. Desaparecía una representación del dinero, de la potestad soberana imperante; un productor de millones. Cuando muera Rockefeller funcionarán todos los hilos del cable; enviarán a Nueva York su pésame los monarcas de Europa; seguirán al féretro las milicias innúmeras del dios dólar, vaciará la Prensa el amplio cofre de sus alabanzas a tanto la línea; habrá montañas de flores, se distribuirán

Library of Congress

limosnas, se cantarán responsos, enlutarán sus frontispicios los *truts* gigantescos, doblarán las campanas, llorarán las Universidades huérfanas de un protector.

Para Cronje tres palabras cubren las exigencias del público. Y media columna con el resumen de una vida. Uno 236 que peleaba por su país. Uno que sabía disparar el rifle y esgrimir la espada contra el imperio inglés, en la epopeya más simpática del siglo XIX; uno que cumplía su deber en el campo de batalla, rugiendo como un león del bosque y resistiendo como una roca de la montaña. Majubahill le había visto coronándose de laureles; Pretoria debía verle con la negra mortaja. El mundo se entera de que ya no existe el último boer y vuelve los ojos hacia el Támesis para saludar al Rey Jorge. El mundo es así:

A los hijos de aquel mártir de su fe y de su patria no llegarán mensajes de duelo. Los que lucharon junto a él verterán lágrimas de honda amargura: sobre su sepulcro solitario flotará una bandera y no será su bandera; resonará un idioma y no será su idioma; circulará una multitud fría y curiosa. Cronje no tendrá un pedazo de tierra propia en que dormir para siempre. Le queda, eso sí, la posteridad que escriba su historia con toques de leyenda. Le quedan los siglos, tal vez las estatuas en el futuro remoto. Y el mármol y el libro llegarán tarde con su apoteosis reivindicativa. Llegará el día en que sus enemigos no sientan celos de su triunfo pretérito, ni inquietudes por su gloria; vendrá con el inútil estruendo de una fiesta cívica. Y los pobres huesos no se agitarán allá abajo, en el rincón de la necrópolis, en la estrechez del nicho solitario.

Triste suerte la de esos eternos Quijotes del honor, que prefieren el desastre a la infamia. Konsciuzko, el polaco, caía moribundo al pie de las murallas de su capital amadísima pronunciando el *Fines Poloniae*. Kossut, el húngaro, desaparecía contemplando el poder de los Austrias omnímodo en Budapest, sin contradictores eficaces, aceptado por el servilismo y vitoreado por la perfidia. En la losa de sus tumbas no cabía su epitafio, porque sus tumbas se alzaban en los dominios de la injusticia que combatieron.

Hace diez años el jefe—patriarca de Transvaal—, Pablo Kruger, al convencerse de la voraz codicia británica y del inevitable suicidio de la república, pronunció esta frase lapidaria:

237

“CAEREMOS, pero nuestro sacrificio asombrará al Universo.”

Y se produjo el asombro. El pueblo boer salió a combatir, a perecer. La apelación a los gobiernos no encontraba respuesta. Francia no tendía sus manos a los límites de la libertad; Italia no tenía la clámide roja ni el hierro devastador de Garibaldi; Rusia gemía bajo la planta de su César y Prusia bajo la bota de su emperador: América se contentaba con los hurras de una simpatía platónica. No restaba otro recurso que el de las armas, ni otro camino que el del campamento. Y se aceptó la contienda desigual, entre la oveja y el leopardo; entre los colosos de Londres, dueños del planeta, y los pigmeos del Africa del Sur, idólatras de su hogar, constituido por el trabajo en el amor y en la paz. Mas ¡ah!, que la oveja creció de pronto hasta convertirse en pantera y los pigmeos lograron subir a una altura infinita. Vióse a las madres entregar fusiles y cartuchos a sus hijos; vióse a las novias despedir serenas a sus amantes; por los riscos y las planicies aparecieron los tiradores de puntería infalible. El inmenso anciano dirigía las huestes diseminadas por los bosques; el espíritu de Dios flotaba en la atmósfera enrojecida por el incendio. Sólo que no vivíamos en las centurias medioevales y Santiago el apóstol no descendía en su corcel ni desnudaba su hoja flamígera en ayuda de los débiles. Botha y Cronje igualaron las hazañas homéricas de Alcides y de Aquiles; un momento pareció que todo el impulso de Bitchner iba a estrellarse contra los voluntarios del patriotismo. No podía ser: la fuerza duplicó, decuplicó sus medios; a un ejército sucedió otro ejército; las bajas se cubrían, los huecos se llenaban, la diplomacia aisló en su refugio a los que defendían su derecho; el oro reclutó legiones mercenarias.

Y los poderes de la tierra asistieron al espectáculo de una capitulación luctuosa, en que el Transvaal entregaba sus ciudades y sus campos a las falanges triunfadoras de un

Library of Congress

nuevo Alejandro. Las minas de oro y de diamantes de Johannesburg y de Kinnberley despertaron el apetito de Cecil Rhodes; se necesitaba abrir paso a las vías férreas 238 que enlazasen el Cairo y el cabo de Buena Esperanza. Y nadie se atrevió interponerse para que Chamberlain, el canciller, no devorase a Bruger, el justo. La virtud, la austera virtud republicana sucumbía ante la ambición respaldada por el cuartel y por el banco, por el arsenal y el parlamento.

Iniquidad mayor no se dió nunca en el tiempo. Los diarios de París limitáronse a protestar con la pluma caustica de Rochefort y con el lápiz tajande de *Charivari*. Artículos injuriando a Chamberlain; caricaturas ridiculizando a la reina Victoria. Y luego la calma y el olvido. La colonia del Cabo extendía sus límites a la frontera de Zululandia; de las cartas geográficas borrábase Orange y Transvaal. Y el cielo seguía tan azul y la conciencia de Europa tan tranquila.

Hoy se va Cronje a la eternidad. Si allí encuentra a Pablo Krugger, que le precedió en la senda oscura, los dos se estrecharán las diestras, mirarán al punto del espacio en que gira nuestro globo, sonreirán con su postrer sonrisa melancólica y se dirán sin duda:

—Ya estamos acá arriba.

—Si. ¡Al fin! No valía la pena vivir entre aquella canalla

Fairfax.

NOTA:—Al estallar la guerra anglo-boer, 2 de octubre de 1899, las fuerzas militares británicas en el Africa del Sur sumaban 20.510 hombres de combate: las fuerzas boers sumaban 20.000. El 12 de octubre el ejército boer invadió el territorio inglés, tomando el desfiladero de Laing y las alturas de Ingogo y atacando las líneas enemigas desde Ladysmith a Dundée. Hubo varios encuentros en los cuales los boers causaron a los ingleses pérdidas enormes. La campaña se decidía por los primeros contra los segundos. Se alarmó el pueblo de Londres. Y el Gobierno resolvió reforzar sus tropas en las

Library of Congress

repúblicas Sur africanas. El general Redvers Buller embarcó a la cabeza de 16.000 soldados y el general Methuen a la cabeza de 9.500. Confiáronse 5.000 más al general French y 5.500 239 más al general Gataur. Pero los desastres ingleses y los triunfos boers continuaban; a pesar de la superioridad numérica de los ingleses sobre los boers. Enbarcáronse más de 120.000 hombres de artillería, caballería e infantería. Era imposible para los boers luchar en esas condiciones. Los viejos, los niños salieron al campo y tomaron las armas. La república, que solo contaba 250.000 nativos, puso en pie de guerra el máximo de su población masculina, equivalente a 50.000 combatientes. Inglaterra llegó a tener en el Sur de Africa 450.000 soldados. El número venció al fin y la república fué despojada. Cayó con gloria, habiendo hecho el sacrificio de 20.000 boers que sucumbieron, mientras que las bajas inglesas pasaban de 100.000. Aquel pueblo de héroes, en su agonía como nación, salvó su autonomía como colonia. En virtud del tratado de Pretoria. Inglaterra se comprometió a establecer una amplia forma de self government. Y hace dos o tres años cumplió su promesa. Los boers se gobiernan por sí mismos. Entre los jefes más hábiles y valerosos figuran los generales Botha, CRONJE, Joubert y el invencible guerrillero Christian de Wet. El general Cronje, dirigió dos batallas, combatiendo, como siempre, a fuerzas superiores en Mafeking y en Modcler River. En Modcler River, con 9.000 hombres frente a todo un ejército inglés se sostuvo nueve días y se rindió cuando sus batallones, exhaustos, no podían y resistir por más tiempo. Cronje ocupó después, en la administración de su país, el cargo de presidente del Consejo Ejecutivo. Nació en 1835 y ha muerto a los setenta y seis años.

240

LA DEMOCRACIA Febrero 21, 1911. CARTAS DE WASHINGTON LA ESPADA DE DAMOCLES

Nunca como en la ocasión presente pudo aplicarse y repetirse la aplicadísima y repitidísima frase “la espada de Damocles está pendiente de un hilo” sobre la cabeza del pueblo.

Library of Congress

El proyecto de ley número 230 mil “para proveer de un gobierno civil a Puerto Rico y para otros fines” pasó en la Cámara de representantes en junio 16 de 1910 con enmiendas admisibles, aunque no satisfactorias. La isla se resignó a aquella reforma “realizando” que, estrecha y raquítica, casi deprimente, superaba, sin embargo, a la célebre acta Foraker, que aún no ha muerto a pesar de tantas y tan justas maldiciones.

No pudo discutirla el Senado entonces. Y el 13 de diciembre, el comité *Pacific Island* etc., la llevó a su oficina, el examinó sin gran interés y acordó presentarla tal y como la recibiera; tal y como la aprobó la Cámara de representantes. El senador Depew la “reportó” sin demora en diciembre 16. Pero había unas corporaciones sembradoras de caña y elaboradoras de azúcar—Guánica, Aguirre y Fajardo—a las cuales no cuadraba la sección 65, que limitaba a 3.000 acres su derecho a poseer tierras en la colonia, estableciendo una sanción general efectiva contra los burladores de la ley. Y los accionistas de 241 estas corporaciones—Mers, Dillingham, Line y Armstrong—presentáronse en el Capitolio y trabajaron la partida.

Mucho deben de pesar y poderosa influencia deben de ejercer, cuando consiguieron que el bill volviese al Comité *Pacific Island* etc., que se abriese en *hearing* —vista pública—para ellos y que el Comité, volviendo sobre sus acuerdos, recomendase una ilusoria limitación de 5.000 acres, no para los terrenos a poseer, sino para los terrenos a cultivar, y dejara libres de toda trama los arrendamientos por un período no mayor de veinte años! Ya podían sentirse satisfechos los omnipotentes accionistas que quieren acaparar el territorio de Puerto Rico.

Sólo que el Comité, viéndose ya con el indefenso corderillo sobre la mesa de disección, antojóse de operar en *anima vili* y cortó de un golpe de cuchilla el Senado electivo-progresivo y de un segundo golpe los secretarios y marshals de las Cortes de distrito. Y el 20 de enero el senador Depew “reportó” de nuevo el bill con la enmienda de los acres sin límites, que aprovecha a las corporaciones millonarias y mata al país, y con las otras dos

Library of Congress

enmiendas del Senado y de los empleos judiciales, que no aprovecha a las corporaciones millonarias, pero que también mata al país.

De suerte que el tal flaco servicio se debe a la intervención de los gentlemen de Nueva York y de Boston ¡ah, Wall Sstreet, y de qué manera tu pico y tus garras se prolongan hasta la pobre patria inerme y desválida!(1) .

(1) Véase la carta a Giorgetti, fechada en Wáshington el 24 de febrero de 1911, nueve días antes de fomar posesión Muñoz Rivera del cargo de “Resident Commissioner”.

Ahora tenemos el *toro* en el *floor* del Senado. El 10 de febrero, hace cuatro días, tocó su turno “en el Calendario de la Casa” al bill Olmsted. Y Mr. Depew se levantó a pedir—acaso descubrió nubes en el horizonte—que se aplazase para el jueves 16 y que, por *unanimous consent*, se trajese a debate en primer término, después de los 16 CAMPAÑAS III 242 asuntos corrientes de despacho ordinario. Hubo preguntas y respuestas sobre el fondo del bill y se obtuvo el consentimiento unánime. Pasado mañana oiremos ¡hasta cuando, Calitina! los discursos de Mesrs. Root y Depew contra los puertorriqueños, culpables de no aplaudir a los que a mansalva los flagelan.

Volverán a decir que somos analfabetos, sin recordar que en ninguna de las trece colonias inglesas que en 1776 se sublevaron para sacudir el yugo de su metrópoli, existía la proporción de un cuarenta por ciento de personas literatas; sin pensar tampoco que, en la época presente, y con más de un siglo de independencia nacional, ninguna de las repúblicas sud-americanas supera a Puerto Rico en materias de educación; sin declarar que, entre las naciones archivilizadas, Grecia—la madre de las ideas—tiene un treinta por ciento de literatos, Italia—la madre de las artes—, un treinta y ocho, España un sesenta y ocho, Portugal un setenta y nueve, Rusia, un ochenta y uno, Servia un ochenta y seis, Rumania un ochenta y nueve; sin observar que en los propios Estados Unidos de América, no saben leer ni escribir:

En Tenesse 306,930 personas

Library of Congress

En Virginia 312,120 ”

En Utah 314,018 ”

En Nueva York 318,100 ”

En Mississippi 531.461 ”

En Sth. Carolina 358.659 ”

En Loussiana 351.461 ”

En Nth. Carolina 386.251 ”

En Alabama 443.590 ”

En Georgia 48.420 ”

Y eso contando, nada más, los mayores de diez años y sabiéndose que entre los menores de diez años la proporción se duplica, a causa de los niños que no asisten a las escuelas públicas.

Y dirán asimismo que somos una sociedad de convulsivos, sin reconocer que nunca se promovió una revuelta 243 en Puerto Rico, ni se sostuvo una lucha civil; sin fijarse—o tal vez fijándose demasiado—en que siempre mantuvimos el orden y la paz, aún cuando se nos provocó cien veces al desorden y a la guerra, nuestra historia aparece limpia como un cristal, tranquila como un lago, apacible y serena al punto de que en esas virtudes—si son virtudes—no nos iguala ningún pueblo del orbe.

Y reproducirán la eterna cantata de la prosperidad, calificándonos de seguro como un rebaño que se conforma con que sus pastores le nutran bien con las altas yerbas, en los

Library of Congress

cañaverales opulentos, y se cuiden de que las ovejas engorden para la esquila y para la báscula.

Ni diferirá de este criterio el criterio de los estadistas que nos combaten y, sobre todo, el criterio de los accionistas que viven en Nueva York y en Boston aguardando los dividendos de un cincuenta o de un sesenta por ciento para sus acciones *comunes* o para sus acciones *liberadas*; —jerga de Wall Street—dividendos inverosímiles en el Continente Americano, donde las empresas de caminos de hierro sufren el límite de un SIETE POR CIENTO, prescrito por las leyes, y no sacan del país sus ganancias, sino que en el país las invierten para embellecerlo y levantarlo.

Es preciso que nuestra gratitud sea inmensa hacia los que, negociando en los pingües negocios de Puerto Rico, no se conforman con centuplicar sus caudales, sino que pretenden escatimar también nuestra ración, ya escasa y triste, de libertad y dignidad cívicas.

Si Dios ve desde el cielo estas iniquidades y no las castiga, es que Dios tiene demasiada paciencia.

¡Bendito sea Dios!

Fairfax.

244

LA DEMOCRACIA Marzo 24, 1911. CARTAS DE WASHINGTON AQUEL PAIS...

Reside en Nueva York, la “ciudad imperial”. Y vino un día a Wáshington *to do some business*. El labio sin bigotes, como el de un cómico o un clérigo en Europa; el pantalón corto y con vueltas; el gabán ancho; el sombrero, un *derby* minúsculo; los amarillos y la corbata bermeja: todo un *dandy*.

Library of Congress

Nació en... no recuerdo. En Ponce, en Mayagüez, en Juncos: en Puerto Rico. Allá en su isla, en nuestra isla, recibió el nombre de Guillermo, de Teodoro o de Alejandro; aquí, adaptándose a la moda, se llama Alex, Teddy o William. Tampoco recuerdo. Ni importa. *Le non ne fait rien a la chose*. Llamémosle X.

Vino a Wáshington un día. Nos encontramos en Pennsylvania Avenue.

— *Halló, Mr. Fairfax. How are you?*

—Voy bien, compatriota. Perfectamente, aunque sintiendo la nostalgia del terruño. ¿Y usted?

— *Wonderfully*. En aquel país no se puede estar, ¡Esto si que vale! Mire usted ese *Municipal Building* y más abajo ese *Post Office* y junto a nosotros este *New Willard*. ¡Cuánto progreso!

—¡Ah, sí! No hay duda. ¡Lástima que no nos pertenezca!

245

—¿Que no nos pertenece? ¿Pues no somos americanos?

—¿Usted quiere decir que nos *poseen* los americanos?

—Bien; lo mismo da. Yo... uno de ellos. Aquel país no resulta. ¡Qué calles, eh! ¡Y qué casas! Con sus dos pisitos, y su balcón largo, y sus puertas sin cornisas. ¿Y las tiendas? La mejor es un ventorro. ¿Y los negros? ¿Y la suciedad urbana? Una sucursal de Mequínez o de Tánger.

—¿Usted ha visto a Tánger y a...?

—No, nunca. Sólo que, según dicen, allí los *zocos* y las *caletas* hieden a perro. Y la vivienda a moro.

Library of Congress

—Es posible. ¿Le gustaría que diésemos un paseo en automóvil?

—Vamos.

—Frente al Raleigh tomaremos un taxi cab.

Fuimos al Raleigh, pedimos un taxi y di la orden.

—A los barrios extremos del sudoeste y del sudeste.

El taxi partió con relativa lentitud. Pasamos por el Capitolio.

—Grandiosísimo, ¿no es cierto?—exclamó mi paisano.

—Enorme y artístico—repliqué.

Pasamos por el *Senate Office Building*.

—¿Qué palacio es ese tan colosal, en mármol blanco?

—El de los senadores. En él tienen sus oficinas. Otro igual hay para la Cámara. En ambos trabajan los que legislan sobre nosotros y a veces contra nosotros.

—Soberbio, Mr. Fairfax. En nuestra metrópoli todo a la misma altura.

—¿Usted cree? Bajemos un instante. Conviene que usted examine la cuadra, en la acera opuesta al *Senate Office Building* por el este y al Capitolio por sur. ¿Buen sitio, verdad?

—De primer orden. Habrá en él edificaciones *upto-date*.

—Magníficas—observé.

Library of Congress

—Y recorrimos juntos la cuadra de un extremo a otro. Chozas casi en escombros, de tablas desteñidas. Cajones en montón, basuras, desperdicios.

—¿Qué opina usted?

—Caramba, me sorprende. No se concibe. Sin duda la 246 excepción no falta. No se puede negar que el aspecto es sórdido. Sigamos en el taxi.

—Chófer, Central Union Station.

Central Union Station, la estación terminal de las diversas líneas que parten de Wáshington hacia todos los extremos de la república: una maravilla de confort y fausto arquitectónico. Mi *young fellow* no se cansaba de expresar su entusiasmo. Y yo coreaba sus elogios, que no cabía exagerar, porque el inmenso edificio se impone con su magnificencia extraordinaria.

—Pero fíjese usted, amigo X, en esa planicie que da acceso a la mole de acero y granito.

—¡Oh...!

Un ¡oh! de turista estupefacto, que no da crédito a sus propios ojos. La planicie, extensa, desnuda, llena de fango, presentaba un atroz contraste con los peristillos marmóreos de la regia estación. Era algo así como la insuperable fealdad a los pies de la hermosura insuperable.

—¡Qué cosas!— prorrumpía X—. ¡Qué cosas!

—No se desanime usted. Eso no vale la pena. Iremos un poco más allá.

Y el taxi marchaba, marchaba, describiendo ángulos y buscando los suburbios. Cuando llegó a las últimas líneas, invité a X a que echase pie a tierra. Rehusó. Le supliqué y le convencí.

Library of Congress

Empezamos a caminar.

—¡Jesús! ¡Quémal huelen estos parajes!

—Eso consiste en que “en todas partes cuecen habas”. Aspire usted el perfume de las habas de Wáshington.

—Diría que no es cierto si no lo viera y lo tocara.

En efecto: una multitud de casas extendíase ante nosotros, pobre, misérrima, repulsiva. Pedazos de madera y hojalata superpuestos para formar las paredes; pedazos de alfajía clavados en el suelo para suplir las verjas. Niños harapientos, mujeres cubiertas de andrajos: un residuo de ciudad en penuria y abandono.

X no profería una palabra.

—Oiga usted, ¿no ha visitado en sus viajes el Gheto de Roma, el Montmartre de París, el Rastro de Madrid, o el 247 Aibaicín de Granada? Pues esto es por el estilo, si no es peor; pregunte a Gay. Coll que ha estudiado conmigo estas delicias de los arrabales, para contestar a los que motejan a Puerto Rico. Y aprenda a no burlarse del Gandul ni de Salsipuedes. Pasemos a mi oficina. Deseo enseñarle ciertos datos estadísticos, a usted, tan quejoso de que en la patria pululan los negros, no acordándose de que “los negros no mataron a Cristo”, ni de que conviven con nosotros, y colaboran en el esfuerzo común, y contribuyen al adelanto colectivo, y merecen apoyo y simpatía. Venga usted.

Y a la velocidad del taxi llegamos a mi despacho.

—Suba usted, entre. Entra usted en sus dominios. Abra este volumen, página 876. Wáshington, *white people* 191, 532; *colored people* 86.702.

—Sí, sí; pero Wáshington no es los Estados Unidos.

Library of Congress

—Muy exacto; continúe usted hojeando el libro. Estado de Mississippi, *white* 641.200; *colored* 907.630. Estado de Georgia, *white* 641.200; *colored* 907.813. Estado de Louisiana, *white* 72.612; *colored* 650.804. Estado de South Carolina, *white* 557.807; *colored* 782.321. Estado de Florida, *white* 297.333, *colored* 230.730. ¿Quiere usted prolongar la rebusca? Me parece que esos son Estados Unidos y que en ellos la proporción entre *white* and *colored* no anda de acuerdo con los teorías étnicas de usted ni con sus prejuicios anacrónicos.

—Mr. Fairfax, usted convence a un monólito. En las cuestiones del ornato y de la raza no discuto más. Pero ¿y la educación pública? Y los analfabetos de Lares, Utuado, Adjuntas, Barros, Lajas, etc.? ¿Y el tráfico de votos en las urnas?

—Vamos por partes. ¿Analfabetos? En Alabama hay 443.590; en Georgia, 248.540; en Kentucky, 262.954; en Louisiana, 381.145; en Mississippi, 351.461; en Nueva York, 318.100; en North Carolina, 386.251; en Ohio, 131.541; en Pensylvania, 299.376; en Tennessee, 306.930. Y así sucesivamente. En cuanto a la venta del voto, lea usted.

Y puse en sus manos un tomo del *Congressional Record*, acabadito de encuadernar, flamante, tentador.

248

—Lea, lea el debate en el Senado, relativo a la elección de Mr. Lorimer; anote los discursos de Mr. Root, Mr. Veveridge, Mr. Cullom... Encontrará usted a una legislatura *majestática*, la del Estado de Illinois, acusada de que entre sus miembros seis, ocho, diez, muchos recibieron por su voto unos billetes de banco. En nuestro país no hizo esto, en ninguna época, ningún mandatario del pueblo.

X, leía con avidez. Para él eran novedades los escándalos que cualquier chico de escuela conoce hoy en la libre nación americana. Mi análisis de incipiente psicólogo seguía las evoluciones de su pensamiento sencillo e ingenuo. Iba puertorriqueñizándose. Llevó su

Library of Congress

diestra el labio superior, como si echara de menos el varonil mistacho latino. Miró al ruedo de su pantalón y me tendió la mano.

—¡Adiós, Mr. Fairfax!

—¡Adiós, X! No olvide que, en relación al voto, los diarios acaban de publicar resúmenes de los millares y millares de votantes vendidos, en varios puntos, a quien quiso comprarles; no olvide que, en relación al ornato, Nuevo York misma posee su Bowery, su Front Street, su undécima avenida, sus suburbios mefíticos y sus manchas oscuras, “que no faltan ni en el sol”; no olvide que usted nació en uno de los países más bellos por su naturaleza lujuriente, más ricos por su suelo feraz; más sanos por la bondad de sus hijos y más santos por la virtud de sus hijas. Nuestra tierra es diminuta; pero es nuestra tierra. Yo no la cambio por la de nadie.

—Diantre, Mr. Fairfax; ni yo tampoco.

—Grandes son los sajones: Imitemos su energía práctica, su impulso avasallador en los negocios, el *confort* admirable de su vida, su tendencia perenne a la conquista de la fortuna, la solidez de su sentido común, la libre franqueza de sus costumbres. Reproduzcamos en nuestro paraíso tropical lo bueno de América sin renunciar a lo bueno de Europa. Unamos allí, a favor de una selección inteligente y altiva, dos razas y dos civilizaciones. Adquiramos el idioma de Webster y de Dickens sin perder 249 el idioma de Roque Barcía y de Galdós. Ocupamos una posición privilegiada, en el punto de intersección entre dos hemisferios. Aprovechémosla. Y ¡ *Goa head, boy!*

—Sí sí; adelante siempre. En castellano y en inglés.

Tomó el ascensor. Bajó. Salí a la ventana. Al subir al taxi ví que desdoblaba los ruedos de su pantalón. Partió. Juraría que se dejará crecer el juvenil mostacho mosquetero.

Fairfax.

LA DEMOCRACIA abril 1, 1911 CARTAS DE WASHINGTON LA CUESTION DE MEJICO

Para los que siguen atentamente y con mirada profunda el curso de las cosas, en la movilización de una parte del ejército americano y en la ocupación militar de las fronteras del Sur, hubo hasta ayer un inidescifrable misterio. Sabiéndose que Mr. Taft es hombre calmoso y hábil estadista, nadie creyó que comprometería su autoridad y su prestigio en un alarde de fuerza innecesario. Presumíase algún motivo recóndito en las órdenes ejecutivas. Y la Prensa, tan sagaz en sus pesquisas, afanábase en su tarea de inquirir los móviles secretos capaces de determinar resoluciones tan repentinas y tan graves.

Periódicos de nombradía mundial como el *New York Herald*, el *London News*, el *Nowoe Wrenya*, daban palos de ciego, desconcertándose o aturdiéndose entre el laberinto de explicaciones opuestas, emanadas de los centros oficiales. Unos insinuaron que se trataba de conquistar más territorio latino; otros sospecharon que Mr. Taft y Porfirio Díaz marchaban de acuerdo con el propósito de suprimir la revolución; otros aventuraron la hipótesis de una maniobra política tendente a garantizar el triunfo de un partido en 1912. Y el senador La Follette, que escribe una revista personal, eco de sus ideas y mantenedora de sus intereses, llegó a publicar la presunción, casi 251 temeraria, de que el Gobierno sirve a los cálculos de los *truts* de Wall Street, en que Mr. Henry Taft figura con negocios de gran monta, como socio de Mr. J. Pierpont Morgan en diversas líneas ferroviarias de Méjico.

Mr. Taft, después de mandar a Texas las tropas federales, en número de 20.000, salió hacia Georgia y se dedicó al descanso y al sport en Augusta, encerrándose en un enigmático silencio y negándose a toda interview periodística. Entre tanto el embajador De la Barra, el ministro de asuntos extranjeros Creel y el ministro de Hacienda Limantour —éste último de regreso de Europa en el Hotel Plaza, de Nueva Yorñ— declaraban con firmeza patriótica que Méjico no admite que ningún poder intervenga en sus conflictos

Library of Congress

internos y que consideraría un *casus belli* el hecho de pasar el Río Grande, o cualquier frontera mejicana, las fuerzas de una nación extraña.

El Presidente regresó de Georgia, conferenció con su Gabinete; oyó al embajador De la Barra que, en nombre de su Gobierno, pedía que se retiraran las tropas y respondió a esta demanda como responde siempre un diplomático, sin establecer compromiso alguno. Y llamó al representante japonés en Wáshington para dos fines. 1.º, felicitarle por el tratado de comercio entre el Japón y Estados Unidos, que el Congreso aprobara al cerrar sus sesiones el 4 de marzo: 2.º, felicitarle asimismo por la ruptura del tratado entre el Japón y Méjico, que acaba de producirse y que robustece la cordialidad de relaciones entre Estados Unidos y Japón.

No añadió el Presidente una palabra más. Había dado, con una *bonhomie* perfecta, la clave del enigma. Y ya era fácil para los periódicos enterar a su público de que aquella movilización súbita, y aquel gasto de sumas enormes en marchas y contramarchas, y aquella actitud belicosa de un cuerpo de ejército avanzando en tren *exprés*, obedecían a la necesidad absoluta de que el territorio mejicano, merced a un convenio bilateral, no sirva nunca como campo de operaciones a los aliados de Méjico en la margen oriental del Pacífico.

Había, pues, una cuestión de suprema importancia a 252 resolver. Se ha resuelto. Desde 1910 susurrábase que Porfirio Díaz andaba en devaneos con Musohito. El embajador americano en Londres vino a esta capital. De paseo, está claro, en viaje de salud. Tales las apariencias. Pero, en las realidades, para poner en guardia a la Secretaría de Estado y la Casa Blanca, advirtiéndoles que alguna tormenta se fraguaba en el Sur y que urgía erigir el pararrayos si no se quería que la chispa eléctrica brotara de improviso al conjuro de algún Tamerlan amarillo o de alguno de los Kurokis que domaron en Asia la soberbia moscovita.

Library of Congress

El trabajo de las cancillerías es un trabajo sordo, que no se ve, que no se siente y que sale a la luz—si sale— cuando, cumplido su objeto, no necesita la reserva. El Presidente Taft envió a Inglaterra un proyecto de arbitraje. Lo discutió el Parlamento británico; lo recomendó Mr. Asquith; lo comentó y lo elogió la Prensa. Hubierase dicho que el proyecto no encerraba el más leve fondo de malicia. Y, en verdad, únicamente aspiraba a aislar a Tokio, quitándole el apoyo de Londres. Ingleses y japoneses hicieron un tratado en 1902. Merced a sus cláusulas pudo el Japón batirse con los cosacos del Urul, y vencerles en Manchuria y tomarles a Port Arthur. Sólo que Inglaterra no podría nunca volver sus armas contra sus hijos de América. El tratado no se renovará en 1912. Y, antes de que termine, Inglaterra quiere crear un pretexto para no ayudar al Japón. Y ese pretexto es el arbitraje que propone Mr. Taft. De modo que el mejor día el Mikado, al declarar la guerra creyendo en el auxilio del rey Jorge, se encontrará con el rey Jorge vuelto al revés y con el Imperio Chino aliado a la república americana.

Cada cual sabe donde le aprieta el zapato. Y, según se ve, no duermen, sino que vigilan, los jefes de este país, que no afrontarán la lucha si no poseen la certidumbre de la victoria. Y, debiendo presumirse que tampoco son doctrinos los estadistas del Japón, el mundo puede esperar que el conflicto armado vaya alejándose, hasta desaparecer en los horizontes del tiempo.

253

Los expertos militares de Alemania profetizan la guerra en un corto plazo. La creen inevitable, fatal, matemática. Y se fundan en que ni el Japón ni los Estados Unidos ceden el Pacífico y en que el Pacífico no es cosa que se reparte amistosamente, sino que se conquista o se abandona.

En cuanto a Méjico, habría que repetir el proverbio popular: “la sogá rompe por lo más delgado”. Porfirio Díaz, ansioso de garantizar la independencia de su país, buscó alianzas en países remotos. Y el Presidente Taft, al enterarse de la oculta maniobra, le detiene y le dice:—“VADE RETRO. En América no son lícitas las alianzas contra América. O rompes

Library of Congress

el tratado o los veinte mil hombres cruzan la frontera, y tras ellos veinte mil más, o los que exigen las circunstancias. ¡Ahora, elije!”

Porfirio Díaz ha elegido.

¿ Quién osaría censurar la conducta de Mr. Taft? Encontrándose frente a una cuestión de vida o muerte, la afronta con el vigoroso impulso y la ruda energía propios de su raza, sin preocuparse mucho de lo que opinen Berlín, Londres o París. Y cuando envíe su mensaje al Congreso, explícita o implícitamente justificaría la movilización. El Congreso, que es ante todo y sobre todo americano, apoyará y aplaudirá al jefe del ejecutivo, votará los créditos que el secretario de la Guerra indique y contará, a su vez, con el apoyo y el aplauso del pueblo. En casos tan graves, nada hay más legítimo que la defensa nacional, dentro o fuera de los convencionalismos del derecho internacional.

El barón Yasuya Uchida sabe que no es YA SUYA la oportunidad que se le escapa de las manos.

Fairfax.

254

LA DEMOCRACIA Mayo 13, 1911. CARTAS DE WASHINGTON

Mayo 5 de 1911.

Es una desgracia, una verdadera desgracia, que con tan alarmante frecuencia se repitan los casos de *bribery* en la gran nación cuyo Gobierno se consideró siempre como un arquetipo de repúblicas. Desde que Tocqueville escribió su libro “La democratie en Amerique” y Jacolliot su “Voyage au pays de la liberté”, todos los pueblos vuelven sus ojos hacia este pueblo ideal cuando necesitan costumbres puras que imitar o ejemplos sanos que seguir. Y si el soborno continúa manifestándose hoy acá, mañana allá, y acullá

Library of Congress

esotro día, la leyenda paradisíaca de los dos escritores parisienses rodará en pedazos, al golpe de una realidad escandalosa, a la altura de *l'afaire Dreyfus* o de *l'afaire Panamá*.

Cuando en abril de 1899 vine yo a Estados Unidos, desembarqué en Nueva York. No hablaba entonces una sílaba de inglés. Luis Palmieri, puertorriqueño muy culto y amigo mío muy leal, era mi bondadoso intérprete y mi asiduo lector del *Herald* y del *Journal* en el hotel Plaza.

Un día llamaron mi atención unos clisés sugestivos: dos hombres aparecían, el uno frente al otro. Ocupaban dos asientos cercanos. La actitud resuelta, el ademán brusco, la mirada hosca. Adivinábase la disputa, casi el 255 choque. Pregunté a Palmiera la signifaicación de aquel grabado.

—¡Ah! sí. Este es un juez, al cual comisiona el gobernador para que investigue ciertas irregularidades administrativas en el municipio de la ciudad. Y éste es Mr. Crocker, el jefe del *Tamany Hall*. Mr. Crocker devuelve al juez íntegra, una de sus acusaciones, que parecía no tener respuesta.

—¿Me hará usted el favor de leer las cuatro líneas que explican el asunto al pie del dibujo?

—Con mil amores.

Y Palmieri leyó esto:

“ *El juez*. —¿Es cierto, Mr. Crocker, que posee usted diez millones de dólares— *Mr. Crocker* —Sí, señor.— *El juez*. —¿Es cierto que hizo usted su fortuna en la política?— *Mr. Crocker*. —Sí, señor: lo mismo que usted.”

Library of Congress

Yo, un lector de Tocqueville y Jacolliot, un creyente en la austeridad republicana, me declaré atónito y estupefacto. Palmieri, que vivía desde seis años antes al borde del Hudson, se quedó tranquilo y sereno.

—Eso no es nada. O, mejor aún, eso es el pan de cada día. Ya usted verá más adelante lo que es Crocker, lo que es Tamany y cuantos Crockers y cuantos Tamaníes hay por esos mundos. Allá, en la islita, se piensa que la política es un *sacerdocio*: acá, en el continente, se piensa que es un *negocio*. De ahí que usted se asombre de lo que cualquier americano mira con la indiferencia que da el hábito.

Así hablaba Palmieri. Después, andando los tiempos y ahondando yo en el carácter de esta sociedad originalísima y, para un latino, casi paradójica, aprendí que en la política hay gentes honradas; pero hay también gentes capaces de traficar con los intereses públicos en contratas, en franquicias, en elecciones, y aún en el *sancta sanctorum*; en el templo augusto de las leyes.

Todavía se recuerdan los enormes escándalos de Nueva York y se cita el fallo de los tribunales, condenatorio de William Tweed a presidio perpetuo. Tweed logró fugarse y se refugió en España, llevando consigo seis millones 256 de dólares. La policía le descubrió, las autoridades de Madrid le entregaron a las de Wáshington. Sólo había dispuesto de treinta mil dólares. Ingresó en la cárcel y en la cárcel murió. Era jefe del Tamany; un jefe anterior a Mr. Crocker.

Más tarde los infundios de Nueva York fueron reproduciéndose, al extremo de que esa ciudad y sus clubs democráticos disfrutaban una fama terrible. La legislatura de Albany pugnaba por intervenir y encontraba el obstáculo de una legislación automática que ponía al municipio fuera de alcance, y de una organización política dominadora, monopolizadora de todos los resortes municipales. El Tamany, siempre el Tamany venciendo en las urnas, extendiendo su influjo, manejando los fondos comunes y creando un foco de contagio permanente.

Library of Congress

Y ahora, en 1911, los sucesos de Illinois: un senador defendiéndose de aquella serie de cargos en que se describía a diez, a veinte miembros de la legislatura de Springfield vendiendo sus votos por mil o dos mil dollars, y confesándolo sin rubor; es a saber; hundiéndose para hundir a Mr. Lorimer y arrojando manchas indelebles en los anales de su propia patria.

Y hay otra legislatura, la de Ohío, con el cuadro de la compra-venta en su seno, con cinco de sus miembros que bajan a prisión, reos de delitos que avergüenzan. Illinois es, por su número de habitantes—5.638.591—el tercer Estado de la república.

Illinois dió a la Casa Blanca un Presidente, Lincoln, ilustre sobre todos, si se exceptúa a Jorge Wáshington; Ohio dió a la Casa Blanca cinco Presidentes: Harrison, Hayes, Garfield, Mc. Kinley y Taft. Marchan Illinois y Ohío a la cabeza del país: son los prósperos, los ricos; los emporios de un progreso que asombra; los *pioneers* de una civilización que causa vértigos.

Los periódicos de ayer escriben:

—“Se acusa a seis prohombres legislativos: *senators* Huffman, Andrews y Cetone; *representatives* Nye y Lowry y al sargento de Armas Diegle, y se les exige una fianza de cuarenta mil dólares, la cual prestan en el acto.

257

“Del *representative* Nye se afirma que solicitó un soborno de pesos 50.000 por apoyar un bill, cuyo objeto era desposeer de su cargo al juez Blair, que conduce un proceso electoral en Adams County; que solicitó un soborno de pesos 10.000 para apoyar un bill de nueve horas de trabajo para las obreras; que solicitó un soborno de pesos 5.000 por apoyar un bill para facilitar la entrada en Ohío a las compañías de seguros. Contra los otros se hacen cargos idénticos.

Library of Congress

La defensa de los otros será, asimismo, idéntica. Se excusarán alegando que, al solicitar los sobornos, lo hicieron con el sólo fin de tender una trampa a los sobornantes”.

Por fortuna ni el Presidente Taft ni los republicanos ni los demócratas del Congreso transigen con la venalidad, que extiende su campo de acción a límites que nadie pudo sospechar que ejerciera sus audacias. Por fortuna la masa popular tampoco admite contubernios con los negociantes del decoro colectivo. La opinión ha visto claro. Y las Cámaras promulgarán una ley de senadores por voto directo, y evitarán así que se reproduzcan las escenas de Illinois; y los jueces dictarán fallo de una eficacia profunda e impedirán así que se reproduzcan las escenas de Ohío.

Los Estados Unidos, con la fuerza de sus tres poderes, el ejecutivo, el legislativo y el judicial, necesitan ponerse a salvo del riesgo que les amenaza; destruir, hasta sus últimos gérmenes, el *negocio* en la política; barrer, hasta en sus últimos rincones, el miasma infecto; limpiar la atmósfera; matar de raíz la planta maldita del *carpet-bagger* retrotraer las costumbres a la época de Madison y Jefferson; lograr que ni el sufragio, ni el producto del sufragio, que es el representante del pueblo, se compren ni se vendan.

Ya Jesucristo daba el ejemplo: los mercaderes ¡fuera del templo!

Se piensa prohibir en absoluto las colectas electorales. 17 CAMPAÑAS III 258 Que el ciudadano vote si gusta, y sino, que no vote. El voto debe ser un acto espontáneo, voluntario, personal; sin que en él medie ninguna oferta, ninguna ventaja. ¡Ojalá que se cumpla ese proyecto! Y ojalá que, en la vida de la nación, de arriba abajo y de abajo arriba, todo obedezca a ese noble concepto del honor y del deber. Entonces habrá una firme, sólida y sincera democracia.

Fairfax.

259

LA DEMOCRACIA mayo 19 de 1911. CARTAS DE WASHINGTON EL PARTIDO DEMÓCRATA

Mayo 12 de 1911.

En nuestra isla existe un partido republicano local, homónimo del republicano nacional. Se incorporó hace algún tiempo. Y de la incorporación, que aquí se admite como una mera fórmula sin consecuencias prácticas, no derivó ningún beneficio. Si ha de juzgarse por los hechos, mas bien derivó algún perjuicio. Es notorio que, desde la inauguración del régimen civil en 1900, hasta la renuncia de Villiam H. Hunt en 1904, ese partido influyó y casi gobernó. Al incorporarse es notorio también que dejó de influir y gobernar, perdiendo el apoyo de las autoridades en las elecciones y estableciéndose con Mr. Beekman Winthrop la neutralidad, que mantuvo Mr. Regis H. Post y mantiene Mr. George B. Colton.

Dentro de esa noble y laudable neutralidad no era fácil que una minoría impusiese sus candidatos, según los impuso en Humacao, Patillas, San Lorenzo, Lares, etc., para los ayuntamientos, y en Guayama para el distrito. Sólo con sus propias fuerzas y frente a la Unión, sola con las suyas, el partido republicano sufrió primero una derrota y más tarde tres copos sucesivos. De 1905 a 1911, en tres legislaturas no consiguió llevar un representante 260 a la Cámara popular, aunque en el Consejo Ejecutivo se dieron dos plazas a sus cincuenta mil electores.

Pero la realidad es que, cuando unos esperaban y otros temían que la incorporación tan trabajada y tan pregonada, les afirmase en el influjo oficial y, con él, su fuerza ficticia, que no se fundaba en el voto del país, sino en la temeraria y violenta intromisión del Gobierno en las urnas. En cambio los unionistas, no incorporándose nunca a los demócratas, e identificándose siempre con el pueblo, dominaron de un modo legítimo el sufragio y recibieron, una tras otra, pruebas inequívocas de la confianza pública, representada por cien mil papeletas electorales en cada apelación a los comicios.

Library of Congress

Hubo dos hombres de clarísimo entendimiento que no aceptaron los nuevos rumbos y lanzaron a un tiempo su protesta. No se quiso escucharles. Ambos se retiraron de las filas: uno, el señor Degetau, para permanecer en la vida privada entre el respeto y el cariño de sus compatriotas: otro, el señor Cay. Coll Cuchi, para ingresar mucho más adelante en la Unión, a la que prestó y presta el concurso espléndido de su juventud activa y de su capacidad bien probada en difíciles empresas patrióticas.

El partido republicano siguió su marcha y, de desastre en desastre, tuvo que limitar su acción al municipio de San Juan y a una docena de municipios en el interior. Y únicamente recobró los de Mayagüez y Guayama, a merced de las disenciones hondas y de las abstenciones tristes que perturbaron a la Unión en 1910 y que no se reproducirán en 1912. En la alta tarea de legislar no interviene, pues aunque *La Democracia*, no por su iniciativa aislada, sino en poderosa y generosa compañía, le ofreció en la Cámara los puestos correspondientes a su número en las urnas, el Comité Territorial y la Asamblea Insular, juzgándose fuertes, no aceptaron la participación que se les brindaba en términos amigables y honorables.

Ahora bien: pese a los ejemplos que nos brinda la historia de los últimos ocho años, sabemos de unas pocas individualidades que predicán la formación de un partido demócrata en Puerto Rico. Si se proponen realizar fines 261 individuales y egoístas; si son americanos y quieren organizar, siquiera nominalmente, un núcleo que les ponga en relaciones con sus amigos de acá, o si son puertorriqueños y quieren organizar, siquiera nominalmente, un núcleo que reste prosélitos a los amigos de allá; si no los alienta un propósito grande; si se limitan al daño ajeno o al propio lucro, nada tenemos que hacer con gentes de tal calibre. Pero si en verdad quieren laborar en pro de la causa común; si la buena fe les guía y el entusiasmo les impulsa y la esperanza les alienta, conviene decirles dos palabras.

Claro es que las simpatías de la Unión están con el partido demócrata nacional. En él encontró los defensores de su conducta, cuando la examinaba el Congreso y la

Library of Congress

motejaban los republicanos; oradores demócratas alzaron su voz para sostener el derecho de Puerto Rico a una amplia reforma constitucional; escritores demócratas ejercitaron su pluma en la propaganda de un sistema que reemplace al que hoy nos ahoga; minoría demócrata era la que, en el Comité de Asuntos Insulares, presentaba un voto particular en favor de nuestra causa. El triunfo de los demócratas es para nosotros algo que se asemeja al alborar de la mañana que precede a un día de reivindicaciones que parecían ensueños y que quizás cristalicen pronto en leyes soberanas y definitivas.

Si pudiéramos tomar parte en la contienda, votando al Presidente de la república, enviando a la Cámara Alta dos senadores y a la Cámara Baja cinco representantes, aconsejaríamos la incorporación inmediata, afiliándose cada elector de Puerto Rico al partido que mereciere su confianza. Nosotros, en lo que nos afecta de un modo personal, nos consideraríamos ingratos si no nos afiliásemos al partido demócrata.

Pero aún no llegó, y acaso tarde mucho, el momento decisivo .Se dirá que nada perdemos tampoco. ¡Ah, sí! Perdemos lo que pudiera tener de fructífera nuestra maniobra, realizándose con OPORTUNIDAD, puede ser origen de concesiones recíprocas y de mútuas ventajas. Por incorporarnos en las circunstancias presentes, no lograremos 262 que se nos favoreza más de lo que se nos favorece. El auxilio que se nos presta estriba en los principios en que se basa la plataforma demócrata; obedece a motivos de carácter nacional. De igual modo se auxilia a los inmediateistas filipinos, que no se recatan para pedir la independencia del archipiélago en que viven y en que luchan. De suerte que la incorporación es a todas luces innecesaria.

Si llega un instante en que sea útil y oportuna, la Unión, sabrá avanzar, como avanzan aquellos que dirigen a conciencia sus propios movimientos: estudiando sus intereses, procurando sacar a flote sus ideas, midiendo sus pasos y librándose de caer en la situación ridícula que agobia a los republicanos insulares, que no pesan un adarme en el partido a que dicen pertenecer, hasta tal extremo que, al designarse los miembros del Comité de Asuntos Insulares, el Resident Commissioner de Puerto Rico fué electo... por

Library of Congress

los republicanos. Lo cual prueba la indiferencia que aquí se siente por la política local de Puerto Rico, falta de medios para influir en la política nacional de los Estados Unidos.

Y, por último, no dirigiéndonos a los demócratas de Mr. Field—así, sino recordamos mal, se llama el leader demócrata de la isla—sino a los unionistas de corazón y de conciencia, les preguntaríamos: ¿Va tan de capa caída la Unión que necesita cambiar de nombre y de táctica? ¿Debe cambiar un partido que, en ocho años, ganó cuatro elecciones, anulando el esfuerzo de sus contrincantes?

Lo lógico es que una asamblea constituyente, a cuyos individuos se invista con poderes excepcionales y con el mandato expreso de las convenciones, decida, cuando se deba decidir en vista de los sucesos, esa radical transformación de nuestra vida. Entre tanto la Unión será la Unión, compacta y entera, aprestándose a las batallas próximas por el ideal y por la patria.

Fairfax.

263

LA DEMOCRACIA junio 26 de 1911 CARTAS DE WASHINGTON EL HOMBRE FANTASMA

Junio 13 de 1911.

A fines de mayo, Gumersindo Rivas, que está ahora en la Habana, publicó en aquella ciudad un suelto cuya síntesis era como sigue:

—“El general Cipriano Castro viene a residir en Cuba, si no se le oponen inconvenientes de cancillería. Empleará en propiedades un millón de dólares y adquirirá para su familia, un *chalet* en EL Vedado o en El Cerro. Quiere alejarse de las cosas políticas por completo y espera ser acogido con la galante hospitalidad y la noble simpatía proverbiales en el pueblo cubano, que fué pueblo proscrito, para los proscritos de otros pueblos”.

Library of Congress

La Prensa Asociada transmitió íntegro el suelto. Y lo insertaron todos los periódicos de la América del Norte. Supónese que Mr. Knox cambió algunas notas con Manuel Sanguilí. Porque no tardó en saberse que el Gobierno de Cuba se disponía a impedir el desembarco del ex dictador de Caracas. Llegó el buque a la Habana, Gumersindo Rivas se movió con una actividad más que visible, ostensible, buscando medios de que su grande amigo echara pie a tierra. Y fracasó nuestro paisano. 264 Otra vez la Prensa Asociada se apresuró a decir por cable:

—“Acaba de arribar *steamer* conduciendo general Castro. Policía numerosa acudió a rodear y aislar dicho *steamer*, siendo inútiles los esfuerzos de Gumersindo Rivas para que desembarcase su protector de Venezuela. Se procedió a un registro a bordo y en la cámara de segunda, se encontró al general Castro con un traje de emigrante. No se le ha permitido tocar la costa y seguirá viaje en el mismo *steamer*. ”

Lo mejor de la historia es que aquel Castro no era Castro, y que aquellos movimientos febriles de Gumersindo Rivas, tan comentados y telegrafados, no pasaban de una maniobra muy hábil con el único fin de engañar y burlar a los que espían a Castro haciéndoles creer que venía con un disfraz a bordo de un barco, mientras que en realidad andaba Dios sabe a bordo de qué otros barcos y en la extensión de qué otros mares.

La tomadura de pelo se supo aquí cuando de Lisboa, de Santander, de Cádiz, de Canarias, avisaron los *detectives* que se había perdido la pista al *cabito* venezolano y que se le suponía en marcha hacia un puerto de su país al frente de una expedición que de seguro se encontraría al llegar con buen golpe de castristas dispuestos a la pelea contra Gómez y sus satélites. De modo que Castro logró escurrirse entre las manos nervudas de la policía y a esta hora, según los reporters, navega con viento fresco hacia su perdido capitolio.

“The Philadelphia Inquirer” publica gráficas caricaturas ridiculizando al secretario Knox y a sus agentes policíacos. ¿Dónde está Castro?, le pregunta. Y le pinta atónito, en ansiosa

Library of Congress

contemplación de horizonte, con unos catalejos y con cuatro o cinco palmos de narices. El lance es en verdad de los más cómicos y pide a gritos un número de zarzuela o unos *coupléts* de Gedeón.

Hoy, 13 de junio, se asegura que arrojará sus anclas el buque en que tomó pasaje el verdadero Castro. Y no en la Habana, sino en una playa desierta, desde donde “la pesadilla de las naciones” se dirigirá en triunfo a la 265 Sultana del Guayre y del Avila, por la vía más corta y sin mayor resistencia que la de Luis XVIII a Bonaparte cuando éste abandonó la isla de Elba para la jornada de los cien días y el final desastre de Waterloo.

Castro es *el hombre fantasma*. Y si sucede lo que anuncian los periódicos—, lo cual puede ser otro paso de comedia—si el desembarco se realiza y la guerra civil empieza y el invasor triunfa, dos situaciones interesantes van a producirse dentro de poco: una, la interior en Venezuela, con los traidores a Castro en fuga; con ese Juan Vicente Gómez a quien Castro entregó la presidencia, buscando el refugio de Puerto Rico para escapar a la justa cólera de su jefe; con el espanto de los que, seguros de que Castro no regresaría nunca, le volvieron la espalda: otra, con los gabinetes de Wáshington, Londres, Berlín y París mirándose las caras, poniéndose de acuerdo para castigar al insolente andino y resolviendo después que no haya nada, nada, nada, porque no resulta muy fácil invadir a la patria de Páez, de Monagas, de Arizmendi, de los heroicos llaneros y de los ásperos montañeses que, en cien combates, aprendieron a morir y a matar en defensa de su territorio, inviolable para el extranjero.

Si Castro gana o no gana las costas del país, se sabrá en Puerto Rico antes de que aparezca la presente crónica en *La Democracia*. Pero que Castro se ríe de los perseguidores y espías que le rodean, se sabe ya en el mundo. Y el espectáculo de un sólo ciudadano en pugna con los poderes más altos de Europa y América es tan nuevo, tan raro, que vale la pena de asistir a él, como se asiste a un entremés de teatro bufo, disponiéndose a la volteriana sonrisa o a la homérica carcajada.

Library of Congress

Los gabinetes de Londres, París, Berlín y Wáshington no se preocupan de que en las repúblicas latinas, Venezuela, Nicaragua, Méjico, Ecuador, existan autócratas ejerciendo una autoridad sin límites, siempre que esos autócratas hagan lo necesario para no estorbar el desarrollo de la codicia forastera y acepten los mandatos que se les comuniquen por medio de las legaciones. Ya 266 puede en el Perú por ejemplo, apoderarse un Piérola o un Leguía del Gobierno y erigirse en César, si su docilidad en el exterior se equilibra con su potestad en el interior. Se le reconocerá, se le facilitará la tarea, y, si llega el caso de sostenerle contra el pueblo, se le sostendrá.

Pero si ese Leguía o ese Piérola oponen su negativa formal a las exigencias intolerables de cualquier compañía monopolizadora; si no permiten que se abuse de los peruanos; si no se inclinan humildes ante los acorazados que les amenazan, ¡ah! entonces se les condena, se les proscribire y se les declara perniciosos a la civilización, no sólo en su tierra nativa, sino a través de todo un continente. Castro dócil y sumiso, sería Castro eternizándose en la Casa Amarilla; Castro altivo y patriota, negando satisfacciones a Inglaterra, Francia y Alemania, dejándose bombardear y disponiéndose a combatir, es el judío errante contemporáneo, a quien apenas se reconoce el derecho a la vida, y a quien se rehúsa el derecho de fijar su planta en las colonias inglesas como Trinidad, en las colonias francesas como Martinica, y en las semi-colonias americanas como Cuba. Se me figura que un grito de júbilo se escuchará desde el Río Grande hasta el cabo de Hornos si el pigmeo logra despistar y dominar a los colosos.

A Castro no se le permite vivir en el nuevo mundo porque se teme que restaure su influjo en Venezuela. ¿ Por qué medios podría restaurarlo? Con el beneplácito de la mayoría, desde luego. Si la opinión pública le es hostil, se estrellará y caerá, sin que intervenga ninguna potencia extraña. Pues bien: si la opinión pública venezolana quiere el *hombre fantasma*, es justo que lo tenga y es natural que lo sufra. Esas son las leyes de la democracia. Esa es la ley que rige las relaciones internacionales. Pero la democracia

Library of Congress

no sirve, no sirve el derecho de gentes cuando la fuerza se interpone, verdadera y única soberana en nuestros tiempos y en todos los tiempos.

Los que hemos visto los poderes europeos soportando a Rosas, al doctor Francia, a Veintemilla, a Reina Barrios, 267 a Guzmán Blanco, al propio Ulises Hereaux, formamos concepto de lo que significan el interés y el humanitarismo de aquellos ilustres estadistas. Y anhelamos verles lejos, muy lejos, cada día más lejos de la América del Sur y de los pueblos de nuestra raza y nuestro idioma. Si en cada república hubiera un Cipriano Castro para resistir y un Porfirio Díaz para progresar, a la mitad del siglo XX la América septentrional habría crecido tanto, tanto, y habría desenvuelto tales recursos, que ya no tendría que temer de los galos, de los sajones, de los germanos, ni de nadie.

Inmenso es el peligro de la tiranía y del caudillaje en el Sur. Pero lo es más el de que sucumba la personalidad latina si no surgen caracteres de hierro que luchen por ella y la impongan en los conflictos del porvenir.

Fairfax.

268

LA DEMOCRACIA junio 29 de 1911 CARTAS DE WASHINGTON I LOS DOS SISTEMAS

Junio 20 de 1911.

Se está celebrando en Londres la fiesta de la coronación, a que asisten enviados del mundo entero; hasta de Puerto Rico, que apenas forma parte del mundo, a no ser por los setenta millones de su comercio total, *export and import*.

No me propongo describir los reales espectáculos. A esta distancia no nos importan mucho. Una enorme multitud que se apiña, pagando cada persona a precio de oro un sitio que le permita achicharrarse bajo el sol durante siete horas a fin de contemplar durante

Library of Congress

quince minutos el magno desfile regio; infinitas carrozas, infinitos jinetes, estruendo de artillería, voces de mando, arcos de triunfo, banderas que flotan, músicas que pasan, hurras frenéticos: lo de siempre, con menos belleza que la entrada de Carlos V en Gante, aunque con más grandeza, porque no hay, ni hubo otro imperio inglés. Mi objeto es distinto. Y mi crónica parte de unas notas del *Washington Herald*, que dicen así:

269

—“Eu la apresurada y fugitiva muchedumbre se ven figuras notables: a veces figuras de primer orden. Ahí el general Nogi, vencedor de Port Arthur y el almirante Togo, dominador del mar de la China. Más allá BOTHA, barbudo y bronceado, que hace pocos años, COMO GENERAL BOER, arrancaba a Inglaterra tributos inmensos de sangre y moneda y hoy está en Londres, COMO PRIMER MINISTRO de la “Unión Sud Africana”, sentándose junto a Lord Kitchener, que sojuzgó a los boers y les convirtió, de enemigos audaces, en súbditos fieles del soberano inglés.

“De pie frente al hotel Cecil se descubre a Sir Andrew Fisher, antes un *boy* sin fortuna y luego PRIMER MINISTRO de Australia. Y a su lado SI. Vilfrid Laurier, PRIMER MINISTRO del Canadá, francés por la sangre, inglés, manteniendo la estimación sentimental a la vieja patria latina; canadiense por sobre todas las cosas. Su tipo enjuto es el blanco de cien mil pupilas y donde quiera que va se destingue como el más potente factor de la conferencia imperial. El es autor de la doctrina de que “los dominios ingleses a través de los mares deben estar con Inglaterra en la prosperidad y en la adversidad; pero sin rendir ni ceder un ápice de sus títulos y sus derechos al gobierno propio ni a la administración doméstica de los asuntos domésticos.”

En esos párrafos que traduzco y reproduzco, aparece la síntesis de un sistema que dió, en la práctica, un influjo mundial omnímodo al genio inglés, que domina sobre una quinta parte de la extensión y sobre una cuarta parte de la población de la tierra.

Library of Congress

Las lecciones contundentes del siglo XVIII; Boston rebelándose; Philadelphia tañendo la campana de la libertad; Nueva York secundando el impulso; Wáshington blandiendo la espada virgen de América, que pronto habría de convertirse en la espada heroica de América; un pueblo declarando su independencia y conquistándola en las llanuras y en las montañas, teñidas de rojo con el líquido caliente de las arterias; trece colonias rompiendo el yugo de la metrópoli a sablazos y a tiros; inútil la 270 escuadra que vencería más tarde en Trafalgar; inútil el ejército que se cubriría más tarde de gloria en Waterloo; inútil la estrategia de los mariscales y la diplomacia de los cancilleres; Burgoine derrotado, Pitt fracasado, Jorge III humillado y el porvenir, el gigantesco porvenir, amenazado en su cuna entre el Pacífico y el Atlántico, por culpa de las torpezas de los políticos a las orillas del Támesis.

El golpe fué duro. Y el efecto magnífico. Inglaterra quiso ver y vió el problema. Su mentalidad no había de servirle para dar coces como un mulo, sino para guiar a las masas humanas como un leader. Desde entonces crece y sube: en la India prehistórica, en la Australia juvenil, en las regiones semiboreales del Canadá, en las regiones de Africa del Sur, el nombre inglés se une a un principio: al principio del *self government* para los súbditos ingleses. Con las armas combate y se extiende: con el *home rule* asegura su soberanía; soberanía que es la base de su comercio; comercio que es el sustentáculo de su fortuna. Inglaterra lucha por ganar territorios y más territorios. Los gana. Y enseguida los convierte en estados libres, con sus hijos a la cabeza, con su ley que ellos votan, con su presupuesto que ellos manejan, con sus destinos que ellos ocupan. En una palabra, con sus casas que son suyas, suyas y suyas.

De tal modo el prestigio de la metrópoli diminuta—dos islas cien veces más pequeñas que sus colonias—se levanta supremo en Europa, Asia, Africa, América y Oceanía. De tal modo el nombre inglés y el pabellón inglés, son amados por los cinco continentes, cuyas esperanzas cumple el Parlamento de Londres, impulsándoles, ayudándoles, formándoles; pero entregándoles SUS CASAS y confiándoles sus intereses sin destacar allá lejos

Library of Congress

carpet-baggers de la Gran Bretaña que, a pretexto de civilizar, fueron a explotar y a insultar a las pobres tierras incapaces de resistir a la conquista.

Ese es el sistema británico.

Ese debiera ser el sistema de los Estados Unidos, que dieron a Inglaterra, su madre, la ruda lección del siglo 271 XVIII y que, tras darla, olvidáronla ellos mismos hasta el punto de negar “a las pobres tierras incapaces de resistir a la conquista”, su derecho a ser gobernadas por los naturales, por sus hijos y no por hijos de otras tierras, que vienen y se van, aves sin nido, sin interés en que tenga el país que rigen algo más que un trozo de pan, algo más que unos pocos billetes, algo más que unos Bancos hidrónicos y unas factorías insaciables; algo más que todo eso, y que se llama derecho humano, libertad humana, dignidad humana: los ideales que en 1776 inspiraron una declaración sublime y en 1787 dictaron una constitución que es el orgullo de noventa millones de almas; pero QUE NO SIGUE A LA BANDERA, por que si siguiese a la bandera, a la sombra de la bandera no podrían establecerse Gobiernos “que no se fundan en la voluntad del pueblo” y que son, *ipso facto*, antirepublicanos en la forma y en el fondo, tiránicos en el fondo y en la forma; odiosos, pues a nadie ha de exigirse que ame la bota que le ahoga ni la fusta que le castiga.

272

LA DEMOCRACIA junio 30 de 1911. CARTAS DE WASHINGTON LOS DOS SISTEMAS

Estados Unidos, imitando a Inglaterra—, la mejor maestra del globo—tendrían en Puerto Rico un gobernador, según tiene Inglaterra un gobernador en cada una de sus dependencias; y bajo el gobernador un gabinete del país, unas Cámaras del país, una organización burocrática del país, unos tributos que el país distribuyese, unas leyes que el país hiciese y aplicase. Una autonomía, en fin, completa y absoluta. Y ¿qué tienen? Pues tienen un gobernador que el Presidente de la república designa; un consejo imperial

Library of Congress

—vulgo ejecutivo—de idéntico origen; una Cámara electo-decorativa; una burocracia del gobernador y del Consejo. Lo contrario, en fin, de una autonomía, o de la sombra de una autonomía.

Y vuelvo a los párrafos del *Wáshington Herald*. Botha, el boer que mató tantos ingleses en el Transvaal, primer ministro, no solo del Transvaal, sino de las colonias reunidas de Orange y el Cabo; Laurier, el estadista de sangre francesa, primer ministro del Canadá, que todavía conserva su espíritu galaico y responde a su estirpe latina. Inglaterra no piensa que los canadienses y sud africanos han de perder los rasgos típicos de su carácter, ni el uso de su idioma, ni el culto a sus costumbres ni su alma francesa u holandesa para que, sucediéndose las generaciones, 273 lleguen a regir, con el tiempo ¡con el tiempo! a las tierras en que nacieron. Botha y Laurier en las fiestas de la coronación del rey Jorge, enseñan más que los diez volúmenes de César Cantú y que los treinta de la *Century Encyclopedia*.

Entre tanto ahí, en esa isla, los puertorriqueños realizan esfuerzos titánicos para avanzar y no avanzan; por aprender y no aprenden; por compenetrarse con el árbitro de sus destinos y no se compenetran. Es que ayer tropezaban y hoy tropiezan, y mañana tropezarán con el escollo de la infalibilidad americana, que no reconoce valor a nada que no sea ella y que de ella dimane. En educación hemos multiplicado las escuelas, yendo la Cámara siempre más allá que el jefe del Departamento; en obras públicas hemos votado sumas cuantiosas—que sabíamos iban a ser gastadas a tajo y destajo—para tener caminos; en sanidad hemos disminuído en un veinte por mil la mortalidad anual, a fuerza de celo y eficacia; en justicia hemos dado jueces modelos de rectitud, que hacen honor a sus Cortes y a su patria; en caridad y en prisiones hemos logrado éxitos felices; en los municipios hemos batido un *record*, desarrollando iniciativas, creando superavits, forjando el crédito y forzando a los gobernadores al elogio en sus mensajes.

Y, no obstante, considérese el empeño de arrebatarnos lo único que dirigimos dentro del régimen Foraker: ese centro consolidado que es blanco de las codicias, de las

Library of Congress

desconfianzas, de las hostilidades, simplemente porque el Gobierno quiere que sean *americanos también* los que manden en el rinconcito que se reservó a los nativos para que se ensayen en la práctica del *home rule*. ¿Qué hicieron ahí? Organizar las prisiones, levantando del polvo el edificio de la estadística criminal; transformar los asilos en escuelas donde los niños y las niñas se preparan al rudo choque de la existencia; disminuir el promedio demográfico en un ciento por ciento. He ahí el fruto positivo del trabajo insular.

Y no basta: ese jefe deberá llamarse Madison, Campbell o Wilson. Y tampoco basta que los partidos se pleguen, 18 CAMPAÑAS III 274 mientras lo permite su decoro, a las circunstancias que les rodean o, mejor aún, que les asfixian. Es poco. El desideratum consiste en que desaparezca el postrer residuo de intervención. Nacimos ahí; pero ahí somos algo menos que el arbusto en la floresta o que el guijarro en el arroyo. La política americana, al revés de la política inglesa, tiende a suprimir, a desarraigar, a extirpar la simiente nativa. “Destruyase el influjo de los leaders y se americanizará el país”, decía Mr. William H. Hunt en 1903. Lo cual, traducido a buen romance, significa: “El pueblo sigue a sus jefes naturales; a los que le defendieron bajo el poder de España; a los que no retrocedieron nunca. Los jefes que organizan el pueblo y lo mantienen apto para la resistencia pasiva o activa; para la protesta, suave o tempestuosa. En tanto que se prolongue la organización se prolongará la agitación. Acabando con los caudillos se acaba con todo lo demás. Habrá una muchedumbre; pero no habrá un ejército. Y las muchedumbres sólo saben gritar o huir.”

Y eso, en exacta perífrasis, equivale el axioma especial de Mr. Hunt. Y eso constituye, desde hace ocho años, la norma de la Mansión Ejecutiva de Puerto Rico, que es un *branch* de la Mansión Ejecutiva de Wáshington. Inglaterra permite que la colonia del Cabo designe a Botha su primer ministro y que la colonia del Canadá designe a Wilfrid Laurier. Inglaterra no manda ingleses a los cargos administrativos del Canadá ni del Cabo. En

Library of Congress

cada región los ciudadanos de la región, o los que ellos escogen. Lo demás parece y es UN DESPOJO que la metrópoli no necesita, que a la metrópoli no conviene.

¡Qué cosa tan fácil para los Estados Unidos captarse, honrosamente, legítimamente, la gratitud y el amor de los puertorriqueños, que desean confundirse con la nacionalidad por la ciudadanía y sufren la repulsa; que tratan de acercarse a la autoridad ayudándola, sosteniéndola, y sufren el desengaño; que una vez y diez veces repiten sus tentativas y una y otra vez escuchan el ultraje!—“No estáis preparados; no sabéis manejar VUESTRA CASA; sois analfabetos; sois salvajes. Se os debe dirigir 275 con *mano firme* mientras os educáis en *nuestros métodos*. ”

Y los métodos consisten en quedarse con todo; en imponer un presupuesto; en gastar lo que acomoda a los siete caballeros del gabinete; en ocupar viviendas gratuitas, con agua y luz gratuitas; en no dar cuentas a nadie y en laborar aquí, en Wáshington, para engañar al Congreso y conseguir que se centralice más aún, que se trueque la sanidad en un bajalato, y las prisiones en una satrapía. Y luego llamar ingratos a los jíbaros que no se postran de hinojos y adoran el *dóllar americano*, que se invierte en la isla ubérrima con el *desinterés* de realizar dividendos del 40, el 50 y el 60 por 100 en las centrales del azúcar y en las centrales del tabaco!

Los dos sistemas: el inglés, el de la aristocrática monarquía, expansivo, liberal, tolerante, humanitario; el de la democrática república, restrictivo y medioeval, intransigente, autoritario. Cayendo Puerto Rico en las garras del leopardo de Londres, sería una colonia como el Canadá; cayó en las garras del águila de Wáshington y es una factoría en que el gobierno odia las ideas y en que, por manera exclusiva, importan al Gobierno las vegas que producen muchas cañas, las cañas que rinden mucho azúcar, el azúcar que engendra una prosperidad—permitiendo la exacción del tributo, que *de facto* no vota el pueblo, y la succión continua que no se nota, que no se siente, porque el azúcar puede y el azúcar paga.

En diez años una democracia como esta, hallábase en condiciones de rodear con un nimbo de simpatías el nombre americano, por mil títulos ilustres en la historia. Y consiguió que se mire a los americanos con recelo, que no se establezca la confraternidad, que aumente la repulsión. El gobierno insular no se preocupa de atraer. Diríase que prefiere repeler. Ellos solos: un grupo aparte, un grupo dominador, en frente de la innumerable multitud dominada. De aquí los burócratas con salarios fastuosos o los accionistas con bonos opulentos; de allá los jornaleros, de bronce, de ébano o de cera, encorvándose sobre el surco y fecundándolo con ríos de sudor, que 276 no llevan la abundancia a sus hogares ni les dejan dar un pedazo de carne a sus hijos y un jirón de percal a sus mujeres.

Pasarán días y más días; pero en tanto que al *sistema americano* no sustituya el *sistema inglés*; mientras se pretenda mantener una colonia esclava a la sombra de una bandera libre; mientras los hijos del país se sientan *huéspedes* y no dueños de su patria; mientras se hable aquí de la *mano firme* y se excluya ahí a la opinión pública de la administración pública, no habrá jamás alegría completa para los americanos que traicionan sus propios principios ni para los puertorriqueños que no se resignan a la servidumbre ni a la inferioridad.

Unos y otros—, los puertorriqueños y los americanos— necesitan propender a una franca y cordial inteligencia; pero conste que los puertorriqueños no la consentirán nunca sino sobre la base de una perfecta igualdad.

Fairfax.

Junio 20 de 1911.

277

**LA DEMOCRACIA 31 de octubre de 1911. CARTAS DE WASHINGTON LAS
CONFERENCIAS DE LAKE MOHONK**

Library of Congress

Octubre 24 de 1911.

Salimos de Wáshington el martes 17, con un tiempo lluvioso. Llegamos a Lake Mohonk el miércoles 18 a medio día, siempre bajo la lluvia. Un viaje de doce horas, primero en los grandes trenes de la Pennsylvania Railroad, después en los trenes menos grandes, de la New York Central, hasta Poughkeepsie, donde embarcamos en un *ferryboat*, para atravesar el Hudson y tomar, luego en una excursión en tranvía, el carruaje que nos esperaba en New Paltz y que había de llevarnos al término de nuestra ruta.

Mohonk House es un hotel magnífico, en plena campiña. Ocupa el centro de una propiedad que mide siete mil acres y pertenece a Mr. Robert Smiley iniciador de las conferencias hace más de un cuarto de siglo. Mr. Smiley está aún al frente de sus negocios. Ha cumplido ochenta y cuatro años y se mantiene todavía fuerte y entero, gracias, sin duda, a la dulzura de aquel clima y a los encantos de aquel paisaje, que puede figurar entre los más bellos del mundo.

El hotel se levanta junto al lago. Una construcción de piedra de ocho pisos, con torres, cúpulas, puentes, poternas; 278 todo el aspecto exterior de una fortaleza del siglo diez y ocho que participase de la elegancia del siglo diez y nueve y del exquisito *confort* del siglo veinte. En torno, en la amplia extensión del horizonte, un paisaje abrupto, lleno de peñascos, de cortes casi verticales en las rocas primitivas; paisaje ciclópeo y pintoresco a la vez, porque con los picos y los acandilados, alternan valles deliciosos, hechos para el descanso y el ensueño. El lago, diminuto y tranquilo, tiende sus aguas verdes en el fondo de la floresta que las circunda, en que hay masas de follajes con los varios tonos del amarillo gris hasta el rojo escarlata. El pincel del otoño pasó por allí, transformando la verdura del estío en una maravilla de colores, que daría celos a los cuadros de Gozot y Ruysdael.

Library of Congress

Eramos nosotros huéspedes de Mr. Smiley y nos dispensó una acogida espléndida. La bruma, sin embargo, se conjuraba contra nuestro deseo de contemplar el paraíso de Lake Mohonk en la plenitud de su belleza sugestiva.

Asistimos a las conferencias del miércoles y del jueves. Hablaron muchos oradores, dentro del programa, que comprende los asuntos de las reservas indias, del territorio de Alaska y del archipiélago filipino. Pero ningún habitante de esos países, ningún indígena tomó la palabra: un gobernador de Alaska, Mr. Brady; un director de sanidad en Manila, Mr. Heiser; un jefe de la escuela de Carlisle, Mr. Nori; un teniente de la Marina, Mr. Emmons; una presidenta de la Liga antituberculosa de las Filipinas, Mrs. Egan, *and so on, and so on*.

Naturalmente, escuchábamos el elogio cordial de la administración pública; el aplauso de los métodos de colonización en sus diversas aplicaciones; el coro de interminables alabanzas a un Gobierno sabio y justo, que se desvive por la felicidad de los indios de Oklahoma y Colorado, que transforma en ciudadanos a los indios de Alaska y que educa a los indios de Luzón y Mindanao. Los indios, por sí, guardan profundo silencio. ¿Qué dirían si hablaran?

Mr. James S. Sherman, vicepresidente de los Estados Unidos, presidente del Senado, era el *chairman* de las conferencias. Y en su rostro veíase el orgullo de un *leader* que ayudó a realizar tan completas bienandanzas. Mr. Brady empleó en su *speech* cuarenta minutos; Mrs. Egan treinta y cinco. El mallete presidencial no iba a interrumpirles en su melódica sonatina.

El viernes, a las diez, tocó su turno a nuestra tierra. Y subió a la tribuna Mr. Brumbaugh. Refirió unos cuantos episodios para demostrar que los niños del país ansían estudiar y aprender: un niño que, durante una visita de Mr. Brumbaugh, fué a la escuela con una *cota* muy corta de espaldas y que daba siempre el frente al retirarse, a fin de que no se echase de ver la deficiencia; otro niño que, careciendo de camisa propia, usaba la

Library of Congress

del padre para no perder ni un día de estudio, etc. Aludía Mr. Brumbaugh a la época de penuria en que gobernó el célebre Mr. William H. Hunt. No se limitó a eso el ex comisionado, sino que trazó, en una síntesis exacta, la historia de la educación a partir del 1898. Y concluyó pidiendo la ciudadanía para los puertorriqueños y declarando que, al negársele, se comete una verdadera injusticia.

Mr. Brumbaugh empleó en su plática treinta y cinco minutos. Al cesar los aplausos el *chairman* ordenó que las dos sesiones correspondientes a Puerto Rico en el programa se redujesen a una sola y que, por tanto, cada uno de los oradores—Dexter, Muñoz Rivera, Raldiris, Domínguez y Travieso—redujesen también sus *speechs* a veinte minutos. De modo que a los americanos para tratar asuntos de las reservas indias, de Alaska y de Filipinas, no se les regateó el tiempo, y a los puertorriqueños, para tratar asuntos de Puerto Rico se les impuso un límite excepcional en Lake Mohonk, como si las conferencias se celebrasen más para oír la voz de los burócratas dominadores que las de los pueblos dominados *the dependent peoples*.

Mr. Edwin Dexter consumió sus veinte minutos dando a conocer una minuciosa estadística de su departamento. Se expresó en formas serenas, sin ningún arresto oratorio 280 y terminó al igual que Mr. Brumbaugh, declarando que la ciudadanía americana debe concederse a los puertorriqueños.

Mr. Sherman anunció entonces que iba a hablar *Mr. Rivera, Resident Commissioner* en Wáshington. No me corresponde analizar el discurso de este amigo mío para que yo me atreva a juzgarle. Se le recibió con un aplauso general, que él agradeció como prueba de cortesía. Y se le aplaudió de nuevo en distintos períodos, lo cual demuestra que el público seguía con interés el desarrollo de su tesis. El discurso tenía 19 páginas. En la página 14 los veinte minutos se agotaron y el *chairman* se puso de pié, estableciéndose el diálogo siguiente:

Library of Congress

Mr. Sherman.—Mr. Rivera: a usted le son familiares las prácticas del Parlamento y no le sorprenderá que una vez su tiempo agotado le invite a cesar en el uso de la palabra.

Señor Muñoz Rivera.—Señor vicepresidente: Tengo la costumbre, muy antigua, de asistir a debates parlamentarios y conozco los procedimientos en uso. Deploro, sin embargo, que termine mi tiempo sin que pueda terminar mí discurso.

Y ocupó su butaca.

Entonces se levantó Mr. Smiley, el propietario de Lake Mohonk, y dijo:

—Mr. Rivera: Yo no soy el último en deplorar que, por falta de tiempo, no nos sea dable oír la terminación de sus *remarks*, que escuchábamos con gusto. Y le invito a insertar su *speech* completo en el *record* de las conferencias.

El señor Muñoz Rivera dió gracias expresivas a Mr. Smiley y en el salón resonó una salva de aplausos. El *chairman* contó en ese momento una anécdota que sin duda consideró muy oportuna.

—“Hacía un frío del diablo aquel buen día. Dos individuos se encontraban a campo raso. Uno de ellos hacía el gasto de la conversación. Viendo que su interlocutor ni hablaba ni sacaba las manos de los bolsillos, le preguntó:

281

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué no hablas?

—Pero, como, ¿tu quieres que se me hielen las manos”

El cuentecito resultaba tonto. Y no le encontramos punta. Pero los maestros en inglés y en costumbres americanas nos advirtieron que Mr. Sherman se proponía ridiculizar

Library of Congress

el ancho gesto de la oratoria latina que a veces el señor Muñoz Rivera empleaba maquinalmente, como si estuviese en la Cámara de Puerto Rico.

Siguió el señor Raldiris, protestando contra el acta Foraker en nombre de la alianza puertorriqueña de Nueva York. *La Democracia* traducirá el discurso que leyó en Lake Mohonk este joven distinguidísimo que fué representante del Bronx en la legislatura de Albany y que ocupa hoy una posición oficial de confianza. No conoce el idioma español, aunque es puertorriqueño de alma y cuerpo; domina el idioma inglés y agradó mucho a las tres o cuatrocientas personas, de gran distinción casi todas, que formaban el inteligente auditorio. Pero, al calificar el acta Foraker empleó la palabra INFAMOUS. El *chairman* le advirtió que debía retirar dicha palabra, porque el acta Foraker es una obra de la Cámara, que la introdujo, del Senado, que la aprobó y del Presidente, que la sancionó. El señor Raldiris, en efecto, decidió NO RETIRAR la palabra.

El señor Domínguez leyó el tercer discurso puertorriqueño de la sesión. Bien pensado y bien escrito en los trozos que pudimos oír, porque, gracias al límite estricto del tiempo, el orador se vió obligado a saltar algunos períodos, a fin de reducirse a los veinte minutos de rigor. El señor Domínguez trató dos cuestiones: la ciudadanía y el *self government*, haciendo constar que no representaba a ningún partido político, sino a la “Asociación de graduados en Universidades americanas”. Y en diversas ocasiones fué interrumpido, no por el mallete del *chairman*, sino por las palmadas del auditorio.

El señor Travieso habló el último, improvisando con soltura y aplomo, en un lenguaje sencillo y jovial, que unas veces provocaba la hilaridad bulliciosa y otras veces los aplausos entusiastas. Refiriéndose a los *speechs* 282 que precedieron al suyo, afirmó la demanda del gobierno propio y de la ciudadanía, acumuló argumentos incontestables, utilizó cifras de valor matemáticos y, a los veinte minutos, cuando debió entrar todavía más a fondo en el tema, que es tan fecundo, concluyó deseando que, en su próxima visita a Lake Mohonk, el año 1912, no fuese preciso ya insistir en que se reconozca el derecho de Puerto Rico a un régimen más liberal y más justo.

Library of Congress

Ahí está el resumen de las conferencias. Lo que teníamos que decir, dicho queda. Mr. Sherman, o sea la administración republicana, ha oído cosas buenas. Y no dude que las oirá mejores en el Congreso.

Fairfax.

Post data: A las conferencias asistieron los señores Arturo Bravo, de San Juan, Gustavo Preston, de Humacao y Rafael López Antongiogi, de Wáshington. Los señores Bravo y López hallábanse dispuestos, en caso de que lo creyeran útil, a hablar sobre Puerto Rico. No hablaron *por causa del tiempo*. Es lástima. Lake Mohonk debió elegir un *chairman* un poco más liberal que el vice-Taft de la república.

283

LA DEMOCRACIA 18 de noviembre de 1911 CARTAS DE WASHINGTON EXPLANANDO IDEAS

Noviembre 10 de 1911

He recibido por mi discurso en Lake Mohonk multitud de cartas que contienen plácemes ardorosos. Las suscriben unionistas, correligionarios míos de siempre, y republicanos, adversarios míos de los últimos tiempos en que, por desgracia, la familia puertorriqueña se dividió en dos grupos para combatir en el más inútil y triste de los combates intestinos.

He leído los periódicos, unionistas, republicanos e independientes. Unos y otros, o reproducen mis palabras o las comentan, prestándoles, en el fondo, su valiosísima solidaridad, aunque en los detalles difieran de las soluciones que yo expresé o de las gradaciones que yo establecí, dentro de mi criterio y, sobre todo, dentro del programa de mi partido.

Es imposible contestar en este correo al número de cartas, que es enorme, ni al número de editoriales, que, si bien más exiguo, exigiría respuestas de mayor amplitud. Y presento

Library of Congress

a los que me estimulan con sus aplauso el testimonio de mi sincera gratitud. De los diarios y semanarios que militan, como yo, en la UNION, no hay que hablar: de ellos debía yo prometerme una gran indulgencia: de los otros, por ejemplo *El Heraldo Español*, *El Boletín Mercantil* y *El Tiempo*, esperaba una crítica más o menos benévola; tal vez un ataque más o menos sañudo.

Vienen los tres, en términos generales, corroborando mi tesis y prestando su autoridad a mis declaraciones. Acostumbro a ser franco y no deseo disimular la satisfacción profunda que siento al ver como el alma del país vibra entera, en las epístolas privadas y en los trabajos periodísticos. Naturalmente no se trata de una vanagloria artística, porque los elogios no se consagran al ropaje literario de mi escrito, que era y debía ser muy simple para que resultase muy claro: trátase de una inmensa alegría patriótica, porque los elogios, unánimes, robustos, se destinan a las amargas verdades que resonaron en la amplia sala de Lake Mohonk después de tantas loas al poder público, según podría resonar en el bosque el estridor del trueno después de los suaves murmullos de la brisa refrescante y halagadora.

El poder público tiene algo que aprender en la unanimidad del juicio público a través de nuestro país; en trece años de colonización americana se colonizó de un modo tan torpe, se cometió tal cúmulo de injusticias, se hirió tan sin motivo el decoro del pueblo, se demostró, en fin, tanta penuria de recursos intelectuales, que ya la desconfianza contra el Gobierno federal, vive en el espíritu criollo, con vida indestructible, y la protesta, lanzada al espacio, repercute en el hogar criollo con el eco interminable de una maldición en una catacumba.

Yo vacilo entre dar las gracias a la Prensa por su apoyo viril, *a posteriori*, o en dárselas por su viril inspiración, *a priori*. Mi discurso es hijo de la Prensa. El jugo que lo nutre llegó de allá, de las ciudades patrias, y lo recogí, día tras día, en las columnas de los periódicos independientes, republicanos y unionistas. Mío es el método con que enumeré hechos y más hechos, datos y más datos; de mis inteligentes colegas es el *alma mater* que anima

Library of Congress

y caldea los períodos, que da relieve a las cláusulas y que, en la síntesis o en el análisis, constituye 285 la esencia de lo que dije, de lo que pude decir, sometiéndome a raquíticas limitaciones de tiempo, que no hacen honor al vicepresidente de la república. Pero, al fin, acepten los amigos que me escriben y los compañeros que me secundan, el tributo de mi bien sentido reconocimiento.

Y pues que parecen surgir dudas sobre el valor y el alcance de ciertas declaraciones mías, permítaseme que intente explicarlas, diafanizarlas, con el propósito de que en ellas no quede, si es que existe, la más leve ambigüedad de conceptos. Copio del párrafo postrero de mi *speech*:

—“De estas tres soluciones—estado, autonomía, independencia—preferimos la primera, proponemos la segunda y reservamos la tercera, como un supremo refugio de nuestro honor y nuestro derecho”.

PREFERIMOS LA PRIMERA. La condición del Estado nos traería la independencia real y positiva, casi absoluta, garantida por la constitución y la bandera de una vigorosa y pujante nacionalidad. Los Estados votan su carta constitucional, eligen sus gobernadores y sus jueces, mantienen y dirigen su policía, organizan sus milicias, acuerdan sus tributos, tasan sus propiedades, legislan sobre sanidad, elecciones, servicio civil y penal: en resumen, sobre los asuntos locales, sin otro límite que los estatutos federales en cuanto a ejército y marina, representación consular y diplomática, correos, aduanas, rentas internas y alumbrado de las costas. Un estado ejerce hasta tal punto su soberanía, que el Presidente de la república no posee autoridad, en caso de que se altere el orden, para hacer que intervengan las tropas si antes no lo solicita el gobernador. Un Estado es libre en sus leyes, en sus organismos, sin que ninguna circunstancia y por ningún pretexto la nación ose intervenir en sus problemas interiores. De ahí que prefiera yo el Estado, así nos cueste las sumas que hoy ingresan en nuestro tesoro por las aduanas y las rentas internas. No hemos de prefender la dignidad del pueblo soberano sin admitir las cargas inherentes a la soberanía. **LO PREFIERO Y NO LO PIDO**, porque 286 los niños no más

Library of Congress

piden lo que se halla fuera de toda posibilidad, como la luna, por ejemplo. Ahora bien; si nos declarasen Estado los hombres del Capitolio, la Unión de Puerto Rico aceptaría esa solución llena de orgullo y Puerto Rico bendeciría a sus benefactores.

PROPONEMOS LA SEGUNDA. Es a saber; proponemos la autonomía, que no se reduce a una ni a dos, sino a diversas modalidades políticas. Una modalidad sería la que sigue: gobernador, nombrado por el Presidente; asamblea legislativa—Senado y Cámara—electa por el pueblo; gabinete ejecutivo, nombrado por el gobernador con la venia del Senado; legislación local, sin trabas, a cargo de la asamblea legislativa. La Unión de Puerto Rico escribió, fijó en su programa tres fórmulas, y no las borra ni las borrará nunca. Entre las tres fórmulas, y en virtud de acuerdos de fecha remota, resolvió consagrarse a propagar LA SEGUNDA—, el *self government* —y A PROPONERLA como solución inmediata, preparándose, mediante su ejercicio, a cualquiera de las dos fórmulas restantes: Estado americano o REPUBLICA independiente. Mi discurso no rectificará una línea de las que se trazaron en el Hotel Olimpo hace siete años. Para declarar lo que declararé no necesitaba que me autorizase la Junta Central, ya que me atuve a los términos de una fiel ortodoxia. Yo prefiero el Estado. Y pues que no he de lograr ese *desideratum*, me aproximo a él por el camino de la autonomía, que es lo único posible, aunque difícil, en el momento actual. Con la autonomía se salvarán dos cosas: el interés de Puerto Rico y la dignidad de Puerto Rico. Con la autonomía el gobierno será puertorriqueño. Conservaremos nuestras rentas y conquistaremos nuestra libertad. Eso nos basta.

RESERVAMOS LA TERCERA O, lo que es lo mismo: si no nos convierten en un Estado federal o en una colonia autónoma; si continúa rigiéndonos una ley como el acta Foraker, que coloca todos los resortes ejecutivos, legislativos y judiciales en manos del gobernador y de su Consejo moscovita; si se nos impone otra ley como el acta Olmsted, a los trece años de tutelaje semi-militar; si prosigue 287 la rama ejecutiva burlándose de la rama legislativa por el cumplimiento voluntario y temerario de las leyes; si se cree justo someternos, en una época de democracia, y en una república que se titula modelo de repúblicas, a la tiranía de un “Gobierno sin participación de los gobernados”; y de un

Library of Congress

tributo sin representación de los gobernados; si se nos considera bastante humildes para sufrir tal ignominia, y si perdemos la esperanza de una reivindicación pronta y eficaz, iremos a encerrarnos en el refugio que RESERVAMOS A NUESTRO HONOR Y A NUESTRO DERECHO y demandaremos la independencia de nuestra patria. Esa solución resultará tan platónica como la del Estado. No será una cuestión práctica que se plantea; será un problema de honor que se define.

¿Qué cuando ha de entenderse “perdida la última esperanza”? El párrafo anterior no es confuso. La última esperanza se perderá si los partidos nacionales se niegan a considerarnos como a hombres libres; si se obstinan en mantenernos en servidumbre; si pisotean sus principios, y rompen la historia de su tierra reproduciendo en Puerto Rico los abusos de Jorge III en los días de Patrick Henry; si, con el *ritornello* de que “no estamos preparados”, se pretende prolongar un régimen que es una mengua y que lo es doblemente por la conducta de los funcionarios que lo aplican. Pero, en una empresa de tal magnitud y frente a un paso de tal transcendencia, no aconsejaré jamás a mis compatriotas una precipitación innecesaria o indiscreta. Agotemos nuestros recursos; reclamemos, exijamos, protestemos. No hay que desesperar de un modo prematuro sin luchar de un modo tenaz; sin tenernos de razón para arrojar las responsabilidades, íntegra y totalmente, sobre aquellos que nos rehusen un girón de su bandera y nos obliguen a agruparnos en torno de la nuestra.

Si hay un crimen, que sea crimen americano y no crimen puertorriqueño. Si hay un anatema, que no caiga sobre nosotros; que el mundo, al juzgar en el litigio, falle, según acostumbra, en pro de los fuertes; pero que esté convencido de que los débiles no eran locos ni insensatos, de que no merecían morir en la esclavitud, sino vivir en la libertad y que solo marchan a su independencia obligados, lanzados, precipitados por la ceguedad de una democracia que se finge liberal y que se asemeja mucho a una autocracia feudal, en sus sistemas colonizadores.

Así pienso yo ahora; así pensaba en 1898, cuando, en un interview con Mr. Frank H. Dexter, corresponsal entonces de la *Associated Press*, le anuncié que iniciaría el partido separatista; así pensaba en 1909, cuando, en una entrevista con Messrs. Post, Willoughby y Hoyh, en presencia de los señores Giorgetti, Delgado y Soler, afirmé que organizaría el partido separatista; así pensé antes y así pensaré siempre.

Paréceme que no quedarán dudas en el ánimo de mis compañeros en la Prensa, que me aplauden, ni en el de mis amigos, que me envían sus enhorabuenas cariñosas. Si no me es dable *pensar alto*, por lo menos concédanme que sé *sentir hondo y hablar claro*.

289

LA DEMOCRACIA 31 de mayo de 1912. CARTAS DE WASHINGTON ACABAR CON LA POLITICA

San Germán, mayo 7, 1912.15

Y... para terminar, sábetelo, Barreiro amigo, que ayer circuló por toda la población un manifiesto firmado por varios prominentes unionistas de la ciudad, en el cual hacen constar su separación de todo partido político existente, para dedicarse en absoluto a laborar en pro de los intereses generales de los distritos de Aguadilla y Mayagüez. Dicho manifiesto va dirigido a la Junta Central de la Unión de Puerto Rico y a los pueblos de San Germán, Cabo Rojo y Lajas. ¿Qué te parece? Se ha propuesto el país ACABAR CON LA POLITICA y al fin esto será lo que se va a conseguir.

C. de Las Lomas

(De la revista semanal *Vida Alegre*.)

Presumo que tras el seudónimo *C. de las Lomas* se oculta algún joven patriota, con una grandísima provisión de entusiasmo y una pequeñísima provisión de experiencia.

¡Acabar con la política! El propósito no puede ser más **19 CAMPAÑAS III** 290 simple, por lo que hace a quien lo formula, ni más duro, por lo que hace al país en que cabe formularlo.

¡Acabar con la política! Eso se propusieron, desde 1871 hasta 1897, los capitanes generales Gómez Pulido, Sanz, La Portilla, Dabán, Ruiz Dana, Lasso y Sabás Marín. Aún recuerdo la frase histórica de Sanz, cuando regresó a Puerto Rico tras el golpe de Estado del 3 de enero de 1874, en que Pavía, gobernador militar de Madrid entonces, disolvió el Parlamento *a la bayoneta*, destruyó la república y colocó al Duque de la Torre al frente de una dictadura pretoriana. El general Sanz, procónsul de Borínquen, definió sus intenciones, sus malas intenciones, en estas palabras:

—MENOS POLITICA Y MAS ADMINISTRACION.

La Prensa reaccionaria coreó y glosó, en sus artículos de fondo, la orden del nuevo señor. La Prensa reformista— *El Progreso, La Razón, El Derecho, La España Radical, Don Simplicio, Don Severo Canta Claro* —desapareció del palenque y no hubo más política; y hubo más administración. A los dos semanas no quedó, a todo lo largo de la isla, ni un solo representante en la Diputación, suprimida por decreto; ni un representante en los ayuntamientos suprimidos también; ni un profesor nativo y liberal en su escuela; ni un sacerdote nativo y liberal en su parroquia. Se barrió de un golpe a los puertorriqueños fieles a su patria puertorriqueña. Por decreto se crearon una diputación y cuarenta y seis ayuntamientos; se importaron de la Península profesores sin título; se reforzó la Guardia civil; se organizó la Guardia de orden público, se desarrolló el instituto de voluntarios, se produjo el silencio y se extendió sobre las almas tristes la sombra de una noche profunda. La paz reinaba en Varsovia.

¿Política? Nunca. Administración, siempre administración. Baldorioty, Celis, Blanco, Padial, Braschi, proscritos. En cada ciudad un jerarca; en cada aldea un cacique; en cada camino una pareja de la “benemérita”, en 291 cada hogar un espía, en cada labio una

Library of Congress

mordaza. ¿Política? Siempre. Política del Gobierno contra la colonia y no de la colonia contra el Gobierno. Política en la fortaleza, en las oficinas del Marqués de la Esperanza o del Conde de Santurce, en las redacciones de un par de periódicos adictos, en los casinos españoles, en las alcaldías municipales, en los cuarteles foscos y en las tiendas de los caciques. Para el resto, es a saber, para la masa indígena, administración, mucha administración: o sea tributos a pagar, vejámenes a sufrir, las tribunas desiertas y las cárceles abiertas.

El general Sanz necesitaba ACABAR CON LA POLITICA. ¿Lo consiguió? No pudo conseguirlo. Como los primeros cristianos en las catacumbas, reuníanse en los bosques los últimos reformistas. Y juraban morir antes que claudicar. Jamás claudicaron. A Sanz iban sucediendo otros sátrapas. Y de período en período se renovaba el trágico *rittornello*. “Menos política; menos política; menos política.” Hasta que se encendió en Ponce, a semejanza de un foco en un abismo, el espíritu rebelde de la Asamblea Magna de 1887. La propaganda empezó con ímpetu. Y no duró tres meses. Juana Díaz y Yauco contemplaron el *componte*, el martirio de unas cuantas víctimas. El Morro abrió sus fauces negras. Y una vez más se estableció en nuestro paraíso tropical la quietud de los sepulcros.

Pero no murió tampoco la esperanza. *Latebat anguis sub herba*. Los periódicos se plegaron al viento de la tempestad por corto tiempo. En 1890 venía *La Democracia* y encontraba en su puesto al *Clamor del País* y a la *Revista de Puerto Rico*. En la fortaleza seguía el general Lasso con el tema de sus predecesores:—“Menos política; menos política”. Y en la capital y en el campo seguíamos nosotros, Brau, Córdova, Abril, Astol, Rodríguez Cabrero, Pepe Diego, Félix Matos, Rosendo Rivera, Agustín Navarrete, enarbolando, rojo, igneo, inmortal, como la luz o como la llama, el estandarte de la resistencia. Hasta que en 1897 la llama, quemó los reductos del despotismo, la luz esparció sus rayos en los pliegues del abismo y 292 en la tierra madre dominaron los hijos de la madre tierra.

Library of Congress

Fué un paréntesis glorioso. De octubre del 97, en que ocupó el poder en España el partido liberal, a febrero del 99, en que un americano, Guy. W. Henry, suprimió, POR DECRETO, la autonomía, disolvió *ab irato* el Gabinete y volvió a pronunciar en los salones de Santa Catalina, la siniestra frase consagrada por la historia: “Menos política; menos política.”

Y luego los gobernadores civiles. Hunt, que en un célebre informe anual opinaba que no habría tranquilidad en tanto que subsistiese el *influjo* de los *leaders*; Post, que pretendió matar el *influjo de los leaders* negándose a admitir ternas que las Juntas locales enviaban a las Juntas Centrales para cubrir vacantes de puestos electivos; Colton que en su primera salutación a la *Insula Barataria* declaró que bajo su gobierno holgaba la política. La consigna va pasando de período en período, de gobernador en gobernador, en diez años de desarrollo, idéntica, monótona e inútil. Es la síntesis de un plan que se desenvuelve lento, cauteloso, unas veces en la audaz franquía de un barco que bombardea una plaza fuerte; otras en el hipócrita disimulo de un reptil que se desliza al amparo de las altas hierbas.

¿Qué son los partidos? Son el resumen viviente del criterio general; son la opinión pública en pie, exigiendo LO QUE ES SUYO e imponiéndose en la Prensa con la crítica, en la urna con el voto. Son la conciencia de las multitudes, organizada, militante, activa e invulnerable. Un Gobierno que no arranca su poder del pueblo es un Gobierno ilegítimo, despótico por su propia naturaleza; criminal de hecho porque comete un despojo a mano armada apoderándose de LO QUE NO ES SUYO, burlándose de los principios democráticos y erigiéndose en dueño o en capataz de una comunidad que lo soporta—ese es el vocablo—lo? soporta mientras carece de medios para desenmascararlo, derribarlo y sustituirlo.

No es el pueblo quien se propone “acabar con la política”. Es el Gobierno que despoja de su derecho a los 293 inermes ciudadanos. Al Gobierno conviene que desaparezca la política. Y en tal punto coinciden los hombres de ayer, Sanz, Pulido, Lasso de la Vega,

Library of Congress

con los hombres de hoy; Hunt, Post, Colton. No nos extraña que piensen y actúen en esa dirección; nos sorprendería que pensasen y actuasen en una dirección contraria. Defienden su interés, trabajan *pro domo sua*, rascan hacia adentro, según el dicho del vulgo, que es un dicho muy gráfico.

El pueblo paga el dinero que ellos gastan; el pueblo sufre los burócratas que ellos designan; el pueblo, si a ellos se les consulta, no sabe regir sus destinos y necesita que ellos salgan de sus *cottages* de Montana, de Long Island o de Wáshington para dispensarle la gracia de empuñar las riendas, calzar los espolines y montar, caballeros de la orden augusta de los Césares, en el corcel policéfalo que enjaezó para ellos el imbécil capricho de la historia.

La situación del pueblo es absolutamente opuesta. El pueblo sostiene a los partidos porque los partidos son su alma y su voz, la voz y alma colectivas. El día en que “se acabe la política”, empezará el predominio absoluto del Gobierno, inviolable, irresponsable, sin obstáculos ni trabas, sin barreras y sin límites. Y, en el caso de Puerto Rico, ni aún será un Gobierno autónomo, sino un Gobierno exótico. No gobernarán los puertorriqueños, sino los de Montana, Long Island o Wáshington. No habrá política. Habrá un inmenso núcleo de *carppet-baggers* omnímodos, infatuándose en la plena certidumbre de que—como decía Sieyes de Bonaparte—pueden hacerlo todo, quieren hacerlo todo y saben hacerlo todo.

Los que lean papeles de New México, encontrarán que allí, en un territorio latino, donde la mayoría es latina, en las listas de nombramientos se leen los nombres de Smith, Brown, Williams, Miller, Hutchinson, Bing, etc., etcétera, y ni un Rodríguez, ni un Pérez, ni un García, ni un López, ni un Martínez, ni un Gutiérrez. Los neo-mexicanos consideran casi milagroso que en sus filas—y son compactas—se reclute un *sheriff* o un *policeman*. Los neo-mexicanos NO HACEN POLITICA: dejan que la 294 hagan los que van de lejos a dispensarles el honor de constituirse en jefes de su casa y en explotadores de su trabajo.

Library of Congress

En Puerto Rico no se está haciendo política: no puede hacerse, porque jamás los partidos alcanzan el poder, aunque triunfen con enormes falanges en los comicios. En Puerto Rico SE HACE PATRIA. Lucha es ya antigua, en que jamás hubo descanso. Se marcha a través de un desierto en que al confín del horizonte no se descubre la frescura del oasis. Sólo al levantar al espacio los ojos, se divisa, entre densas brumas, una estrella titilante en las profundas lejanías: es la esperanza.

Si el país en verdad se propone “acabar con la política”, que acabe; de ese modo economizará el sacrificio de cien y cien paisanos, que en la política no realizaron su fortuna, sino que a la política pospusieron su fortuna. Remontándonos a las épocas de Baldorioty, de Vizcarrondo, de Ruiz Belvis, y llegando a la época presente, no hallaríamos un puertorriqueño, NI UNO, que en el campo de la política lograra lo que en cualquier campo logra cualquier actividad inteligente: la riqueza y el descanso. Al revés: hallaríamos más de uno y más de mil puertorriqueños que en la política penetraron con recursos y de la política salieron, o de la política saldrán con una carga, no de oro ni de gloria, sino de acerbos desengaños.

Así, en la metrópoli, la política es negocio: allá en la ínsula, la política es sacerdocio.

Acá el *politician* labora por su provecho personal y se consagra a ese tráfico del mismo modo que se consagraría a curtir pieles o a manufacturar calcetines. Si no se abre paso, si no acumula monedas y monedas; si no fija la planta en el mundo de los millones, se le considera inepto y fracasado. Allá es distinto: allá la política engendra enemigos, crea sobresaltos, es causa de perpetuas inquietudes y produce, única recompensa, lo que se llama “la satisfacción del deber cumplido” ¿Que no se alcanza nada? Pues bien: abandónese la política y se alcanzará menos: se asistirá al espectáculo de una sociedad que se 295 entrega a gentes advenedizas y que admite tranquila el total aniquilamiento y la mansa servidumbre de sus hijos.

Irlanda peleó un siglo con Inglaterra por ser libre: Todavía no lo es. Polonia no se resignó en un siglo al yugo moscovita; Alsacia forcejea contra la absorción germánica desde 1870. Puerto Rico, próspero en su vida económica, libre en su vida civil, exige que se le reconozca una intervención directa, robusta, predominante, en su vida política y en el manejo de su Hacienda pública. Esa intervención es algo más serio que la conveniencia del país: es la dignidad del país.

Los que renuncien a la dignidad, que levanten la mano.

Fairfax.

Mayo 24 de 1912.

296

LA DEMOCRACIA 18 de junio de 1915 DESDE WASHINGTON Wilson y Bryan

La renuncia de Mr. Bryan fué una sorpresa para el público, extraño a las intimidades de la política; pero no para los que, desde hace muchos años, desde 1899, estudian los movimientos del gran orador demócrata, tres veces candidato a la presidencia de la república.

Aceptó él la Secretaría de Estado a regañadientes. No sirve, y lo sabe, para admitir subordinación. Posée, y lo sabe, condiciones para mandar en jefe. La disciplina le inquieta y le trastorna. Codicia el primer puesto y desdeña los demás, sin excluir el segundo.

Un día u otro era inevitable su ruptura—hasta hoy suave en la forma, aunque ruda en el fondo—con Mr. Wilson. Mr. Bryan rompe al fin. Y, siendo un hábil politician, al romper no se resigna a marcharse solo. Y toma en sus manos una bandera simpática: la bandera de la paz.

Library of Congress

No le impulsan sus simpatías hacia los alemanes. Sus simpatías estuvieron hasta ahora con los ingleses. Un militar de nota, comentando en Berlín la actitud de Mr. Bryan, escribe.

—“La mayor dificultad es sin duda que Alemania no puede entender el punto de vista americano. Los periódicos imprimen noticias sobre la carrera de Mr. Bryan. 297 Y ninguno de ellos parece apreciar la ironía de la situación: o sea que el hombre tenido por ellos como adversario de nuestro país en el gabinete de Wilson, y atacado por su pro-britanismo, renuncia por no andar conforme con las medidas que acaso conduzcan a un conflicto con nosotros”.

Hay realmente, en el hecho en sí, un tinte de profunda ironía. Desde el punto de vista germánico, casi una paradoja. Y, no obstante, nada tan lógico como la actitud del ilustre *Commoner*. Ni pro-inglés ni pro-alemán: pro... *domo sua*. No se olvide que Bryan es... el más leal probryanista. Ya no sirve en las campañas electorales el patrón plata; tampoco sirve la prohibición de vender licores; se necesita un *issue* más alto en la plataforma. Y ninguno que iguale al *issue* de la paz.

Al explicar su conducta dice el tribuno de Nebraska:

—Las naciones de Europa luchan a muerte. Sacrifican los mejores, los más bravos hijos en el campo de batalla; convierten los jardines en cementerios y los hogares en casas de luto; agotan la riqueza de hoy y arrojan un fardo de deudas sobre el trabajo del porvenir; pueblan el éter con rayos más mortíferos que los de Júpiter y multiplican los peligros del océano. Añadiendo combustible a la llama del odio, cada día inventan nuevos horrores. Y mientras uno intenta ahogar mujeres y niños inocentes en el fondo de las aguas, el otro intenta matar de hambre a mujeres y niños inocentes en la superficie de la tierra.

El cuadro es una pintura magistral. Una pintura que, por sus fines, se asemeja a aquellos “retablos de ánimas”, que vimos todos en las iglesias, y en que las llamas del infierno

Library of Congress

quemán las carnes de los pecadores desnudos. "Mirad este retablo", prorrumpió Bryan. "Esos submarinos espantosos que no avisan la muerte; esos Zeppelines monstruosos que lanzan bombas a las ciudades intranquilas; esos rayos de Júpiter, que salen de los cañones de Joffre y de von Kluck; ese diluvio de fuego y de sangre; ese es el castigo que os aguarda si se extiende hasta nosotros los horrores de la guerra.

298

El pueblo lee la admonición terrible de Mr. Bryan y tiembla. Porque la hecatombe que describe es cierta. Pero lee también la nota diplomática de Mr. Wilson al Kaiser y descubre que hay en su texto una suprema dignidad; pero, al mismo tiempo, una suprema suavidad; el documento revela una energía firme y sobria; pero, al mismo tiempo, una simpatía noble y caballeresca; que se dice cuanto se debe decir, sin arriesgar una sílaba que no se deba arriesgar. Y, por último, que se abren caminos para futuros "pour-parlers" y se cierran caminos a futuras discordias. Si Alemania no entiende tal lenguaje, será que no le acomoda entenderlo. Si Alemania, después de esa nota, pelea, es que quiere pelear con el mundo entero, incluso los Estados Unidos.

He aquí una frase de Mr. Bryan: "Tenéis frente a vosotros el texto de la nota a Alemania: la nota que mis deberes oficiales me obligaban a suscribir, si permaneciese en la Secretaría de Estado. Os pido que juzguéis mi resolución antes que compartir sus responsabilidades.

Y, en efecto, el público ha juzgado. De cada cien órganos de la Prensa, noventa y nueve opinan que Mr. Bryan dentro de unas teorías inatacables; dentro de la soberana hermosura de un principio indiscutible, se coloca, sin embargo, fuera de la realidad ambiente y más fuera aún del interés nacional. Y no faltan periódicos que acusan al líder ilustre de ayudar a Alemania, debilitando la posición del Presidente en una hora de crisis grave y de mortal incertidumbre.

El Presidente guarda silencio. Al despedirse Mr. Bryan en el “salón azul” de la Casa Blanca, ambos, por una coincidencia extraña, pronunciaron a la vez esta frase: “Dios os bendiga”. Continúan llamándose amigos. Sólo que Mr. Bryan apela al juicio de la nación y Mr. Wilson espera el juicio de la nación con perfecta calma.

Aunque la nota se transmitió al embajador Gerard ayer, ya el *Local Anziger* un diario oficioso de Berlín, opina que “ella contiene fundamentos y posibilidades para futuras negociaciones”. Y añade: “nuestros intereses militares y nuestro punto de vista de justicia, que mantendremos, 299 no impiden una honorable y fructífera discusión de los hechos, en el caso del “Lusitania”.

Aún en la eventualidad de que se declarase la guerra, el pueblo apoyaría al Presidente y afrontaría los sacrificios necesarios, posponiendo las ventajas de la paz a las exigencias del honor. Solo que, si la guerra se declara y los Estados Unidos pierden, Mr. Bryan será el Jeremías que anticipó sus lamentos junto a las murallas de una Jerusalén moderna, más grande cien veces que la Jerusalén de las sagradas escrituras. Y entonces, en las urnas de 1915, las masas rendirían su veredicto, elevando al Capitolio al apóstol y al profeta: La guerra no estallará; Mr. Wilson habrá demostrado su firmeza y acaso se le perdonen sus yerros en las tarifas en consideración a sus aciertos en la diplomacia. La situación es clara: o Bryan o Wilson. O la paz a todo trance, o la paz compatible con el decoro. O no conocemos a los Estados Unidos, o los Estados Unidos se inclinarán al segundo término del dilema.

Para nosotros, puertorriqueños, los principios valen mucho; pero antes que cualquier principio está nuestro país, están el interés y la honra de nuestra isla. Los americanos piensan y sienten de igual manera. Antes que la paz, el interés y la honra de los Estados Unidos.

LA DEMOCRACIA 16 de junio de 1915 DESDE WASHINGTON UN NUEVO MÓSTOLES

Junio 18 de 1915.

Anteayer se publicó esta noticia:

“San diego, California, junio 16. Los indios yaquis—Estado de Sonora, Méjico, sobre la costa del pacífico—declaran la guerra a los Estados Unidos, a Alemania y al Gobierno mejicano. Su declaración de guerra contra Alemania, según se dice, se funda en que un colono alemán, tirador de rifle, defendió su casa, en la última incursión de los yanquis, con notable éxito y con consecuencias desastrosas para los indios.”

Y, enseguida los periódicos añadieron:

“Las autoridades acaban de resolver que el almirante Howard zarpe hacia Guaymas. Esta resolución se adoptó después de una conferencia entre los jefes de los Departamentos de Estado y Marina. Aunque no se sabe que haya muerto nadie desde que los indios se levantaron hace pocas semanas, consta que hubo amenazas de aniquilar a los extranjeros.”

A la hora de ahora el almirante, a bordo del “Colorado”—un buque de los mayores de la escuadra—embarcó en dirección a Guaymas con mil cuatrocientos hombres Los cruceros “Chattanooga” y “Raleigh” se le unirán pronto. 301 Y el lunes 21 llegarán los tres junots a Guaymas y pasarán la bahía de Tobarí, cerca de la colonia “Esperanza”, donde hay americanos establecidos en negocios agrícolas.

El almirante es hombre de gran circunspección y lleva órdenes de proceder discrecionalmente, de acuerdo con lo que exijan las circunstancias. Su primer paso será llamar al jefe de los yaquis y convencerle de que, para él sería muy peligroso molestar

Library of Congress

a los americanos o a otros extranjeros. Solo en caso indispensable echará a tierra sus fuerzas y protegerá a todo trance las vidas y los intereses en riesgo.

No podían hacer cosa distinta los Estados Unidos. O se les garantizaba el respeto que se les debe o ellos lo garantizan por sí propios. Sonora es una comarca muy extensa en que ejerce pleno dominio en nombre de Pancho Villa, el gobernador Maytorena. Y este comunicó ya al secretario Lansing que se dispone a sofocar la rebeldía de los yaquis y que, encargándose sus tropas de restablecer el orden estima innecesaria la intervención de los Estados Unidos.

Toca, pues, a los yaquis disponerse a que los exterminen. Jamás logró sojuzgarle con su poder absoluto, la España colonial; ni con sus violentos castigos la república en tiempos de Juárez, o Porfirio Díaz. Este último dejó caer sobre las tribus su mano de hierro. Y las tribus, diezmadas, agotadas, hicieron la paz, después de luchar con bravura salvaje.

Vuelven los blancos a introducirse en su territorio. Y vuelven los indios a esgrimir las armas. ¡Quién sabe lo que sufren! Son algo así como aquellos araucanos que describió en notables octavas Ercilla y que, a través de cuatro centurias, mantienen su carácter y son pocos; pero son libres: Europa no consiguió “civilizarles”, ni Chile tampoco, aunque ni la una ni el otro economizaron el acero ni el plomo.

¡Civilizarles! La palabra expresa el mayor sarcasmo conocido desde Platón hasta nosotros. Se les sorprendió un día, felices y tranquilos en sus bosques, sin leyes, sin 302 reyes; sin tributos ni prisiones; durmiendo en sus hamacas bajo los árboles; bebiendo el agua pura de sus fuentes; nutriéndose de su maíz y de su yuca; desconociendo instituciones tiránicas, viviendo su vida con la patriarcal sencillez de las edades pastoriles.

Y fué preciso obligarles a trabajar; imponerles una religión, someterlos a extrañas costumbres, explotarles y destruirles. Poseían el oro, el maldito oro, que despertaba codicias insaciables. Y el europeo entró en sus campos, derramó su sangre, estableció la servidumbre, y creyó, o fingió que creía cumplir un mandato del cielo convirtiéndoles

Library of Congress

en parias melancólicos, unciendo al yugo aquellas frentes erguidas en la libertad. A esa infamia se llamó “civilización” y “evangelización”.

Conviene que abramos la historia y traduzcamos unos períodos de la carta que, en 1504, dirigió Américo Vespucio al signore Piero Soderini, Gonfaloniero de Florencia. Vespucio escribe que el rey Fernando, el Católico, le ordenó salir de Cádiz en busca de nuevas tierras, con cuatro navíos, el 10 de mayo de 1497. Salió y navegó diez y ocho meses. Descubrió muchos países—, la América del Sur, en las costas del Brasil y Venezuela —llegó a unas playas. Vió seres humanos que huían hacia los montes. Al fin encontró seres que no huían, sino que venían, cargados de víveres, a ofrecerle su hospitalidad y su amistad (1) .

(1) *Heroes of American History Americo Vespucci*, por Frederick A. Ober, páginas 85 y siguientes.

“Nos trataron, añade, con mucha confianza, tanto como si hubieran tenido trato con nosotros por largo tiempo, lo cual nos agradó. Van enteramente desnudos; son de mediana estatura y muy bien proporcionados. Su carne es rojiza, como la piel del león. Pienso que si estuvieran vestidos serían tan blancos como nosotros. No tienen cabellos en el cuerpo, exceptuando una larga cabellera en la cabeza. En las mujeres este es un atractivo. Su figura no es hermosa, teniendo caras grandes que pueden compararse con las de los tártaros. Ambos, mujeres y hombres, son muy ágiles y marchan con desembarazo. Las 303 mujeres piensan que es nada caminar una o dos leguas, según vimos varias veces.

Sus armas son arcos y flechas bellamente talladas, pero desprovistas de hierro o de otros metales, en vez de los cuales usan dientes de animales y peces, y en ocasiones astillas de madera endurecidas al fuego. Cuando hacen la guerra llevan sus mujeres consigo, no para pelcar, sino para conducir víveres al hombro. Una mujer con frecuencia transporta un peso en esta forma por treinta o cuarenta leguas como hemos visto varias veces.

Library of Congress

“Estas gentes no tienen capitanes, ni marchan en orden, sino que cada cual es dueño de sí mismo. La causa de sus guerras no es el afán de conquista, ni el ensanche de las fronteras, ni les impulsa a ellas la codicia, sino las viejas enemistades de tiempos antiguos. Y habiéndoseles preguntado la razón de sus luchas, no dan otra que el deseo de vengar a sus antepasados. No conocen estas gentes reyes ni señores, ni obedecen a nadie, sino que viven en completa libertad.

“No tienen tribunales de justicia, ni castigan a los malhechores. Y lo que todavía es más asombroso: ni los padres ni las madres corrigen a sus hijos cuando han hecho algo malo. Y, por asombroso que sea, no hay riñas entre ellos, o, para decir mejor, no hemos visto ninguna. Su palabra es simple; pero, en realidad, son vivos y astutos en todo asunto que les interesa. Hablan poco. Y ese poco en un tono suave usando igual acento que nosotros y formando sus voces con el paladar, los dientes y los labios. Hay gran diversidad de lenguajes entre ellos, tanto que cada cien leguas encontramos gentes que no se entienden unas a otras.

“Su manera de vivir es bárbara; no comen a intervalos regulares, sino que es indiferente para ellos si el apetito viene a media noche o a medio día, y comen siempre sobre el suelo, sin servilletas ni manteles, teniendo sus alimentos en vasijas de tierra que ellos fabrican, o en calabazas partidas por la mitad. Duermen en nidos de algodón, muy grandes, colgados en el aire; y aunque esto pueda parecer un mal modo de dormir, puedo responder 304 del hecho de que es extremadamente agradable y uno duerme mejor que en un colchón. Son pulcros y limpios en sus personas, lo que es consecuencia natural de sus continuos baños, pero algunos de sus hábitos no se deben describir.

“No sabemos si esta gente posee algunas leyes. Tampoco son como los judíos y los moros, sino peores que los gentiles y paganos, porque nunca les vimos ofrecer sacrificios, y no tienen casa para rezar. Por su voluptuosa manera de vivir los considero epicúreos. Su vivienda es en comunidad y sus casas en forma de cabañas, pero fuertemente edificadas con grandes troncos de árboles y cubiertas con hojas de palmas, seguras

Library of Congress

contra vientos y borrascas. En algunas partes son tan grandes, que en una sola vimos seiscientos habitantes y encontramos que en una población de trece casas alcanzaba a cuatro mil. Cambian de sitio cada siete u ocho años. Y preguntánd?seles por qué hacen eso, responden que, a causa del intenso calor del sol sobre el terreno, este llega a infectarse y corromperse, y produce dolores en sus cuerpos, lo que nos pareció razonable.

“La riqueza de estas gentes consiste en plumas de aves de hermosos colores, o cuentas, que fabrican con espinas de pescado y con piedras de colores, con las cuales adornan sus mejillas, sus labios y sus orejas, y en varias otras cosas que nosotros no estimamos. No hacen comercio, ni venden ni compran, y, para abreviar, viven contentos con lo que la naturaleza les ha dado. Las riquezas que nosotros apreciamos—tan altas en Europa y en otros países tales como oro, joyas, perlas y otros bienes—no les preocupan nada. Son liberales en dar; no niegan nunca lo que se les pide. Y, de otro lado son asimismo liberales para pedir.”

Eso escribió hace cuatrocientos años, el señor Américo Vespucci al señor Gonfaloniero di Fiorenza”. Y así eran los indios nómadas de Borinquen, así son los yaquis mejicanos de Sonora.

Bellos en su desnudez inocente; libres en sus costumbres primitivas; ajenos a todo mercantilismo; hospitalarios al extremo de obsequiar y recibir a sus usurpadores —lo que se usaba todavía en 1898—sin códigos escritos; sin cárceles, ni jueces, ni gobernantes, ni polizontes; desconociendo la propiedad; despreciando el oro y las perlas; benévolo con los niños—como hoy aconseja María Montessori en sus libros de educación —hablando poco y en voz baja, durmiendo en nidos como los pájaros; comiendo al llegar el apetito, “sin servilletas ni manteles”; bañándose a menudo; no ofreciendo a ninguna deidad mitológica humildes sacrificios; cambiando el solar de sus viviendas cada seis u ocho años, como pide la higiene contemporánea; felices, en fin, en su paraíso nunca turbado por la ambición ni por la envidia.

Así eran. Y les civilizó Europa según Europea civiliza: a sangre y fuego. En Borinquen, tan chica, no queda ni uno solo: en Méjico, de aquella clase, de la clase auténtica, quedan los yaquis. La extensión enorme de sus selvas les permitió ir retirándose y defendiéndose. Y aún les persigue la civilización. En su último refugio les acosará y les despojará. Porque un alemán y cuarenta mejicanos necesitan que protejan sus intereses las bandas de Pancho Villa o las huestes de los Estados Unidos.

No hay duda: la humanidad es muy decente: muy decente.

Fairfax. 20 CAMPAÑAS III

306

LA DEMOCRACIA 14 de julio de 1915. DESDE WASHINGTON O'Donovan Rosa

Junio 30 de 1915.

Acaba de morir en Nueva York el último de aquellos fenianos que, organizándose simultáneamente en Europa y en América, allí bajo las órdenes de Stephens y aquí bajo las órdenes de Mahoney, en 1858 esparcieron el terror a través de Inglaterra y pusieron muchas veces en jaque al todopoderoso Gobierno de la Gran Bretaña.

Irlandeses ambos, Mahoney y Stephens, sentían la desesperación de los esclavos que quieren y no pueden ser libres. Ya en los últimos años del siglo diez y ocho, O'Connell, jurista y tribuno de enorme estatura intelectual, predicaba la independencia de su país y se colocaba a la cabeza de un movimiento que no llegó nunca a las proximidades del triunfo. Los hijos de Irlanda, ya que no les era dable pelear en su propia isla, intentaban apoderarse del Canadá y herir a sus tiranos en las colonias.

Las tentativas, unas tras otras, fracasaron. Y O'Connell llegó a convencerse de que su ideal, muy justo y muy bello, se alejaba más de la victoria cuanto más se le sometía a

Library of Congress

las pruebas de una realidad implacable. El inmenso 307 propagandista murió con la pesadumbre de dejar a su patria a merced del despotismo.

Sus compatriotas continuaron y redoblaron el esfuerzo. Y al mediar el siglo diez y nueve apareció la figura de Jeremías O'Donovan Rosa. No fué un hombre de estado, como O'Connell; fué un hombre de acción. Le atraía el estrépito de las revoluciones. Se agitaba sin temor en el peligro, arengaba a las multitudes, escribía, maldecía. Llegó a convertirse en un grave obstáculo para los landlords de su país y para los Parlamentos de Londres. Su honradez le rodeaba de un prestigio soberano entre las multitudes; su intrepidez le colocaba al frente de todas las empresas temerarias. Se le procesó se le condenó. Y cayó en la cárcel, como un león en su jaula: centelleantes los ojos, en desorden la rubia melena, altivo el gesto, soberbiamente brusca la actitud, aherrojado, pero no sometido.

Un día los carceleros se le acercaron. Traían un mandato. O'Donovan debía salir a picar piedras en los caminos públicos.

—No iré.

—Pero la sentencia que cumplís incluye trabajos forzados. Y el jefe de la prisión dispone que salgais.

—No saldré.

Se pidió el concurso de la gente de armas. Vino un piquete. O'Donovan se erguía en el centro de la galera estóico y resuelto.

Habló el oficial:

—Tenemos la obligación de prestar nuestro auxilio. Evitadnos el dolor de una violencia.

—Evitáoslo vosotros, o no os lo evitéis. Soy un hombre. Acepto la muerte: no acepto la humillación. Matarme podéis: humillarme nunca. Estoy solo; estoy indefenso: disparad.

Library of Congress

La tropa no disparó. El oficial consultó a los jefes; los jefes consultaron al virrey; el virrey consultó al Gabinete. O'Donovan no fué a picar piedras. Los políticos consideraron prudente no excitar la cólera de Dublín; la cólera de Irlanda.

308

Se decretó más tarde un indulto. O'Donovan vino a Nueva York en 1865 para conferenciar con los leaders fenianos y levantar fondos que permitiesen proseguir la campaña. Volvió a Europa en setiembre. Y se consagró en cuerpo y alma a defender el derecho de su isla. Se le arrestó de nuevo. De nuevo entró en la cárcel, sentenciado a prisión perpétua.

La cárcel no entró en él. Allí, tras los férreos barrotes, mantuvo su fiereza de carácter.

La visita de un jefe. Los presos a formar para la revista. Todos con las cabezas bajas: representaban el asesinato, el robo, la violencia, el incendio. O'Donovan con la cabeza alta: representaba el ensueño irlandés, el honor irlandés, la nacionalidad de su pueblo y la dignidad de su raza. Los demás galeotes se descubrieron, saludaron. O'Donovan no saludó.

Un diálogo homérico:

—Quitaos esa gorra.

—No.

—¿Por qué no os quitáis esa gorra

—Porque soy un hombre, como los que lo sean entre vosotros. Si os descubrís y me saludáis, me descubriré y os saludaré. Y si no, no.

Library of Congress

España, la Historia de España posee algo semejante en la jura de Santa Gadea. “Os hacemos rey si juráis respetar nuestros fueros y libertades: E si non, non”.

—Sois un convicto, replicó el militar.

—Soy un patriota, replicó O'Donovan.

—Os aplicarán el grillete y el ayuno.

—Morir de hambre es mejor que morir de vergüenza.

Y se aplicó el grillete y se aplicó el ayuno al rebelde Y no se le aplicó la horca porque detrás alzabase la sombra de Irlanda; la sombra de la justicia.

En enero de 1871 la reina decretó una amnistía para O'Donovan y muchos compañeros. D'Donovan no cabía en su ciudad ni en su condado, ni en las Islas Británicas ni en Francia, débil entonces: no cabía en el viejo mundo. Y buscó asilo en el nuevo mundo.

Por segunda vez desembarcó en las márgenes del Hudson. 309 Traía la aureola del martirio en torno de su frente. El Gobierno de los Estados Unidos destacó una “revenue cutter” para que le recibiesen en la cuarentena de Sandy Hook; las ciudades de Brooklyn, Jersey City y Nueva York le dieron oficialmente su bienvenida al suelo americano; la legislatura de Albany votó unánime un saludo al irreductible proscrito.

Esta nación fué gloriosa en los tiempos de Jefferson lanzando al rey Jorge su guante de acero; fué intrépida en los tiempos de Wáshington venciendo a Cornwarklis y a Burgoyne; fué magnífica en los tiempos de Lincoln redimiendo tres millones de siervos; fué magnánima en los tiempos de Roosevelt devolviendo a Cuba su soberanía; pero jamás estuvo a mayor altura que esa tarde en que, desafiando el enojo de Inglaterra, desplegó sus banderas azules y rojas y encendió sus estrellas para reconocer la excelsitud de un

Library of Congress

alma libre en la plenitud de un libre hemisferio. Si Bertholdi no se inspiró, debió inspirarse en ese episodio al labrar el molde gigantesco de su estatura.

Desde entonces O'Donovan fijó su domicilio en Nueva York. Un poco más tarde surgió en Irlanda Carlos Steward Parnell, orador al nivel de O'Connell aunque no tan ardiente. Recogía la experiencia de sus abuelos, de sus padres: modificar el carácter de la contienda; no era separatista: era autonomista, aunque declarando siempre que, “la definitiva solución no podía ser otra que la nacionalidad irlandesa.”

O'Donovan transigió y puso su hombro a la defensa del “home rule”, no con igual entusiasmo, sí con igual firmeza. Desde acá iban las remesas, por centenares de millares de dollars, a invertirse en Londres, en Dublín, en Edimburgo; a organizar las pugnas electorales; a elegir los ochenta y un miembros nacionalistas que en la Cámara de los Comunes derrotaron tres veces a los reaccionarios de Salisbury y enfregaron dos veces el poder al patriarca liberal: al íntegro Gladstone. En 1879 Parnell visitó América y abrazó a O'Donovan en su tranquilo refugio. O'Donovan, que nació en 1832, cumplía cuarenta y siete años.

310

La actividad de Parnell, su hábil diplomacia, su energía serena, determinaron el primer bill autonómico, que fracasó y costó la vida al Gabinete. Y a Parnell sucedió Redmond, el leader de ahora, el que aprovecha la situación que crearon sus amigos, el que obtiene el éxito de una reforma que costó tanta sangre y tantas lágrimas.

Pues bien: por una amarga ironía de la fortuna cuando el bill del gobierno propio pasaba en el Parlamento; cuando el rey Jorge V se disponía a estampar su nombre al pie del acta legislativa; O'Donovan Rosa, descrépito ya, herido a fondo por la “intrusa” cuya hoz despreció en sus días de cautivo, caía en la inconciencia senil y se acercaba al sepulcro sin la alegría y el orgullo de saber a su Irlanda, sino por completo redimida, emancipada

Library of Congress

de una tutela vergonzante, autónoma en sus asuntos anteriores, llena de confianza y de esperanza en el porvenir.

Más allá del azul infinito no sabemos qué nos reserva la insondable eternidad. Pero si después de este minuto terrestre hay algo, O'Donnovan va a descansar de seguro a la diestra del Padre.

Fairfax.

311

LA DEMOCRACIA 17 de julio de 1925. DESDE WASHINGTON BRISAS DEL TROPICO

Para estas crónicas, deseando, naturalmente, interesar a mis lectores, elijo los asuntos en la vida americana o en los trágicos desarrollos de la lucha europea. Pasan por aquí Guillermo el de Prusia con su ambición mundial, y Nicolás, el de Rusia, con su ambición eslava; Wilson y Bryan, los demócratas justicieros que olvidan el dolor de “sus posesiones”, Inglaterra con su “Invencible Armada”, inútil bajo el terror del submarino; Joffre envuelto en sus taciturnidades que no llegan a convertirse en acometividades; Irlanda detenida por la guerra en la vía del gobierno propio; Polonia aguardando de la guerra su unidad y su nacionalidad: lo que flota, en fin; lo que palpita; el acontecimiento que pasa o que se anuncia: la voz que suena más alta y estentórea en ese colosal desconcierto de los naufragios espantosos y de los boletines militares. Lo del día, que se convertirá en humo deshecho al otro día; la visión efímera que cruza el horizonte y que va disipándose, para dejar qu? sigan cruzando, cruzando, las efímeras visiones del porvenir. Nada, entre un lápiz y una hoja de papel. La existencia es eso mismo: nada entre una cuna y un sepulcro.

El tema de ahora es más dulce; viene de lejos; de la tierra en que nací; trae el cálido perfume de los bosques 312 tropicales y despierta en mí las nostalgias de una juventud que los ensueños y las estrofas poblaron de alegrías y esperanzas. También, como esos brillantes muchachos que corren tras la gloria, puse mi entusiasmo al cultivo de la lírica;

Library of Congress

también, como ellos, sentí el cosquilleo de la inspiración en mi cerebro. Cuando les oigo cantar, parece que algo muy hondo se renueva en mi espíritu; quizá es la parte más noble de mi espíritu que quiere recobrar sus atributos y pugna por romper los moldes de la política que la aprisionaron, reduciéndola a las fórmulas de la propaganda, a las angustias del sacrificio, a los arrestos de la cólera, y arrebatándola al triunfo posible en las justas del arte y a la posible creación en el mundo de las ideas.

El Ateneo les llama y responden. Ese último certamen es una fe de vida: no dejará nunca su idioma un pueblo que produce obras de tan intensa emotividad y de tan firme contextura. Un maestro conquista el laudo: Esteves, que es un joven ya sancionado por la crítica. Y cuatro maestros rompen sus primeras lanzas: Chevremont, Diego Padró, Blanco, Monagas: cuatro niños que, los cuatro juntos suman apenas ocho décadas. De un salto se colocan en la cumbre. Es hermoso, para ellos mismos, lo que ellos acaban de hacer. Y es más hermoso aún para la isla en que escriben. Ninguno de los poetas vencedores cantó a la patria; ninguno dió la nota varonil de la protesta. Y, sin embargo, se ve en el esfuerzo que realizan para dominar la forma y expresar el concepto, se ve a la patria que se dispone a resistir y que pelea por ser en América, además de una factoría en que se escuche el estrépito de las máquinas; además de un taller en que se afilen las armas del trabajo, un templo en que se rinda culto a la poesía de la naturaleza, a la poesía del sentimiento, y en que se hable, una lengua tan rica en recursos retóricos como la que puede hablarse en Valladolid o en Madrid; en los centros genuínos de la cultura castellana.

No sería sincero negar que Puerto Rico marcha un 313 poco retrasado, muy retrasado tal vez, si se intenta compararle con los países viejos y sabios que guían el continuo avance de la humanidad. Nuestra oratoria, por ejemplo, esta hoy en los tiempos de Desmoulins y de Vergniaud. El público aplaude las citas clásicas y las imágenes deslumbradoras. Los tribunos criollos emplean esos tópicos que los tribunos de Londres y París desdeñan, para redondear sus períodos o para asegurar sus efectos. Las escuelas de Macaulay y Clemenceau, las de la cláusula sombría y limpia; las del argumento lógico y claro, carecen

Library of Congress

de prosélitos en nuestras asambleas. El orador necesita poner en sus discursos abalorios y oropeles que brillen al sol aunque no desafíen el análisis. Elihu Root o Lloyd George jamás moverían a nuestras masas según las mueven Yumet y Nicolau. Para llegar a la expresión exacta y neta, a la concreción ceñida y casi geométrica, nos faltan años: acaso nos faltan siglos.

Y en la lírica también se descubre de esa especie de anacronismo. Hace veinte años seguíamos a Espronceda y a Tassara, que a su vez seguían a Byron y a Lamartine. La verba altisonante de Víctor Hugo no llegó a influir en Gautier Benítez, saturado de Musset y de Heine hasta el fondo del alma. Baudelaire, Richepín, Verlaine, Beranger, muy leídos, muy imitados en las repúblicas latinas, eran desconocidos de los bardos puertorriqueños. Tuvieron mayor influjo Plácido, Heredia, Mendive, Fornaris, porque era fácil conocer sus producciones. Un poeta iba a las fuentes originales: a Moratín a Jovellanos, y aún a los épicos del siglo diez y seis para estudiar sus modelos: José Gualberto Padilla. Y ese no parodiaba, sino que creaba con extraordinario vigor sus escenas y sus tipos. Quizá en las octavas descriptivas de la flora puertorriqueña existen reminiscencias remotas de la “Silva a la Agricultura” por Andrés Bello: imitaciones, de ningún modo. Y, a mi juicio, las octavas “nuestras” son superiores a la silva venezolana.

En épocas recientes revivió en San Juan y con excepcional brillantez de estilo, una escuela muerta en París antes que expirara el siglo diez y nueve: la escuela versolibrista, 314 fundada por Mallarmé, desarrollada por Moreas, Maurice Bouchor, Albert Samain, y agónica en las estancias de Henri de Regnier, su jefe postrero. Juzgando a este reformador de la métrica contemporánea, al cual reconoce un talento de primer orden, Emile Faguet, el ilustre crítico, dice en su libro “La poesie du XIX siecle”:

“En sus nuevos volúmenes de versos, el poeta vuelve a la prosodia clásica, y el verso libre, que había él innovado con autoridad, desaparece poco a poco de su obra. Si este verso amorfo hubiera podido salvarse, no hay duda alguna de que nadie lo salvaría como

Library of Congress

Mr. Regnier; pero se debe considerar, desde luego, esa forma literaria, como una tentativa abortada”.

Esa opinión de Faguet se remonta a los principios del siglo actual y coincide con las de numerosos escritores Conforme a las reglas del versolibrismo, es decir, sin conformarse a reglas, porque el versolibrismo las repudia en absoluto, se produjeron ahí poemas cuyos elementos de belleza artística no ceden a los de ninguno de Rubén ni de Chocano y cuya sinceridad les garantizaría un sitio eminente en cualquier literatura. Y, sobre todos, “La Canción de las Antillas”, en que Luis Lloréns dió pruebas de rara maestría. Pero ese hecho individual no destruye el hecho local de que el versolibrismo, abandonado en París, comienza, al cabo de seis lustros, a agrupar catecúmenos en el círculo breve y distinguido, de nuestros literatos insulares.

El Certamen del Ateneo, marcará una etapa en la actividad literaria nuestra. En él los jóvenes, los adolescentes, toman “la alternativa” y, por su propio derecho, se sitúan en un baluarte y empuñan una bandera. ¡Ojalá que la tremolen siempre con prestigio y que el aroma del laurel no les embriague! Prescindiendo de “Poemas Aldeanos”, cuatro miniaturas soberbias, hay dos composiciones, “Canto de Madrugada” y “Poema de la Alcoba”, que revelan facultades sorprendentes. Chevremont, Diego Padró, son ya dos poetas de fuste y serán dos grandes poetas. Saben sentir y saben expresar. Ambas obras tienen delicadeza de pensamiento que impresionan profundamente; ambos 315 artífices poseen una imaginación vivísima y alardean de una versificación encantadora.

No les envió el antiguo consejo: “Lean y estudien”. Les envió este otro: “Trabajen y produzcan”. Quienes son capaces, a los veinte, de escalar esas cimas, serán capaces, pronto, pronto, si la indiferencia de sus compatriotas no les desalienta, de llenar con su nombre las tierras que, en América y Europa, leen nuestro idioma.

Cuando lanzaba yo a la publicidad mis primeros ensayos, tuve amigos, ilustres amigos, que me estimulasen con sus palabras generosas: Fernández Juncos, Baldorioty, Salvador

Brau, Corchado, D. Pepe Acosta, D. Pepe Geil, Lola Tió, Mario Braschi, Ramón Marín, Antonio Pineda, Valdivia, Ormaechea, Alejandro Infiesta, y “El Caribe”, maestros nunca olvidados, me aplaudían y me empujaban. Aplaudiendo y empujando a los que suben, pago una deuda del corazón. Yo me detuve a la mitad de la jornada. Vi a mis hermanos sufrir y me pareció débil el verso para defenderlos contra la omnipotencia de los próceres coloniales. Me armé de más duras armas y emprendí la ruta que recorro sin cansancio. Mi verso está en mi prosa Las letras perdieron poco: un aficionado; la libertad ganó algo: ganó un soldado.

Jóvenes que ceñís el lauro: algún día, si nuestra patria no ha menester mi pluma; si me es dable regresar al arte, a la buena y dulce paz del arte, iré a pedirlos que me enseñéis con qué colores se pintan vuestras sutiles miniaturas o con qué buril se esculpen vuestros gentiles camafeos.

316

LA DEMOCRACIA 13 de agosto de 1915 DESDE WASHINGTON LA PLATERIA

Los nietos de Tousaint L'Ouverture entran ahora en línea. Es a saber: les llega su turno y van a ser “platteados”, si no lo remedia el cielo, con la aprobación unánime del mundo.

En las últimas semanas las autoridades de Port au Prince, siempre nerviosas, siempre recelosas de posibles conjeturas y de repentinas hecatombes, descubrieron o creyeron descubrir gérmenes revolucionarios en la atmósfera del país. Y curándose en salud, ordenaron a sus gendarmes que alojaran en las cárceles a ciento sesenta ciudadanos de la libre república: la flor y nata del partido que estaba disponiéndose a una campaña política de las que se acostumbra a desarrollar por aquellas latitudes.

Era real el movimiento, o no lo era: continuó después de arrestados sus leaders o no continuó. Allí nadie se tomó la molestia de cubrir las formas de la ley. No hubo fiscales que acusasen, ni jurisconsultos que defendiesen, ni jueces que fallasen. Quien manda, manda cartuchos al cañón y cabecillas al calabozo, sin fianzas, sin recursos de *habeas*

Library of Congress

corpus: a morir de calor en la humedad de las cuatro paredes de piedra. Yo se algo de esto por mis horas de soledad en el “hornillo rojo”: una celda de cuatro 317 metros con dos y medio, y una sola ventana, de férreos barrotes, que abría al Oeste y recibía todo el sol terrible de la tarde, en la cárcel de Ponce, frente a la calle de La Luna.

Pero había en Puerto Rico un capitán general español mientras que en Port au Prince había un ministro de la Guerra haitiano. A mi me permitieron salir al cabo de tres días mediante tres mil pesos que mi padre depositó. A los ciento sesenta presuntos conspiradores de “la isla hermana”, les compelieron a salir para el otro mundo: para el mundo de que no se vuelve.

El señor ministro—no recuerdo su nombre—pensó quizás que las resoluciones seguras son las definitivas y mandó a sus fuerzas que fusilaran a aquella multitud, sin dar cuartel a una sola de las víctimas. Fué “en la alta noche”, a los reflejos de “la pálida Selene”, en el patio del edificio. Las descargas despertaron a la ciudad. Nadie recobró el sueño. Nadie pensó en el descanso. Los fusilados tenían parientes: tenían amigos. El golpe, en vez de infundir el pánico, despertó la cólera. Al día siguiente el ministro, aperciéndose de la ira popular, quiso ponerse en salvo y se refugió en la legación dominicana. Las masas, frenéticas, sacaron de la legación a su compatriota y le hicieron pedazos en la acera misma. El presidente Mr. Guillaume, no se amparó del representante de un Estado como Santo Domingo, a quien supuso débil, sino del representante de un Estado como Francia, que posee en Haití el prestigio de la historia y de la fuerza.

Pero allá fué el pueblo también. En vano se tendió sobre la frente de Guillaume la bandera tricolor; en vano se apostrofó con energía a la muchedumbre sedienta de venganza; el general Guillaume cayó en manos de las turbas, bajó las escaleras en “volandas”, y, apenas llegó a la calle sintió la punta del puñal en sus entrañas y se marchó a la eternidad. Sus ejecutores—¿Será justo decir sus asesinos?—le dividieron en piezas y le arrastraron por todo Port au Prince. Estaba hecha la justicia de las sociedades rudimentarias; ojo por ojo; vida por vida.

Library of Congress

Y después los cablegramas a Wáshington y a París, 318 los artículos de Prensa, el juego de la diplomacia. Un crucero francés y un crucero americano a las aguas de Haití; un desembarco de tropas, una escaramuza en que mueren dos jóvenes marinos. Y el secretario, Mr. Lansing, insinuando a los periódicos, para que éstos lo digan “como cosa de ellos”, que Port au Prince está ocupado por una sección del ejército de la república y que seguirá ocupado, muy ocupado, mientras no se constituya un Gobierno estable y mientras ese Gobierno no suscriba un tratado por el estilo de la enmienda de Platt, que rige en Cuba.

Véase la clase:

“Esos soldados no se retirarán mientras un Gobierno reconocido no firme un tratado para extender a Haití los principios de la enmienda Platt.

“Es mejor que el método cubano se aplique a Haití, a fin de que no prevalezca la anarquía ni se reproduzcan los choques contra el pueblo haitiano y la marina americana”.

Y este episodio triste no es únicamente un episodio triste: es algo más; es una lección dura que reciben los habitantes de todo el archipiélago. La enmienda Platt ha llegado a ser el resumen y el símbolo de la política de Norte América en relación a su vecindario de las Antillas, en Méjico y en las otras repúblicas que caen a esta parte del Canal de Panamá. Puede que luego se extienda a Venezuela, a Colombia, al Ecuador; ahora se reduce, y no es poco, a la enorme área de tierra comprendida entre los lagos canadienses y la zona del Canal.

No es ya un ensayo: es una política, con una orientación firme y una urdidumbre perfecta. Cuba, donde se experimentó la eficacia del “plattismo”, conoce el terreno que pisa y, en vez de resistir opta por manifestar su gratitud “a la nación redentora”. De ese modo la llamó, en el Congreso Panamericano de junio, el ministro cubano señor Desvernine. Y nunca se oye en Cuba una voz de cierto alcance y de cierto influjo que no exprese

Library of Congress

iguales sentimientos. Santo Domingo disfruta practicamente 319 “the principles of the platt amendment”. Y, aunque en el fondo subleva sus instintos esa especie de protectorado, no se revuelve contra él porque revolverse equivaldría a ceñir más las incómodas ligaduras. Nicaragua, por boca de su Gobierno, de una manera explícita pidió y pide que la “platten”, que la intervengan, QUE LA COJAN. Y día tras día se lee en las columnas de los diarios oficiosos de Wáshington que la intervención en Méjico se acerca y que, al imponerse a ese país de diez y siete millones una organización estable, los Estados Unidos se reservarán el derecho de establecer, a fin de que no haya nuevos desórdenes “the principles of the Platt amndment”, o sea la soberanía del Congreso de los Estados Unidos, sin cuya venia no se acordarán tratados y con cuyos enojos tienen que contar las futuras revueltas.

Es la política americana, suave, enguantada de terciopelo, calzada de satín, pero modelada en bronce. Poco a poco se va lejos, dicen en España. “Qui va sano va lontano”, dicen en Italia. Llámese como se llamen en sus disputas internas, los estadistas yankees quieren cumplir la doctrina, la verdadera doctrina de Monroe: AMERICA PARA LOS NORTEAMERICANOS. Y utilizan las buenas coyunturas para su avance metódico y tranquilo. Solo una catástrofe mundial podría detenerlos en su marcha. Y Dios nos libre que esa catástrofe se produzca, porque entonces, en vez de vivir bajo el *red, white andblue*, viviríamos bajo el negro, rojo y blanco de los estandartes teutónicos.

Ni Cuba, ni Santo Domingo, ni Méjico, ni Nicaragua, ni toda la familia latina del Sur, uniéndose, lograría que la política de Wáshington volviese atrás en sus designios. Esta es la realidad. Amarga, llena de acíbar, dolorosa, casi vergonzosa. Pero la realidad que necesitamos ver de frente, para que no se nos juzgue digno huéspedes de un asilo de locos o de un asilo de ciegos.

Fairfax.

320

LA DEMOCRACIA 14 de agosto de 1915. DESDE WASHINGTON POR OTROS RUMBOS

Agosto 6 de 1915.

La doctrina de Monroe se adoptó en 1823, para que Rusia, Francia e Inglaterra no intentasen restituir a España las diez y seis colonias del Sur, constituídas ya en repúblicas independientes. Luego, de interpretación en interpretación, vino a compendiarse en esta síntesis: "América para los americanos". Y llegó a significar que nadie en el mundo, sin choque con los Estados Unidos, podría desembarcar tropas ni adquirir territorios en el hemisferio donde los Estados Unidos se preparaban a establecer su influjo predominante.

Europa aceptó de hecho la doctrina, aunque de derecho, por declaraciones verbales o escritas, no la sancionó jamás. Todos los presidentes ratificaron aquel principio, esencial en la política de la confederación. Y hoy mismo continúa, desde Wáshington, aplicándose la doctrina de Monroe, y desde París, Londres, Berlín, Viena y Petersburgo, permitiéndose que perdure, no como una ley internacional, sino como un *modus vivendi* más o menos embarazoso y obstructivo.

La anarquía de Méjico y el triunfo de los demócratas aquí, en el Norte, combináronse para poner a prueba la eficacia de ese convenio implícito. Las bandas en pugna robaron y fusilaron a muchos españoles, franceses y chinos. Los embajadores formularon sus protestas y Mr. Wilson, pacifista *a outrance*, no se decidió a restablecer el orden por la fuerza. Retiró su embajada y destacó agentes confidenciales; dirigió notas y más notas a Carranza, a Huerta, a Villa, a los capitanes de la revuelta. A veces les obligó al respeto; a veces no consiguió reducirles sin intimidarles. Y hace un mes despachó un documento que era en el fondo un ultimátum: "O ustedes se arreglan o irán a arreglarles mis soldados". Eso, en resumen, decía el Presidente a las dos facciones en armas.

Las dos se apresuraron, no a arreglarse, sino a atraerse la simpatía y la confianza de Mr. Wilson, con el fin de obtener que las reconociese. Se habló en la semana última de reconocer a Carranza, de cruzar las fronteras mejicanas, de despachar un nuevo ultimátum de carácter perentorio. Y anteayer, por fin, se anunció que Mr. Lansing, secretario de Estado, acababa de citar a los embajadores de Argentina, Brasil y Chile, Naón, da Gama y Suárez Mújica, y a los ministros de Guatemala, Bolivia y Uruguay, Méndez Calderón y de Pena, para que, reuniéndose en Wáshington trataran de la posible solución de este asunto. Ayer se reunieron. Lo que acuerden será o no será cosa de importancia. Pero el acto, en sí, en la orientación que fija, en el rumbo que traza, es importantísimo.

En 1914 tres de estos diplomáticos, Naón, da Gama y Suárez Mújica, estuvieron ocho días en Niágara Falls, ocupándose mediante expresa invitación de la Casa Blanca, en estudiar y definir el problema de Méjico. Fracasaron. Pero aquella fué la primera etapa de la política a que obedeció el Congreso Financiero Panamericano, y a que obedece la entrevista de ayer. Diríase que la doctrina Monroe se transforma y que no se encargan los angloamericanos de cumplirla solos, sino que piden el concurso de los latinoamericanos. Si ello es así, la simpatía de las repúblicas del Centro y del Sur, responderá a la iniciativa de la república del Norte. **21 CAPAÑAS III**

322

No hace mucho, en Buenos Aires y en Santiago, dos estadistas de talla insinaron, con destreza, pero con franqueza, que sus países habían crecido y se sentían demasiado grandes y fuertes para consentir que otros países “se atrevieran” a protegerles, cuando ellos no habían menester de protección ninguna. Y, hablando en un banquete, Pérez Triana pronunció la célebre frase “We Americans” y afirmó que no debía limitarse el hemisferio a impedir intromisiones europeas en sus negocios interiores, sino que resultaría plausible acordar que todas las repúblicas estarían “contra cualquiera de las

Library of Congress

repúblicas” que intentase o realizase empresas detentadoras de la soberanía de otra u otras entre sus hermanas.

Era una indicación enérgica y fina a la única cuyo poder enorme despierta la desconfianza de las veinte restantes: era una clara admonición a los Estados Unidos. “Ni Europa ni tú adquiriréis territorios en nuestras naciones. Europa, porque tú no lo tolerarás; tú, porque nosotros no lo toleraremos”. Se aplaudió a Pérez Triana. La estocada no tenía riposta. Y sin duda, en los más altos círculos, sus palabras causaron efecto.

La verdad es que, al llegar a los definitivos desarrollos del conflicto mejicano, en vez de abrogarse los Estados Unidos la autoridad y la responsabilidad exclusivas, llaman a seis Gobiernos de América y les invitan a una acción común y solidaria. Con lo cual se crea un precedente, si no para la “unión panamericana”, que resultaría un absurdo, para la alianza panamericana que robusteciendo a los Estados Unidos, estimularía a las demás repúblicas a recorrer sendas de orden, a constituirse de un modo estable, a desenvolver sus recursos y a prescindir de sus contiendas civiles, a fin de ser dignas de tomar parte en un concierto en que se las reserva un papel tan digno de su altivez ingénita y de su orgullo de raza.

Se piensa que los seis diplomáticos, antes que la intervención, aconsejarán en primer término el reconocimiento de Carranza como medida inmediata. Y, en segundo término, si Carranza no establece la paz dentro de un período razonable, el ejército norteamericano, quizá con la cooperación de tropas guatemaltecas o costarricenses, penetrará en Méjico, dominará a los rebeldes, convocará el pueblo a los comicios, de acuerdo con la constitución mejicana, hará elegir un Gobierno y permanecerá apoyándole hasta que lo considere bastante sólido para garantizar los intereses extranjeros y bastante apto para organizar y mantener una sincera democracia. D? seguro vendrá una enmienda Platt, o sea un protectorado económico y estrecho, que coloque las rentas públicas bajo el control de los Estados Unidos y que cree dificultades al caudillismo y al convulsionismo,

que en un siglo no permitieron al Sur engrandecerse como se engrandeció el Norte por las victorias de la industria y de la agricultura; por las victorias del trabajo.

Si Mr. Wilson abraza esos propósitos y los cumple, acaso comprenderá que a su obra espléndida falta un epílogo que la complete y la realce: la justicia plena que Puerto Rico aguarda y que sólo puede aguardar de los Estados Unidos.

En 1860 había una mancha en la bandera: la mancha de la esclavitud negra. La lavó Lincoln. En 1915, medio siglo después hay otra mancha en la bandera: la mancha de la esclavitud blanca y negra. Se esperó que Wilson la borrara. Si no la borra él ¿a qué hombre o a qué partido volveremos los ojos?

Fairfax.

324

LA DEMOCRACIA 27 de agosto de 1915. DESDE WASHINGTON LEY DE LYNCH

Agosto 17 de 1915.

En mi crónica de junio 24 descubrí lo que entonces creía yo la única etapa del proceso y del castigo de Leo Frank, aquel joven judío superintendente de una fábrica de lápices en Georgia, condenado a la pena capital tres veces consecutivas e indultado por el gobernador Slaton.

Resumen de la cuestión: Mary Phagan, una joven, casi una adolescente, trabajaba en la factoría bajo las órdenes de Leo Frank. El 26 de abril de 1913 su cadáver apareció en los sótanos del edificio. La autopsia demostró dos crímenes: estupro y asesinato.

Un hombre de color, Conley, acusó a Frank de violador y de asesino. Se le juzgó y se le sentenció a morir. Muchos correligionarios suyos creyeron que en la conciencia de

Library of Congress

los jueces influía un hondo prejuicio de religión y de raza. Se cotizaron para organizar la defensa. Y consiguieron un segundo y un tercer juicio. El fallo fué siempre adverso.

Por fin, en junio 21 de este año, el gobernador, contra el consejo del “Board of Pardons” conmutó la pena y envió a Frank a una penitenciaría del Estado. El indulto causó un efecto terrible. Las turbas recorrieron las calles 325 de Atlanta y amenazaron la casa de campo del gobernador. Fué indispensable llamar a las milicias para contener la protesta en sus límites legales y salvar la vida de Mr. Slaton.

Desde entonces, aunque se comentaba a menudo el tema y aunque se amenazaba con el linchamiento de Frank, las turbas aparecían quietas. El 18 de julio, un William Green, compañero de Frank en la prisión intentó degollarle hiriéndole con un cuchillo en la tráquea. Los médicos lograron salvar al herido. Su esposa, que no admite su culpabilidad, estuvo con él, cuidándole, atendiéndole en la enfermería, semana tras semana. Y allí está hoy mismo.

Anoche a las doce, una banda de “ciudadanos” penetró inesperadamente en la penitenciaría, dominó al jefe, al subjefe y a los veinticinco guardias que dormían o velaban en el interior del edificio, se apoderó de Frank y le condujo, a través de los caminos, hasta un bosque próximo a Marietta—villorrio en que Mary Phagan residía— y allí, luego de golpearle con saña, le colgó de un árbol y se disolvió. “Hemos cumplido nuestro deber: “justice is done”. Cada uno a su casa. Georgia puede reposar tranquila”.

He aquí un ejemplar característico de ejecución por el método de Lynch; por los preceptos de la “ley no escrita”. El pueblo se entrega a su instinto y cumple su venganza. El pueblo no. Veinte, cuarenta, cien irresponsables, que se constituyen, por su propia autoridad en vengadores y ejecutores y que se sienten seguros de quedar impunes.

Las estadísticas del linchamiento decrecen. Pero el cómputo anual fluctúa alrededor de ciento cincuenta linchados. Alcanzando la población de la república a cien millones, el hecho es que mueren dos por cada millón y medio en doce meses. Y si el cálculo se limita

Library of Congress

al Sur—en el Norte apenas ocurren esas escenas de salvajismo—la proporción sube a seis, a ocho por cada millón y medio.

Realice el que lea mis crónicas un esfuerzo mental y piense que todos los años una muchedumbre cruel, sobreexcitada, 326 salvaje, colgará a cinco o seis, delincuentes o inocentes, en Puerto Rico. El país entero se estremecería de horror y rechazaría indignado esas formas de enjuiciar y matar. Y, en los países vecinos, se pensaría que los puertorriqueños retrogradaban mucho más lejos que a la época de Bayoan y de Agueynaba.

Aquí, cuando los periódicos insertan páginas y páginas de minucioso “reportaje” al suceder un linchamiento en circunstancias graves, el público, en general, no se ocupa de añadir a sus comentarios. “It is a matter of a course”, un hecho corriente, un suceso del día. Se dobla la hoja, se lee un nuevo “tópico” y no se experimenta una impresión de repugnancia. ¡Ah, sí: los del Sur; las costumbres del Sur; las tradiciones del Sur! Y basta.

Una, dos, cien vidas no cuentan. Después de todo es la ley del talión: ¿Asesinaste? Que te asesinen. Ojo por ojo.

Y la humanidad misma tampoco se detiene a considerar si esos actos son actos de barbarie o de cultura; si son cristianos o si son paganos. Si dan o quitan lustre al nombre de la ciudad que los consiente y al de la nación que no los evita. A hierro muere quien a hierro mata. Y adelante.

No hay en el mundo un tribunal de más alto prestigio que la Corte Suprema de los Estados Unidos. No hay tampoco organización judicial más perfecta, ni magistratura más sana, ni mayor respeto a las leyes ante cuya majestad se inclinan el Presidente, los senadores, los millonarios. El hijo del millonario Beatty fué electrocutado en Virginia, a pesar de sus millones; no es raro que los banqueros, los bolsistas, los promotores de gigantescos negocios vayan a presidio y extingan en presidio la pena que se les impuso.

Library of Congress

El infortunio de Leo Frank no afecta a la nación, como la afecta la multitud de horcas que las turbas alzarón y alzan en su amplio territorio.

Pero es raro que el Congreso no tome sobre sus hombros el deber de legislar en este punto y de impedir, con medidas eficaces que se reproduzcan sin escrúpulo los linchamientos, casi siempre con una base de equidad, aunque en alguna ocasión sin base alguna. Corresponde esa materia a los Gobiernos de los Estados y no a la administración 327 federal. Bien; pero otras materias correspondían a los Estados y pasaron a la administración federal para los trámites constitucionales. Y ya que ciertos Gobiernos de ciertos Estados no manifiestan, en un lapso de tiempo que excede de un siglo, aptitudes para mantener los fueros de la justicia, toca al Congreso probar que le sobran voluntad, inteligencia y carácter para borrar el estigma de las ejecuciones populares, según borró de un solo golpe el estigma de la esclavitud.

La esposa de Leo Frank dormía mientras arrebatában a Leo Frank de su celda. La despertaron y le comunicaron, sin delicadeza, el exabrupto, el inaudito atropello. Comprendió enseguida y cayó en un desmayo de que aún no ha vuelto hoy, a las seis de la tarde. El diagnóstico facultativo expresa el temor de que no vuelva.

Y la madre de Frank ha dicho:

—“Gracias a Dios, ha muerto. Y con la muerte acaban sus angustias. Si viviese, su vida sería un dolor continuo, un tormento sin fin. Y lo habrían matado de otra manera peor”.

No nos inspira compasión sentimental el desenlace de la tragedia de Georgia. Para Leo Frank era preferible padecer un minuto y acabar de una vez a sufrir hora tras hora, en prisión perpetua, dolores sin otro término que la tumba. No pensamos en el convicto a quien ahorcan; pensamos en esta nación, en esta república, en esta democracia, que tolera la sustitución de la justicia por la venganza, y que se resigna a contemplar las togas

Library of Congress

de sus magistrados y las páginas de sus códigos bajo el tosco pisoteo de las turbas, ciegas e insensatas.

Fairfax

328

LA DEMOCRACIA 1 de setiembre de 1915 DESDE WASHINGTON TURBAS EN GEORGIA

Agosto 20, 1915.

Vuelvo sobre el asunto que dió tema a mi última crónica, escrita al llegar a Wáshington las primeras noticias sobre el asesinato de Leo Frank por las turbas de Georgia.

No se limitaron los veinticinco “ejecutores de la ley” a arrancar un preso inerme de su celda en la penitenciaría; a insultarle y golpearle con inhumana furia; a colgarle, por último, a setenta millas de la prisión y a dos millas de la tumba de Mary Phagan, en la ciudad de Marietta, condado de Cobb.

Cinco mil almas se reunieron después junto al árbol. Un individuo arengó a la muchedumbre, excitándole a despedazar el cadáver. Pero había allí un hombre culto y sereno; un juez de carácter recto y de calmosa energía; Mr. Morris. Habló a su vez y pidió que se respetaran los despojos mortales de Leo Frank y que se permitiese actuar a la justicia. El auditoria gritaba, de una parte, sí, sí; de otra parte, no, no, con voces estentóreas. El juez Morris logró restablecer el silencio.

Y se produjo después el más paradógico plebiscito que registra la historia: se decidió votar si se mutilaba o no 329 se mutilaba el cuerpo del ahorcado. Una mayoría abrumadora pronuncióse por la no mutilación; pero unos pocos miserables descolgaron el cuerpo y pisotearon el rostro hasta desfigurarle. No se sabe si entre los caníbales del interior de Africa se representó alguna vez una tan macabra y tan inícua escena.

Library of Congress

El juez Morris se abrió paso, arrebató el cadáver a aquellos feroces bandidos, lo trasladó a su automóvil y partió con él hacia Atlanta a toda velocidad.

Veinte, cincuenta, cien automóviles le persiguieron. Se pretendía quemar los restos de Leo Frank sobre el sitio en que duerme Mary Phagan, la pobre niña, el sueño de la eternidad. El juez venció en la extraña carrera, despistó a los que le seguían y llegó a la capital de Georgia con su triste carga. Y los reporters telegrafiaron a todas las ciudades la trágica reseña de aquel crimen cuya mancha, según el gobernador Harris, no se borraré jamás y cubrirá perpetuamente de sombra la reputación de un Estado que, si quiere vindicarse, necesita mandar a presidio al grupo entero de los que asaltaron la cárcel y realizaron el terrible vilipendio, El juez Morris merece que se le salude con respeto y simpatía. El solo, merced a su valor y su prestigio, impidió que se completase el nauseabundo espectáculo y salvó lo que aún podía salvarse del valor y el prestigio de Georgia.

El gobernador Slaton, que indultó a Leo Frank frente a la opinión pública, apoyándose en su conciencia y desafiando peligros inmensos, se encontraba en California. Desde allí condenó el brutal atropello con las palabras más enérgicas que posee el idioma inglés, sin economizar los epítetos duros al definir la actitud de las turbas. Y el alcalde de Atlanta, tomando el partido de las turbas, justificó sus atrocidades y estampó estas frases, que apenas se conciben: “El ex gobernador Slaton debe quedarse fuera de Georgia a lo menos un año, SI NO PARA SIEMPRE, a fin de evitarse algún serio disgusto”.

A cuya sentencia de ostracismo perpetuo respondió el aludido con viril altivez diciendo: “Soy hijo de Georgia y amo a mi Estado. Por eso condeno a los que la deshonran. Ese 330 alcalde es un “old garrulous man”—“un viejo lenguaraz”, que traduciríamos al castellano—. Volveré a Atlanta dentro de la fecha que me proponía volver y no pasará nada, porque la mayoría de mis compatriotas no son turbas de cobardes asesinos”.

Library of Congress

Es justo añadir que la Prensa americana, sin exceptuar un solo periódico, aplaude al juez Morris, al ex gobernador Slaton, y condena a las salvajes muchedumbres. Los vocablos “vil, cobarde, imbécil, criminal, bandido”, se leen en las columnas de los diarios. Unicamente prescinden de ellos los tres grandes diarios que se editan en Atlanta. Es natural, temen para sus oficinas un asalto igual al que se verificó en la penitenciaría de Milledgeville y para sus publicistas una suerte igual a la que cupo a Leo Frank. Porque allá, en el Sur, “justicia por mano propia” resulta un principio que cuenta con infinitos mantenedores entusiastas y resueltos. El mismo día en que se supo la ejecución de Leo Frank, tres negros pagaron con su vida la propensión patibularia en el Estado de Georgia.

El ex Presidente Taft figura en el número de los que reprobaron con mayor fuerza la violación de las leyes escritas. Y, de extremo a extremo de la república, se advierte a los georgianos, y de un modo particularísimo a los de Cobb County y Marietta Town, que, o ayudarán a las autoridades en su obra de descubrir a los delincuentes, o serán responsables de que se considere a Georgia como una comunidad aparte, indigna de figurar al nivel de las demás comunidades de la nación.

Un abogado que preside la “Patrolman's Asociation” de Chicago, dirigió un escrito al gobernador de Illinois, y copia a los demás gobernadores pidiéndoles que no se admitan ni tramiten las solicitudes de extradición de prófugos de Georgia, por la razón de que Georgia no sabe garantizar la seguridad de sus presos, y no está por lo tanto, preparada a ejercer el gobierno propio.

El clamor unánime del país reclama que purguen su delito las personas que lo cometieron. El gobernador Harris ofrece cinco premios de quinientos dollars a quienes 331 acusen a cinco de aquellos desalmados. Un comerciante de Marietta se atreve a defender a los veinticinco del grupo homicida, calificándoles de “brave and resolute men” y afirmando que cumplieron sus deberes cívicos al corregir la conducta del funcionario que suscribió el indulto de Leo Frank. Añade que no se castigará a nadie, porque todos

Library of Congress

los del grupo son vecinos de Marietta, paisanos y amigos de Mary Phagan y antes se dejarán matar que decidirse a delatar a los “bravos y resueltos” vengadores.

El *New York Journal* publica, en letras de gran tamaño, este suelto: “Este periódico tiene en su poder fotografías de Leo Frank colgando en la horca, víctima de las turbas. Por respeto a la madre infortunada de aquel joven, ninguna fotografía del crimen contra su hijo aparecerá en nuestras páginas. Tales fotografías, y cualquiera otras que lleguen a nosotros, se pondrán a disposición del gobernador de Georgia. Los rostros están con claridad reproducidos entre las turbas que rodean al asesinado. Y pueden ayudar en la identificación y persecución de los criminales”.

Al fin quedará Marietta solo oponiéndose a los Estados Unidos; pero es tan autonómico en los Estados Unidos el espíritu de las leyes, que será inevitable constituir el jurado con ciudadanos de Marietta y aceptar, ipso facto, la impunidad perfecta del delito. Fundándose en ese hecho, insinuaba mi crónica anterior que se impone una reforma constitucional, circunscrita a los linchamientos; reforma que confíe la actuación y el fallo a cortes especiales, funcionando en Wáshington y ejerciendo jurisdicción sobre el territorio de la república. Es el solo recurso para acabar de una vez con las vergüenzas y los escándalos de la ley de lynch.

Fairfax

332

LA DEMOCRACIA 3 de setiembre de 1915 DESDE WASHINGTON JOVENES Y VIEJOS

Agosto 24, 1915.

Leí en *La Democracia* dos editoriales que se titulan: “Hombres Viejos” y “Hombres Nuevos”. En ambos se define el papel que corresponde a los unos y a los otros en la vida pública.

Library of Congress

Unas líneas para decir mi impresión. Es está.

En un país como el nuestro es necesario que luche todo el que pueda luchar. Algún día nos constituiremos, al fin, sobre la base de un régimen de Gobierno propio, ampliamente liberal, que permita a los ciudadanos puertorriqueños dirigir, ellos solos, los asuntos de Puerto Rico. Ese día será lícito el reposo: ahora no lo es.

Me parecen insensatas y hasta un poco pueriles las clasificaciones por edades. Cabe hacer clasificaciones; pero únicamente por aptitudes. Si un viejo vale mucho debe ocupar el sitio que le señala su valer. Si vale mucho un joven, debe subir cuanto antes y mantenerse firme en la altura.

Prescindir del uno por la razón de sus muchos años, sería imbécil e inútil, porque la popularidad no es un rótulo, sino el producto de una acción continua y fecunda: estorbar al otro por la razón de sus pocos años, sería 333 estúpido y necio, porque el mérito, si existe, si no se funda en una farsa, vence todos los obstáculos y triunfa.

Es obvio que a las masas, que necesitan defensa contra los abusos de que son víctimas, conviene no disminuir el número de sus defensores. ¿Hay mil? Bien. Conservémoslos, estimulémoslos y procuremos aumentarlos. Mejor sería que hubiera dos mil o diez mil. ¿Aparece un leader? Bien. Estimulemos su entusiasmo para que sirva al pueblo—al pueblo; no al poder—confiémosle la autoridad, impongámosle la responsabilidad.

Por mi parte, desde veinte años atras, obedecí y obedezco a esa norma. A los combates periodísticos, cuando me agitaba sin descanso en Ponce—1890– 1896—llamé para que compartieran conmigo la tarea y la gloria, a Mariano Abril, a Rodríguez Cabrero, a Eugenio Astol, a Evaristo Izcoa. Y cuando pasé a San Juan llamé a Rosendo Rivera, a Rafael Matos: exceptuando a Izcoa, los demás han sido directores de este diario que fundé para mantener ideales y no para acometer negocios:

Library of Congress

En los combates políticos me rodeó una legión de muchachos brillantísimos como Cayetano Coll, Miguel Guerra, Santiago Vivaldi, Juan Huyke, Rafael Cuevas, Frank Martínez y cien y cien que no enumero para no ser profuso. El día en que nombré a Pepe Diego subsecretario de Gobernación contaría él apenas un cuarto de siglo.

Pero, al mismo tiempo, me acercaba en Barranquitas, en Ponce, en San Juan, a los veteranos de alta ciencia y de profunda experiencia. Don Román Baldorioty, don Pepe Acosta, don Pepe Celis, Salvador Brau, el Caribe, Fernández Juncos, fueron mis maestros, en las artes literarias o en los empeños cívicos. Les consulté a menudo y aproveché, o, a lo menos, me propuse aprovechar sus enseñanzas. Siempre, siempre, les reconocí—y al único que aún vive continuo reconociéndole—una capacidad infinitamente superior a mi pobre capacidad de jíbaro de la montaña.

Se dirá que yo entonces era un niño. No. Al iniciarme periodista había cumplido treinta años. Al presidir un Gabinete había cumplido treinta y ocho. Y todavía a los 334 cincuenta y cuatro, hace dos no más, iba a la casa de Brau para oírle, para aprender de su honradez y de su genio tantas cosas; ¡tantas cosas! Y aún hoy, si las dificultades arrecian, si los problemas son difíciles, subo los cincuenta peldaños que conducen al mirador en que trabaja don Pancho Acuya y le pido, y él me da, sus sabios consejos. Porque todavía, siendo tan viejo, no quiero atreverme a plantear ni a resolver, sin un dictamen de ese prestigio, asuntos que afecten al presente o al porvenir de mi patria.

Y yo pido a Dios, a la naturaleza, al destino, a las fuerzas dominadoras de los acontecimientos, que nos conserven la existencia de ese prócer ilustre, a quien no he visto equivocarse nunca y en cuyo criterio, y en cuya exacta visión a largas o a cortas distancias, tengo mayor fe que en la visión y en el criterio míos. Allí, en su bufete, entre sus libros, sereno, ecuánime, aquel anciano, sin escribir un artículo, sin pronunciar un discurso, prestó, presta y prestará a su isla más servicios que todos nosotros en las

Library of Congress

ardientes polémicas que tienen por campo la publicidad de la Prensa o la semipublicidad de la tribuna.

Y no porque me incline ante el juicio del patriarca y del patricio, dejo de acudir al palenque donde libra sus batallas la juventud que se abre camino hacia el futuro. Ahí, en la redacción, se reunía en marzo, abril y mayo un poderoso grupo de intelectos clarísimo. No los menciono. ¿Acaso es posible olvidarles o desconocerles? Una veintena. Pero una veintena de cerebros que harían honor a Buenos Aires, a Montevideo, a Valparaíso.

El enorme producto de ideas y de formas que propaga una confederación de ensueños (1) ; el vibrante cronista pro-germano que acopia una erudición de maravilla (2) ; el bardo genial que canta en metros rotos y magníficos la canción de las Antillas (3) ; el desenfadado iconoclasta que labora una revolución moral y social con sus paliques

(1) Se refiere a José de Diego.

(2) Se refiere a Mariano Abril.

(3) Se refiere a Luis Llorens Torres.

335 de tremenda originalidad (1) ; el audaz mancebo, del alma de su tierra (2) ; el prosista de las filigranas, que esculpe su estilo, como si manejase, en vez de una pluma, el cincel de Benvenuto Cellini (3) ; el poeta de los bronces heráldicos, que, sin leer a Heredia, le hereda y sin leer a Richepín, le continúa (4) ; el humorista sutil que, al traducir, convierte las joyas inglesas en joyas castellanas, y que, al producir—poco, por desgracia—pone en sus cláusulas una suavidad sedante tras la cual se disimula una fuerza “frodoyante” (5) ; y, entre el resto del grupo, el publicista que es, en simultaneidad extraña, gran poeta, gran escritor, gran pensador, gran orador y que, siendo todo eso se recata en las penumbras indecisas antes que buscar los focos que bajo su inmensa claridad le destaquen y le presenten al aplauso (6) .

(1) Se refiere a Nemesio Canales.

Library of Congress

(2) Se refiere a Cayetano Coll Cuchi.

(3) (?).

(4) Se refiere a Antonio Pérez Pierret.

(5) Se refiere a Miguel Guerra Mondragón.

(6) (?)

Esa gente, “nuestra gente”, me rodeaba en las noches de activo esfuerzo. Esos jóvenes lanzaban sus teorías, a menudo sus paradojas, a la disección tenaz y al análisis anatómico. ¿Cómo no admirarles si se les escucha ¿Cómo no quererles si se les trata? Los jóvenes; la falange de jóvenes que ha subido ya a la cúspide. Tras sus huellas vienen los que ganan laureles en los concursos de arte; los que dan “el primer filo a sus armas” en las escaramuzas periodísticas; los que ejercen el ministerio de la propaganda en el comité y en el meeting; los que se preparan a escalar el repecho en cuyas cimas se extienden las ondas de la fama.

Pienso que la edad no es un título ni tampoco un estigma. Pienso que a esta hora se dibujan las siluetas de los que van a constituir pronto un centro de acción tan noble y alto como el que, en 1880, constituían Baldorioty, Acosta, Celis, Blanco, Padial, Corchado, Brau, Córdova, Alonso, Ferrer, Elizaburu, Vizcarrondo; pienso que no llegarán 336 los que mayor estrépito levanten o con mayor audacia empujen, sino los que demuestren al pueblo que quieren y saben servirle con desinterés patriótico.

No importa la edad; lo que importa es la capacidad, la energía, la discreción, y, más aún, la lealtad por encima de todo y la consecuencia con los principios, sin cambios, sin contorsiones, sin inconsciencias: hoy en el sitio de ayer, mañana en el sitio de hoy, a fin de que el instinto popular, que es infalible, no pierda la confianza en el tesón y el carácter de sus leaders.

Library of Congress

Antes de los treinta años, antes de los veinte se revelan en ocasiones los rasgos típicos de una precocidad privilegiada. Roma tuvo un cónsul de quince; César fué *imperator* a los veintiocho; Bonaparte fué dueño del mundo a los treinta y dos; Alejandro “no cabía en Europa” a los treinta y cuatro; Menéndez Pelayo penetró en la Academia a los veintiuno; Cavestany escribió “El Esclavo de su Culpa” a los diez y seis.

Después de los sesenta años, después de los setenta, pronunciaba Cicerón sus arengas más vibrantes; componía Víctor Hugo sus más célebres poemas; creaba von Bismarck la Confederación germánica; planeaba Chamberlain el Imperio Británico; sorprendía Newton las leyes de la gravitación universal; proclamaba Gladstone la autonomía de Islanda; liberaba Thiers el territorio de Francia.

Lá edad no es un título ni un estigma. Por la edad no se sube ni se baja. Se sube por los servicios, por los sacrificios; se baja por las abdicaciones, por las traiciones. En el proceso de perpetua renovación que se cumple en el espacio y en el tiempo, la resta final queda a cargo de la muerte. Dejad que la muerte escoja.

Fairfax

337

LA DEMOCRACIA 6 de enero de 1916. CARTAS DE WASHINGTON UN REFORMADOR

Diciembre 30 de 1915.

Tomás Mott Osborne, jefe de la penitenciaría de Sing Sing, acusado de impropiedades e irregularidades en el manejo de aquel establecimiento penal, será destituido muy en breve, si persiste en no ofrecer la renuncia “voluntaria y espontánea” que acaba de exigirle el director de prisiones de Nueva York.

Library of Congress

Los amigos de Mr. Osborne, que son innumerables, protestan vigorosamente y dicen que se busca una víctima para matar los entusiasmos de los que defienden una reforma en los métodos caducos, y la víctima es el apóstol de esa reforma.

En efecto, Mr. Osborne sostiene que la sociedad no debe castigar sino educar; que un convicto es un alumno; que, en vez de rodearle de restricciones y desconfianzas, conviene 22 CAMPAÑAS III 338 confiar en él y abrirle el camino de su regeneración.

No necesita Mr. Osborne el cargo que ocupa. Posee un capital que se calcula en más de un millón de dólares, y una renta cuantiosísima, diez veces superior a su salario. Pero quiere estar en Sing Sing a fin de que, bajo su vigilancia, se pongan a prueba sus principios.

Hace dos o tres años pidió la venia del gobernador para someterse, en persona, durante siete días, al régimen de la prisión. Entró allí como un preso, vistió el uniforme de la cárcel, comió el bodrio de la cárcel, durmió en el camastro de la cárcel, se confundió con sus compañeros, les estudió noche y día, lo mismo que a sus guardianes; lo vió todo por sí, tomó notas, recogió impresiones y salió de aquel antro convencido que se imponía una labor redentora en favor de los infelices condenados a vivir en la sombra.

Mr. Osborne, con el apoyo de los demócratas neoyorquinos, sus correligionarios, obtuvo la jefatura de Sing Sing y comenzó a actuar dentro de sus ideas. En los últimos comicios, noviembre de 1914, subieron los republicanos y se abrieron las intrigas. No sé en qué consisten las impropiedades, las irregularidades que se atribuyen a Mr. Osborne; pero aquel hombre, de fisonomía franca, de ojos serenos, de maneras dulces y firmes; aquel hombre me parece una inteligencia y un carácter.

Con motivo de la estancia de Pontón, nuestro compatriota en Sing Sing, estudié un poco el régimen antiguo y el nuevo, que estableció Mr. Osborne. Y mis simpatías van sin reservas al nuevo. Los confinados allí no consideran a su guardián como un guardián,

Library of Congress

sino como un protector, como un amigo. El les organizó para que se gobernasen por sí propios y por sí propios mantuviesen el orden y la disciplina. Hubo prófugos, aunque menos que en otras épocas. En octubre se escapó un reo de perpetua. Se reunió la asamblea del presidio y decidió que quince presidiarios saliesen a capturar al fugitivo. Pasaron un día y una noche en los bosques, dieron una batida, y volvieron con su colega. No faltó uno solo. Mr. Osborne, 339 para demostrar que el sistema de la confianza y del honor vale más que el sistema opuesto, les había dado permiso arriesgándose a un terrible desastre. Triunfó.

En Sing Sing ahora las celdas son limpias, las camas pulcras, el comedor, capaz para mil doscientos comensales, claro y ventilado; la comida sana y nutritiva. Los presos se sientan alrededor de las mesas y el aspecto general es el de un restaurante barato y decente, como los “Childs” que conocen cuantos visitan cualquier ciudad americana. Se trata bien aún a los individuos que incendiaron, robaron o mataron.

Hasta que Mr. Osborne se hizo cargo de la prisión, los confinados podían ir de paseo, dentro del recinto de Sing Sing; pero a las tres de la tarde se les encerraba en sus celdas y ya no veían más ni el sol ni las estrellas. Mr. Osborne les concedió dos horas más. Ahora se les encierra a los cinco. Y a los que observan una conducta sin tacha, tienen derecho a asistir de noche a los *moving pictures* —cinematógrafos—en que se usan películas de verdadero interés, que un *board* de presos selecciona entre las que exhiben las empresas cinematográficas. Y no seleccionó nunca ese *board*—sujeto, como es natural, a la supervisión de Mr. Osborne—ni una película objeccionable.

Mr. Osborne, en su obra, obedece a las reglas que siguen:

Primera.—La ley no debe decretar un castigo, sino un alejamiento temporal de la sociedad, mientras el proscrito demuestre, por su proceder, que es digno de que se le readmita.

Library of Congress

Segunda. La sociedad no debe sellar a ningún hombre como un criminal incorregible, sino solamente tender a reformar las condiciones mentales, bajo cuya influencia se realizó el acto delictivo.

Tercera.—La penitenciaría debe ser una institución donde cada individuo disfrute la mayor suma de libertad práctica posible, porque es solo la libertad lo que prepara a los hombres para la libertad.

Mr. Osborne piensa que el reo debe ser sentenciado a 340 un período de reclusión indefinido y continuar en reclusión hasta el punto en que, de una manera satisfactoria, se demuestre que, sin peligro para él ni para sus semejantes, puede volver al seno de la comunidad como un tipo normal de la especie humana.

Y entonces no se le negará ningún auxilio; los recursos del Estado se consagrarán a ayudarlo; a estimular sus buenos instintos y a enfrenar sus malas pasiones. A los reincidentes se les impondrá la pena de regresar y de no volver al mundo de los libres en tanto que no extingan su condena.

Pero siempre “la base del sistema será, no mas y más represión, sino más y más libertad”, que no se clausuren las avenidas del mal. Que se dejen abiertas y que se enseñe al “alumno” a dominarse, a controlarse y a alejarse de todo aquello que las leyes naturales y los códigos penales prohíben.

Los cuartos de trabajo de Sing Sing son dignos de examinarse. Las escuelas abundan. Los talleres también. Se enseñan muchos oficios mecánicos: sastrería, zapatería, albañilería, arreglo de automóviles. Se enseña el oficio de “chauffer”. Se dan clases de dibujo, de geometría, de *typewriter*, de música. Y existe una banda que interpreta obras difíciles. Los profesores no son empleados de fuera: son presos y cumplen sus deberes educativos con seriedad y entusiasmo.

Library of Congress

Mr. Osborne deseaba no limitarse a esto, que ya es tan justo y tan hermoso. Se proponía trabajar en el sentido de que se construyese un nuevo edificio rodeándole de campos muy extensos, a fin de que fuera dable cultivar las tierras y dedicar sus productos a los gastos de la prisión, de modo que Sing Sing llegara a ser un "self sustaining establishment". En lo cual hay ventajas económicas para el Estado y para los presos, a los que se asignaría un salario y a los que se permitiría remesar recursos a sus familias.

Las que trazo son unas líneas amplias, que dan idea del conjunto. Para describir el conjunto no basta una crónica periodística. En Puerto Rico podrían aplicarse, 341 con la necesaria prudencia, las doctrinas de Mr. Osborne.

A este apóstol, a este benefactor de la humanidad, esa quien se acusa de impropiedades e irregularidades. La opinión pública pronuncia de antemano la absolución.

Fairfax